

LOS HIJOS



ALFONSO CUESTA Y CUESTA

ESTE LIBRO es la más bella novela que sobre Cuenca se haya escrito; el testimonio apasionado de un autor que vivió en íntimo contacto con su ciudad en un momento crucial de su historia: el del auge del sombrero de paja toquilla; el testimonio narrativo y lírico más desgarrado y al mismo tiempo más artístico; el homenaje a la chola infatigable y mísera, al niño indio, víctima de explotación y martirio, como un pequeño Cristo, al hombre del pueblo, en su lucha cotidiana, sufrimiento, sueños, obligada sumisión y rebeldía.

ESTE LIBRO, novela del paisaje ecuatoriano, y particularmente azuayo, morosa y amorosamente descrito, hace de Cuenca un ente literario puro, a la manera del Dublín de Joyce, distancias guardadas, naturalmente; novela de los personajes en filigrana, como el pequeño Diego, creación magistral de la pluma de Cuesta y Cuesta, y uno de los estudios más cabales del alma infantil en la literatura ecuatoriana; como las cholas gárrulas y mágicas, vencedoras de la vida y sus dolores, de la muerte y su olvido; como los míticos Argudos, en plena pendiente de crueldad y decadencia; como los cañamazos nuevos ricos, dientes de oro y corazón de plomo; como ese desfile interminable de niños, cada uno más vivo e inolvidable que otro: la "candelita", el espantajo, el cojo de la ciega, el pajarero, el tísico, su ángel y su rueda; como tantos y tantos más.

ESTE LIBRO, puente entre la gran narrativa ecuatoriana de los años treinta y la novela actual, obra de renovación del lenguaje por la lírica, de superación del epidérmico naturalismo de entonces, crudo y despiadado, por el tratamiento sutil y profundo de temas y personajes, por la atenuación conscientemente artística.

LOS HIJOS

NOVELA

ALFONSO CUESTA Y CUESTA

LOS HIJOS

NOVELA

CUENCA — ECUADOR

1983

IMPRESO EN EL ECUADOR

**Es propiedad del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura
Ecuatoriana "Benjamín Carrión" — Apartado 4907 — Cuenca**

P R E S E N T A C I O N

Alfonso Cuesta y Cuesta nos ha dado una novela de color de barro, que es un colorido interno. Me explico. El barro verdadero, el nuestro, tiene color propio, un color que ha sido destilado, preparado, refinado a través de millones de años por la tierra generosa y auténtica.

Uno de los espectáculos más pasmosos cuando recorremos países como el Ecuador, es esa multiplicación infinita de tonos, los más variados en los terrenos que recorren nuestras rutas. Desde los amarillos suntuosos, ocre de fábula, desde los negros rutilantes en los que parecen amalgamadas la noche y las estrellas, hasta los rojos de plumajería de sangre y los tiernos blancos de las pedrizas que espolvorean polvo de neblina. Todo este mundo de colores y sustancias afirman jerarquía de sílabas solemnes en las tierras que se usan para preparar los barro de los vasos, los cántaros, las ánforas, las vasijas. El país de las tinajas es también el país de los hijos hechos de barro,

el barro dulce que el llanto de la madre y de la vida torna salobre.

En este libro de Alfonso Cuesta y Cuesta está viva la primigenia América y en esos tinajos litúrgicos, antiguos, con cáscara de eternidad se guardan tesoros que el hombre quiso mantener ocultos.

Nosotros no somos buscadores de oro amonedado, sino de la emoción que se hace historia, de memorial que trenza el corazón nativo para cantar la gloria del barro americano, la sabiduría de los tinajeros y a Alfonso Cuesta y Cuesta. En este libro único, nos entrega los secretos de todas las tinajas que están por hendirse para que surja el chorro vivo de la sangre mestiza. Por eso amamos este libro.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

I

LA TIERRA DE LAS TINAJAS

I

LA TINAJA

UNA TINAJA y un niño pegado a ella como asa se aclaran junto al muro, cuando la llama crece entre un torbellino de chispas. Todo el subterráneo se ilumina.

—¿Qué hace? —pregunta una anciana india—, y ladea el rostro ante el fuego.

El niño no le contesta, absorto ante la tinaja. La mira, la palpa, pega la oreja a sus paredes, trata de moverla.

—Por molestarle al cántaro —sigue la anciana— ha dejado apagar la candela.

Prende luego un mechero y va iluminando las bocas de las vasijas arrimadas al muro. Cuando llega a la del fondo ya el chico está sobre los hombros del gran cántaro.

—Bájese, niño Diego, ¿no le da miedo? —dice la india—. Si se cae se ahoga. La tinaja jala desde adentro . . .

Grandes burbujas suben hasta los bordes. La luz las toca y se irisan y estallan, renovándose incesantemente.

— . . . ¿Oye? Ya nomás sale una mano y le jala . . . Como no le obedece, lo toma por la cintura —¡Suéltese! ¡Cuidado! ¡Está moviéndose!— y lo deja en el suelo.

—Pero si ya te dicho —explica el niño—. No puede voltearse porque es de los Incas y está llena.

—¡Loco!

—¿No lo crees?

Va hacia un rincón y vuelve con un viejo libro ilustrado a colores.

—Acércate.

Lleva a la india junto al fuego y hojea el volumen, deteniéndose cuando encuentra páginas ilustradas: Un muro. Una alpaca. Un Inca.

—¿Lo ves? —sigue Diego—. Atahualpa . . . Los pómulos . . . como la tinaja . . . Y la silla es de oro. Sigue hojeando.

—¡Aquí! —dice de pronto—. Mira.

Una tinaja ocre, en bajo relieve, llena la página.

—¡Si hasta puede ser el retrato de la nuestra! —exclama.

Y lee al pie del grabado: “Encontrada en Yunguilla. Tomebamba”.

—Es decir —continúa— aquí, a un paso. Están bajo la tierra . . . ¿Comprendes? Junto a un Inca y a un montón de oro . . .

—Usted no; —interrumpe la anciana— lea el libro para creerle.

“Estas tinajas —lee el niño— tienen la virtud de irse incorporando a medida que un líquido las colma, hasta quedar, de llenas, verticales”.

Cierra el libro.

—¿Lo has oído? —añade, triunfante—. Luego, esta no puede caerse porque está llena y es de las mismas. ¡Ayúdame!

Intenta retirar las piedras que rodean la base del recipiente.

—¡Cuidado!

—Yo respondo . . . Y así podremos verle al sol. Está tras la pared. Aquí.

En vano pretende introducir la mano entre la tinaja y el muro.

—¡Mala suerte! —exclama—. Veríamos maravillas.

¿Quiéres? Es de los Incas.

La india calla, indecisa. Su sombra sube hasta las telarañas del tumbado levemente iluminadas, baja, sesga a merced de las llamas.

—Las piedras son muy pesadas —dice por fin.

—Para los dos no . . . pero bueno . . . esperaré . . . mañana . . . Papá no cree y unas veces dice sí y otras no. ¡Si él creyera! . . . Algún día . . .

Va y viene, de la hoguera a la india, entre las tinajas. Se detiene junto a la del otro extremo, grande también, pero nueva, ordinaria.

—¡Qué diferencia! ¿Oyes? —y la golpea con los nudillos—. ¡Comprada en la plaza!

La deja, con desprecio.

—Ya me acuerdo, —dice la india— cuando la tinaja estaba en el patio no tenía ningún sol.

—Estaría medio borrado, cubierto de polvo . . . Tú no sabes . . . no sabes.

Y trata de aclarar en su memoria la imagen de la tinaja —¿cómo era?— cuando ésta adornaba el patio de la casa. En tanto, sube a la puerta. Un ancho haz de luz llega al subterráneo cuando la abre. Afuera, el traspatio está con sol. Una gallina bebe agua en una tiesta . . . y el día se va levantando.

—¿Cómo era?—. Los pasadizos están desiertos. En el patio principal, dos niñas juegan. El patio es colonial, grande y enladrillado, con macetas en los bordes. Una blanca X de planchas de mármol, sin pulimentar, une sus cuatro esquinas. En la que queda hacia la puerta de calle está la huella de la tinaja. Ya Diego está junto a ella, en cuclillas, con las rodillas blancas en las roturas de las medias.

—¡Vengan! —grita.

Las niñas —son sus hermanas— se acercan. Centenares de hormigas se mueven en el hoyo, que semeja la huella de un huevo gigantesco, y salen en larga hilera por el corredor que da a la calle, entre los adornos de incrustaciones de hueso.

—¡La fila llega hasta la calle! —dice una de las niñas.

Y la siguen, atentos, inclinados.

En la casa de enfrente se alza, perenne, el ruido rítmico del maceteo de los sombreros de paja. Obreros con los overoles manchados de polvo de azufre se cruzan, afanosos.

Los niños llegan hasta la calle. En la esquina cer-

cana grupos de cholas con los hijos tiernos a las espaldas tienden al sol haces de paja. Otras tejen en el umbral de las tiendas. De repente se alborotan. Un obrero ensangrentado asoma corriendo, por la esquina, con el overol en tiras. Duda un instante, sin saber qué calle tomar y sigue velozmente por la de los niños. Estos se ocultan tras la puerta, pero el hombre entra en la casa.

—¡Escóndanme! —ruega, y da vueltas por el patio—. ¡Escóndanme!

Desaparece, al fin, en un cuarto abierto.

Ya la puerta de calle está llena de curiosos. Algunas cholas llegan hasta el patio y calman a los niños:

—No es nada, no es nada . . .

—¡Un hombre herido!

—¿Y qué se hizo?

Los niños señalan el cuarto donde ha entrado el hombre, pero nadie se atreve a buscarlo. Se oyen voces en la calle, y, a poco, el dueño de casa entra precipitadamente.

—¿Qué sucede?

Va hacia el cuarto que le indican.

—¡Pérez! —exclama ante el refugiado—. ¿Qué ha hecho?

El herido tiembla de pies a cabeza.

—La desgracia —dice— la desgracia . . . Después, doctor . . . ¡Ahora, escóndame!

Y mira hacia los rincones. Tendrá treinta años pero el polvo de azufre reunido en sus cabellos y en sus cejas, le da apariencia de anciano. Un hilo de sangre está a punto de cegar lo.

El dueño de casa duda.

—¿Pero dónde? —dice, por fin, como si recordase algo—. ¡Imposible! ¡Y usted no puede perder tiempo!

Es tan terminante su tono que el hombre se precipita, sin insistir, hacia la calle.

Las tejedoras lo ayudan:

—¡Corra! ¡Corra! ¡Por el molino váyase!

Y cuando desaparece el herido, se retiran, en grupo. Son tejedoras de sombreros de paja toquilla.

Mientras caminan tejen y hablan animadamente.

De cuando en cuando echan sus largas trenzas a la espalda.

—¡Hele!

—¿Y la seño María chica? ¿Ya sabe?

—No llega todavía... ¡Pobre! ¡Con siete hijos!

—Siete bocas, diga.



Poco a poco el padre consiguió calmar a los niños. La anciana india espolvoreó ceniza sobre una mancha de sangre y ya no se habló más del asunto. El hombre salió por última vez a la puerta de calle, y, al entrar, llevó a Diego al otro patio.

—Ya olvídate —le dijo—. Y sobre todo piensa en que mañana te llevaré al campo. Y que no lo sepan tus hermanas porque querrán irse también y esto es cosa de hombres. De hombrecitos —añadió— y le puso las manos en los hombros.

—¿Al campo?...

Y el niño pensó en algo impreciso y grandioso, pero también en la campiña que rodeaba la ciudad y que él tanto conocía.

—¿Pero el verdadero campo? —preguntó—. ¿Sin casas?

—¡Figúrate! . . . ¡La tierra de las tinajas!

—¿Y cómo es? ¿Cuándo?

—Mañana madrugaremos. Y no preguntes más. Dile a tu mamá que te prepare la ropa y que le ponga un cordón a tu sombrero de paja, porque de otra manera el viento se te lo llevaría.

Lo empujó luego suavemente y le miró alejarse.

Después, se dirigió al estante, alcanzó un empolvado código y lo abrió sobre la mesa.



Ya Diego estaba con las tejedoras y les hablaba de su próximo viaje, cuando recibió un recado de su casa.

En el patio le esperaba su madre.

—Ven, quiero medirte —le dijo.

La mujer tenía el cordón y el sombrero de paja en la mano.

—Pero que el cordón sea muy fuerte —dijo el niño—. ¡Es un viento inmenso!

La madre le cubrió los grandes bucles con el sombrero, puso la punta del cordón junto a la oreja izquierda y lo llevó hasta la otra, por debajo del mentón. Ya —dijo, mas no le soltó la oreja, y oprimiéndola suavemente, siguió:

—Pero óyeme: Es mejor que no cuentes a dónde se van. No conviene que en el barrio se sepa que tu papá se ha ido donde los Argudo como abogado.

—¿Por qué?

—Por nada, pero no lo cuentes.

Y se fue hacia el subterráneo. Conté solamente —pensó Diego— que nos íbamos, pero no dije “Argudo”. ¿Para qué nos iremos? ¡Los Argudo! ...

¡La tierra de las tinajas! ...

Y se acercó a la huella de la suya. Estaba oscura, por la proximidad de la noche. Además, ya estaban llamándolo desde el comedor. No volveré —pensó— a preguntarle a papá, porque él cree unas veces y otras no que la tinaja haya sido de los Incas. Tampoco podré hablar de la tierra de las tinajas en la mesa porque allí estarán mis hermanas.

Y se dirigió al comedor, tan distraído, que por poco no derrumba una maceta.

—¿Puedo irme a Santo Domingo? —preguntó cuando se levantaron de la mesa—. Hoy sueltan globos.

El padre lo miró con extrañeza. ¿Cómo piensas en eso? —le dijo, sin dejarse oír por las niñas—. Tenemos que levantarnos a las cuatro de la mañana ... ¡Acuéstate en seguida!

Subían ya los primeros globos sobre los tejados. Diego los miraba mientras se desvestía. Desde su lecho podía ver gran parte del cielo. Podía ver también la huella de la tinaja en el patio. Se acostó pues y estuvo largo rato junto a los vidrios. Al fin cerró los ojos y trató, en vano, de dormirse: ¿Tenía sol la tinaja? ¿Era de los Incas? Mañana podía traerse una, con sol o sin él, y así podría la otra retornar a su sitio. Porque, eso sí, antes estaba allí, ligeramente inclinada. Eso no podía olvidarlo: Una tarde pasó por la calle una india haraposa. “¡He perdido a mi niño!” —gri-

taba—. "¡Estaba yo lavando y me lo robaron!" Pero no: la india que decía esto era loca y ese detalle se lo refirieron. La que entró aquel día lejano tenía rapada la cabeza y era terriblemente flaca. Asomó por la esquina y la gente cerraba las puertas a su paso. Cuando entró a la casa se apegó a la boca de la tinaja y no había agua. ¿Había agua? Para permanecer vertical necesitaba estar llena. ¡Cuánto tiempo desde entonces! Por esa época su padre salía de casa muy de mañana y regresaba a las doce. Pero un día, sin estar enfermo, se quedó en cama. Y desde entonces salía a cualquier hora, preocupado. Por fin, no volvió a salir más. Ahora Diego sabía que fue porque perdió su empleo. La hermana mayor salió de la escuela de las monjas y entró en otra, fiscal, que era gratuita. Los cuartos crecían al quedarse sin muebles. Volvíanse claros y sonoros. Una tarde él jugaba, ya descalzo, en uno de ellos, cuando entró su padre, sin verlo y descolgó un espejo. Sin duda divisó al niño en la luna, porque volvió la cabeza súbitamente, con el espejo en los brazos.

—¿Qué haces? —le dijo, turbado.

Tenía la barba crecida, y sobre su cabeza, en la pared —Diego la ve ahora clara, amarilla— la huella del espejo.

—¿Por qué no vas al patio? —siguió.

Y, juntos, salieron. Allí estaba la tinaja pura y alta y sin embargo tan próxima a lo que iba a sucederle. El hombre sopló sobre el dorso del espejo y una nube de polvo y de polillas se doró al sol. Una revoloteó en torno a la tinaja. El niño la siguió, saltando y, de

repente, lanzó un grito y se tendió sobre las piedras. Un feroz vidrio de botella brillaba en su pequeño pie desnudo. La sangre enrojeció las piedras y las manos del padre.

No pasaron dos días de esto —durante ellos sus padres hablaron de cosas misteriosas— cuando llegó una vieja india que examinó la tinaja en silencio y luego movió la cabeza, afirmativamente. Después, por la noche, asomaron unos hombres con extraños fardos y desaparecieron con todo eso y la tinaja en el subterráneo. Comenzaron, entonces, días y noches del más denso misterio que Diego en vano inquiría. Sólo sabía que la tinaja era la causa de todo. Grandes llamaradas rayaban las puertas del subterráneo para él prohibido. La anciana india casi no salía y sus padres mismos se acostaban muy tarde, fatigados. ¿Qué hacían? Una noche lo supo: De repente, muy tarde ya, oyó tropel de bestias junto a su casa. La madre, que se había acostado vestida, se levantó precipitadamente y abrió las puertas de la calle. Los jinetes entraron. Eran el padre y un amigo. Desde su cuarto, oculto tras la cortina, el niño los miraba.

—¿Cómo les fue? —preguntó la mujer.

—Todo arreglado —le contestaron.

—¡Qué bueno! Vengan, les tengo todo listo.

Y, en grupo, se alejaron. La india amarró los cabestros de los caballos a los pilares y desapareció.

Las luces del comedor se encendieron. Los caballos brillaban bajo la luna. Diego no pudo esperar más. Salió, atravesó el patio en silencio y pegó el rostro a los vidrios. Allí estaban los recién llegados, en torno a la mesa servida.

—Merece la pena —decía el amigo en ese instante. Y los dos hombres levantaron las copas. ¡Qué blancas eran las sienes del amigo!

—Voy a guardarlo —dijo el padre y alzó el cinturón lleno de balas, con el revólver péndulo, negroazulado. Menos mal que está intacto —siguió— y entró al cuarto contiguo.

—Su marido se bate con la vida; es todo un hombre —le dijo el amigo a la señora. (Desde entonces, él, Diego, de eso de batirse con la vida tenía un oscuro concepto). Los caballos tascaban los frenos, con los cuellos brillantes todavía y los hocicos espumosos. Diego limpió el vidrio húmedo de vaho y la imagen de su madre apareció nítida. ¡Era tan joven y bonita!

De repente, uno de los caballos derrumbó un macetero y se encabritó. El niño trató de huir, mientras las puertas se abrían.

—¿Qué haces aquí?

—...

Y, momentos después, ya se encontraba en la mesa, con los otros. Los hombres habían tomado más copas.

—Sí, sí —dijo el padre, cuando el amigo le hizo una seña—. Cuéntaselo todo. Me parece oportuno: tiene que volver a la escuela y es mejor que lo sepa antes.

Y entonces el amigo puso sus manos en los hombros del niño y le habló largamente. Le dijo, entre otras cosas, que su padre no quería que anduviera descalzo. Y que, por lo mismo, después de haber perdido su empleo no le quedaba otro remedio que tra-

bajar como todo un hombre. No ejercía la profesión, sino rarísima vez, porque había mil abogados. Hacía, pues, licor de contrabando. Eso no era malo porque la prohibición era injusta: había quitado el pan a mucha gente que ahora no sabía qué hacerse y cuyos hijos se lastimaban los pies en los vidrios.

Fue una noche hermosa.

Luego, el tremendo secreto, la escuela, los cuentos de la anciana india junto a la hoguera. Y ahora . . . Nuevamente trata de dormirse. Hace rato se acostaron todos. El cielo está lleno de luces, y los globos, algunos, han subido tan alto que están como fijos en el cielo.

Un gallo canta en la casa. Se oye claramente el batir de sus alas. Otro más lejano le contesta, y luego otro, lejanísimo, sin duda de otra manzana, y cuando no se extingue aún su eco, apenas perceptible, ya el de la casa bate otra vez las alas. De pronto, el niño se incorpora, aterrorizado. Por el tejado se desliza alguien.

—¡El hombre herido! —piensa, a punto de dar gritos; pero se domina. Sólo su corazón golpea todavía. Ahora ve con claridad: un globo ha caído en el techo. Está apagado y, por momentos, avanza con el viento, como a tientas. Luego se alza, y cuando comienza a descender sube otra vez y se apega al canal y gira sobre sí mismo. Por fin se detiene. Diego se apoya sobre el codo y lo mira. Por última vez —se dice— y procura olvidarlo, pero se ha excitado más aún. El murmullo del torrente vecino llega hasta sus oídos lúgubrementemente. Suenan pasos distantes que se van acercando. Luego golpes de puertas, voces. Nueva-

mente un largo silencio y otra vez lo mismo: pasos, golpes de puertas, voces. Ahora, gritos. ¿Qué sucede? Se incorpora en el lecho y escucha atentamente. Sus padres hablan en el cuarto vecino.

—¡Un perseguido se ha refugiado en esta casa! —oyen, a lo lejos—. ¡Tenemos orden de allanamiento!

Las voces y el murmullo del agua llegan más claramente a los oídos del niño. Sin duda sus padres han abierto la ventana.

Salta del lecho.

—¡Acuéstate!

Pasa junto a él su padre, hacia la calle. Poco después, la madre, angustiada, va en busca de la india y ambas pasan al otro patio. Seguramente bajarán al subterráneo.

Transcurren largos minutos. Sólo las niñas duermen. Por fin el hombre regresa y pasa derechamente al subterráneo. Luego vuelven todos. Ya están tranquilos.

—¿Nos descubrirán? —pregunta el niño—. ¿Lo encontraron?

—No, no, ya pasó todo. ¿Sigues despierto? Faltan solamente cuatro horas... ¡La tierra de las tinajas!...

—...

La madre lo arroja y pronto las luces se apagan. Asoman otra vez el patio, los tejados. ¿El globo respira suavemente? ¿Y el hombre herido? Pero debo dormirme! Cierra los ojos, y el viento grande silba en la tierra de las tinajas y la niebla sube, sube, en girones, entre increíbles cerros cada vez más altos.

II

QUE PUEDA HABER TANTA MARAVILLA

Van paralelos los caminos a uno y otro lado del gran río. Gente que va, que viene. Paute. Gualaceo. Caminos amarillos gastados como cables. Lejos, tras de los montes, la ciudad gira. Paja toquilla. Hambre. Gira la ciudad como polea de mármol. Desde ella vienen los caminos gastados, amarillos. Silban los arrieros y su silbido es igual al de los cables en el hierro.

—¡Para qué llevan tablas, no hay quien compre, en Cuenca hay hambre!

Los arrieros se detienen. Sin sus silbidos, la hilería de bestias se agrupa. Un caballo viejo se enarca con el sexo cubierto de polvo y los ojos enormes. Otro se acuesta y trata de revolcarse, pero un arriero cae sobre él a puntapiés y lo levanta.

—En cuatro días y cuatro noches tejen un sombrero y venden en un sucre —siguen los que regresan.

—Es que llevamos para los cañamazos. (1)

—¡Ah!

—Casas de siete pisos levantan.

—Pero así fueran de cien pues, tanta tabla! Un río hay hasta Cuenca. Y no sólo eso . . . Paños de Gualaceo, loros, aguardiente. Sólo cosas de comer no llevan a vender estos mitayos. Por treinta sures lindos cholos hay ahora.

El grupo crece. Abajo, el río corre en sentido o-

(1) Ver vocabulario.

puesto, hacia la selva. Las grandes tablas cubren las costillas de las bestias, como alones.

—Caña sí hay bastante.

—Eso en el valle nomás, porque el río es grande. Río chico camino parece, echando polvo.

—Año de hambre viene.

Y nuevamente se alzan los silbidos y el grupo se abre en hileras. Los que regresan se pierden en los cañaverales. Lejos, estrechando el valle, se alzan las lomas amarillas. Bajan las quebradas sin agua, como chaquiñanes. Sobre sus cauces los puentes han quedado sin objeto, con los arcos chupados como las barrigas de los caballos.

* * *

En la plaza del pueblo bulle el gentío. Un indio llega a la traspuerta del convento y espía: el corredor está desierto. Avanza el hombre y con sumo cuidado se llega a la primera ventana. Adentro, alguien cierra un armario y se arrodilla. Poco a poco el ojo del indio —abierto afuera en la luz— se va habituando a la penumbra de la sacristía: ve aclararse, entre los negros cabellos, la corona del párroco, como redondete de estearina.

—Taitito aquí está.

Y el indio se retira y se dirige calle abajo, hasta una cerca rota.

—¡Pablo! —llama—. ¡Pablo!

Desde la cerca sale un niño, receloso.

—Vamos —le dice el padre—. ¿Y la guagua?

Una indiecita de cinco años está detrás del ma-

guey, viéndolos por entre las hojas. Su hermano la señala con el índice.

—Toma para que esperes —le dice el indio.

Y le da unos granos de maíz que ella recibe, ahuecando las manos. Lleva una pollerita roja y le han peinado con goma de calabaza, tan apretadamente, que el pequeño huango se le alza.

—Sentadita estaráste, sin moverte —le dice el padre— y avanza hacia las puertas del convento, con el niño. Junto a ellas se detiene; limpia con una esquina del poncho la cara del hijo, hasta enrojecerla.

—¡Tatay! —exclama—. Así que ha de quererte taita cura. ¡Cara sucia!

El patio principal está repleto de priostes, indios e indias con gallos para obsequio bajo el brazo. Repican las campanas.

—No han de poder ahora hablarle: a misa va —dice el sacristán.

Llega más gente al callejón del convento. En la plaza se anuncia, sonora, destemplada, la banda de música. Quince mestizos y dos indios la forman. Los indios son el del bombo y un niño que chifla los platillos. El sol se abre en los bajos mellados y con gotas de sangre ennegrecida: salpicaduras de la cancha de gallos.

El cura baja las escaleras, repartiendo bendiciones.

—Ahora no —les dice a los que quieren hablarle—. Después de la última misa lo que quiera.

Un gallo de pelea picotea la traba, canta, da saltos locos. Bajo los brazos de los priostes se alborotan espuelas, crestas rojas, y cuellos vibrantes suben

hasta los hombros de los dueños respondiendo al canto.

El cura entra en la sacristía.

—No le muestren los gallos, al pollo de taita cura —grita el sacristán—. ¡Va a quebrarse! ¡Esperen en la plaza!

Suena el melodio adentro y los priostes abandonan el convento.

El indio vuelve a la cerca rota y se dirige a las afueras del pueblo, con sus hijos, evitando encuentros.

—Esconderemos en chacra hasta que acabe misa —les dice—. Gente de la hacienda ha venido.

* * *

Unas cien casas en desorden hacen todo el pueblo. Desde la plaza se ven, ya verdes, los últimos tumbos de los Andes. Sólo el Allcuquiru es todavía azul. El campo se entra en bahías hondas hasta la Iglesia misma. Junto a la última esquina, está el río. Lleva una legua de caminar sin brida, en roca viva, golpeando los últimos estribos de la cordillera. En el barranco las orillas humean, más cerca ya de la yunga y la caña les nace gruesa como pierna de jibaro.

.
El viento se lleva al otro lado el bramido del río y se alza el canto de los gallos. El pueblo surte las galleras de toda la provincia. El río se regresa —dicen los chagras— pero no corren nuestros gallos.

Y los domingos mueren a espolazos.

.
Cualquier día feriado saltan al redondel un gris y

un rojo. Se abren dos abanicos en sus cuellos. Pican la tierra. Saltan. . . Apuestas, griterío. Se ven caras y ponchos hasta en el tejado. Allí están los de la banda —enredadera de cornetas— en las vigas. Han perdido un buen puesto a causa de la misa.

Cae una corneta amarilla y los gallos se espantan. Los galleros insultan al músico y calman a los combatientes. De repente, todos los espectadores se quitan los sombreros . . . Por la plaza asoma el cura, a caballo, cubierto de ornamentos. Le siguen, a pie, un muchacho y cuatro indios llorosos, con grandes velones apagados. Alguien se muere, arriba, en las lomas. A cada paso el chico toca la campanilla. Pasan junto a la cancha. El cura aprieta las riendas y se para sobre los estribos. Alcanza a ver un asalto, dos y sigue su camino; pero al voltear la esquina llama a un indio y le susurra al oído:

—Dile al Teniente —allí está con poncho café, a la entradita— que apuesto cinco reales al gris.

* * * * *

Pero en los días ordinarios se trabaja. En las carpinterías amontónanse, crespas, las virutas. Llegan hasta sus puertas ríos de arrieros con recuas cargadas de tablas de cedro. Pregonan, regatean y si no les conviene el precio siguen, silbando, hacia la ciudad lejana. Trabajan como nunca porque también aquí el año ha sido malo. Solamente la caña pudo soportar las heladas, pero la caña es de los amos.

—Año de hambre viene.

—No hay más que dedicarse a sacar tablas.

—No hay quien compre. No hay plata ni en Paute,

ni en Cuenca. Por un sombrero un sucre dizque ofrecen.

Y no obstante, en las faldas del Allcuquiru resueña el hacha y crece un río de bestias flacas y agobiadas de tablas, rumbo a los pueblos grandes.

El cura cobra en cedro las misas.

—No hay plata, taitito . . .

—¡Hasta cuándo! ¡No voy a comer tablas! ¡Pero dejen, amontonen!

Y el convento y la casa del Teniente Político huelen a cedro milenario.

Sobre el balcón del párroco una lora se guarda en el buche la semana y la devuelve, resumida:

—¡Andrea! ¡Voy a la gallineta! ¡Ora pro nobis! ¡No hay maíz! ¡No quiero tablas! Año de hambre viene . . . ¡Arre!

Y finge conducir una gran recua.

* * *

Con el toque final de las campanas el indio y sus dos hijos salieron del escondite y se dirigieron al pueblo. Ya cerca del templo el hombre ocultó nuevamente a la niña, detrás de una penca y con el niño de la mano entró al convento.

—Taita cura está comiendo, esperen! —les dijo desde las escaleras un muchacho.

Tenía rapada la cabeza.

—¡Baja! —le contestó el indio.

—¿Para qué?

—Ven nomás —insistió el hombre, intrigado.

Bajó el cocolo. (1) Era del tamaño de Pablo.

—¿Comprado sois? —le preguntó el indio.

—¿Comprado, dices?

—Sí... ¿En cuánto te compró taita cura?

—Si yo no soy comprado, soy de Cuenca. Acaso soy pues gallo a que me vendan!

Y se volvió a la escalera. Desde allí le mostraba la lengua al otro muchacho.

—¡Asunción! ¡La lora está sin agua! —dijo alguien desde arriba.

—Ya voy, buscándole están, taita curita.

—Que suban.

Por entre las barandas de la escalera asomó una vez más la cabeza pelada.

—¡Que suban, dice!

Sombrero en mano, tímidos, subieron.

—Ya qué será pues, qué será —dijo el cura viendo llorar al niño.

El indio quiso arrodillarse.

No, no; entren —continuó el religioso.

Masticaba todavía. El cocolo, curioso, les observaba desde la escalera.

Cuando entraron, se fue donde la lora, con una tiesta llena de agua.

—¡Ora pro nobis! —exclamó la lora, al verlo.

—¡Lora beata, no hables tonteras, ven te enseño!

Y se llegó a su oído:

—Carajo, di: ¡Ca-ra-jo!

La lora alzó la pata, muda.

(1) Niño con el cabello cortado al rape. Ver vocabulario.

—¡Ca-ra-jo! —siguió el cocolo, y repitió, en vano, la palabra, muchas veces.

—¡Lora muda! —e iba ya a desistir de su empeño, cuando el pajarraco aprendió, verde y estentóreo, arrastrando las rrrr.

—¡Bruta!

Se lanzó sobre ella, tapándole el pico, pero perdió la lora el equilibrio y cayó a la plaza. Allí se esponjó y comenzó a carajear, furiosa.

De cuatro saltos el muchacho bajó y la aprisionó. Subió en seguida, apretándole el cuello y con la boca pegada al oído:

—Di Ora pro nobis, linda —le decía—. ¡Ora pro nobis, quincincelis!

—¡Asunción!

Se le cayó la lora de las manos.

—¡Asunción! —volvió a gritar el cura desde adentro.

—Ya voy . . .

—Este es, —dijo el sacerdote, al verlo en la puerta, dirigiéndose, al indio—. ¡Acércate! Por este —siguió cogiéndole del brazo— di treinta sures, pero ¡qué diferencia!

Y lo dejó junto al niño indio. Reía el cocolo, sintiéndose salvado y acentuaba más todavía el contraste.

—El, cá, bien comido pues, taitito —balbuceó el indio.

—No, no; si así era, así lo conocí! Y es tan vivo que hasta me ayuda misa.

—Así ha de ser, taitito.

—Anímate.

—Ya treinta da; pena también has de hacer cuenta.
—No, no, los veinticinco y ni un centavo más.
—Treinta necesito, después devolveré más que sea los cinco.

—Lo dicho, dicho y . . . ¡No seas ignorante!: Si el longo no es tonto lo meteré en la escuela. Ve, Asunción, llámale a don Arco.

Salió el criado disparado, en busca del juez.

—Con documentos haremos —siguió el cura—. ¿Cómo se llama?

—Pablo Yaulli —y, sacudiéndole al chico: Avisa vos, mudo pareces.

—Pablo, repitió el niño, escondiéndose tras el padre. Se rascaba la cabeza a cada instante.

—Ya verás, ya verás cómo se civiliza. Por los piosjos también está así . . . Cocolo ha de ser otro.

Regresó el sirviente.

—El juez se ha ido —exclamó—. Temprano ha pasado el señor Argudo de la hacienda, llevándole.

Se han ido a buscar huacas con un brujo.

—¿Huacas?

—Sí, huacas. La hermana dice.

—Bueno pues, habrá que esperar —dijo el cura, dirigiéndose al indio. Este había palidecido y miraba hacia la plaza a cada instante.

—¿Qué te sucede?

—Pena, taitito. —Y luego, apresurado:

—En veinte te daré si das ya mismo.

—¿Sin documento?

—Apuro es, taitito.

—Algo tienes vos con el juez . . . ¿Será tuyo el chico?

—Vaya taita amito, ¿de quién ha de ser? Igualito a mi está. ¿No ves la cara?

—Bueno, bueno, toma. Ya habrá tiempo de averiguarlo.

Y sacó una gorda cartera de la sotana. Separó cuatro billetes de a cinco.

—¿Y qué harás con tanta plata?

—Fuuuuu, taita curita . . . Hasta una misita he de pagar.

—Entonces . . . Deja algo adelantado.

—¡No aura!

—No, no . . . ¡Ahora! Así ofrecen ustedes y no cumplen.

Y guardando uno de los billetes, sacó cuatro monedas de a sucre.

—Uno me dejas . . .

El indio duda. Tiene terror de ver asomar a alguien en la plaza, pero no se resigna a dejarse arrancar el dinero. La voz concluyente del cura le decide:

—Y ándate, ándate —exclama, entregándole los diecinueve sures—. Tengo mucho que hacer hoy.

Iba a salir el indio, evitando ver a su hijo, cuando éste, llorando, se le abrazó a una pierna. El padre lo alzó hasta su rostro:

—Calla —le dijo—. ¡Si todos los días he de estar viniendo!

Y luego, sin que le oiga el cura:

—Aquí barriga llena, tontito; quesillos, ¡harto mote!

Y se fue. El llanto, agudo, le siguió hasta la plaza, hasta el campo, como un niño.

El abanico del valle va estrechándose hacia su mango negro.

—Tahual...

Y los arrieros silban, suben. Ahora el camino es de roca. Abajo, pasa el río y algunos árboles y pequeños sembríos o matas de retama aparecen junto a la orilla, no bien los cerros se separan; mas, pronto los hombres dejan atrás el último árbol y entran a la garganta. El grupo se convierte en una línea larga y jadeante. La luz se desmaya en sus espaldas. El cielo es apenas un pedazo de papel entre las rocas. Nadie habla ya y se oye solamente el paso de las bestias y adentro, a cien metros, el sordo murmullo del río.

De repente, al salir al claro, no pueden seguir más.

Se encuentran con enorme grupo de indios y recuas.

—¡Más gente!... ¡Lleguen pues, lleguen! —les gritan a los recién llegados.

—¿Qué pasa?

—Han empezado los trabajos de la carretera y están dinamitando. Ya nomás volamos todos...

—Nosotros media hora que esperamos —dice otro arriero.

—¿Y yo? —sigue un chagra rubio que ha desmontado y tiene al caballo de las riendas—. Lo peor que cuando llegue, ya los mitayos, acabando el trabajo, han de alzarse.

—Puede pedirle al capataz la lista —le contestan.

—Se han de haber puesto otros nombres, ustedes

no les conocen . . . Quien no les conoce que les comprej —añade, jactancioso—. Las carreteras —sigue— eso tienen de malo: les pagan a los indios más de lo que necesitan y las haciendas se quedan sin brazos.

Siempre con las riendas en la mano se sienta en una roca y se arregla las espuelas. Hace girar las rodajas roncadoras con la palma de la mano y otra vez se levanta, impaciente. Lleva poncho de hilo y sombrero de fieltro en cuyo cintillo la grasa alza sus dedos.

De pronto un ruido estruendoso alborota al grupo. Llega el eco entre las breñas, como un río, encabritando a los caballos. Los hombres se abalanzan a las bridas o corren camino adentro, hacia la luz.

—¡Medio cerro ha caído!

Veían ya el lugar de la escena. El sol bajaba ahora hasta el último resquicio. El cielo había cambiado de forma y se tendía, azul y blanco, entre los bordes nuevos.

Más gente y caballos sin carga, que se habían reunido al lado opuesto, iban llegando, en grupos:

—¡Hasta la cueva ha volado! —decía el capataz, orgulloso, paseándose entre las piedras rotas.

Aludía a una caverna legendaria, refugio de temibles salteadores.

Los grupos se mezclaron con los jornaleros. De pronto el chagra de las espuelas se dirigió hacia un hombre de los del otro lado, que venía a caballo, con un niño. Eran Diego y su padre.

—¡Doctor, muy buenas tardes! ¿A dónde bueno? —exclamó el chagra.

—Donde el señor Argudo —contestó el aludido—. ¿Trabaja usted con él todavía?

—Como siempre. Espérese, tendré el honor de acompañarles. Hablo con el sobrestante y vuelvo. Espéreme en el puente. —Y se alejó.

Diego iba sobre un poncho doblado, casi en el cuello del caballo y paseaba sus ojos asombrados por el lugar de la escena.

—¡Viene el río! —gritó alguien.

Las rocas desprendidas habían amurallado el cauce.

El agua subía por instantes, silenciosa, y de pronto —ya todas corrían en desorden— saltó otra vez hacia el abismo, en catarata.

El niño daba gritos, vuelto hacia su padre.

—Pasó ya todo ¿no ves? —dijo éste, aún muy pálido—. Mira, mira.

Al borde de las rocas, con el oído atento, los hombres sacaban los cuerpos hasta el pecho.

—¡Bajémonos! —Dijo Diego.

—No tanto, no tanto, así no más —repuso el padre— y palpó el costado del niño.

—Todavía . . . —dijo sonriendo.

* * *

El puente —largo y altísimo— descansa en la mitad sobre un soporte natural de grandes rocas.

—¡Riazo! —dice el niño.

—Y ahora lo ves seco: cuando crece, llega hasta las vigas. Mira.

En el barranco hay matas de retama retorcidas —en el aire ahora— aguas abajo y con huellas de espuma y brizna de paja toquilla entre las ramas.

El río está turbio todavía, fino, como caballo después de larga carrera.

—Desde sus fuentes puede verse el Océano Pacífico —explica el hombre.

—Y no se va al Pacífico —continúa— sino que baja a la hoya, pasa cerca de nuestra casa y llega al Marañón y anda miles y miles de leguas hasta el Atlántico.

El chagra le interrumpió:

—Ya doctor —le dijo, sin apearse— ¡a sus órdenes! —Y partieron.

El sol proyectaba largamente sus sombras, hasta el río.

—¡Mira!

El valle se abría como un abanico. Lejos, tras los cañaverales, un río dormido desembocaba en el Pauté. Se entregaba a las aguas rápidas de éste, plano, como balsa, girando lentamente.

—El Gualaceo.

—También está seco —dijo el chagra—. ¿Qué le parece, doctor, la sequía? Vea las lomas. Y lo peor es que los indios están yéndose. Vengo del Tawal preguntando si se encuentran en los trabajos, pero ni uno.

—¿Qué se hacen?

—En eso estamos, ya casi sin brazos. Creo que se van unos a la costa y otros a lavar oro. Ahora sólo piensan en el oro.

—¡Cuánta tabla! —exclama el hombre.

No bien una recua se pierde entre las rocas, hacia Cuenca, ya otra asoma en un recodo, llenando el camino hasta las cercas, entre nubes de polvo.

—Para la feria de mañana. Los de arriba se han de-

dicado a sacar tablas, están desesperados —explica el chagra.

Se oye un tropel de cascos en el puente y poco después avanzan, gritando, unos borrachos. La sangre exaltada de los ebrios revienta en los ijares de las bestias, lanzadas al galope en subida. Los arrieros gritan:

—¡Ladooo! ¡Ladoooo!

Hileras de bestias, flacas como insectos, arrastrando las alas, obedecen.

—¡Tablas! ¡Tablas! ¡Tablas! —dice el chagra—.

¡Año de hambre viene!

—Buenas tardes de Dios.

—¡Ladoooo!

El niño tiembla, aferrado a las crines, no de horror, pues es más fuerte en él la impresión de la tierra que ve por vez primera, grande y desnuda.

Ahora asoma otro río.

Los cañaverales chupan la luz y ya las aguas se pierden en las sombras.

Sólo en algunas lomas se ven recuas de sol, rumbo a los cerros altos.

—¡Arreee!

El “gran viento” pone a prueba el cordón ceñido por la madre bajo el mentón delicado. Viene volando —piensa el niño, con la pequeña mano sobre la copa del sombrero—. Viene volando, desde la tierra de las tinajas. ¡Que pueda haber tanta maravilla!

III

USTED ES UNO Y ELLOS...

El viento rozó una esquina de la plaza y fue girando, girando, en berbiquí de polvo alto y soleado hacia las cercas.

El indio se cubrió el rostro con el brazo, dándole el ala del poncho a la niña.

—¡Tápate ojos! —exclamó.

Así lo hizo ella y sólo el pequeño huango engomado quedó al viento, oblicuo.

—Ahora sí —dijo después el padre— apura, ha de coger la noche.

Y salieron al camino.

En la huerta contigua andaba el párroco con una regadera. Al verlos, avanzó hacia ellos.

—¿Tuya? —le preguntó al indio— y señalaba a la niña con el índice.

El padre estuvo a punto de huir, sin responder.

—¡No he de dar! —se dijo—. No he de dar... así mate!

Pero se detuvo.

Ya el cura había dejado la regadera entre las coles y oprimía gozoso la mejilla de la niña.

—¡Ojona ha sido! ¡Qué linda! ¿Dónde la tenías? Déjamela en vez del chico.

—No, taitito.

—Cámbiame, quieres, parejita tendría; te doy los treinta sucres. Ya has visto cómo le tengo al otro.

—Mana. (No)

—Zapatitos he de ponerle, zarcillos, ¿Cómo se llama?

—Ni para qué he de avisar, no mismo quiero.

—Vaya. . . ¡Cuarenta de doy!

—No, no. Y no le hagas llorar. . . el hermanito ha de oírle.

Y acallando a la niña la tomó en sus brazos y se alejó, resuelto.

—Piénsalo bien —seguía el cura—. Mal año viene. Aquí nada ha de faltarle.

El indio no se volvía.

—¡Año de hambre viene! —oyó aún, al voltear la última esquina. Pero no se detuvo, y ya lejos, libre, habló en quechua con su hija.

Iban ahora por el antiguo cauce de un arroyo, hacia el río. Cuando llegaron junto al puente, salieron al camino grande. Indios con bueyes y caballos descargados transitaban. Los bueyes se agrupaban en los umbrales del estrecho puente, recelosos, y sólo cuando los dueños con sus gritos y los brazos abiertos les impedían regresarse, bajaban la cabeza y avanzaban, mugiendo, entre las mal unidas tablas. Ya en el centro, trotaban, apagando el bramido del agua.

Cuando el último grupo estuvo lejos, avanzó el indio con la niña de la mano. La niña corría entre los pasos largos del hombre, respirando apenas, pues nunca estuvo antes en un puente y temblaba, sin voltear la cabeza, mientras el ruido y las olas entrevistas le estrujaban las pequeñas entrañas. Una gran cruz se alzaba al otro extremo y velas encendidas parpadeaban en su pecho de piedra cavado en forma

de nicho. Más allá, una india lloraba ante una estatua de San Marcos, que tenía un pequeño toro de palo a sus plantas, lleno todo él de copos de lana y cerdas de diversos colores. La mujer alzó la voz, ante el indio, cantando mientras lloraba y, como era muy íntimo y sentido lo que tenía que expresar, cantó en quechua. Yaulli la escuchó atentamente y vio así desplegarse todo el drama ante sus ojos: la vaca había quedado amarrada a la salida del pueblo. Era muy gorda a pesar de la sequía y grandes nubes blancas se esparcían en su vientre. Daba mucha leche y era dócil como pocas. De pequeñita, cuando la amordazaban, no insistía y se estaba quieta junto a la madre de la que era una copia en pequeño. Cuando la destetaron la llevaron al hato y vino después alta, nerviosa, con dos hermosos cuernos crecientes, ligeramente enarcados.

El hombre oía conmovido y cuando el canto cesó rompiéndose en sollozos, se acercó a la india, solitario:

—Amarre, amarre —le dijo— bien apretadito deje. Seguro es.

La india ordenaba unas hebras de pelo de vaca en la mano. Eran blancas y negras como las de la perdida; robada no: el indio así lo aseguraba:

—Amarre, amarre, rumiando ha de estar en un atajo, esperándole.

Muy cuidadosamente, sin abrirlas, la india bajó las otras cerdas hasta la uña del toro de palo y en el limpio tobillo ató las de su vaca.

La niña había escuchado atentamente el diálogo

y de repente sus ojos se agrandaron y se quedaron fijos sobre el pequeño toro de madera.

Manuel Yaulli dijo algunas palabras más de esperanza y de consuelo, también en su hermosa lengua, y echó a andar cuesta arriba, con su hija.

De trecho en trecho ebrios dormidos junto a las pencas, con moscas en el rostro, y sol, sol, hasta donde las últimas matas de paja se arrimaban al cielo. El viento, cambiante, traía, entre el murmullo del agua, parte de la historia otra vez comenzada:

“A la salida del pueblo”. . . “Amo Argudo” . . . ¿Qué decía del amo? El indio se detuvo y escuchó atentamente: nada, que el señor había exclamado: “De pintura parece tu vaca”, al verla en el cerro. Siguió pues, su camino y como la cuesta crecía a cada curva, amarcó a la niña y la echó a sus espaldas. Una choza, pero aún apenas del tamaño de un poncho asomó en la más alta ladera con un manojo de humo en su vértice.

—Esa es la casa, allá nos vamos —dijo el indio a la niña, levantándola con un golpe de cuerpo casi hasta los hombros.

—A-á.

En el límite de la paja, sobre una mancha roja de tierra, aparecieron cuatro jinetes. Desfilaron en zigzag por la tierra pelada y se perdieron. Yaulli los vio y se detuvo. Cuando asomaron otra vez, más cerca ya, torció su rumbo.

Bajaban en silencio entre las quiebras, a caballo. Delante, el amo, preocupado; detrás el juez, un peón joven con lampas al hombro y el brujo, abrazado a su

cintura, en la grupa del potro. Al brujo, pequeñito, encorvado, no se le veía el rostro.

—Mire, mire la hacienda . . . ¡Qué vista! —dijo el juez, dirigiéndose al hacendado, y extendió su brazo hacia el valle. La casa de los Argudo, grande a pesar de la distancia, aparecía al fondo, entre los cañaverales, junto a un río de mapa.

El aludido no contestó.

—¿Le pasa algo? . . . Cuidado . . . Si quiere, descansemos —siguió el hombre, taloneando a su caballo hasta acercarlo al del joven.

—Nada . . . De una vez en el pueblo —dijo éste—. Muy pálido está —insistió el juez, mientras clavaba al brujo una mirada acusadora. Este no se inquietó por eso: ya había dicho arriba, sencillamente, después de la inútil búsqueda:

—No importa, todo queda aquí mismo. Ahora no ha querido, otra vez será.

Entraron en un sendero encajonado entre altas cercas de piedra. En cada portillo el pueblo aparecía, más y más cerca. Se oía ya el canto de los gallos.

—En el puente le dejás al viejo —ordenó el joven, al indio de las lampas.

La orden fue cumplida poco después. Todavía gemía la india de la vaca. Al verle al brujo corrió a su encuentro y le ayudó a desmontarse. Cuando sonaron los cascos de los caballos en el puente ya lo tenía ante el toro de madera.

.
En la plaza desierta el cura leía el breviario, viendo de cuando en cuando ya a la lora, que se paseaba como impaciente, ya al recodo del camino por donde,

de un momento a otro, debía asomar Argudo. De ir —pensaba— a esos cerros, enfermo, en busca de huacas —y esta es la tercera vez— a la hipoteca, hay un paso . . .

Por fin los jinetes entraron a la plaza. El cura cerró el breviario y fue a su encuentro, eufórico.

Argudo desmontó de mala gana, ante la exigencia del párroco.

—Así que buscando huacas . . . ¿no? —comenzó éste.

—¿Quién se lo dijo?

—Todo se sabe . . . ¿Y qué hay de malo? Aunque ustedes . . . ¡Argudos! Déjenos los entierros a nosotros . . . Ustedes tienen la tierra, la gran huaca.

E irían con brujo ¿no? Con brujo y todo . . . ¡Vaya!

Ya le he amonestado a ese indio y no me hace caso. Esto es en todas partes: en mi antiguo curato era lo mismo. En todo pueblo hay un brujo y un mudo. Y...

—Pero conste —interrumpió el joven— que no es que yo crea en brujerías, sino que, realmente, estos cerros son muy ricos en entierros incásicos.

Algo iba a añadir, pero el cura estaba incontenible:

—No niego —siguió— que haya tesoros escondidos.

Recuerde usted la historia: venían los incas por la cordillera, llevando una cadena de oro larga como una calle. Recibieron la noticia de la muerte de Atahualpa, y . . . ¿dónde escondieron la cadena?

Abrió la puerta de la sala y se excusó, de pronto, con aire de misterio. —Tienen que esperarme un segundo —dijo—. Entren . . .

Argudo y el juez entraron y esperaron de pie.

Una mesa redonda de mármol había en el centro de la sala y junto a las paredes grandes armarios, unos con libros y otros con cacharros de barro y pájaros disecados. Largas bodoqueras de jíbaro y algunas lanzas arrimadas a los ángulos, recordaban también la cercanía de las selvas orientales. Por fin, un sofá rojo, sillas de mimbre y profusión de cuadros religiosos. No lo era solamente uno, enmarcado de conchas marinas, que representaba un canal de Venecia con largos gondoleros y una discreta pareja bajo el toldo. "Cuando venga la luz eléctrica pondré un foco detrás y estarán como vivos" —solía decir el párroco que lo tenía en gran estima, pues era tejido a mano por una hermana suya.

Argudo sonreía ante el cuadro cuando volvió el cura. Tenía las manos juntas, ahuecadas cerca del rostro, como si trajera un gorrión entre ellas.

—¡Mírela! ¡Tóquela! —dijo, y retiró la una mano y mostró en la cuenca de la otra una cabeza humana diminuta.

Argudo dio un paso atrás.

—¡Una tzantza! —dijo.

—La traje un jíbaro ayer, es fresquecita . . . ¿Qué me dice? . . . Parece de viejo.

Tenía el tamaño de un puño pequeño y parecía realmente un rostro de anciano.

—¿O será de niño y las rugas . . . —mírelas— serán por defecto del cocimiento? Pero no, es perfecta . . .

Aquí hay unas canas, aunque ralas, mírelas . . .

Pero Argudo se alejaba . . . El cura siguió:

—Esto es ciencia . . . Mire . . . Ya un sabio del Bra-

sil está buscando el secreto . . . Adiós cáncer . . . Los indios cuecen las cabezas de tamaño normal en una infusión de hojas nunca tocadas por el hombre blanco y ven así a sus enemigos —dicen— irse achicando como si se alejaran, pero con los rasgos cada vez más cercanos, ¿comprende?, más claros, idénticos, perfilados . . . El cáncer se reduciría a un punto.

—Pero déjelo, déjelo en alguna parte . . .

—El cáncer va creciendo, va inundando al mundo...

—Este es un cáncer al revés . . .

Por fin el cura dejó el rostro sobre un libro. ¿Se siente mal? —dijo—. No, —contestó Argudo— pero es que . . . Envíe un recado a mi madre, por favor. Que he llegado ya, que iré pronto.

* * *

Un candelabro de cuatro brazos, sin luz el uno, roto, alumbraba la sala.

El juez se había ido después de la merienda y ahora el joven y el cura jugaban la baraja en la mesa del centro.

—Y siete y sota y caballo y rey —exclamó el cura y recogió, gozoso, todas las cartas de la mesa—. Y dos de limpia —añadió, mientras tomaba un grano de maíz y lo colocaba a su derecha.

—¡Mala suerte! —exclamó el joven arrojando las cartas—. Y en todo . . .

—¿Cómo? ¿Qué le sucede?

Un sudor copioso se anunciaba en la frente blanquísima del hombre entre las venas fuertemente in-sinuadas.

—La mala suerte . . . hoy las huacas, ayer el río se nos lleva al mejor de los cocolos de mamá . . . y ahora este candelabro y todo . . .

—¿Qué tiene el candelabro?

—Malos recuerdos . . .

—Déjese . . . son cosas. Ya no lo verá más . . . Última noche . . . Me viene una petromax de lujo. ¿La ha visto? . . . Camisola de seda y alumbran como el día. Y mire: mientras usted pierde yo hallo . . . Ahora me hice de un longo lindo.

—¿Cómo?

—Me lo dio el padre . . . ¡Pobre gente! No tiene con qué alimentarles a los hijos . . . ¡Y no llueve!

—¿Y cómo es él? ¿No será el nuestro? —exclamó Argudo.

Y el cura, arrepentido de haber hablado:

—No creo que se trate del mismo . . . Este es muy, pero muy flaco.

—Ya lo verá, doctor —siguió Argudo, excitado—. ¿Dónde está el chico?

Y se puso de pie.

—¿Será posible? Con razón . . .

—¿Qué? . . .

—El indio parecía receloso . . . —Y el cura se interrumpió—. Vaya, vaya verdaderamente lo sentiría.

—¡Muéstremelo!

—¿A estas horas? . . . Ya no anda ni un alma por la casa. Los cocolos estarán durmiendo.

—No importa, solamente quiero verlo.

—Bueno, pues, sígame.

Tomó el candelabro y salió seguido por Argudo. El viento doblaba las llamas de las ceras. Los hom-

bres pasaron al otro tramo del edificio y siguieron por un corredor angosto, a trechos sin barandas, que quedaba sobre el huerto.

Por fin el guía se detuvo y empujó una puerta ennegrecida. Un sucio camastro apareció al fondo del cuarto y sobre él inermes, estrechamente abrazados, los dos niños.

—Es el del rincón, el recién rapado —dijo el cura. Ya le han cortado el cabello al niño y la luz ilumina cruelmente el cráneo blancuzco, oscuro a trechos, rapado con tijeras.

Argudo se le acercó.

—No lo he visto nunca —dijo, moviendo la cabeza.

—Vaya . . . ¡Qué alivio! —respondió el cura—. Vámonos.

Y, antes de salir, se detuvo.

—De una vez —dijo— le daré una orden al mío. Y, acercándose al lecho empujó al de la lora, pero se despertó el otro.

—Acostumbrado a cuidar la chacra —comentó el mozo.

El niño abrió los ojos, pestañeando y alzó la cabeza.

De pronto, se incorporó, atónito:

—¡Patrón! —exclamó y trató de saltar de la cama.

El candelabro proyectaba sombras de indios malos arriba contra el muro.

—¡Le reconoce a usted! —comentó el cura, apoderándose del niño.

—Y yo no . . . ¡Qué raro!

—Claro —dijo el cura— usted es uno y ellos . . . miles.

—¿Por qué te asustas? —preguntó Argudo al niño. Y le puso la mano en la cabeza.

El indiecito se abrazó a la sotana.

El mozo sacó una moneda.

—¡Coge, te está dando! —dijo el cura.

Por fin lograron calmarlo.

—¿Quién es tu taita? ¿Por qué te ha vendido?

—Plata necito, dijo a mama, llorando estaban. Vacas también vendieron para irse.

—¿A dónde?

—A mí no avisaron. El Villa también se va. El vendió en Cuenca.

—¿Al hijo?

—A ambos. Vos no tienes vacas, vende ambas guaguas, le dijeron.

—Y a mí ¿dónde me has visto?

—En hacienda.

—¡Ah! —dijo de pronto Argudo— debe ser hijo de uno de los indios de esta mañana. Mi hermano ha tenido que sacarles a látigo del río . . .

El niño lloró nuevamente.

—Eso es, eso es —siguió Argudo, confirmando sus sospechas—. Hasta con los hijos habían estado. ¿Y va a creer usted?: buscando oro. Se les ha puesto que hay oro y con ese cuento faltan al trabajo.

Si hallaran algo, pase; ¡pero nada!

—Yo le diré —rectificó el cura— que ya el otro día un indio me pagó en oro un bautizo.

—Será de los lavaderos.

—Pero vamos . . . los piojos . . .

Salieron, cerrando la puerta. El viento sonaba en

las luces. Con la mano en concha sobre ellas, el cura avanzó lentamente.

—Por el corredor siniestro —recuerda el joven— arrastrando la luz amarillenta, venía la abuela con el candelabro. Los ojos brillantes y la fina nariz arqueada, pequeñita . . . Entonces fue la primera vez . . .

Ahora el corredor no se acababa nunca. Grupos de gallinas se movían al sentir la presencia de los hombres, sobre las tablas amontonadas en desorden. Un perro aulló largamente, allí, muy cerca, junto a la traspuerta del convento. —Empieza el hambre —dijo el cura—. ¡Ese cielo! Mire: ¡una custodia! Parece que Dios no fuera a darnos lluvia nunca más . . . ¡Es el fin!

Se detuvo, como impresionado por lo que él mismo había dicho y volvió el rostro hacia Argudo: había desaparecido. Y, de repente, un largo grito se alzó tras un montón de tablas que empezó a desmoronarse, intermitentemente, como movido por aletazos de gallinas decapitadas.

IV

LOS ARGUDO

Vinieron hace más de trescientos años, cuando la ciudad era apenas caserío, con pocas calles floridas en las cercas de los solares, creciendo desde la plaza grande hacia las colinas, pero más hacia las aguas, rumbo al sur, donde los ríos andan casi juntos, separándose a trechos en líneas de letra de mano y uniéndose por fin al fondo del valle, turbio el Tarqui, yodado el Yanuncay y de color de vidrio de botella el Tomebamba.

Latifundios tendidos hasta la última línea de los Andes, de límites azules, hilvanáronse en la tierra tan poco ha del Inca, libre y entera.

Los Argudo se establecieron tras la primera cadena de montañas, en el valle del Paute, puerta del Amazonas. Medio valle fue de ellos y en él arraigaron hondamente con raíces que hasta hoy viven, mas casi a flor de tierra, unas, y otras anillándose en el aire ... entre las carreteras de automóvil.

Eran crespos, de perfiles enérgicos. De tiempo en tiempo un pelirrojo irrumpía, crespo también, con rostro aleonado.

Sus matrimonios se hicieron con dueños de la mitad restante del valle y con ricos de otros sectores de la provincia, o, también, con mucha frecuencia, se desposaron primos y así fueron multiplicándose. Una rama se "desgajó", según propia expresión de la familia, pues se unió a otra del pueblo que fue, no obs-

tante, al iniciarse la República, la más fresca e ilustre. Otra también se quebró, pero para secarse: fue cuando la “imborrable tía Angela”, de repente, a los cuarenta y cinco años de su soltería, se abrazó como una loca al hijo del mayordomo, mozo de veintitrés, mártir primero y viudo por fin, a los veintisiete. Y la imborrable tía había gastado su juventud entera en odiar a los retoños de la primera rama desgajada:

—Los cholos . . . —decía, anunciando a los niños, cuando éstos entraban de visita donde la abuela.

Esta reaccionaba:

—¡Angela! . . .

Los nietos recorrían la casa y se quedaban absortos ante los viejos retratos:

—¡Ese obispo con la mano seca!

—Esa monjita . . . ¡Qué linda! No parece . . .

O elevaban el índice hacia una dama con abanico.

También solían acercarse a las enormes puertas de la despensa por cuyas abras veían chirimoyas, nísperos, panela, miel, llegados el último sábado, en larga recua de mulas, desde el valle.

La abuela lo notaba, porqué a la última niña —una pecosa de largas trenzas— sentada a su falda por orden suya, se le iban los ojos detrás de sus hermanos. La anciana cerraba entonces el grueso tomo del Año Cristiano, de canto dorado, y con el índice entre las páginas de la lectura, llamaba:

—¡Angela!

Tenía que hacerlo repetidas veces, hasta que por fin asomaba la solterona agria, siempre de negro, con un sonido de llaves en la seca cadera.

—¡Fruta para los niños! —decía la abuela.

—¡Cuando estén a punto de irse! —respondía—. Y se iba tras la mampara.

La anciana musitaba entre dientes: ¡Ese orgullo! ¡Ese orgullo! Pero los niños se despedían al instante y seguían, por un largo corredor en penumbra, la silueta de la déspota.

—¡Esperen!

Y los dejaba en los umbrales de la gran puerta abierta ya.

—Ahora . . . ¡de uno en uno! —ordenaba—. Y les iba llenando los bolsillos con cuanta fruta podrida encontraba.

.
Hubo un loco. Había sido raro desde niño. A los ocho años de edad le dio por no levantarse de la cama, sin causa aparente alguna. Permanecía días enteros —él, de raza madrugadora— bajo las cobijas, mientras el sol rodaba en la sobrecama. El padre, agotados los medios más corrientes para sacarlo de su manía, dio en decirle, dando muestras de horror en su mirada:

—¡El colchón chupa la sangre! ¡El colchón chupa la sangre!

A los diecinueve años se remató. Tuvo tema tremendo: sentíase perseguido por un colchón de horribles ojos y de cien pies reptantes, ebrio de sangre y sediento, que se llegaba a la ventana de su cuarto, por el corredor oscuro en el crepúsculo o por los tejados en las noches, dejando la horripilante huella de sus ombligos sangrantes entre los canales.

El loco murió despeñado.

Otra rama quiso “desgajarse” en el pasado siglo y

hasta hace poco había entre las ruinas coloniales donde hoy se alza un palacio de mármol, garfios de hierro fijos en los muros del calabozo y huellas de cadenas. Estas fueron para el loco, pero esta vez sirvieron para el enamorado: el padre lo libertó solamente cuando la joven pobre se casó con hombre de su clase y el nuevo "loco" entró en razón a tiempo y se unió a una prima.

Amaron todos el campo y las viejas damas hablaron con soltura el quechua para mejor tratar con las gentes de la hacienda: sabido es que los indios de Quito aprendieron el idioma de los Incas no tanto por la labor de los mitimaes cuanto por la de los españoles, quienes les obligaban a dirigirse en quechua a sus señores, pues consideraban insoportable que los indígenas les hablasen en lengua de Castilla.

En lengua de Castilla y en quechua habló la hermosa monja, es decir la muchacha que luego se hizo monja y que fue la más bella Argudo: Carmen, con un no sé qué en sus líneas finas que recordaban, como el humo, los retratos del Greco. Dicen que la Carmen actual se le parece, aunque no hay duda de que aquella fue mejor. También es pelirroja, ésta, de un rojo oscuro de bronce, pero la otra tenía el cutis puro y su piel solamente en las manos era roja, y eso apenas. Se tenía, al mirirlas con este pensamiento, la sensación de buscar la herida en el cuerpo de una tórtola: se le ve la sangre, de repente, y luego no se la encuentra. Aquí está; —se dice por fin— pero ya la tórtola agoniza.

Debía de tener los senos como en éxtasis y el monte de Venus como herido de luz suave y profunda.

.

La hacienda producía caña de azúcar y toda clase de frutas subtropicales, en el valle. En el huerto de junto a la casa había también un cafetal, pero pequeño, para el gasto de casa solamente. Los mismos dueños solían desgranar los rojos racimos y luego tenderlos bajo las palmeras. Así, del árbol al sol, de éste al filtro y de la taza al paladar, era exquisito y su fama se hizo proverbial entre los allegados.

Lejos del río, en las frías alturas, ondulaba el trigo. En la actualidad, al cosecharlo, se lo guarda arriba, en la antigua capilla; pero antes, sobre todo en los años de sequía, se lo traía al valle. En el “año del cometa”, cuando el de Haley apareció sobre los Andes, vino el hambre. Bajo la luz verdosa del cometa, como producida por las fosforescencias de un osario, los perros se disputaban los cadáveres como arañas enormes, capaces de devorar un hombre, bajadas por la telaraña dantesca de la cola del astro.

En una de esas noches, los campesinos, desesperados, derrumbaron las puertas del granero. Desde entonces, el trigo pasó de la tierra a los lomos de las bestias, que bajaban desde los cerros y atravesaban a nado el gran río hacia la casa grande.

Ahora existe un puente en el antiguo vado.

El trigo ondulaba desde el umbral del depósito y se iba levantando en olas que llegaban adentro a la altura de un hombre.

Una mañana la hermosa muchacha subía por las gradas de tierra que conducían al granero, cuando el sol le dio en los ojos. Se le antojó sostenerle la mirada unos instantes y cuando entró al desván, encandi-

lada, no podía ver el trigo que sentía bajo sus pies y que le cosquilleaba los tobillos, pero sí un haz de espadas brillantes ante sus ojos. Y se le ocurrió que eran las siete de la Dolorosa. No bien pudo ver el trigo, volvió a mirar al sol, desde el umbral y otra vez las espadas, pero ahora hasta con el fondo azul y rojo del cuadro de la Virgen. Juntó las manos y se estuvo quieta, en hondo arrobo místico.

Cierta vez pasó de la hacienda vecina un primo suyo, recién llegado de la Universidad de Quito, y todo cambió. Pero una tarde, Carmen hilaba junto a la vidriera, con rueca, como las indias. Lo hacía en una larga vara de retama y una india la guiaba. De pronto, el granizo golpeó los vidrios. Esto en Cuenca era frecuente, pero en el valle no. "Nunca vi esto aquí en la hacienda", dijo Carmen. La india repuso que ella sí, pero cuando era pequeña. La tarde se aclaró muy pronto y luego el sol y un gran viento orearon el campo. Lejos, hacia la tierra de las tinajas, llovía. Truenos profundos llegaban de cuando en cuando y los vidrios temblaban. Pero en el valle había sol. El río comenzó a crecer. Pronto la gente, alarmada, se llegó a sus orillas. Pasaba ya con grandes troncos, negro de barro, en tumbos imponentes. Y era extraño el sol tranquilo de la tarde sobre tanta furia. Carmen sentía secas las yemas de sus dedos y una extraña sensación de angustia. Es como si uno llevara algo por dentro y no pudiera decirlo, pensó. Y así estuvo hasta la noche. Ahora esperaba al primo en el vado con la india. El río bramaba todavía.

—¡No paseeee!— gritó al oír un silbido en la otra banda. Pero el mozo le clavó las espuelas al caballo

que giró sobre las patas traseras y entró al río: una línea oblicua, cada vez más rápida, aguas abajo. Luego, un grito entre el estrépito de las olas ya invisibles . . .

Y el luto.

Con la tragedia renacieron las tendencias místicas. Los vidrios catedrales que aún hoy iluminan cierto templo, son conmemorativos.

.

Uno de los hombres de esa época, un gigante de perfil romano, hubo de vérselas con García Moreno. Llegó un día éste, como de costumbre, sin anuncio previo, cayendo como un rayo sobre la provincia, después de haber atravesado las que lo separaban de Quito en tres días —se hacían en ocho de ordinario— renovando caballo en el límite de la resistencia de la bestia, y golpeó las puertas de los Argudo. Pasaba en ese instante por el patio Carmen, y, al mirarlo —no lo había visto nunca antes— tembló y se le cayó de las manos la vajilla de plata que traía.

—¿Quién es? . . .

—García Moreno.

Ya bajaba las anchas escaleras coloniales el hombre de la casa. Llegó al callejón con los brazos abiertos. Y avanzó el Presidente en igual forma, mientras temblaba todavía la muchacha entre las madre selvas del patio. Después lo supo ella: se habían batido a lanza en Quito, cuando jóvenes. Argudo guardaba como una reliquia una cicatriz en el bíceps.

* * *

Diego se despertó en el cuarto de huéspedes, y saltó descalzo de su lecho.

Su padre dormía aún. El niño se llegó a la vidriera: el patio húmedo vahaba lentamente, ya con sol, y un indio salía en ese instante de la huerta, también él con un pequeño halo de niebla en los hombros. Árboles enormes se alzaban detrás de los tejados y en el patio mismo una palmera chilena de tronco tan grueso que Diego, asombrado, movió la cabeza. Levantó luego la cortina para ver el penacho y la luz le dio en el rostro: era moreno, de mentón delicado y fina nariz, ligeramente corva; ojos muy vivos, pero hondos; frente amplia y cabellos crespos, de un castaño de cedro. La huella del cordón le bajaba desde las sienes, vertical sobre el hombro, donde clareaba un parche en la camisa.

—¿Qué haces? —oyó.

Era la voz de su padre.

—... Buenos días.

Y corrió a sus brazos.

—¿Dormiste? —le preguntó el hombre.

—Sí, pero cuénteme lo de anoche a media noche.

—¿Oíste anoche esos ruidos? ... ¿A media noche?

—Sí... traían un herido. Pero hablaban muy despacio.

—No era herido...

—¿Y entonces?

—Otra vez te lo diré. Y oye: ¿Ves ese retrato?

—y le indicaba al fondo uno pintado al óleo. —Es tu bisabuelo —siguió—. También tú eres Argudo, por tu madre. Pero con la sangre sana del antiguo pueblo que te salva: mi abuela fue hija de un platero.

—¿Y su abuelo?

—Bueno, un médico famoso; pero ella era hija de un platero del pueblo. ¿Has oído? Te lo cuento para que nunca tengas prejuicios, es decir, tontas ideas.

—Yo . . .

—Sí, lo sé. Pero te falta todavía.

—¿Qué me falta?

—Bueno . . . crecer especialmente. Ya vendrá el día.

Diego miró el retrato.

—¿Y para qué hemos venido ahora? —preguntó.

El padre meditó un instante.

—Eres muy habladorcito —dijo, por fin— si no te lo diría; pero no tiene importancia para ti . . .

Vístete.

Y le dio ejemplo saltando de la cama. También el niño alargó el brazo hacia su ropa.

—¿Y la tierra de las tinajas? —preguntó, mientras se movían en el cuarto.

—Arriba . . . ¿Ves esos cerros?

Y levantó la cortina: lejos, con enormes grietas y manchas de tierra roja, ahora a la luz tierna de la madrugada, se sucedían las montañas en cresterío ascendente. Jirones de niebla iban ladera arriba desde el río, rozando los retamales.

—Esa . . . ¿Y no sabes? —continuó el padre—. Mañana nos vamos hasta allá. Te vas en un caballo chiquito . . . ¿Podrás?

—¿Cuántos días?

—Uno, dos, depende . . . No lo sabemos todavía.

Se lavaron. Luego, el hombre se sentó, distraído y el niño pegó la cara a la ventana, contemplando los

cerros. De repente, llamó a su padre, moviendo el brazo solamente, sin apartar el rostro de los vidrios.

—Mire . . . ¡Están destilando! —exclamó, emocionado.

El hombre rió.

—Sí, pero esto no es como lo nuestro —repuso—. Y le explicó lo relativo a las haciendas de caña y el Estanco de Alcoholes.

—Cuidado digas nada de lo otro —terminó.

—¡Papá! . . .

—Es que por distracción y viendo el chorro . . .

—¡Fíjate en el chorro! Es diez veces más grueso que el nuestro. ¡Y el alambique!

Diego se había pegado a los vidrios. Bueyes de curvos cuernos giraban, altas las cabezas, arreados por una niña de polleras amarillas, mientras las cañas pasaban de las manos de un indio al trapiche, entre chorros de jugo. De cuando en cuando la pequeña india silbaba y levantaba los brazos tras los bueyes, sin separarse de sus huellas.

—¡Qué maravilla! —exclamó Diego—. . . Nuestro subterráneo. ¡Imposible!

— . . . ¡Cómo! ¿Querrías toros en el subterráneo?... De afuera llamaron.

—Adentro . . . ¡Señor Argudo! —exclamó el hombre, saliendo al encuentro del hacendado.

Este era hombre alto, muy grueso ya, de unos sesenta años.

—¿Y cómo amanecieron? —dijo—. ¿Y usted, hombrecito?

Y oprimió con sus enormes dedos las mejillas de

Diego. ¡Cómo se ha apretado! decía, riendo e indicaba la huella enrojecida del cordón, en las sienes del niño.



Después del almuerzo Diego se avergonzó. Había oído en la sobremesa la historia de las siete espadas, y, enseguida, no bien se levantaron corrió hacia el patio grande. En vano había buscado, mientras oía el relato, al sol entre los vidrios, pues eran las doce y el astro estaba sobre los tejados. Salió pues y repitió la experiencia, maravillado, en medio patio. Pasaba en ese instante la niña del trapiche, y la llamó.

—¡Ven a hacer esto! —le dijo— y le enseñó el juego, dejándola encantada. Pronto ella hasta lo innovó:

—Primero con el un ojo ... Y más acá ... —decía—. La palma se mueve mucho.

Un cocolo los veía, asombrado, acercándose por momentos.

Lo llamaron.

—¡Más largo rato! ¡Más largo rato! —le decían luego, dirigiendo hacia el sol la cabeza ojiabierta del chico.

—¡Longo! —gritó el patrón desde los corredores.

El cocolo acudió al llamado golpeándose en los pilares, medio ciego.

—¡Toma las siete espadas! —gritó el hombronazo y descargó los nudillos sobre la desnuda cabeza.

No se reía.

—¡Ni más!

Y el niño se refugiaba entre sus propios brazos.

—¡Ni más!

Corrió por fin, escaleras arriba, gimiente, sin acertar todavía a orientarse.

Diego se ocultó tras la palmera y vio con alegría cómo las largas polleras amarillas desaparecían en el gallinero. Oía todavía los pasos del hombre en el corredor cercano de anchos ladrillos. Al fin los pasos se alejaron. Pero el niño no se movió sino cuando un pelirrojo algo menor que él —le llegaba al hombro —brotó del tronco de la palmera a su lado.

Era el último Argudo.

V

TARJAS

Las tinajas —iba pensando Diego— estarán bajo la tierra como jícamas. ¿Y si al cavar las rompemos?...

Sonó el río . . . Habían entrado los jinetes a la recta bordeada de altos sauces reales que conducía al puente. Iba delante Argudo el hijo mayor, alto y fuerte, con enorme sombrero y zamarros de cuero de anchos bordes con huellas de barro seco. Detrás, el pelirrojo en un caballo diminuto y Diego en otro de igual tamaño, negro también, mas sin la frente blanca. Les seguían Urdiales, el “mayoral de arriba”, chagra sombrío, con una cicatriz en lugar de la ceja izquierda y tres indios enjutos que trotaban al paso de las bestias. A la grupa de la del mayoral iba la alforja de las tarjas. (1)

—¡No miren el agua al pasar el puente! —dijo el mozo, volviendo hacia los niños su rostro barbado. Sonaron los cascos de su caballo en las primeras tablas.

—¡Agárrate de las crines! —le dijo el pelirrojo a Diego.

El agua se arremolinaba entre enormes piedras y era visible a través de las tablas rotas.

La una mano en la copa del sombrero y la otra en las crines del pequeño caballo, Diego iba entre el gran viento, respirando apenas.

(1) **Tarja:** pequeña vara de madera en que se lleva la cuenta de los días de trabajo de un peón indio.

—El sombrero . . . —le había dicho el padre—. No es necesario que te lo aprietes tanto: no es casco.

Ahora sentía la mano segura de un indio en su tobillo, junto al estribo.

En tanto, la tierra se empinaba y el camino la seguía en zigzags, como prendido a las pencas. Pronto el valle comenzó a alejarse, con el río entre las arboledas, pero el viento traía todavía las orillas . . .

Diego se acordó de cuando jugaba junto al molino tapándose y destapándose los oídos.

Entraron después en una angosta garganta y se acabó el horizonte. Tan sólo cactus de rojos penachos agobiados, en las cercas, y en el piso guijarros pizarrosos. Arriba el cielo, estrecho como el camino, de un azul profundo y medio cubierto a veces por el ramaje de los capulíes. Una hora más. Por fin las cercas se quedaron atrás y los viajeros entraron en la primera mancha de tierra colorada que Diego había visto desde la ventana.

—¡Ha sido enorme! —pensó el niño.

Y cuando la cruzaron, llegaron al páramo. Ya no se veía el valle. Los cerros del otro lado solamente, azules y un frío pajonal por donde quingueaban, confundándose a trechos, senderos de tierra negra, cavados por el trajín entre la paja. Ondulaba ésta como estéril trigo o frágil paja toquilla en todo el horizonte.

Diego pensó en las tejedoras de sombreros: "Debí responderle a papá: es que mi sombrero es muy liviano, muy fino, tejido por la María grande de la esquina". ¿Qué será de ella? Estará entrando a la tienda o rodeada por las otras tejedoras, en el umbral de la puerta grande. ¿Y mis hermanas? ¡Qué lejos! Estarán

en el subterráneo con la anciana india, o junto a la huella, siguiendo la línea de hormigas . . . ¿Y si el hombre herido hubiera huido acá, a este páramo? Debe de estar ahora en una grieta . . . ¡Qué pueda ser esta la tierra de las tinajas!

El viento emblanquecía la paja, arrancándola gritos ahogados, o silbaba obstinado, aguda y largamente.

Los gavilanes planeaban moviendo, de repente, las alas y otra vez deteniéndolas, abiertas y ascendentes.

Bajaban tanto a veces que se les veía las patas recogidas y los ojos en atisbo.

—¡Los cóndores! —exclamó Diego.

Todos rieron.

—Esos más lejos —dijo el chagra— arriba, ya en la cordillera.

—¿Y esto, entonces, qué es?

—Revuélvase —dijo el mayoral, deteniendo a su caballo—. ¿Ve allá al fondo? Eso se llama cordillera.

De aquí, un día.

—¡Avancen! —gritó el mozo, esperándolos y Diego veía —parecían moverse a la distancia— las azules montañas, cada vez más altas.

—¿No conoce ni eso? —le dijo el pelirrojo.

No supo qué contestarle, y cuando encontró una frase prefirió no decirla.

Además, los cóndores le obsesionaban:

—¿Y se los coge? —preguntó.

—¿A cuáles?

—A los cóndores.

—Con rifle, o escondiéndose en un hueco bajo un

toro muerto —dijo el otro niño— para que se coman el ganado ¿sabes? Pueden llevarse un toro en las garras. Atacan a las vacas y hasta pueden matarlas de un solo aletazo.

—¿Y cuándo los has visto? —le interrumpió el hermano mayor, riendo.

Los indios respiraban ruidosamente, con el poncho al brazo y las pantorrillas desnudas, en duro juego de músculos, manchadas de tierra roja.

Ya estaban descendiendo, aparecieron las primeras chozas, grises, con cruces de retama en los techos, y de repente, al fondo, como un reloj con la tapa levantada, las doradas eras. Giraban los caballos sobre las espigas, y más arriba otros, a cual más diminuto.

A Diego se le escapó su estribillo como un pájaro:

—¡Qué maravilla!

Argudo contó las parvas: cuatro, cinco . . . El otro año eran nueve —dijo.

—Así es patrón, y eso . . .

* * *

—De la parva a las patas, de la parva a las patas, ¡Qué no parennn!

—El longo pajarero que no duerma!

Grandes bandadas de tórtolas, uncidas a su sombra, la arrastraban por las laderas soleadas, rumbo a las eras.

Un niño, alerta, restallaba su honda a cada instante.

—A poco trigo, mucho pájaro —comentó el amo,

impaciente. Luego detuvo a un indio que pasaba, apenas visible, bajo una gran carga de tamo.

—¿Cuánto calculas?

—¿Fanegas?... Unas treinta, amito.

—¡Sólo treinta!... El otro año noventa. ¿Y los huasipungos?

—Amo... eso ni digas. Cueros pelados parecen en la loma... Maicito por los suelos... Cebada flaca.

—Anda nomás.

Siguió el indio por el rastrojo y el amo se dirigió a otra era.

Gavillas —pequeñas, las más, a hombros de niños— iban hacia las eras desde el campo. Al fondo, unas mujeres se agachaban sobre la tierra y se erguían nuevamente, despacio, deteniéndose más lejos.

—Mucha vieja chaladora ha venido, verás Andrés, anda y aléjalas —dijo el amo—. No está el tiempo para hacerse de la vista gorda.

—¡Largo! —gritó el esbirro, inclinándose y haciendo ademán de arrojarles piedras.

—Anda, anda, allá mismo, no te oyen —dijo el hombre—. Que por lo menos recojan más lejos.

El sol ya estaba descendiendo.

—¡Nos va a coger la noche, muévanse! —gritó Argudo.

Las crines caídas sobre el cuello y las ancas brillantes, con briznas de paja en todo el cuerpo, los caballos giraban, resoplando. Sus sombras rebasaban hasta los rastrojos mientras la luz se hacía astillas en sus cascos, entreverada al trigo.

—De la parva a las patas, de la parva a las patas... ¡Grítale duro!

—¡Arrrrreee!

Obedecía un niño, detrás de los cascotes, enmadejada la mano en el gran rabo del último caballo.

—¡Giraaa! ¡Giraaa!

* * *

La antigua capilla, granero hoy, levanta su pequeña torre en la linde del campo cultivado. Hacia allá va Argudo, seguido del "mayoral de arriba".

Hay que abrir el granero. ¿Cómo estará eso?

—Bien, patrón.

—Oye, —sigue— ¿cuál es el chico que vamos a llevarnos?

—El pajarero. ¿No lo vio? Vivo es el cholo. Ha estado viviendo con la agüela, desde que quedó sin taita.

—Que no vaya a irse. . .

Y llama a un indio.

—Dile al longo pajarero —le ordena— que no se vaya cuando acabe el trabajo, que ahora aquí ha de dormir.

El indio corre hacia la era.

Ya están junto al granero. Argudo entrega al chagra una enorme llave, enmohecida, pero en ese momento suena la campana.

—¡Ya los chicos se han subido a la torre! —exclama—. Diles que bajen; pero no: primero abre la puerta.

El sol del cerro, y las chaladoras y las tórtolas le han roído el humor hasta el hueso.

El esbirro hace esfuerzos grotescos, mirando al amo de reojo, listo a evitar un golpe. Cada puerta es un muro.

—¡Y han entrado pájaros! —dice Argudo.

Un rumor de alas crece, adentro, con el chirrido de las puertas.

—No patrón; murciélagos son. Y no han entrado: del ratón viejo se hacen . . . ¡Ya!

Giran las pesadas puertas.

—Cuidado patrón, afuera espere. . . Yo primero.

Y el mayoral entra con los brazos en guardia a la altura de la cara, entre los murciélagos. Uno le roza las orejas.

—¡Duele!

Vuelvan ante la luz los horribles bichos, como abiertas navajas, y se refugian tras las vigas. Santos sin brazos, rotos reclinatorios, pueblan los rincones. Sólo un gran Cristo de túnica morada está completo, en una silla, atado, y con la sangre a lo largo del rostro cadavérico.

Los indios van llegando y se agrupan en las puertas con los fardos al hombro.

* * *

—Busquemos lagartijas.

—¿Y las tinajas?

—¿Qué tinajas?

Y el pelirrojo abre la boca.

—Esta es la tierra de las tinajas —afirma Diego.

—¿Dónde?

Y mira a todos lados, asombrado.

—¿No sabes?: Tinajas de los Incas, con sol, cuando se les pone agua se van levantando.

Lucha por no decir que en casa tiene una.

—No creo —concluye el otro, moviendo la cabeza.

—¿No crees? Si fuera más temprano . . . Lástima que mi papá no vino. . .

El otro iba a replicar pero un indio con un niño trezado de la mano pasa cerca de ellos.

—¿Es ese? —exclama el pelirrojo—. ¿El pajarero? ¡Tráelo!

Y corre al encuentro del niño que llega asustado, sin saber aún de qué se trata, con la honda enredada a las largas trenzas.

—¿Tú eres? —sigue el pequeño amo—. ¡Te vas a Cuenca mañana!

Y dirigiéndose a Diego:

—Este es el cholo que se lleva tu papá mañana.

—¿A nuestra casa?

—No, para el señor Oñate; papá le ha regalado.

Y dirigiéndose al niño:

—¿Cómo te llamas?

—Manuel Cuzco.

Pero contesta apenas. ¿Y la agüela? —le dice al indio grande, mientras le rodean los ojos gruesas lágrimas.

—Ya he de hablar con ella . . . —le consuela el indio, y se aleja, en silencio.

—¡Tonto! —sigue el pelirrojo, llevándolo hacia la capilla—. ¡Te luciste!

Diego los sigue, preocupado.

—Ella está sola, ¿cómo es? —pregunta—. No llores.

—Tonto. . . ¡llorar! —gritó el otro—. Préstame la honda.

Y el mismo la desenreda de los hombros del dueño y se agacha en busca de piedras.

—¿No sabe y está sola? —insiste Diego—. Pero el pequeño indio lo mira receloso y no le contesta. Se sume después en un profundo mutismo. En tanto, la honda, zumba en el brazo inexperto y la piedra se estrella, hacia atrás, contra el muro.

* * *

Los últimos fardos llegaron medio perdidos ya en la noche, sobre los hombros de los peones.

El mayoral encendió dos grandes velas y luego vació sobre la mesa la alforja de tarjas.

—¡Apúrense, llamen a todos!

Los indios se iban reuniendo en el granero.

—Si no se apuran —siguió el chagra— tienen que bajar al valle para acabar las cuentas: amo está esperando a los primos. Temprano han pasado, a cazar venados.

—Ya viniendo están —contó una india— hace rato aparecieron por la loma del hato.

—¿Del hato? Entonces, media hora más y llegan. Por eso, apúrense.

El amo entró en seguida y se abrió paso entre los ponchos.

—¡A ver! —dijo, sentándose ante la mesa. Abrió una gran navaja, tomó al azar una tarja del montón y observándola, gritó:

—¡Ambrosio Yunga! ¿Cuánto?

De entre el grupo avanzó un indio.

—Aquí, amito . . . Cinco días.

Acucioso, el mayoral revisó sus apuntes.

—Cierto es —dijo por fin.

—¡Otro! Y el amo grabó la tarja —tarjó— y se apoderó de otra. —¡Pedro Cumbe!

—Aquí.

Se acercó un indio seguido de su hijo y de una anciana.

—¡Ya me vienen con chicos y con viejas!

—Pajarero es, amito, él también. Ella duro ha trabajado.

—Bueno, primero vos, ¿cuánto?

—La semana.

—¿Y la vieja?

—Ella también, semana.

—No patrón, —intervino el chagra—. Cierto es que ha estado la semana, pero las viejas no hacen nada. Más lo que chalan. Cuatro días puede apuntarle.

—Bueno, cuatro. ¿Y el chico?

—El cá así mismo, semana entera, amo.

Y el esbirro:

—Yo vi en la parva las tórtolas hirviendo. Grité hasta hacerme ronco a que accione . . . Boca abierta es el longo.

El chico escarmenaba la honda, sin atreverse a replicar.

Diego y el pelirrojo entraron y se acercaron, despacio, a la mesa.

—¡Otro pajarero! —dijo el uno. Diego miraba en torno, asombrado. El altar, tras de la mesa; el grupo rojo de ponchos, angustiado, suspenso, y, al otro extremo, la cosecha.

—Primero ven acá —le dijo el amigo, llevándolo hacia el trigo—. Voy a mostrarte todas las cosas y

puede que nos hallemos algo. Fíjate, el otro año llegaba hasta acá el montón, hasta esta raja.

Y señalaba, en el muro, granos de trigo reunidos en las grietas, un metro más arriba del nivel actual de la cosecha.

Diego se acordó de la mata de retama de bajo el puente, deformada aún por las aguas de los días de abundancia, pero ahora en el aire.

—¡Cierto! —exclamó, pero la voz de Argudo el mayor iba subiendo de tono y los niños miraron hacia la mesa.

—¡Otro! . . . ¡Manuel Yaulli! —llamó Argudo.

—Ausente.

—Juan Cumbe.

—Ausente.

—¿Qué se han hecho?

Nadie contestaba, pero todos los indios se miraban entre sí, expresivamente.

—Son de los veinte que faltan —le dijo al amo el mayoral en voz baja.

—Ya hablaremos de eso abajo. Sigamos . . . Tacuri . . . ¡Felipe Tacuri!

Ahora su voz era más dura. Por todo el grupo recorrió un murmullo ante este nombre.

—Este cá mama trajo, hijos; entre seis eran.

—¡Felipe Tacuri! . . . —repitió el amo.

El indio, una anciana y varios niños avanzaron hacia la mesa.

—Vaya, ahora sí . . . —dijo el amo al mirarlos.

—Ahora sí . . . ¡Ni para qué!

—Aquí, amo, balbuceó el indio.

—Sí ¿acaso no te veo? Aquí estás ... y cómo ...
¡con guaguas tiernas!

—...

—Das mal ejemplo a los otros —siguió Argudo—.
¡El que más debe y el más pretencioso! Hasta al
señor cura le debes, preguntándome estaba por ti el
otro día.

—Cinco sucres nomás debo ya. Hijito más grande
llevó hace dos meses por los treinta.

Los indios afirmaron con las cabezas. Diego, ad-
mirado, todo él ojos y oídos, se aferraba al poncho de
un indio cercano a la escena.

El gamonal revisó la tarja:

—¡Hasta los ojos! —dijo, viéndola de abajo arri-
ba—.

A ver ... Vos primero.

—Yo la semana, patrón —dijo el indio.

—¡Andrés! ¡lrás fijándote!

—Sí patrón, viendo estoy ... Cinco, seis. ¡Seis
nomás! —exclamó por fin.

—Jueves bajé con yunta a la hacienda.

—Ah ... bueno. Ahora los chicos ... Este.

El mayor se destacó del grupo, al sentirse seña-
lado.

—Ni para qué patrón —intervino el esbirro—. No
pasemos tiempo, a dos días por largo ponga nomás
de una hecha, cuatro son.

—¡No dos días! ... —dijo el indio—. Toda la se-
mana bien han trabajado, gavillando.

—Dicho: dos días.

—Amo, pero ...

—Basta ... Otro: Ayala, Cruz Ayala.

Pero Tacuri insistió, levantando la voz:

—¡Amo, sube a tres siquiera!

—¡Repíte!

Y se puso de pie.

Diego se sintió arrastrado hacia el muro. La mesa quedó en ancho círculo desierto. Sólo Tacuri y los suyos permanecieron en su sitio, mudos.

—¡Repíte!

—Que apuntes tres días, por cada hijo ¿ya no dije?

—repitió el indio, con voz clara.

Rayaron los ladrillos las patas de la mesa.

—¡No mates! —chilló la anciana—. ¡No mates! —y escudó al hijo, pero Argudo avanzó.

Por un momento el rostro del indio —una brecha de sangre le unía los dos ojos— asomó entre los ponchos de atrás, ahora en muro.

Luego, las puertas se abrieron hasta impregnarse del yeso de las paredes y un río lento, crecido de murmullos, inundó los corredores.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaba todavía el gamonal— ¡Fuera todos!

* * *

Diego, en un rincón de la antigua sacristía, hoy dormitorio, miraba el suelo como si contemplara su hermosa tinaja rota en mil pedazos, sobre el polvo.

—¡Ven a ver al venado! —gritó de pronto el pelirrojo, desde la puerta.

Afuera había gran ruido de cascos y de risas.

De mala gana el niño se movió. Se animó solamente al ver la gran cornamenta de ciervo péndula de la redonda grupa de un potro.

En tanto dos jóvenes altos y rubios habían desmontado y abrazaban a Argudo.

Uno de ellos llevaba, terciado a las espaldas, un rifle, viejo Koplacher, enorme, del tiempo de las luchas contra Alfaro.

—Ustedes ya acuéstense —les dijo después Argudo a los niños—. ¿Ya comieron?

—Ya, pero que le lleven el venado al dormitorio.

—Bueno, bueno, como quiera; pero déjennos tranquilos.

Una pequeña mesa comenzó a humear en el corredor iluminado y pronto los tres jóvenes sentáronse en su torno.

* * *

Ahora Argudo se erguía tambaleante.

—Y era —decía— tan buena que los indios le creían santa.

—Lo mismo a la Merceditas —dijo uno de los invitados—. Han sido maravillosas todas.

—¡Y ese Carlos, tu tocayo! —continuó el otro—.

Dicen que peleó con García Moreno.

—Pero nadie, nadie como ella —exclamó Argudo— todavía tengo de recuerdo el Año Cristiano que leía. Y ella, figúrense, al morir, prohibió que colocásemos alambres en las ventanas del granero, para que los pájaros no se privaran del trigo.

—¡Regio!

—Pero yo —siguió el ebrio—. Yo . . .

Y agarró la botella en cuyo cuello ardía una vela, y se dirigió al granero.

—¡Vengan!

Los otros le siguieron, también con pasos vacilantes.

—¡Vengan! Y yo . . . Yo . . . Soy tan salvaje que no le he obedecido . . . Y miren . . .

Les mostraba las ventanas con las púas cruzadas en todos los barrotes.

—Pero yo . . . —siguió—. Esta es la última noche, ¡eso sí!

Y se encaramó en una silla y comenzó a desenredar los alambres, como un loco.

—¡Ayúdenme! . . . si son también parientes . . .

Los dos hermanos se miraron.

—Llámale al Andrés . . . —dijeron.

—Cierto . . . ¡Andrés!

Y se detuvo. Tenía sangrante la una mano.

—¡No me dejas ni un alambre! —ordenó cuando asomó el chagra.

Este, que lo había oído todo, se acercó solícito.

—¡Bien hecho patrón! —dijo—. Digno nieto de la niña.

Y se encaramó, a su vez, en la silla.

Los ebrios volvieron a la mesa. Todavía, desde la puerta, Argudo se volvió hacia el esbirro, amenazante:

—¡Qué no se vea una púa —gritó— y salió, tras sus primos.



Primeramente llegó un mirlo, con sus patas de flauta. Plegó las alas en el borde y de un salto atravesó las verjas. Nadie había en el granero. Los primeros rayos del sol iban oblucos de la ventana al trigo en

doradas cuerdas de arpa. El mirlo se dejó caer y se acercó a grandes saltos hasta el grano. Miró luego la ventana y retornó a ella. Ya el alero estaba lleno de gorriones. El mirlo se fue y entraron éstos, piando. Con un pequeño moño los machos y con las alas obscuras, y las hembras más claras y delgadas. Todos volaron hasta el trigo. Después llegó a las verjas una tórtola, inquieta, y comenzó a pasearse, sin entrar, como esperando a otras. Sólo de vez en cuando introducía, curiosa, la cabeza. Parpadeaba y se iba, rojas las patas, como las de las palomas. Llegó un dorado chugo. Dudó sólo un instante y descendió voraz entre fuertes gorjeos. Por fin el mirlo asomó nuevamente, seguido de los suyos: la hembra y un hijo, flacucho éste, con lanas todavía al borde del oído y el pico abierto, rojo y claro el paladar contra la luz de las siete. Bajaron los padres y él se mantuvo entre las verjas, chillando agudamente. La tórtola volvió a pasar, y al hacerlo, rozó al pequeño mirlo, que perdió el equilibrio y cayó. . . Mas, como volaba ya, pudo llegar hasta el trigo, sin golpearse. Arriba la tórtola empezó a inquietarse: alargaba el cuello y una oleada de miedo le pasaba después hasta el rabo, levantándolo. Voló al fin, sonora. Y, de repente, las puertas del granero se abrieron: era el chagra. Y esta vez no se cubrió la cara con los brazos: agarró los alambres de púas más cercanos y los movió en molinete, sobre su cabeza, mientras avanzaba. Todos los pájaros salieron, atropellándose primeramente en la ventana, menos el pequeño mirlo que revoloteaba, aturdido, sin alcanzar las verjas.

—Para el patrón chico —pensó el chagra— y con

el sombrero en la mano a manera de trampa fue arrinconado al pichón en un ángulo. Ya la madre había vuelto y chillaba en las verjas, desesperadamente. El esbirro atrapó al fin al hijo y lo miraba, palpitante, en el velludo puño. Movi6 la cabeza, satisfecho, y se lo guard6 en el bolsillo. La madre, en tanto, revolaba, casi agresiva, pero ya el chagra no la tomaba en cuenta. Pensaba en el amo: ¡Bruto! —decía entre dientes—. El otro año fue la misma historia. . .

Y desenredado los alambres comenzó a colocarlos otra vez en las ventanas.

.

Ya desfilaban, por los bordes del pajonal, hacia la hacienda. El chagra iba de guía, con el pajarero en la grupa de su caballo, y cerca, en animada charla, los niños y los jóvenes. A poca distancia, arreados por indios, venían varios bueyes, que rozaban las cercas con los sacos de mieses y los cuernos del ciervo. Las puertas de las últimas chozas recortaban las siluetas de los campesinos.

—Ya pasan, ya llevan —murmuraban. Y después, en voz alta:

—¡Alabado sea Jesucristo!

—¡Alabado! —contestaban los Argudo, sin volverse.

Un hombre de cabeza gris, comentaba entre dos jóvenes hirsutos, envueltos en sus ponchos.

—Ya llevan. . .

Todos veían los sacos de trigo.

—Vienen, recogen y se van. . . Siempre así ha sido.

—En Nabón y en Sigsig —contó un joven— no es

lo mismo: los naturales viven en comunidad. Tienen tierras y lo que ellos siembran es para ellos.

—Nabón... ¿Dónde será?...

En tanto la cabalgata se había detenido.

—¡Urdiales! —había dicho Argudo— regrésate y dile al Villa que le espero mañana en la hacienda.

El chagra había dado media vuelta.

—Pero pásale al pajarero al caballo de Arturo para que te vayas al galope.

Y en eso estaban.

—¡Yo lo llevo! —gritó Diego.

—No, no, se caerían ambos.

El mayoral desmontó y se acercó al pelirrojo, con el pajarero en los brazos, y lo dejó en la grupa del caballo de frente blanca.

—¡Agárrate bien! —dijo.

Y se volvió al suyo.

—¡Pero cuidado lo aplasten! —gritó Diego—. El mirlo está bajo la camisa del pajarero!

Sin atreverse a rodear con sus brazos la cintura del pequeño amo, el cholito se asió a la grupera, sintiendo sobre la piel del estómago el pequeño peso tibio, ligeramente áspero en las uñas; mas, sin chistar, pájaro él mismo, con los ojos saltones, entre el alicaído poncho.

Ya se veía, a lo lejos, la casa de la hacienda.

* * *

Ya en ella, no bien Diego vio a su padre solo, se le acercó.

—No ha sido la tierra de las tinajas— le dijo.

—¿Cómo?

—Sino de horrores . . .

El hombre se turbó.

—¡Cuidado! ¡Cállate! —dijo.

—¡Es que no ha sido! . . .

—Bueno, lo que sucede es que la verdadera tierra de las tinajas queda más, más arriba, ya en la cordillera . . . Mira, ese niño es de allá, auténtico.

El pajarero pasaba en ese momento con una india, hacia el patio. El señor Argudo se acercaba. Diego dejó solo a su padre y se fue tras la india. Ya ella estaba junto a la palmera. Algo le decía en quechua a Manuel Cuzco, con cariño. Atrajo luego la cabeza del pajarero a su falda. Tenía negras, largas tijeras en la mano.

Y cortó.

Diego se estremeció. Las dos trenzas cayeron al suelo y emblanquecía ya la sien izquierda del niño entre la experta mano, bajo las tijeras.

—¡La orejita! ¡Cuidado la orejita!

—¡Diego! —gritó alguien desde arriba—. ¡Retírese . . . los piojos!

—Y busca tu sombrero que ya nos vamos —añadió el padre del niño—. Ven y agradece por todo a los dueños de casa.

Subió sin dejar de volverse, mirando por entre las barandas de la escalera.

Pero bien hecho —pensaba— que el pajarero le dejó escaparse al mirlo. Creo que fue adrede . . .

.

En el patio, a caballo ya, los visitantes agradecían nuevamente y se disponían a partir.

—Ya sabe, doctor —decía Argudo, el padre— después de diez o quince días lo estaré viendo en Cuenca, y no olvide nada: entregue el longo al señor Oñate y ... ¿Lleva los legajos?

—Sí, —dijo el hombre— todo. Pierda cuidado ... Gracias y hasta muy pronto.

Y se pusieron en camino.

Les seguía también a caballo, un indio, con el pa-jarero entre los brazos.

En vano el doctor dirigió la palabra al indiecito.

Manuel Cuzco iba como enterrado en sí mismo. Diego intervino.

—¿Eres de la tierra de las tinajas? ¿Por qué no eres mi amigo? ...

No le contestó.

El padre sacó un sucre del bolsillo.

Diego dijo, de pronto:

—¿Por qué Arturo Argudo les llama ramiros a los sures?

—¿Ramiros?

—Sí y a los reales ramiros chicos.

El hombre miró con atención la cabeza de Sucre en la moneda.

—... Ramiro Argudo, sí ... un poco —dijo— y añadió: algunos Argudo se parecen a Sucre, pero no todo es el perfil, ¿comprendes? ...

II

BARRIO Y MERIDIANOS DEL MUNDO

I

EL SOMBRERO DE LA VIRGEN

Al norte de la ciudad, en sus últimas calles, ya en la falda de la colina, está "El Chorro", barrio de las tejedoras de sombreros.

El agua viene desde el molino cercano y sigue, calle abajo, en ancha acequia.

Un poste de madera, retoñando, se alza en la última esquina.

El barrio amanece alegre. Pencas, nopales, algún nogal o capulí, ponen su cuña de campo en las esquinas de adobe; mas a las ocho la miseria lo inunda: Sube callada a los tejados, a las cercas, en las bayetas de las guaguas, en la paja, como el agua por los

poros del azúcar. Hasta el arroyo se detiene o baja, lentamente, ahogándose en paja. Quedan las briznas en la arena de la orilla en largas líneas espumosas.

Pero ahora es domingo. A las siete comienzan a salir a las puertas de las tiendas las primeras tejedoras.

—¡Endominguémonos!

Hablan casi cantando mientras despliegan rebozos, paños azules, largos flecos de hilo.

—Apúrense . . . ¡Cansándose están las campanitas! Corre el arroyo libremente.

La María chica sale a la puerta de su tienda, en polca.

—¡Dichosas! —dice—. Y a los diez he de ir.

—¿Por qué pues? ¡Calle!

Se aglomeran a sus puertas.

—¿Qué ha sabido del marido?

—Nada . . . Le ha tragado la tierra.

—Vamos ahora mismo . . . ¡Yo le presto mi paño!

—dice la María grande, y camina hacia su tienda.

—¡Póngase! —ruega.

—¡Póngase, seño María! —insisten todas. Y cuando les complace exclaman:

—¡Hele! . . . Hasta donosa queda . . . ¡Vamos! ¡Cuidarán a las guaguas!

Esta orden es para los hijos mayores, niños también, que deben vigilar a los más tiernos, todavía de pecho.

—¡Atrancarán las puertas!

Y se fueron. Las más iban descalzas pero limpias.

La calle misma era una chcla, con las piedras lavadas como talones.

Algunas ancianas y los niños les despidieron en la esquina:

—¡Que les vaya bien! ¡Que vengan pronto!

—¡Traeránme un pancito!

Alguien grita desde una tienda:

—¡No me vayan botando!

—La Juana es —dicen las cholas, y se detienen.

Sale la retrasada, con el paño flecado en los brazos.

—Por hacerse más buena moza se atrasa . . . ¡Apúrese!

No dejan de alabarla mientras se acerca:

—Ella dichosa . . . ¡Solterita!

—¡Peinada con raya a lado! . . .

Salta la acequia y se une a sus compañeras. No devorada aún por la labor del tejido, es alta y derecha. Pelo castaño claro en largas trenzas caídas tras la espalda; fina cintura, tallo de la gran mata de polleras de amplia comba.

—¡Zapato de taco alto!

Anda rítmicamente, ciñéndose el gran paño de manera que el fleco va arrastrándose, blancoazulado, con mil figuras de hilo en forma de anclas, estrellas y pollos al salirse de la cáscara, con los picos abiertos.

—¡Mire los pollitos, seño Juana, van siguiéndole!

—grita el hijo de la María chica.

—Hele . . . ¡Hasta él! . . .

Y siguen. Ya están abajo y voltean la esquina. Suenan una campana, a los lejos.

—Ya están tocando la campana grande.

Las ancianas se sientan al sol, en los umbrales, y esperan. Pasan indios con cargas de rojas tejas y ladrillos, sonoras las ojotas y los sombreros ahorma-

dos la víspera, contenidos apenas en los cabellos lacios. Los niños juegan en el agua.

—¡Cuidado lleguen a la esquina!

Pero el juego consiste en ir allá precisamente, donde el agua es bravía y se quiebra en torrente espumoso.

Sueltan en él pedazos de madera, corchos, bautizándolos con nombres de caballos de carrera y bajan hasta la boca misma del socavón en que se pierde.

—¡No cogen experiencia! —gritan las abuelas—. Ya vamos a encerrarles.

El otro día la corriente arrastró a un niño de pechos.

—Todavía llora de noche la almita de la guagua y ellos no entienden! —siguen, aunque sin levantarse.

Dos guaguas, semidesnudas, con anaco, hacen esfuerzos por pasar sobre la tabla colocada a manera de tranca entre las puertas.

El burro del molino pasa con su harina cotidiana hacia el centro, delante del molinero.

La campana grande hace olas azules.

.

Las doce ya. En la esquina grupos de chicos esperan a las madres, con hambre.

Llega un muchacho —ya en edad de oír misa— y cuenta:

—Vinieron están. Llegó un pueblo enterito con sombreros para mamita Virgen.

—Chordeleg —dice una anciana—. El domingo pasado fue el Sigsig, con oro. Y el que viene, ¿cuál será?

—Sinincay —contesta otra—: Esos traen ladrillos.

Son donativos para la coronación de la Virgen, que

se llevará a cabo en este año, con proyecciones continentales.

Asoma en la esquina de abajo un cañamazo joven y se queda junto al poste.

Viste ropa cara pero de colores chillones. Fuma en pipa.

—Vean, vean, —dice una abuela— yan de estar viniendo porque ya llega el cañamazo de la Juana. Vean, vean, brillándole está el hocico con los dientes de oro. Recién llegado de Nuevayor dizque está.

—¡Longo atrevido! —dice otra—. De vigilarle está a la chica, estos sólo burlarse nomás quieren.

El cañamazo escupe, silba. Luego, se arregla la corbata. Ya asoman las primeras tejedoras, en grupo.

Detrás —pasos menudos, andar rítmico —viene la Juana. El cañamazo, se le acerca, le dice algo.

—¡Longo hocicón! —le contesta ella.

—¡Okey. . . pero te quiero!

La chola se alza de hombros.

El hombre es hijo del famoso exportador Oñate, uno de los muchos magnates de la industria toquillera.

—No le harás caso Juanita —le dicen las otras, esperándola— éstos sólo burlarse quieren, para lo serio niñas de buenos apellidos nomás buscan.

—Dios me libre. . . ¡A qué cuenta pues!

Siguen llegando tejedoras que desaparecen en las tiendas y la calle va quedando desierta. Al fin, ya no anda en ella sino Miguel, hijo mayor de la María chica, mirando de reojo el interior de las tiendas, con una rueda de máquina de coser en el brazo. El mote que a dentro humea llena de saliva su boca.

—Vecina . . . ¿No le vio a mamita?

—¡Ayer ya te dimos! —le contestan—. ¡Donde los Torres ándate!

—Si no digo eso. . .

Y va hacia otra tienda.

—Ahora sí, ahora sí —piensa—. Y toma la rueda en las dos manos y con la derecha la empuja de manera que el juguete entra a la tienda.

—¡Vean al hambriento!

Un hombre se levanta. El chico va a correr pero sale una tejedora con una cuchara de palo llena de mote.

—De veras, —le dice— la Virgen le está ayudando a tu mamá. Le regalaron paja unas conocidas. Ahora en la Iglesia ha de estar, agradeciendo. ¡Dichosa! Toma, convidarás a tus ñaños.

Se le colman las manos. Sopla los granos húmedos, calientes, mientras da las gracias.

—Te presto la rueda —le dice al hijo de la chola que la estaba ya escondiendo.

Y se aleja, alegre. Espanta a un gallo blanco que trata de asaltarlo, y se llena la boca. . . El gallo le sigue. En ese instante, un hermano menor —a horcajadas sobre la tabla— va a salir a la calle. Miguel le da tres granos de mote, le ordena entrar y pasa. Pero el gallo y el chico, tambaleándose éste, con anaco de bayeta, le siguen. De pronto Miguel se detiene. Llama al gallo:

—Tuc, tuc. . .

Y le extiende un grano en la palma de la mano. Sobre una pared erizada de pencas ha visto un gallo rojo. Poco a poco el muchacho consigue acercarlos. Gasta un grano, dos, y los gallos cantan. El rojo baja. Pican los dos la tierra, la distancia, y, de repente, saltan.

La guagua, asombrada, con las piernas muy separadas, contempla la escena. Está a un paso de la acequia. Los gallos chocan en el aire y caen de nuevo —frente a frente— con los cuellos erizados. Miguel, en cuclillas, los anima. Otro salto y la guagua tierna se ríe, y se agita. Al fin, se cae. Trata de levantarse, pero ha quedado tan cerca del torrente que la espuma la moja y le arrebatata la bayeta. Grita, oblicua . . . El gallo rojo cae al agua y baja entre la espuma, velozmente, como por el aire. El blanco canta.

La campana grande hace olas azules.

.

Así termina la mañana.

.

Por las tardes las tejedoras tienden en la calle los haces de paja.

—De no lograr está el sol —dicen—. ¡Aprovechemos!

Algunas bañan a sus hijos. Otras sacan a la calle esteras con maíz y las bayetas y cueros de chivo de las guaguas, para secarlos. Mientras trabajan, charlan. Cuando alguna nube tapa la luz y el agua se ensombrece, los chicos desnudos miran al cielo y gritan:

**¡Sol solano,
dame la mano!
¡Sol solano,
dame la mano!**

La María chica no se cansa de contar cómo, mila-

grósamente, logró salvar bayeta y gallo, en el momento preciso en que iban a sumirse en la alcantarilla. Miguel está serio todavía, con los párpados enrojecidos . . . La guagua había caído no sé cómo a la orilla y llegado, a gatas, a los umbrales de la tienda, pero desnuda y chillando.

Las niñas buscan pajas rotas y aprenden el tejido, esbozando sombreros diminutos.

—¡Este ya está! —grita una.

Luego, con un lápiz, dibuja ojos, nariz y boca en la uña de su índice y sobre la yema del dedo coloca su obra.

—¡Una monjita catalina con sombrero! —exclama—. ¡Miren!

—¿Por qué no haces en el dedo grande? —dice la María grande—. Que sea Superiora . . .

Y, de pronto, se interrumpe:

—¡Cojan un palo de leña! —grita—. El burro viene, la plaga!

El borrico regresa, como desde hace muchos años, a la hora en punto. Y, como siempre, solo . . . Con el cuello extendido, incontenible, suele asaltar las esteras de maíz de todo el barrio. Y, ahora, ante la sorpresa de las cholas, pasa desdeñoso.

—¡Qué milagro!

—De veras . . . ¡Qué ha de comer! . . . —dice la María grande—. Hartadote está . . . ¿No han sabido?

—Cuenta . . .

—Esta mañana don Pangol me llama. Vendrá, me dice, a amarrarle las quijadas, a cerrarle los ojos . . . ya murió mama Dolores. ¡Ay calle! ¿cómo? —grito. De muerte repentina, me contesta. Por el burro supi-

mos. Todos los días peleaba con la mayor por comerse la jora de la chicha. Ella con un palo de leña le esperaba. Esta mañana a las once el burro se ha acercado, calladito . . . Estando ella sentada en la puerta, junto a la estera, con el palo ya listo. Primero el burro comiéndose ha estado, apuradísimo, y después como en batea propia. En eso llego yo a la esquina y veo . . . —“¡Mama Dolores!” —grito— y no me contesta. “Creo que se ha dormido”, pienso y me acerco y vieran . . . casi me accidento: muerta.

—¡Seño María! . . . ¿Y el burro?

—Bien comidote se ha ido, moviendo las orejas... jorita ya madura —digan— con patitas, creciendo.

—Unos mueren para que otros vivan . . .

—Así es . . .

El burro dobla la esquina.

.

Otra vez la calle va quedando vacía.

—Ya hemos descansado, hagamos algo . . .

Lentas, a veces rapidísimas, las moscas vuelan sobre las bayetas. El sol alumbra y no alumbra, como si entrase y saliese de un túnel.

La María grande sale a la puerta de la tienda, alarmada. Como una gran gallina, mira el cielo.

—¡Creo que va a llover! —grita—. ¡Ave María! Y corre de puerta en puerta:

—Recojan pronto la paja —dice—. Lluve . . . ¡ya mismo!

La calle se llena a estas voces y todas las cholas y los niños corren hacia las fibras tendidas en las aceras.

—Aunque se moje la pajita, que llueva.

—¡Dios quiera!

—Bendición fuera del cielo... Desde las raíces secándose está todo!

En las tiendas oscuras palidece la paja recogida, en grandes haces.

Goterones de lluvia comienzan a caer en media calle, en el torrente, pero claros, dorados.

—¡Aura verán! —dice la María—. ¡Dios no quiera!

—¿Qué pasa?

—No creo es buena lluvia, vamos a la esquina.

Y avanza hasta ese sitio que es como un balcón sobre la hoya.

—¿No les dije? —grita, contrariada—. ¡Escondan a las guaguas! ¡La bruja con el diablo están casándose!

—¿Y el ángel?

—¡Ya llega!

Se llena de gente la esquina.

—¡Ya vino el ángel, pero escondan a las guaguas!

La luz tiembla. Media ciudad bajo el sol, media ciudad bajo la lluvia. Cae ésta en haces desde nubes altísimas y el sol la hiere de costado.

—¡San Miguel Arcángel, rómpele los cuernos!

Espadas largas y brillantes se cruzan sobre las torres. Huyen la lluvia y la sombra.

—¡Ya corren! ¡Ya corren!

Mas otra vez avanzan, poderosas, y quiebran la luz, desde los cerros.

—¡Se casan! ¡Se casan!

Telas de araña gigantescas hacen de velo de la bruja. Todo el horizonte es su escoba.

—¡Para qué gritan, ya es tarde! —exclama la María.

El sol ya no brilla sino en una sementera de maíz lejana, hacia el oriente.

La lluvia arrecia unos instantes y decae. Pronto es apenas un páramo fino, casi imperceptible y todo ha quedado bajo una gran bóveda gris, abierta solamente al fondo, donde el fenómeno persiste —lluvia y luz entrelazados— en ventanal enorme, semejante al del vitral con el dragón y el ángel de las catedrales.

Las tejedoras vuelven a las aceras pues las tiendas están casi a oscuras.

Conversan, mientras sus dedos ágiles ordenan la paja.

—¡Jesús! ¡Ya casi no se ve!

Y ahuecan el tejido, recogiendo la luz de la calle.

—Vamos hasta la esquina, el foco ya no más se enciende.

Se levantan y avanzan. Una de ellas trabaja todavía, mientras anda.

—Seño María chica —le dicen— espere a que se encienda el foco, no se mate, pronto ha de quedar ciega.

—¡Si supieran para quién voy a tejer! —les contesta. Y enseña, orgullosa, a sus compañeras, el haz de pajas finas, como hilos de araña—. ¡Si supieran para quién! —repite—. Y vean.

Les muestra sus ojos irritados, bajándose con el índice el ribete encendido, paja en ascua.

—¡Y eso que aún no empiezo!

—Lávese con agüita de rosas de Castilla, eso alivia.

—¡Ya sé! —dice otra—. Para la niña Carmen Argudo va a tejer.

—No. Bien quisiera . . . ¡Semejante niña! Pero no.

—¿Y cuándo vienen sus niños Argudo? ... ¡Dichosa!: Ya llegan con las cosechas. Ya ...

—¡Tontas somos! —interrumpe otra—. ¡Para la Virgen va a tejer! ... El sombrero que pidieron los padres. Y ahora, para la venta, ¿a qué horas teje?

—¿Los ordinarios?: De noche, de día, todo el día, pero para este las horas más claritas. La Virgen va a salir con sombrerito de paja a coronarse ... Ella, el niño.

Se queda pensativa.

—Y así regresará mi marido —concluye, optimista.

—Que vuelva él y libre creo —comenta la amiga— pero que mama Virgen se ponga su sombrero ... ni viendo. Alguna niña de buena familia ha de estar ya tejiendo ... ¿Usted cree? Loca, loca es usted, seño María, con razón sueña tanto.

Y dirigiéndose a todas:

—¡La otra noche ha soñado que ha vendido un sombrero en cien sucres!

Pero la María grande la defiende:

—Se sueña mismo maravillas —dice—. Cuando una está enferma sobre todo ... ¡Ave María!: Hasta en mil sucres se vende un sombrerito ... Tanto, que sonando queda la cabeza.

Ya están en la esquina junto a la enorme puerta. Como siempre se sientan en los umbrales, bajo el foco, y esperan. Algunos niños vienen a sus faldas.

Uno de ellos se tapa el ojo izquierdo y con el otro muy abierto recorre un abra de la puerta. Otro se está subiendo al poste.

—¡Diego! —grita desde arriba.

La María grande se incorpora.

—¿Dónde le ves? ¿Ya ha llegado? —dice.

—Llegó ahorita. ¿No le ve? Clarito, abajo, leyendo.

—Y señala con el índice un patio, abajo—. Pero no me oye . . . ¡Diego!

—Qué te ha de oír de tan lejos y estando leyendo —dice la chola—. Vean, vean . . . Llegar de la tierra de las tinajas que dice, de la luna . . . ¡Y no venir a verme!

—Ha de venir de noche —dice la María chica—.

¿Cuándo le perdona el cuento?

—Así es.

—¡La luz!

La ciudad se ilumina por los cuatro costados.

—Ahora sí, —exclaman— aprovechemos, poco ha de durar.

Por las aceras levemente iluminadas suben grupos de obreros, silenciosos.

Pronto, sólo la “soñadora” teje bajo el foco, con los hijos. La María grande le hace señas desde su tienda. Los chicos empujan a la madre que se levanta enjugándose los ojos irritados, húmedos ahora, con el borde de la pollera.

—¡Mote! . . . ¡Mote! . . . —susurran los niños.

.

—¿Serán las diez? —dice, y la tejedora se apresura—. ¡Ya duerman! —sigue, mirando tras la mampara—. Los dos más grandes son los dos más habladores. ¿Qué horas serán?

Bosteza y la llama de la vela suena al doblarse, pero resurge, clara. Ahora sólo se oye el crujido de la paja y afuera, perenne, el deslizarse del agua en la acequia. De cuando en cuando una tos llega de aden-

tro y paraliza los dedos sobre la obra. La tos cesa. El enfermo escupe, se queja y todo queda como antes.

—¿No duermes?

—No todavía.

Desde el sitio en que la chola teje puede verse, al fondo, un lecho cubierto de niños. Cuando la luz se mueve, sube hasta sus rostros.

Vuelven los dedos a moverse.

—Ya llego a la falda de este —piensa la chola—.

Si voy a avanzar a la del otro . . . Y entonces . . .

Y mira el haz del que saldrá el sombrero de la Virgen. Pero el ribete rojo del ojo quema como paja encendida.

La tos, otra vez.

La madre se levanta y entra. En una estrecha tarima, el hijo mayor se incorpora, con el busto convulso entre polleras rotas que hacen de cobijas. Una rueda de acero está al alcance de su mano, junto a la almohada.

Vuelve a tenderse el chico, ante la madre, ya tranquilo, con los ojos brillantes.

—Recemos, —le dice ésta— otra vecita. Cuando aprendas, verás, la tos ha de irse . . . No sabes bien todavía, por eso . . . ¡Repíte!:

—**“Angel de mi guarda”**

El niño repite:

—**“Dulce compañía . . .** —sigue la mujer—. Repite: Obedece el niño y la oración continúa:

—**“Dulce compañía,**

—no me desampares

—no me desampares

**—ni de noche ni de día
— . . . de día.
Hasta que me dejes
en paz y alegría”.**

Repite vos solito.

Y se alza la oración, intacta, sin la soldadura de la voz de la madre, hasta el último verso.

—Hele así . . . Verás: si repites siempre, el ángel... y papá ha de volver. Al lado de cada guagua hay un ángel, ya te he dicho. Cuidándole se pasa, día y noche, con las alas abiertas. Sólo cuando el niño no le gusta se tapa la carita con las manos . . .

¡Hele! . . . ¡Y se va! Ya cuántas veces te he dicho.

Y cuando sepas bien, bien, sin atrancarte, para que enseñes a tus hermanitos. ¡Ya duerme!

Y vuelve junto a la vela cuya llama —huella digital del ángel— se alza leve y tranquila.



Ya, ya mismo, pero la llama hiere como espina. Ahora la chola no trabaja sentada sino que, de rodillas, apoya su vientre a un banquillo, mientras su busto avanza sobre el tejido, más que nunca agitado entre sus dedos. Una pollera cubre a la tejedora desde los hombros, a manera de capa.

Ya mismo . . . Unos segundos más, y la última paja obedece.

—Ahora sí, ahora sí . . .

Y se levanta. Distiende luego el talle, retorciéndolo y se enjuga los ojos con el dorso de la mano.

Luego, pega el oído a las puertas. Silencio —piensa —y recoge el haz de pajas finas y lo alza hasta la luz. Lo besa, y mira a la Virgen y al niño en un pequeño cuadro enmarcado de lata, que cuelga de la mampara. Ahora sueña despierta: Sí . . .

Sonríe la Virgen, y el niño señala con su índice la paja preparada, mientras se vuelve hacia su madre:

—Para nosotros —dice.

Y ríe. Tiene un hoyuelo en la quijada.

Algo cae detrás de la mampara, con ruido metálico. La chola mira hacia allá, y en ese instante la rueda se inmoviliza en la tierra.

—¿Estás despierto? —pregunta la chola.

—Sí, pero usted duerma un poquito —le contesta el hijo.

—Todavía es temprano, sólo dos noches he velado. Vos duerme: si te viene la tos, reza, bien clarito.

—No me viene.

La madre coloca otra vez el juguete junto a la oscura almohada. Luego arropa al niño y se dirige a un baúl, muy cuidadosamente, por no despertar a los dos hijos menores, que duermen abrazados. Sobre ellos cuelga una pequeña hamaca con la última guagua, estrechamente fajada. Abre la chola el baúl, y saca un gran sombrero amarillento, inconcluso.

—Sólo el remate falta —le dice al hijo— como disculpándose, y vuelve a la tarea, pasando antes sobre el tejido una tusa humedecida. Esta descansaba a manera de hisopo en una pequeña escudilla de fierro con agua.

Tres horas.

La llama vieja y fuerte llega al fin. Crepita. El som-

brero ha crecido como cáncer junto al estómago. Llegan de una torre lejana campanadas profundas: dos . . . tres . . . cuatro. La tejedora duda. Suspende el trabajo en espera de la voz del reloj municipal que por las noches llega clara hasta el barrio. Se sobresalta: afuera hay ebrios. Avanzan ruidosos, golpeándose en los muros. Pasan. La tos se despierta adentro, ronca, repetida. La tarima cruje. Luego, un quejido, unas palabras opacas, y otra vez todo queda como antes.

Afuera, el ruido de la acequia se hace lúgubre. La llama va a extinguirse. Es apenas una pata de araña con vello azul y trémulo. Muere. La tejedora entra a tientas al desván de los niños. Con sumo cuidado palpa la hamaca y descuelga un paño de la percha. Ya da el primer paso de regreso, cuando la guagua llora. Le pone un instante el dedo meñique entre los labios. La guagua lo chupa y se calla. Luego la madre mece la hamaca y se alza otra vez el chillido que va y viene por el aire como un péndulo. No espera más la madre y se aleja. Oye, lejana, la voz de los borrachos, y abre la puerta. Es como si el torrente saltara los umbrales: la tienda se llena de ruidos. La calle está negra. Sólo allá, junto a la otra esquina, hay tres tiendas con luz.

—Ya las otras han acabado, —piensa— sólo tres están velando.

La ciudad duerme con las calles extendidas. Focos, esquinas, soledad. La calle transversal se hunde en las sombras. La otra baja desde la colina y sigue, recta, con las esquinas luminosas, hacia el río lejano. Los borrachos doblan una de ellas. Un viento áspero, salpicado de agua, azota a la mujer a cada paso. Abajo hay una cantina abierta.

Llega.

—Buenas noches, vecina; —dice entrando— deme otra esperma.

La cantinera se levanta.

—Buenos días debe decir, ya las cuatro dieron. No se mate, usted y yo pronto hemos de enterrarnos.

—Para la feria de mañana. Velando he estado estas tres noches. Mañana de Sidcay dizque traen todos los sombreros para la Virgen. No ha de haber competencia.

—Para la feria de hoy día —corrige otra vez la mujerona. Y añade:

—¿Qué ha sabido del marido?

—Nada . . .

—Tranquila estése, no han de cogerle . . . Al Oriente ha debido irse. Y aura que digo Oriente . . . ¿Ya sabe?: el mudo Manuel de la otra esquina se ha hallado un trozo de oro de una libra.

—¡Ay calle!

—¡Mudo viejo! De verle dizque es, con botas . . .

¡Manuel Torres se ha llamado!

—¡Ave María!

—Cansado de rascarse la barriga se va al Oriente a lavar oro, y ahora . . . ¡caballero!

—¿Qué le parece, vecina? hasta los mudos, pero nosotros qué . . . ¡ni mudos somos!

—Así es.

Y la cantinera acompaña hasta la puerta a la tejedora que, de pronto, se detiene, indecisa.

—Vaya, hágame un favor —dice, por fin.

—¿Qué serápes?

La cara de la cantinera se endurece. En su torno,

en latas viejas de gasolina, hay habas, arvejas y panes de a real y de a medio, con los redondos bordes a flor del tarro.

—Fíeme hasta mañana nomás un pancito —sigue la María— volviendo de la plaza he de ir pagándole.

—No, no; otro día . . .

—¡Para lo más de un medio, vecina! —insiste la chola—. ¿No me conoce?

—Ya digo, otro día, a cerrar voy.

Y avanza hacia las puertas.

—¡Bueno, no se enoje! —dice la tejedora.

Está avergonzada. Juega con la aldaba. Raya el piso de tierra con el dedo grueso del pie.

—Hasta mañana . . . ¿Ha de ir a misa? —dice por fin, para salir del paso, y sale.

Desde los cuatro extremos de la noche llegan las primeras campanadas. Un ebrio duerme en la acera, con las manos entre los muslos. Tres beatas bajan hacia el centro. Blanquean las medallas en sus mantas, péndulas de azules cintas, como gotas de estearina. Tras las mujeres camina un doméstico cocolo, tiritando, con dos alfombrillas y un reclinatorio sobre los hombros.

Las señoras miran de reojo al ebrio y a la tejedora.

—¡Persígnate! . . . Pasó una mujer mala —ordenan al sirviente, cuando la chola se aleja. Y ellas le dan el ejemplo, sacando en cruz blancuzca las manos de bajo las mantas.

En un momento la tejedora está arriba. Cierra las puertas de su tienda, y prende la nueva luz.

La hamaca —péndulo del hambre— ha parado.

Ahora son frecuentes los pasos en la calle. Se des-

pierta otra campana más cercana. Luego otra, otra, otra. La luz del alba raya las puertas.

El hijo mayor se incorpora.

—¿Ya acaba? —pregunta—. Duerma un poquito.

—Ya, ya, pero vos sigue durmiendo, la noche entera has tosido.

Y abre las puertas, apagando la luz, y se sienta a los umbrales, con el pálido haz ya listo y un frasco entre las manos. El frasco contiene agua de rosas. Lo vacía con cuidado en la cuenca de la mano y se enjuga los ojos. Parpadea, aliviada.

El filo de la colina está clarísimo, pero la calle y las casas se arrebuja aún en ese ambiente indeciso de la amanecida, gris como hoja de diario. Ya salen de algunas tiendas canillitas descalzos, rumbo a los talleres de "El Mercurio".

Sale una mendiga ciega, "mama Luz", con su nieto que le sirve de lazarillo; niño cojo y flacucho, pero de ojos vivaces.

—¡Se ha amanecido, seño María! —dice—. ¡Buenos días!

Y conduce a la abuela ante la chola.

—Vida... ¡No se mate! —dice la anciana, saludándola.

—¡Quisiera que vea! —le contesta la chola— pero toque y levanta el haz de paja hasta los dedos de la mendiga.

La anciana palpa la paja y dice:

—¡Ah!... sombrero fino!... No es negocio, vida; no es negocio, en mí debe fijarse: ¿Qué he sacado?

Hasta para el Santo Papa hice uno, de joven, por

encargo. Taita Arzobispo había pedido desde Quito, porque iba a irse a Roma.

—Es que no sabe para quién voy a tejer . . . —contestaba la María—. ¡Si supiera! . . .

—Cuenta.

—Adivine . . .

—¡Cuenta pronto!

El cojo en tanto, llega al arroyo, y comienza a orinar; mas, de repente, se contiene y llega hasta la esquina. Allí termina el acto, en la parte más brava del torrente, levantando la una pierna, por imitar a un pequeño perro negro que en ese instante hace lo mismo junto al poste.

—¡Chachay! —dice después el chico. Lanza un guijarro al perro y vuelve a agarrarse del zurrón de la abuela. Ya ella está contenta:

—¡Quisiera poder ver lo que empieza! —exclama—.

¡Dichosa! ¡Seguro que se ha de poner mama Virgen! Cuidado, que no le toque el sol. —Y se aleja con el chico.

Todavía, en la esquina, vuelve la cabeza:

—Por usted —dice— la Virgen ha de premiar a todo el barrio.

Y desaparece.

Ya el fino tejido despunta, mínimo aún, como semilla de arroz, entre los dedos de la María chica.

El sol ha apoyado el pico junto al foco apagado, y se está bajando por el poste como un loro. Brilla en el ángulo alto de la puerta, sobre la chola, y pasa al vértice de la mampara. Allí se quiebra, dorando el polvo del aire.

La chola, deja el umbral y se sienta en el andén para poder, así, tejer más tiempo; pues, cuando el sol llegue a sus brazos, correrá peligro de trizarse la delicada paja.

La tos viene desde adentro, rasgada, cortante, dos, tres veces más, y cesa. La chola ladea la cabeza y oye:

**—Hasta que me dejes
hasta que me dejes
en paz y alegría . . . ,**

Y, de repente, un grito:

—¡El ángel!

Entra corriendo, con el tejido en la mano.

—¿Qué dices? —pregunta, alarmada.

Su hijo está de pie junto al lecho, semidesnudo.

—¡El ángel! —dice—. El de mi guarda . . . Le vi, con las alitas, estando rezando!

—¿Dónde?, ¡pero dónde!

—¡Aurita. Allí!

Señala un ángulo del cuarto. El sol ya no pasa de la mampara, dorándola ahora con luz fuerte.

—¿Dónde? —sigue la madre—. ¿No te dije? Repite . . . ¡Reza!

Y mira a todos los ángulos, ya oscuros. Telas de araña blanquean junto al tumbado, con moscas secas presas en sus hilos.

II

FERIA

El alba sorprende en todos los senderos a los campesinos, rumbo a Cuenca.

A las diez la feria de sombreros está en plenitud:

—En la una mano la miel y en la otra la hiel. . .

Ya digo: lindo está el sombrero, pero. . .

—¡Don Vicente!

—Ya digo, lindo, fino. . . Pero seis suces. . . ¡Sólo que de oro fuera!

Y el agente comprador mueve como ladrona balanza de los dos brazos, con la hiel hasta el suelo.

—La otra semana me pagó cinco suces —insiste la chola.

Sombreros de todas clases rodean al comprador inexorable, desde los de paja gruesa o de colores hasta esos casi mágicos que pueden pasar por dentro de un anillo, y que fueron tejidos bajo la luna, durante meses. Pronto, dentro de urnas de vidrio, estarán girando, en todos los meridianos del mundo:

“Panamá Hats: 100 Dólares”.

—Fíjese en el remate, en la hebra— ruega la tejedora.

—Tres suces, ni un centavo más.

—Lleve, lleve.

Recibe el sombrero, lo pone en uno de los montones, marcándolo con lápiz rojo; paga, y extiende el brazo hacia otro.

De tiempo en tiempo pasan los exportadores, revisando las compras. Son altos y gruesos, de ancho

cuello. Leontinas de oro en amplia curva —de bolsillo a bolsillo— píntanles hocicos de tiburón en los vientres.

—¿Y vos **ca**, cuánto? —pregunta, burlón, el comprador a una delgada india de las laderas de Turi, que ha oído el diálogo anterior angustiada y que ahora le presenta su obra.

—Yo **ca** tres, amo. . .

Y ella también arguye como, la chola:

—Fíjate en remate, en hebra. . .

Espera después, ansiosa, con la guagua a las espaldas y los pies lleno de barro.

—Tres sures dice. . . ¿Oí bien? Loca creo que está la doña, vea usted esto mi patrón!. . .

Y se ríe, y extiende hacia un exportador el sombrero algo mal hecho, de paja barata, amarillenta.

—¿Quieres cinco reales? —termina, sarcástico—. Gorra de guagua parece!

Sin chistar, la india recibe su sombrero.

No cedas —le dice, al pasar, la María grande—.

¡Párate en los dos sures, sí vale! Ten paciencia.

La india la sonríe y sigue de sitio en sitio —hay uno a cada diez pasos— perdiéndose en el gentío.

La María grande sube calle arriba, entre murmullos de simpatía, animando la feria. Llega hasta la Catedral en construcción, donde la multitud se ensancha en las dos plazas, con gritos y ruidos incesantes. Allí un enorme dominicano zamarrudo —se le ven los calzones— ataca a paraguazos a un lego de otro convento que se ha atrevido a pedir limosna en sus dominios. Lo agarra por el cuello y como a un pelele lo encierra en la portería del convento, vaciando, an-

tes, el platillo de limosnas de la víctima en el suyo, con la corona enrojecida —plato de ira.

La gente comenta a favor del dominicano:

—El, para la coronita de la Virgen recoge, el otro. . .
vieran!

Y, bajando la voz:

—¡Para trago!

—¡No diga!

—Cierto. . . Yo he visto, con estos ojos que se han de hacer tierra: —“San Vicentito” —le dice al Santo del platillo, entrando en el estanco— “préstame dos reales. . .” Y él mismo agacha el platillo, para decir que el Santo dice “Bueno”. . . Y ¡tas!, ¡se traga, el sinvergüenza!

.
En la plaza hay docenas de toldas blancas que recuerdan los mercados árabes, y, bajo su sombra, indias de la lejana provincia del Chimborazo —“Pull-mas”— que recorren el callejón andino del Carchi al Macará, y aún hasta los pueblos de los arenales del norte peruano, venden complicadas sortijas, anilina, ponchos de huanaco y maravillas de corozo.

Más lejos, se alzan las pirámides de papas, gruesas unas como piedras, con tierra adherida a la morena cáscara, o pequeñas, moradas y amarillas, semejantes a frutas. Cañarejos de trenza y lanudos zamarros las levantan. Al centro están los dueños, fumando, en traje de montar, rubios y barbados.

—Por las nubes están las papas, imposible! . . . —dicen las cholas, y no compran.

Pero las altas pirámides decrecen, vaciándose en las canastas de las sirvientas de casas grandes.

—¡Dichosa! —gritan por ahí cerca.

Una tejedora se ha hallado cinco sures. El billete ha estado junto a un ladrillo, doblado y con tierra entre los pliegues.

—¡Pronto! "Póngase en papas!" —le dicen las que la rodean—. ¡Dichosa!

La chola duda entre las papas y los gordos costales de maíz, de generosos bordes, enfilados a la izquierda.

—¡Pronto! Llorando le vi a una indiecita, no vaya a haber sido de ella. . .

—¡No diga! . . . ¡Pero por qué pues, entre tanta gente!

Se decide por el maíz y luego avanza, zigzagueando entre los puestos de fruta.

Indios con papeles timbrados bajo el brazo, compran allí naranjas y plátanos para los abogados.

Cargadores haraposos deambulan con una soga al hombro y un número de lata en el cintillo del sombrero.

La chola llega donde las vendedoras de paja que esperan en hileras con los haces a sus plantas.

—¡Paja de Manglaralto!

—¡Del Jubones!

—¡Llegada ayer de Jipijapa! ¡Blanca, aumentadora!

Las tejedoras escogen cuidadosamente, revisando las fibras.

La María grande tiene ya su haz bajo el brazo y guía en la elección a las otras:

—Esta es dura, esa bien blanca está; no desperdicie.

La india de las laderas de Turi se detiene, deslumbrada, ante los collares de las "pullmas". Ya ha ven-

dido el sombrero y tiene el dinero fuertemente amarrado en una esquina del pañuelo.

—Vení, escogé, —le dicen —zheva añelinas, muzhos.

La india duda.

—¡Sorda está la doña!

—Y bocabierta. . .

Pasado el estupor, la india, sigue en busca de paja.

—Ven, ven —le dice la María grande— ¿ya vendiste? ¿Cuánto? . . . ¡Uno cincuenta! . . . Bueno, pero otra vez aprende: lleva mejor paja, teje falda más ancha cuatro dedos siquiera. Esta es buena.

Y le escoge un haz.

La guagua, siempre a las espaldas, juega con la cabeza de la madre. Lleva la pequeña mano a las orejas, a la boca y a los aretes de lata, que semejan diminutos faroles.

—Alhaja. . . ¿Cómo se llama? —y le aprieta la mejilla. Una tejedora exclama:

—¡Hele, seño María, lo que le pone fotografiando!

Y, cuando la chola se vuelve bruscamente, ya una gringa flaca y alta, de anteojos, radiante de satisfacción, se aleja con el trípode, y más allá lo planta nuevamente enfocando otra escena.

—Déjenle que halle gusto —dice la María grande. Y añade—: Así me voy al extranjero, sin que me cueste, y con paja y todo!

Indios de ponchos negros y de enormes sombreros “Saraguros”, se detienen ante un mercachifle que pregona milagros, de pie sobre una silla. Vende una pomada que con sólo aplicarse —“arde un poco, eso sí”— borra el dolor hasta los huesos.

—Se la toma en la punta de los dedos, se la mira... y se la aplica, así...

Un muchacho está junto a él, con el brazo desnudo hasta el codo, listo a servir de modelo. No bien siente la mano del hombre en su muñeca, deja, a medias, de jugar con otros que están a su lado y grita, volviéndose, la frase aprendida:

—¡Arrarray! ¡arrarray!... ¡Oh! ¡Qué dolor! Mas... ¿Qué siento? ¡Oh! ¡qué alivio!"

Las gentes se miran entre sí, pues la frase no contiene expresiones usuales.

—¡Astaray! ¡debe decir, longo filático! ¡Astaray!...

Pero ya me pasa! —dice una chola— y ya está.

Y otra:

—No tiene la culpa, sino que el hombre que le enseña es de Colombia, y llegado ayer nomás.

—Claro —sigue el mercachifle— quema un pequitín como lo ha notado el infante, pero luego se siente descender el cielo hasta el codo.

Una banda de música pasa, entonando un pasillo. Sólo dos de los músicos no van uniformados, pero se contonean, solemnes, como los otros. Sigue, calle abajo, con las cornetas melladas, sonorísimas, y el chico de la pomada se queda solo.

—¡Arrarray!, ¡arrarray! —exclama mecánicamente— ¡Oh!, ¡qué alivio!— Pero ya ni mira al Jefe, fijos los ojos en los otros muchachos que se alejan en grupo

Junto al mercado Nuevo, aún el estrépito de los bullicioso, detrás de la banda.

platillos se ahoga entre el ruido de la estación de carros.

Camiones repletos llegan de Azogues y de los cantones. Los pitos palpan, vibrando, las vidrieras de las casas.

Revienta una llanta y la mano del ayudante gira con los dedos en punta sobre la tapa del radiador que borbota agua hirviente. "El Oso", peluquero de indios, aprovecha y recibe el chorro de agua en una taza de abollado aluminio, con la brocha arrimada a su borde. Entra, para salir después con grandes tijeras negras.

—¿Vas a hacerte el pelo? —les va preguntando a los indios sentados en fila ante sus puertas.

—Sí —le contestan.

Y él:

—Ajá... ¡No vayan después a irse donde otro!

Y les corta el mechón de la coronilla, dejándolos "asegurados".

—¡Helao! ¡Helao e coco! —pregona un heladero costeño en la esquina— ¡Heláoooooooo!

Y cuando ve asomar al Atacocos, popularísimo chiflado, añade, entre la risa del público:

—¡De coco y de Atacoco!

Este, que nunca ha dado un paso sin que la gente lo moteje, soporta esta vez la alusión y pasa, gacha la cabeza, las manos en los hombros. No dice nada, pero se le adivina que va a estallar, y estalla, en efecto, al simple contacto de la risa de un niño:

—¡Longo heladero! —le grita al chico, enfurecido— ¡Heladero de la costa! Borregón de la mala causa!

Y su gran voz retumba hasta la plaza, se une a la algarabía de las verduleras, dos de las cuales se ha-

blan, frente a frente, con los brazos en jarras:

—¡Rabo caliente es la mitaya!

—¿Qué dice la bocona?

—Lo que dije . . . Con el rabo asentado debe estar-se, sin moverse!

—¡Yo sólo un marido tengo!

—¡Ve lo que dice! Y cómo se acerca a la candela con ese rabo de paja . . . ¡Marido! ¿Marido es el Torres? ¿Marido es el Jara? ¿Y el doctor de la Botica es marido? ¿Y el mío es suyo? Con el pico cerrado yo estuviera con semejante rabo!

—Oiga . . . (que pase esa chica bocabierta, muda parece, para decirle). Y ahora que la inocente no me oye . . . ¡Ay!

La disputa termina con loca carrera de ambas contendoras.

Un toro suelto ha asomado, galopando, con restos de la soga rota en el cuello. Altos los cuernos, de plomo al derretirse y la mirada roja. Pitan, adrede, los choferes, y el animal se lanza calle arriba, poniendo en fuga a los músicos y al multicolor cholerío.

—¡Toroooo! grita, cerrándole el paso, un seminario valiente que después se hizo militar, y el animal irrumpe en una tienda. Ve ante sí otro toro . . . y arremete, despedazándolo en el espejo que cae con estruendo. La fiera está en la Peluquería del Oso. Este se arroja, cuan ancho es, en plancha, a la recámara, entre revuelo de tijeras. Un indio grita, perdido por el color excitante de su poncho, y sale, saltando, semirrasurado.

—¡Prefiero la muerte! —piensa en su escondite el

Oso, al oír la caída de otro espejo y sale y provoca al toro desde la puerta de calle, con una corta toalla entre los brazos, a manera de capa.

—¡Quizha! (1) —grita.

(1) En las provincias australes no se torea: Quizha, voz quechua usada para espantar a las gallinas.

III

YA VIENEN CON LAS COSECHAS

Arrimados a la gran puerta cerrada, esperan los ancianos. Mujeres flacas, de cabello blanco en cortas trenzas deshechas. Hombres con tabaco liado en papel de periódico entre los dedos. Lejos, la feria gira bajo las torres. De cuando en cuando pasan por la esquina de abajo caballos con el jinete perdido entre fardos de sombreros.

La campana grande hace olas azules.

—Ya están yendo a venir —cuenta un chico que llega de la feria—. Ya casi todas han vendido. ¡Ya vienen!

En grupo, asoman las cholas por el lugar donde el torrente se pierde en la alcantarilla.

Se ponen de pie los que esperan.

—¡Han vendido! —exclaman, al verlas sin sombreros.

—Pero en tres suces, taitito . . . Tres suces por cinco días y noches de trabajo! —dice una, sin llegar todavía a la esquina.

—Casi ni el valor de la paja he sacado.

—Ustedes siquiera eso —responde la Juana—. ¡Yo, nada! Y saca el sombrero de bajo el paño. añadiendo:

—Preferí guardarlo. El otro jueves llegan más pueblos . . .

—Usted no necesita tanto —le contesta una mujer picada de viruelas—. Usted soltera, donosa, ton-tita . . . ¡Adelanten!

—Empuja a tres muchachos que se han agarrado a sus polleras.

—¡Tuviera como yo cuatro bocas! —añade la chola, con despecho—. Pero usted . . . ¡Jay! . . . con ese lindo culito . . . ¡Otro gallo me cantara con semejante culo!

Y mira hacia la esquina de abajo donde el hijo del exportador ha llegado.

Un viejo pregunta por su hija.

—Allá queda la pobre —le contestan—. Sólo el de ella ha vendido. Por el de usted se queda, demás grueso ha tejido.

—¡Con qué ojos pues más finos, con qué ojos! —dice el anciano.

Siguen llegando tejedoras. Diálogos de rabia, de angustia. Primeramente en la calle, luego de puerta a puerta. Al fin, se extinguen. Lejos, por el centro, suena la sirena de las doce.

* * *

Su madre —la del magnate exportador— tejía cuando niña descalza; cuando muchacha, chola agraciada, también allá en Biblián, el pequeño pueblo de los sombreros finos, prendido a los peñascos, bajo el santuario de la Virgen del Rocío. Tejía una mañana en el pilancón de la soleada plaza, con otras muchachas, cuando en las puertas del hotel cercano hubo gran alboroto. Corrió con las compañeras hasta la calle y todas pudieron verle todavía al pequeño mudo del pueblo, sangrante, entre las patas de un gran caballo blanco ya sin jinete, pues éste recogía en ese momento a la víctima.

—¡A la botica, a la botica llévele! ¡Pobre mudito!

Lo llevó en efecto el del caballo a la botica, en brazos, seguido de abigarrado grupo, y, de repente, las voces crecieron: había hablado el niño mudo.

—¡Habló! Dijo "Ayau". ¡Repíte, repíte!

Se formó un ancho grupo. En el centro, el hombre no salía aún de su sorpresa, con el chico en sus brazos. Este había dejado de llorar, con la sien derecha sangrante todavía, pero también él sorprendido, como sin darse crédito.

—¡A . . . yau! —repitió, a conciencia, despacio.

—¡Di otra cosita!

—¿Qué cosita?

—¡Hele! . . . Ya contestó, ya sigue hablando!

El grupo creció más todavía y el chico siguió hablando, mientras el boticario, afanoso, excitado, le ponía las vendas.

—¡No le apriete mucho, no sea que calle!

El señor cura que había llegado ya, miró hacia arriba, hacia el Santuario:

—Milagro de María —afirmó, solemnemente.

—La que ha hecho el milagro es usted —le dijo el hombre del caballo a la graciosa chola, que metía en ese instante el busto en el círculo, con las trenzas caídas entre los redondos senos.

A lo que rió ella, y contestó, muy zalamera:

—¿Qué dice el alumbramudos?

Se casaron. El hombre, joven intermediario en la industria que apenas se iniciaba en ese entonces, vino con su mujer a Cuenca y se instaló en el barrio. Murió en plena prosperidad, roto eso sí, el corazón del pueblo en su pecho, trocado en dura arca de bille-

tes. Naturalmente, su hijo es hoy una de las cajas fuertes de la industria, hombre de cincuenta años. Vive aún su madre, viejecita rugosa, con la eterna visión de la Gruta de la Virgen de su tierra nativa. Y con el corazón intacto.



El magnate protestaba a las puertas de la alcoba de su madre:

—Pero mamita, ya llega el médico, el doctor Idrovo viene, ¡cómo ha de estar en esa facha!

—¡Ya digo, como era de morir!

Y acentuaba sus palabras, bajando duramente la cabeza, encaprichada como niña, sobre un enorme trono de metal dorado, catre regio, pero con roja poliera de chola ella, terciada sobre sus hombros, a manera de manto.

—Que me traigan más bien a la María grande —siguió—. ¡Qué doctores ni qué alforjas!

—¡María grande! . . . Y ahora que dice María grande, ¡Rosa! —gritó el hijo, saliendo al pasadizo. Y cuando asomó la sirvienta:

—¡Anda arriba y pregunta a la María chica que si ha sabido algo del señor Argudo, que cuándo viene.

Y no regresó donde la anciana, sino que bajó las escaleras y se fue a su oficina. En el patio abarrotado de sombreros su mujer, agria jamona, de melena a la moda y zapatos amarillos, reprendía a un sirviente:

—Ya cuántas veces te he dicho, longo, que te saques el poncho! ¡Aquí, como espantajo, de poncho, en plena casa decente! ¡Sácate te digo!

El cholito —era el pajarero de la tierra de las tinas— se puso de pie, temblando.

—Ven acá —siguió la mujer—. Ya te enseñaré a vivir entre cristianos!

Y de un zarpazo le despojó de las dos prendas agrestes: el poncho y un sombrerito de lana bruta, sin hilarse, flor de rebaño con que se abrigan los indios del páramo.

—¡Ahora vas a ver lo que hago!

—Y tomando poncho y sombrero por las puntas, con asco, llevó al niño hacia el traspatio, a empellones.

En ese sitio ardía una hoguera devorando restos de paja toquilla.

Al verla, el infeliz comprendió todo y se echó a llorar.

La mujer lanzó las prendas al fuego. El poncho cubrió las llamas que se salieron hambrientas por sus flancos. Levantáronse, como para contemplar su presa. Cabrillearon un instante. Tuvieron pena . . . y se apagaron.

Sobre el ponchito casi intacto se abrieron los ojos del pajarero, triunfantes; mas, la cruel mujer, sacó a lucir una caja de fósforos y se la entregó:

—¡Me mostrarás en cenizas poncho y sombrero, he de ver!

El indiecito vacilaba.

—¿Entiendes? ¡Quema!

Y zarandeó al niño.

Este obedeció al fin, y pronto una gran llama, como fiera que él mismo provocara, devoró aquellos últimos recuerdos de su choza.

Lloraba cantando en quechua el pequeño indio,

mientras crecía el fuego: días antes de morir, su padre le había comprado aquel ponchito, vendiendo el borrego **murungo** y quemando carbón en los cerros. "Taitas cá vivieran!"

—¡Miren al Jeremías! Ahora sí, a recoger la paja! Y la patrona lo empujó hasta el primer patio.

—Ha de quedar limpio de pelo y paja como tu cabeza y si no . . . ¡Hoy vas a conocerme!

Silencioso, el niño se puso al trabajo, llevándose al paladar, de tiempo en tiempo, con la lengua, las lágrimas que le llegaban a la comisura de los labios.

* * *

El hijo del exportador llegó con la noticia: los Argudo llegarían por la noche, ya mismo.

—¿Quién te lo dijo?

—La chola que cuida la casa, la María chica.

—Bueno, óyeme bien: —siguió el magnate— se ha creído este señor que con regalarme indios chicos de la hacienda me hará olvidar todo. Te vas ahora mismo, en cuanto llegue y le dices —pero óyeme muy bien— que los datos que me mandó con el doctor han sido falsos.

—¡Papá! . . .

—Así, sin comerte una sola palabra, y si te contesta algo me avisas.

Se paseaba por el cuarto, excitado.

—Puedes irte —añadió—. Y ven alguna vez a la oficina, a hacer algo! Te pasas todo el día en la esquina, molestado a las cholas!

Y se encerró en su cuarto, violentamente.

La de las tejedoras es la única calle de la ciudad con desniveles bruscos. Todas las otras son anchas y rectas. Desde San Sebastián se ve el foco de la esquina de San Blas, el distante extremo, a la altura de un hombre. La del barrio es también la más alta y sinuosa. Baja y sube como enorme percha sostenida en las esquinas. Al abrir las puertas de calle de las casas se ven las torres y plazas, y hasta se conoce a la gente que pasea en la plaza grande.

Se ven también los interiores de las casas contiguas y sus huertas. En este instante, abajo, canta un gallo, junto a una higuera; sobre la higuera está un muchacho.

—¡Vengan a verle al hijo de la María chica subiéndose al higo del señor Argudo! —grita una tejedora.

—¡Qué bueno! —comenta otra— se lucieron esas guaguas con la venida de la familia; ahora sí, esa pobre María descansará.

—No crea, duro es pedir favores.

—¡Hele . . . Semejante gente tan generosa!

Se encienden las luces de la ciudad y todas miran al poste contiguo que alza su tallo oscuro con el foco roto en la punta.

—¡Han roto! Y ha de haber sido el nieto de mama Luz . . . ¡Semejante pícaro!

—¿A qué horas? Pobre cojo, todo el día está con la abuela.

—Ayer trajo un carrizo. Yo le vi . . .

Dejan de tejer porque el crepúsculo se cierne entre la paja. Vienen algunos obreros, calle arriba.

—¡Cuidado se caigan! —les gritan sus mujeres—.
¡El cojo ha roto el foco!

Ahora casi no se ve, pero la ciudad está más clara.

Focos. Ventanas iluminadas y las torres, floridas algunas como floripondios, con faroles dorados. Solamente al centro, la gran mole de la Catedral en construcción se alza, opaca, pero aún así dominante, con su alta cúpula inconclusa.

En la primera esquina iluminada, abajo, asoma la ciega mendiga. Palpa el extremo del muro con la mano abierta y vacila.

—¡Corran! ¡No vaya a caerse, pobrecita! ¡Viene sin el cojo!

Baja la Juana con dos compañeras más.

—¡Espere mama Luz, no ande! —le gritan—. Va a caerse en la acequia.

En un instante están junto a la anciana.

—Y el chico . . . ¿Qué se ha hecho?

—Creo que se ha huido, vidas . . . Tempranito me dejó en la plaza —sigue— diciéndome que espere, y no le he vuelto a sentir. Verán que se ha ido a Guayaquil.

—No hable disparates, mama Luz.

—Sí . . . Desde el otro día estaba diciéndome: “Me dir, me dir, ya estoy grande. De allí he de mandarle plata, a que no pida”.

—No llore, mama Luz, cojeando ha de estar volviendo . . . ¡Cómo se ha de ir tan lejos! Camine . . .

Y le guían.

—Hele . . . con los arrieros se van no más los chicos a la costa. ¿No son de Cuenca ustedes? ¿No saben?

—Y de recuerdo ha dejado rompiendo el foco —dice la que va delante.

—¿Cuál foco? . . .

—¡Mentira! —corrige la Juana y le hace señas a la compañera— brillando está el foco en la esquina. Van a pasar la acequia.

—No, no; —sigue la que hace de guía— más arriba pasemos, aquí no se ve, allá la espuma está clarita.

Y siguen.

—¡Aquí, aquí! . . . ¡Cuidado!

Alzan en peso a la ciega y ya están al otro lado.

—Todos los días hemos de hacer lo mismo; no llore, ahora más plata le han de dar, viéndola sola.

—No crean, ya no dan; ahora todo es para los taitas curas. De soñar es en la plaza al oír como suena la plata . . . Chilín, chilín, cae en los platillos. A cada rato vacían los montones en las bolsas: zhas . . . oigo. Y otra vez ya suenan. ¿Y la María chica, ha tejido? Empezando estaba el sombrerito de la Virgen . . . ¡Dichosa!

—Ella ahora sí que está dichosa: ya vienen con las cosechas los Argudo.

Y voltean la esquina, mientras en sus mentes, unas ven a la María chica con la falda llena de maíz y trigo y otras al ex-lazarillo, cojeando detrás de los arrieros, por los cerros altísimos, rumbo al puerto.

* * *

Dos hijos de la pequeña choía, el del ángel y una niña, están sacando de raíz las yerbas crecidas en la soledad entre las baldosas del patio de los Argudo.

De cuando en cuando pasa la madre afanosa. Abre cuartos, prende luces, siempre con la guagua a las espaldas.

Palmeras altas y delgadas con el tallo iluminado y los penachos oscuros se alzan sobre los techos desde tres ángulos del patio.

Llegan los indios que han madrugado con las cargas. Entran jadeando, con los ponchos terciados.

—¿Y los patrones? —pregunta la chola.

—Ya mismo.

Y pasan hacia el segundo patio con bueyes, asnos y delgados caballos, agobiados de carga.

—¡Fuera macetas!

La chola se planta ante las flores con los brazos abiertos, y las bestias desfilan. Traen panela, trigo, frutas y sacos cosidos en cuyos costados los granos se dibujan, en duras burbujas, a millares.

—¡Lentejita! . . . ¡Porotos!

La chola ayuda a descargar los sacos y los hijos entreabren las secas hojas de plátano en que han llegado envueltas las panelas.

Un arriero bebe agua en un jarro de lata. La pera se le mueve como émbolo ante la luz del foco y la mirada atenta de una niña.

—¡Ya vienen! —grita un niño del barrio y mientras sale la María hasta las puertas, él se escurre al otro patio.

—¡Ya llegan! —confirma la chola, con entusiasmo.

Dos automóviles se han detenido ante las puertas.

Baja primeramente el hijo mayor y se detiene ante la portezuela, con la mano extendida hacia el interior del coche. Baja la madre y se mueven otras personas,

adentro, entre las sombras. En tanto, del otro carro descenden el niño, dos muchachas y el padre, grueso y cansado.

—¡María chica!

—¡Niños! —dice ésta, emocionada. Sus hijos la rodean.

—Ya limpiecito está todo —sigue—. Llegaron las cargas este rato.

—Miren los indios . . . Han caminado como tortugas.

—¡Qué delgadas! —dice el pelirrojo, mirando las palmeras—. ¡Y el patio, qué pequeño!

En el salón ya iluminado se oye una voz:

—¿Este retrato no estaba a la derecha?

—Nadie ha entrado —le contestan.

El pelirrojo se llega al zaguán. Allí, sobre uno de los muros, está una raya a lápiz con el dato: "Arturito, agosto". El chico se arrima al muro. Levanta después la mano derecha, pasándola a ras de sus cabellos; fija el índice en el muro, y, sin retirarlo después, se da la vuelta.

—¡Dos dedos! —dice, mirando el punto en que hincó la uña, sobre la raya. De pronto abre la boca. El hijo del magnate está en la puerta.

—El señor Argudo . . . ¿Puedo verlo? —pregunta y entra. Avanzan hacia el patio. Carmen está detrás de los vidrios, arriba, y los mira.

—¡El hijo! —le dice el niño, en voz baja y añade un gesto a sus palabras.

La muchacha desaparece un momento y vuelve luego.

—Que suba —dice.

El mozo sube, como con toda la vidriera y la aristócrata en los hombros y tropieza.

—Pase . . . Tome asiento —dice la muchacha, y abre el salón vivamente iluminado—. Llamo a papá ya mismo.

Y desaparece. El cañamazo se sienta al borde de una butaca, sudoroso, con el sombrero importado entre las manos. La luz brilla en los dorados marcos de los espejos y salta, de repente, a los dientes de oro.

IV

MILAGRO

Un foco sin pantalla alumbra el subterráneo, péndulo de ennegrecido alambre. La vieja india y su sobrino, —mozo esbelto, de poncho de hilo— y el doctor, su mujer y Diego, se movían bajo la luz rojiza, entre las tinajas.

El vinillo chorreaba en un balde y las damajuanas exhalaban olor intenso a alcohol, al vaciarse en las perras de caucho. Una estaba llena ya y la segunda se colmaba en ese instante, entre las manos de la madre de Diego. Entró una de las hijas y se quedó mirando...

—¿Quién queda en la puerta de calle? —le preguntó la madre, alarmada.

—Julia —respondió la niña y se arrimó a una tinaja. Tenía una muñeca rota entre los brazos.

—No hijita, anda tú que eres la más grande...

Diego está ocupado. Si viene alguien, que hemos salido a la calle. Y no te muevas de la puerta.

La niña obedeció.

—¡Ya! —dijo el sobrino de la india. Y alzando los brazos ofreció su busto musculoso. Sobre los riñones le colocaron la una perra y la otra en el estómago, sujetándolas con larga faja de lana.

—Listo...

—No se nota... Andate, pero, en todo caso, de haber peligro, debes arrojarlas. Son "el cuerpo del delito"... Y buena suerte! —terminó el doctor, con una palmada en el hombro del mozo.

—No es primera vez . . . —repuso éste, poniéndose el poncho. Salió luego a la claridad seguido de todos. Solamente la anciana se quedó junto al alambique; probó el vinillo en la yema del dedo, y arrojó un balde de agua sobre las brasas. Después tomó una gran palanca, semejante a remo, la hundió en una tinaja cercana a la de los incas, y comenzó a batir el mosto nuevo, pensativa, con la mirada fija en la tierra.

* * *

El liviano poncho aleteó con el viento de la última esquina, al perderse detrás del muro.

—Por fin —dijo el doctor, respirando con alivio, y se fue con Diego a su despacho.

Ahora, óyeme —le dijo, con ambas manos sobre los hombros del chico, mientras su mujer, junto a los dos, aprobaba—. Acaba de mandarme a decir el señor Argudo que no me olvide de enviar por el quintal de panela de que hablamos en la hacienda.

Allá me lo regaló, aunque no lo dijo así expresamente. Te vas, pues, a ir con este dinero; toma —le entregó varios billetes— y vas a decirle al señor Argudo, o a uno de los hijos, que te mando para lo de la panela. Oyeme bien: seguramente, no te recibirán el dinero, pero debes llevarlo. Vamos a ver cómo te desempeñas. Bien sabes cuánto necesitamos esa plata, pero no sería digno proceder de otra manera: nos han puesto en un verdadero compromiso. ¿Has comprendido?

—Sí.

—¿Cómo lo vas a decir? Repite.

Diego repitió el recado ante los padres.

—Bien —dijeron ambos, satisfechos.

—Nosotros —dijo la madre— vamos a salir; regresaremos después de una hora a lo sumo. Llévale a la Guadalupe para que traiga la panela.

Diego se dirigió al subterráneo en busca de la india. Ya tenía los billetes, muy apretados, en la mano.

—¡Guadalupe! —gritó— vamos, ven con una sogá, nos regalan panela!

Subió la india y se fueron. Alguien leía un libro junto a las puertas de los Argudo. Es el hijo —pensó Diego —el de los misterios de esa noche en la hacienda. ¿Qué cosa no me querría decir papá acerca de él?

—¡Adiós! —le dijo el joven que estaba, como siempre, muy pálido—. Pronto vuelvo a verlo, ¿qué dice el jovencito?

—Buenas tardes . . . ¿Aquí está su papá?

—Aquí está, pero en este instante no puede atenderlo; dígame no más a mí lo que quiera, o espérole...

—No, a usted no más: me manda mi papá para comprarles la panela que le habían ofrecido, vengo con la india . . .

—¡Ah! . . . Sí, entren.

Se fueron al segundo patio, en cuyos corredores las cargas de raspadura estaban amontonadas contra los muros.

No me dijo que "no" al oírme "comprarles" . . .

¿Y ahora? —pensó Diego, angustiado, a tiempo que Argudo ayudaba a la india a cargar uno de los fardos.

—¿Cómo? ¡Qué le vamos a vender! —protestó el

joven, cuando Diego, agradeciéndole, le extendió los billetes.

—No, no. Tome . . . —insistió el niño.

—Pero cómo . . . ¡Sí les hemos regalado!

—Tome.

—¡Vaya! —Y Argudo movió la cabeza negativamente.

Diego lo miró por un instante, y otra vez, como si alguien le tocase el codo, extendió el brazo. Maquinalmente, Argudo se apoderó de los billetes. El niño palideció. Luego, casi sin despedirse, echó a andar, seguido por la india. En la esquina, ésta le dijo:

—¡Usted tuvo la culpa!

Llegaron a la casa y se fueron derechamente al subterráneo, sin reparar en las niñas, que jugaban en el patio. Ya abajo, Diego se arrimó a la puerta y lloró.

—Calle —dijo la india, tratando de consolarlo— su papá no le ha de hacer nada . . .

—Por eso mismo . . . De vergüenza . . . ¿Entiendes? Y lloró más fuertemente.

Alguien abrió las puertas del traspatio en ese instante.

—¡Escóndeme! —rogó Diego a la india—. ¡Llegan!

—¿Cómo? ¿Dónde?

Miró el niño hacia los ángulos, aturdido.

—¡En la tinaja! —dijo, por fin— y levantó los brazos al cuello de la vasija.

—¿En la tinaja?

—¡Está vacía, pronto!

Fue tan imperativo que la india lo tomó por los codos y lo depositó suavemente al fondo del recipiente.

Se abrió la portezuela, arriba, y asomaron las cabezas de las niñas.

—¿Y Diego? —preguntó la una.

—No puede salir —dijo la india— vayan a jugar en el otro patio.

La portezuela volvió a cerrarse.

—¡Saiga, no han sido ellos! —susurró la india, desde la boca de la tinaja.

—Si saliera me encontraría con ellos en el patio —repuso el niño— llegarán después de un instante.

—Salga . . .

Por toda contestación. Diego se acurrucó más aún.

La anciana, junto a la tinaja, no sabía qué hacerse.

Por fin, se acercó al fuego, pensativa, y así pasaron unos minutos. Los padres no llegaban. Pasó una hora. Ya la voz del niño era tranquila y salía aleada al eco, musical y profunda.

—Siga, siga —dijo la india.

—La capilla es granero. Los santos del altar tienen unos sombreros parecidos a los de los indiecitos de la hacienda.

—Eso ya me dijo.

—No te dije; pero bueno, entonces no me caí del caballo ni cuando se paró en dos, pero el otro era mejor por la estrella blanca en la frente. El pajarero no quería venir, casi hubo que amarrarle para traerle.

—¿Y los taitas? ¿Les había tragado la tierra? Salga, salga.

—¡No me molestes!

Iba a salir la india cuando por fin la portezuela se abrió y los padres entraron.

—¿Y? —preguntó el hombre.

La anciana extendió el brazo hacia la carga de panela.

—¿Y Diego?

La india se alzó de hombros.

—¿Le recibirían el dinero? —siguió el hombre.

Volvió la india a levantar los hombros, y no le contestó, dedicándose a batir el mosto.

—Y es muy buena —dijo la madre, tomando una panela del fardo.

El hombre sopesó la carga con muestras de gran satisfacción.

—¿Qué se haría el chico? —dijo luego, preocupado.

Pero la anciana avivó el fuego, fingiendo no haberlo oído. Ni el menor ruido salía de la tinaja “de los incas”.

—Seguramente salió en busca nuestra, entusiasmado —dijo la madre—. ¡Qué bueno es!

—¡Ah! . . . Pero tenemos que mimarlo: ha de sufrir mucho en su vida; es demasiado bueno. ¡Y con su imaginación! . . . Es un precoz. Y tenía a quien salir: su abuelo, más o menos a su misma edad, le corregía el latín al viejo Rendón. Antes era el latín . . .

Y el hombre sacó el reloj.

—Bueno . . . ¿Y qué se haría? —siguió, dirigiéndose a la india—. ¿No te dejó el dinero? Tengo que entregarlo a las cinco. Anda búscalo.

La india salió.

* * *

Un grupo numeroso de cholas estaba en la esqui-

na, pero sólo las solteras tejían; las demás remendaban la ropa de los hijos o se la hacían nueva, pues faltaban dos días solamente para la apertura de las escuelas.

De repente una voz surgió, abajo:

—¡Milagro!

Era la ciega mendiga.

—¡Por el sombrero de la María chica! —añadía, con el rostro hacia la esquina, apegándose al muro—. ¿Dónde está ella?

Algunas tejedoras bajaron a su encuentro, y la pequeña chola, emocionada, salió a las puertas de su tienda.

—¿Qué dice?

—¡Milagro! Por usted.

Todas las puertas se llenaron de tejedoras, ancianos y niños, a estas voces.

—¡Cuenta pronto!

Casi en brazos la llevaron hasta los umbrales de la puerta grande.

—Bien le dije a la María chica: "Por usted la Virgen ha de ayudar a todo el barrio!" —empezó la ciega—. Estando en la plaza oigo. Pasan unas cholitas locas de gusto. "¿Qué dicen?" —digo—. "Desde mañana —me contestan— se abren las escuelas con todo para las guaguas: desayuno, fruta, ropa, libros, maravillas!".

Llegaban más personas y pronto se formó una rueda multicolor junto al agua.

—¡Milagro!

La ciega tomó aliento.

—¿Y la María chica? —preguntó.

—¡Aquí está, oyéndole está! Diga, diga.

La María chica, con el sombrero en botón entre las manos se hizo presente:

—Diga . . .

—¿Ya no dije? ¿Les parece poco? . . .

—¡Ave María, mama Luz, tan novelera! —dijo la María grande—. Creí al oír “milagro” que había volado taita Obispo, eso, o que la Virgen había llorado de nuevo en Quito.

Algunas, desilusionadas, regresaban a sus tiendas, pero otras seguían:

—Yo le llevaré al mío a esa escuela mañana mismo . . . Pero qué, ni calzón tiene.

Y la madre puso ante sus ojos, sobre la ciudad, los pequeños pantalones que cosía: la catedral entera estoy viendo por el hueco —dijo.

La ciega se había sentado y les oía sin intervenir nuevamente, muy cansada.

Una chola de pollera raída, exclamó, con un niño en los brazos:

—¡A estito primerito!

—Demás chico es el guagua —le contestaron—. No han de recibirle.

—¿Qué dicen? —repuso la madre—. Chico es, pero una candelita de vivo, ya le quisieran otras que sólo tienen mudos grandes . . .

La María grande intervino nuevamente:

—Primero averigüen bien y no peleen —dijo—. No creo yo en cosas del Gobierno . . . Allá entre caballeros se reúnen y ofrecen maravillas; ofreciendo se pasan de enero a enero, ¿pero cumplen? . . .

—Cierto.

—Y sobre eso y lo que es más: han de creer que nos estamos cayendo por un vaso de leche . . .

—Bien dice.

Diego subía en ese instante y se acercó a la chola.

—Bueno —dijo por fin la María grande, mientras se retiraba con el niño— que siga tejiendo el sombrero de la Virgen a que cumplan la oferta, y si cumplen que dure. Milagro fuera que durara o que fuera cierto. Callaré más bien.

Y se sentó con su amigo en el umbral de su tienda.

—¿Qué le ha pasado? —dijo—. ¿Por qué ha llorado? El niño le contó, a medias, su desgracia.

—¿Y por qué salió ese mismo rato de la tinaja?

—De vergüenza, me estaban alabando . . .

—¿Y cómo es la tinaja? ¿Dónde está?

—Una tinaja . . . Nada . . . ¡No puedo contarte!

CUENTOS Y ZURCIDOS

En la colina, el verdor intenso de la campiña que nunca afecta hondamente la sequía, se acentúa. Un gran bamboleo de eucaliptos sube desde las últimas casas hasta la cima distante, de suave declive. Arroyos bulliciosos bajan hacia la ciudad, bordeando los tanques del agua potable y antes de perderse en las primeras calles, mueven molinos de gruesas ruedas de piedra. La loma está remendada de quintas y pequeñas parcelas, cosidas por las raíces de los eucaliptos. Cerca del barrio hay un alfalfar maduro, de morados canteros, que por las noches se raya de luciérnagas, y a su derecha un bosque, talado en parte, con anchos troncos, bancos naturales, a cuyos bordes hojas nuevas, casi blancas, retoñan sobre las huellas de las hachas. El piso está mullido por suave capa de serrín amarillo, café oscuro a trechos, ya antiguo. Y hay también lugares junto a la X de palo de los aserraderos, donde la hierba ya asoma porque las tejedoras se llevan el polvo de madera a sus fogones. Parejas enlazadas crúzanse, a veces, entre las ramas nuevas.

La ciudad, abajo, se iluminaba, cuando la Juana asomó, apresurada, por entre los troncos del bosque, dirigiéndose al barrio. Venía encendida e inquieta, y al llegar a la esquina, antes de voltearla, miró largamente hacia la colina. Luego se unió a otras tejedoras que nuevamente se habían acordado del nieto de la ciega, al mirar el foco roto y que ahora acudían a

la tienda de la María grande. Esta había tenido jaqueca y no quería exponerse todavía al "sereno", saliendo a los umbrales. Se había puesto emplastos de moritño en las sienes, cubriéndolos con pedazos redondos de hoja de higo y recibía a las amigas sentada en una gran estera que cubría la mitad del piso de tierra de la tienda. Un catre de madera con colchón de paja y limpias cobijas remendadas, ocupaba uno de los ángulos del cuarto. Sobre la cabecera una pequeña urna de vidrio y lata con el Niño Dios de los "entregos" del barrio; al pie, una mampara forrada de periódicos, con tarjetas postales y un retrato, y en el ángulo opuesto el fogón: tres piedras de río ennegrecidas, bajo halo de negro de humo intenso que iba hasta las vigas del tumbado.

Un foco prendido al extremo de un alambre erizado de alas de mosca, sin pantalla, enviaba su luz amarillenta, hasta la calle.

—Cerrarán, las rabonas, la puerta, no vaya a volverle la jaqueca.

Desde el filo de un cuero de chivo negro, tendido al pie de la cama, la estera se extendía por el resto del cuarto, bajo dos perchas hundidas por el peso de paños, polleras y paja, poco más que a la altura de una chola, sobre las cabezas de las visitantes ya sentadas.

Lo más notorio entre los adornos de la mampara, era un retrato de hombre joven, frente a la almohada de la dueña, fijo en marco de nogal labrado. Tendría veinte años el de la foto, era alto y delgado, de mirada limpia; llevaba traje de casimir y sombrero de esterilla, arrimado éste al pecho sobre la mano tiesa,

con ese calambre propio de ciertas fotografías. Era Gerardo, el hijo único de la chola, emigrante de tres cartas, fechadas, la una en Guayaquil, la otra en Bolivia y la del último año en Antofagasta. Precisamente, a la derecha, a la izquierda y sobre el marco, estaban tres tarjetas postales: la primera, con el Palacio Municipal del Puerto, junto al ancho Guayas; en la de la izquierda se veía una alpaca de alto cuello y, al fondo, las chimeneas humeantes de un asiento minero. Por fin, en la que coronaba el marco, grúas oblicuas, junto al recto borde del muelle. Un barco enorme se acercaba y marineros minúsculos estaban descolgando el ancla desde la proa. Lejos se divisaban otros buques, pequeños por la distancia y medio esfumados, cortado el último en la mitad por el límite del enfoque. Sobre uno de los hombres de overol que se encontraba más acá, bajo las grúas, había una X de tinta roja: señalaba a Gerardo.

Una chola se puso de pie y elevando la aguja hacia la luz, la enhebró certeramente.

—Oyendo y haciendo —dijo luego, mientras volvía a sentarse y tiraba de la blanca hebra, con las yemas de los dedos.

Ya había unas siete vecinas y la ciega y dos ancianos, en torno a la gran chola, y varias estaban con sus niños. Estos oían, con la boca entreabierta, sentados sobre las polleras de las tejedoras. A veces, tenían que levantarse, muy a pesar suyo, para ofrecer su busto o sus extremidades a las madres que les tomaban medidas, con la aguja en los labios.

—¡Quieto!

—No hable con la aguja en la boca, seño Luisa, le ha de pasar lo que a la vendedorita de abajo! . . .

Hele: se tragó la aguja . . . ¡Ya es muerta!

¡Ya es muerta!

—¡Ave María, ni estando qué!

—Ya digo . . .

—Aura que dice aguja —interrumpe la María chica— seño María, ¿usted no tiene hilo negro?

—Sí creo tengo un poco.

Se levantó la chola y trajo de un baúl que estaba bajo la cama una pequeña petaca llena de restos de hilo, carretes y trozos de encaje.

—Busque y deje al lado —siguió la dueña, volviendo a sentarse—. La que necesite que coja.

—¡Pero no interrumpan! —protestó la Juana—. ¡Dejen que siga contando!

—Cierto . . .

—Hele así es: —continúa la María grande— y la vecina alegre tentándole, pero ella, vaya, de piedra.

"Seño Teresa —le decía la mala vecina— no ha de volver su marido, en la costa al escoger hay mujeres ¿por qué es usted tontita? . . . Aquí con ese lindo rabo asentado, sin moverse y el ingrato . . . ¿le agradece? ¡Padre mío! A mí, otro gallo me cantara con semejante rabo!" Pero ella . . . de piedra. Y la mala vecina queriendo hacerle coger aretes un día, grandotes, de plata, hechos por el Jara, en nombre del otro . . . y ella tapándose las orejitas! Y sin tener ni para la plaza, digan! Cuando en eso . . . el marido vuelve.

—¡Dichosa!

—¡Ah! Pero cómo era ella pues! ¡Ave María!: en el cielo ha de estar, con paño y todo.

—Y no los hombres, diga, ¡sinvergüenzas! —cö-
menta una chola fea, con un niño picado de viruelas
a sus faldas—. Ellos sí, cayéndose andan por enga-
ñarle a una.

—¡Eso no es nada! —sigue la María grande—. Vie-
ran el huallmico(1) de mi comadre de San Blas...

—¡Cuenta!

—¡Hele! ... se casa la tontita con el sinvergüenza,
y vieran ... nada! Al fin, con rabia ella le ha mandado
sacando de la tienda. "Andate, vago, huallmico" —le
ha dicho y él se ha ido, pero ella a los diez meses ya
con guagua. Y al otro año, otra. Y el vago ha asomado
un día. "¿De quién son los guaguas?" ha preguntado.
"Tuyos" le ha contestado ella. "¿Míos?" ... Y a la
tarde le ha vendido al unito: "Sinvergüenza", le ha di-
cho a la mujer (no quiero decir por las guaguas lo de-
más que le dijo) al verle llorando: "¿No dijiste que
son míos?" y sigue llorando y hará la novedad en todo
el barrio".

Y repitió la mala palabra.

—¡Vean esto!

—Y al otro año —sigue la María grande— otra
guagua y otra, la más grandecita, vendida ... No bien
pasaban unos meses, dicen que por la plaza le veían
al huallmico, espiando la barriga de la comadre.

—¡Con un palo de leña le hubiera esperado!

—Hele así es ... y un día, estando yéndome a San
Blas, le encuentro al huallmico. En ese rato yéndose
ha estado, a la carrera con la guagua. Ella llorando,

(1) **Huallmico:** flojo, amujerado.

con batita colorada, y él de la manita arrastrándole. "Sinvergüenza! —le dije—. ¡Dame la guagua!" y cogí a la inocente y donde la mama le llevé de nuevo. El, vieran, cuando le quité, con el brazo tapándose la cara, creyendo que iba yo a pegarle. "¿Qué crees —le dije— que voy a ensuciarme? . . . ¡Desaparece de mi vista!"

—¡Huallmico! ¿Y la comadre?

—Ella me recibió la guagua. Llorando había estado. "Cómo deja pues —le dije— comadre, que se lleve las guaguas el huallmico. Así sean de cualquiera, quién sabe dónde irá a venderles . . . ¡Ave María!" Y vieran —pícara mismo era ella, alegre—: las guaguas, unos eran blanquitos, otros morenos agraciados, otros . . . de correr al verles! Quién sabe con quién no más la mama dormía, digan!

En ese momento, las puertas de la tienda se abrieron, y la narración se interrumpió. Un obrero barbado, de sombrero de paja, entró a la tienda.

—Venga pues, venga, —le dijo la María grande— entre, conversando estamos. Siéntese, no en el suelo! Y arrastró un banquillo que el hombre ocupó en seguida.

La chola fea, mujer del recién llegado, se alzó de hombros.

—Hele . . . ¡Otro huallmico! —dijo.

—¿Qué dices? . . . ¿Yo . . . huallmico? —repuso el hombre, riendo sonoramente.

—¿Ya encontraste trabajo siquiera?

—Espera . . . Ya ha de llegar, todo el día camino.

—Sí, ya ha de hallar —le defiende la María chica.

—Por ayudarle a su marido está así —le contesta la fea—. Bien hubiera estado ganando!

La pequeña chola no responde.

—¿Y qué ha sabido del Manuel? —le pregunta el hombre.

—Nada . . .

—Ya ha de venir.

Y el obrero saca un papel estraza del bolsillo, lo parte hábilmente, y lo llena de polvo de tabaco, liándolo después entre sus grandes dedos. Es alto él y ancho de hombros, y algunas hebras blancas brillan sobre sus sienes y en la negra barba. Pero ni pizca de azufre hay en su rostro ni en sus cabellos.

Está sin trabajo porque cuando el “hombre herido” mató al cruel intermediario del Jefe, él declaró ante el Juez a favor del homicida.

—¡No fumes tanto! —sigue su mujer—. ¡Huallmico! ¡Quisiera que hubieras oído lo que contó la señora María!

—¡Pero yo qué huallmico he de ser pues, diga usted, señora María grande! —dice el marido, calmadamente, sonriendo, y se lleva las manos al decirlo, bruñidas de callos, a las **barbas**.

—Por decir, dice —le ayuda la María grande— ya le ha de pasar la rabia a la vecina.

—Siga contando, señora María —ruegan otras— ¿y diay?

—Diay nada, nimás el sinvergüenza, pero quién sabe: ya no más asoma . . .

—¿Dónde sabría andar el huallmico, mientras tanto?

—De veras, no, ¿dónde? . . . ¡Quién sabe! —contesta la chola, pensativa.

—¡Pico de oro usted tiene, señora María, cuente otrito!

—Si no era cuento, cierto era.

—Un cuento, entonces.

—Vaya bueno: un día, hace cien años, cierto es también, una noche mejor diré, la santa —la fundadora de las marianitas— dicen que sola ha estado subiendo por la calle oscura. Esa calle torcida, del Vado...

Los faroles apenas dizque alumbraban, vaya como tizones apagándose, en ponderación... Cuando en eso (ella linda dizque era, blanca y con el pelo bien negro) cuando en la esquina más clara, un militar enorme, con las charreteras como gallos peleando, le ha visto y todo ha sido verle y correr a abrazarle, con la capa extendida. "¡Deténte!" —ha gritado ella— animal feroz, primero nació el Niño Dios antes que vos!" Y vieran... Ha quedado el militar con el brazo extendido, pero tieso, paralizado.

—¿Y diay?

—Así ha quedado para siempre, sólo ya en el ataúd le han enderezado... roto. Porque han tenido que trozarle, vaya, como a leña, en ponderación. Y casi no ha habido quien le troce. "Lo que taita Dios ha hecho —habían dicho— no toquemos".

—¡Ave María!

—Ahora que mama Luz cuente el farol —pidió la Juana.

—Yo ya no valgo, vidas —contestó ésta.

—¡Cierto! —aprobó otra— vieran cómo cuenta el farol! Viéndole parece que estuviera.

—¡Cómo no pues! —comentó la Juana— dentro de ella ha de estar viéndole... ¿Acaso con la almita no se ve?...

—Ya digo, ya no puedo.

—Bueno pues —siguió la joven chola— no quiere; aura sí me voy . . .

—¿Tan pronto? . . . ¿A quién estará viendo ella con la almita?

—A nadie . . . pero anoche velé, tengo que dormir un poquito.

—¡Dichosa! Ella no tiene que remendar calzones. No se case, Juanita, no se case —dijo la fea, mirando a su marido. Este, muy tranquilo, había escuchado la narración, riendo de vez en cuando.

Salió la Juana y cerró suavemente las puertas. En ese momento, un chico picado de viruelas —hijo del recién llegado— posaba ante su madre, con los brazos en alto.

—¡Apure! —le decía.

—¡Callado, bocón! ¡Retrato de su taita!

—Y por añadir un gesto a sus palabras, la chola desenhebró. la aguja.

—¡Hele! —exclamó, y se volvió hacia la luz.

Sin las manos de la madre en la cintura, al muchacho se le cayeron los calzones.

—¡Tatay! —gritó otro, con los ojos abiertos sobre el desnudo amigo—. ¡Hasta eso ha sido zhuro! (1)

—¡Silencio! —dijo su madre— y le dio con los nudillos en la cabeza. Eso sí ves —añadió— porque es malo! Pero de la guagua no te preocupas: dos veces se cayó ahora!

—Ya callen, ya callen, ¡no interrumpan!

—Ahora de los pavos, seño María —pide el hijo de

(1) Picado de viruelas.

la María chica. Y tose, se pone rojo. Tragándose la saliva, con los ojos humedecidos, sigue:

—¡De los pavos de candela!

Y se sube hasta el brazo, como puño, la rueda que le ha bajado a la muñeca.

—De cuidarle está al chico, vecina —dice la María grande, moviendo la cabeza, mientras lo mira atentamente—. No vaya a pasarle lo que al hijo de otra amiga mía.

—¿Qué pues?

Y la María chica se incorpora.

—¡Hele! . . . Se hizo tísico ¿no supo?

—¡No diga! ¡Pero no pues el mío!

—¡Cuenta! —dicen otras.

—Dios no quiera —empieza la chola—. Muy pobre era la cholita, ya ciega estaba haciéndose, ya el un ojo apenas conociendo, y los chicos . . . una docena! Antes los más grandecitos ya le ayudaban, digan. Cuando uno de ellos ha empezado a toser . . .

“Hágale ver, fulana, con un médico, le dije, mal está el chico” . . . “¿Qué dice la bocona?” —me contestó. Hele, y tuve que cerrar la boca. Cuando a los ocho días, bañado en sangre el chico.

—¡No diga! ¡Pero no pues el mío!

—No, si no digo . . . pero no hay que descuidarse... y le voy a dar gusto al guagua, voy a contar los pavos.

Todas atienden nuevamente. Cuando cree no ser visto, el niño se lleva la yema del dedo a la lengua y la extiende luego, medroso, hacia la luz. Se alegra al no ver sangre, y escucha, atentísimo, con la rueda brillante entre las piernas.

—Hele así es . . . —dice la María grande, dirigién-

dose al niño—. Esto era frente a “Las Secretas”, en semejante calle, piensen, tan oscura. Frente al muro no había como hoy día casas, sino cercas y, adentro, bien adentro, entre unos árboles grandes, una casita blanca, vaya como una monjita del frente, en ponderación.

—Y vería usted seño María a “Las Secretas”, para decir eso —comenta una chola.

—Pero se sabe pues . . . Manto blanco se ponen, hasta en la carita.

—¡No interrumpen!

—Hele así es —sigue la dueña de la tienda—. Entonces . . . Y en ella vivían unas beatitas. Pero nunca salían, ni a la Iglesia. En la misma casa tenían todo: Oratorio, misa, todo. Y no salían porque eran . . . —baja la voz —leprosas . . . Y el santo señor, el señor González Suárez (1) les iba a ver todos los días, les curaba las llagas.

—¡Dios nos guarde!

—Hele así, y cuando él faltaba, porque tenía que irse a cavar la tierra en los cerros, averiguando la vida de los indios antiguos, dizque, a las doce de la noche, esponjándose, una hilera de pavos rodeaban la casita. “¡Caldo!”, “Caldo!” —gritando y el abanico del rabo como rueda de candela . . . Y cuentan que volaban a las cercas y hasta que salían a la calle, en el silencio, a esponjarse . . . Esponjándose han estado un día, digo

(1) **González Suárez**, ilustre historiador ecuatoriano, Arzobispo de Quito, ejerció durante su juventud varios años de sacerdocio en la ciudad de Cuenca. La leyenda de los pavos es tradición popular.

una media noche, echando chispas, cuando de contado ha quedado muerta de susto una cholita al verles . . .

—¡No diga, Ave María! ¡Ponderación ha de ser!

—Cómo ha de ponderar pues el señor González Suárez!

—¿Y él les vió?

—¡Sí! . . . ¡Sí! . . . una noche, y que los pavos se apagaron unos, quedándose de pavos comunes, y que otros reventaron por los aires.

—¡Qué maravilla! —exclama Miguel— ¡otrito! ¡otrito!

—No pues sólo yo alguna otra que cuente, vaya la seño Luisa, lo de los gigantes . . . O don Ricardo, algo.

—Yo no —dijo éste— oigo solamente.

—Entonces del santo sacerdote que se pasea sin cabeza . . . la seño Rosa.

—¡No vale! ¡No vale!

—Ahora que dicen pavos y de noche —empieza otra—. ¡Vieran las maravillas que me cuenta un arriero de Loja!

—¡Cuenta!

—De Loja al Perú dizque llevan manadas de pavos, por los caminos, de noche, para los pueblos . . .

Que los arrieros que les llevan tienen un grito especial para arriarles: “¡Caldo! ¡Caldo!” cuentan que van gritando en las tinieblas, y los pavos andando, sin perderse . . .

—¿Y el cuento?

—Pero esto es cierto pues! No andan de día, porque el sol les mata.

—¿Y entonces —dice un niño— lo de los pavos de candela no es cierto?

—¡Tonto!

—¡Usted, don Ricardo, usted cuéntenos algo! —piden varias, pero ya su mujer ha empezado:

—Del idor a Guayaquil voy a contarles yo . . . Pero mi marido qué! . . . Ni para eso vale!: Dicen que el otro era jorobado, con sólo el un ojo bueno, pero que soñando se pasaba con irse a la Costa . . . Porque hay gentes que se mueven por encontrar trabajo . . . —y le mira al marido.

—¡No me molestes!

—¡Cálmese don Ricardo, cálmese! —interviene la María grande.

—¡El cojo ha de venir rico de Guayaquil! —exclama el niño picado de viruelas—. Era valiente.

—Vos qué sabes . . . entrometido . . . ¡Hele! Ya le hace recordar del chico a mama Luz.

La anciana ciega se ha puesto otra vez inconsolable al acordarse del nieto.

—Y ya me voy —dice, levantándose.

—¡No llore, mama Luz, disparate!

Algunas se levantan y le dejan hasta la puerta.

—Y vos, bocón, hablador, —le dice la madre al niño— siquiera llévale hasta la tienda. Y hazle caer, y vas a conocerme! . . . ¡Habladore! . . . ¡Abogado!

El niño obedece y se aleja con la ciega.

La madre y dos cholas más le miran alejarse. Ya cerca de la tienda, el lazarillo empieza a fingir cojera.

—¡Pero véanle, véanle! —dice la madre—. Si de matarle es! . . . Que no me oiga mama Luz, pero el cojo le dejó dañando.

—Intimos eran . . . Antes no lo tentó para llevarle a Guayaquil, diga.

Ya las otras cholas salen también, pues la luz ha comenzado a titilar, rojiza.

—¡Adiós! ¿Ya nos vamos? ¿y el cuento?

—¡Qué cuento! A la seño María grande ya le está volviendo la jaqueca y la luz va a apagarse.

Todos se despiden, recogiendo las ropas de los hijos. El hombre lleva en brazos al último chico.

—Vaya, muchas gracias, lindo ha estado, hasta mañana! . . . Que no le duela la cabeza.

La chola deja hasta la puerta a las contertulias y se encierra en su tienda. Las otras se retiran, con el hombre.

—Vean, vean —dice una, en voz baja— la Juana...

De la colina baja la hermosa chola, con el paño en la mano, en corpiño y con la una trenza abierta en crespa cascada, sobre el pecho.

—¡Bien le dijimos! —sigue la que la vió antes que las otras, ya en voz alta—. Seño Juana, a estas horas de arriba! . . .

—Hele, vidas! —contesta la joven, acercándose—. En este instante subo al molino y ya bajo. ¿Prohibido es eso?

—¡Dichosa! . . .

Comienzan a cerrarse las puertas, cortando las despedidas, y pronto la calle queda desierta. Se oye, lejano, un pito de policía. El molinero sube de la ciudad bastante ebrio y pasa, rozando los muros.

—¿De mi molino viene? —le dice a un joven obrero entre las sombras, y cuando éste se aleja, sin contestarle, grita:

—¡Viva Alfaro! —E inicia la subida, tambaleando.

Ya en su tienda, la María chica le da el seno a la guagua, y les ordena acostarse a los chicos. Luego sale, diciéndoles:

—Yo de la esquina no más vuelvo, cuidado que no les encuentre acostados! Y vos, Miguel, ¿oíste bien lo que dijo la seño María? Acuéstate prontito, no vayas a resfriarte.

Y sale.

Los niños juegan unos momentos con la rueda, y después se acuestan. Miguel está pensativo.

—¡Revuélvanse! —les dice a los hermanos—. Ya, revuélvanse, duerman.

Pero él no hace lo mismo, sino que, incorporándose en su lecho, mira el foco de luz amarillenta que cuelga sobre el banquillo de trabajo de la madre, ahora vacío. Luego salta del lecho y se arrima en puntillas a las puertas de la tienda. Y como si el ángel le pusiera el ala impoluta ante los labios, tose, tose, en la palma de la mano, y luego la observa, atentísimo, acercándola más aún hacia la luz.

—No hay sangre —piensa después, con alegría— solamente saliva . . .

Y acercándose al lecho le toca el hombro al hermano menor.

—Siéntate —le dice—. ¡Repíte!

Y la oración del Angel de la Guarda vuela de boca en boca.

VI

EN LAS PUERTAS

Un grupo negro —dos filas cara a cara, rayadas de blanco a la altura de los cuellos— va y vuelve del un extremo al otro del largo corredor de la escuela. Los de la una hilera caminan hacia atrás, mientras avanzan los otros normalmente, y cuando llegan al extremo, los papeles se invierten.

El edificio de ladrillo de la escuela de los Hermanos Cristianos —cien metros de frente, dos grandes pisos y patio rectangular donde mil niños juegan entre clase y clase— se ve nítidamente, aunque en pequeño, desde el barrio. Ahora los hermanos se pasean en el corredor que cae sobre el patio.

—Vean, vean . . .

Avanza el grupo diminuto, detrás de los pilares, junto al blanco muro, como sobre la plataforma rodante lentamente empujada. Y, a la vez, desde el corredor, se debe de ver el barrio —tal que con binóculo al revés— como un solo haz de paja al pie de la colina.

Los hermanos siguen, conversando en francés, mientras la Historia Sagrada, fija a lo largo del muro en serie de cuadros, recomienza a cada vuelta. Principia al un extremo y no termina en el otro sino que sigue por las escaleras, las clases, los salones y terminará probablemente en los aposentos interiores. Al frente, Absalón cuelga de sus propios cabellos en rama retorcida, mientras su mulo sigue, velozmente, con la silla vacía. Más allá, sobre una puerta, Caín, de un oscuro color sepia, meneas la mandíbula del as-

no. Un reloj de pesas se levanta a su derecha, frente a la pequeña campana abierta entre dos pilares.

Sube un hermano las escaleras, mira el reloj y se dirige a la campana y la toca.

—Vean, vean, vean . . .

El grupo de paseantes se deshace en garabatos que semejan diligentes hormigas y se pierden por las puertas. Luego, nubes de niños suben, y van desapareciendo, a su vez, en las abiertas aulas.

—¡Ya entran!

Arriba, en el barrio, los niños, bien peinados, con los trajes limpios, esperan a sus madres, siempre mirando lo que pasa en la escuela.

Bajaron ya algunos con las cholas, muy temprano, pero encontraron mucha gente en las puertas, y convinieron, todos, en regresar por la tarde.

El barrio entero, aun su distante extremo, ya en San José, donde comienza la carretera que parte hacia Quito, se preparaba.

Los chicos no cabían en sí de impaciencia. Y también de angustia, pensando en la escuela, y las madres habían almidonado los flecos de sus paños y se habían puesto sus mejores polleras. El foco roto brillaba como nunca, con sol en sus aristas. Algunas cholas lavaban otra vez las caras a los chicos:

—¡Si sigues dando gritos te bañaré enterito! Para qué te ensucias . . . ¡Espantajo!

Se les mojaban los pies en el filo de la acequia.

—¡Apuren!

Muchas esperaban en la esquina, con los niños prontos a su lado.

Por fin, partieron.

—Más chico creo que ha amanecido el mío... ¡adrede parece! —decía la madre de la "Candelita", niño no todavía en edad de entrar a la escuela.

—¡No llores! —rogaba, consolándolo.

Y era que por primera vez se negaba a llevarlo en brazos hasta el centro.

—Si le amarco —disculpábase— han de creer que todavía mama... Hele... ¡Y no han de recibirle!

El chico iba pues andando, con el pequeño puño prendido en la gran comba de la pollera de la madre.

En la calle de abajo se encontraron con otro grupo de cholas y niños.

—¿Allá se van?

—Vamos, vamos toditas.

Siguen por media calle.

—Ese guagua... ¡tan guagua! —comenta una de las recién llegadas, indicando al demasiado niño.

La madre le contesta con su disculpa favorita:

—Si usted le oyera... ¡Es una candelita de vivo!

Pero cuando oprime, al decirlo, las mejillas de su hijo, parece darle la razón a la otra, pues añade, refiriéndose a un muchacho ya crecido que va a la cabeza del grupo:

—Y no el suyo, seño Regina, más grande se ha hecho anoche—. ¡Qué suerte!

—¡Guagua es todavía! —lo defiende, a su vez, su madre—. Por tanto que corre con los periódicos no más es que se ha alargado... Pero guagua es, ya digo.

Y otras, incrédulas:

—Que hable para oírle, ronco es ya.

—Que no hable, diga, cuando el querido Hermano le examine . . .

Sube el muchacho a la acera, de un salto.

—¡Ave María! ¡No saltes! —grita la madre—. Bien dicen las boconas: ¡mudo grande! Siquiera despacio anda . . . Vas a llegar en hilachas a la escuela!

Riéndose todavía pregunta una:

—Lindo el calzón del guagua suyo, seño Rosa ¿de qué hizo?

—Del overol viejo, —responde ésta— tres salieron ¿no ve? Mis otros dos chicos también están así.

La seño María grande les hizo a los doscitos, el otro yo misma.

Buena idea, muy nuevo es el overol de mi marido... Pero . . . sí estaban yéndose mis ojos, sí pensé . . .

—Vea, vea, el de la seño María chica, con calzón de terciopelo, regalado por los Argudo . . .

—¡Hecho bien! —contesta la pequeña chola, que ha oído—. Y usted con gana . . .

—¡Padre mío! . . . pero callaré más bien . . .

—¡Ya callen, no peleen!

Dos cuadras más abajo asoma el enorme edificio.

Señoras de la ciudad, cholas de otros barrios, damas elegantes, indios, desfilan por sus aceras, hacia la enorme puerta, con los hijos.

“La candelita” empieza a llorar, pues su madre, que le había llevado en brazos un buen trecho, ha vuelto a dejarlo en la calle, por la proximidad de la escuela.

—¡Adelanta!

El chico se encapricha, y llora nuevamente.

—Calla, tontito —le dice, entonces. la madre, sin

saber cómo solucionar el problema. Y, de pronto, su rostro se ilumina:

—¡Vaya, montadito ándate, a caballo!

Y recoge un carrizo del zaguán de una casa.

—¡Monta, monta! —dice, poniendo la cañabrava entre las piernas de la guagua— ¡lindo caballo!

El niño se reanima.

—¡Con riendas! —sigue la madre, entusiasmada por el éxito—. Y del fleco del paño arranca unos hilos que ata después a la caña.

—¡Coge! Coge! Adelanta!

El chico se pone a la cabeza del grupo, ágiles los pies descalzos, imitando el braceo de los caballos de raza, mientras levanta polvo el extremo del carrizo, arrastrándose entre las piedras.

Así, todo el grupo anda más rápidamente y llegan por fin ante el Instituto . . . Las grandes puertas están abiertas de par en par; pero, diez pasos más adentro, un portón de verjas detiene a la gente, y el espacio intermedio está atestado.

—¡En orden! —clama un lego—. Primero los que llegaron primero.

Pero entreabre las puertas cuando ve damas elegantes. Estas aprovechan en seguida, asegurándose las boas en los hombros, con rubios niños de figurín, asidos a las carteras o a las enjoyadas manos . . .

Gordos padres de familia consuelan a sus hijos:

—¡No llores! Tendrás medallas de oro . . . ¡Serás el monitor! Dan caramelos, estampas. Calla. Calla.

Y fingen voz de madre. Otros se sacan el reloj del bolsillo y lo colocan en la oreja a los chicos.

—¿Oyes?

—¡Destápale! —pide un niño.

Y el padre le complace dejando al descubierto ante sus ojos las atareadas ruedecillas.

Ciertos sirvientes, generalmente indiecitos arrancados de sus chozas en vacaciones, que los patrones llevan a la escuela juntamente con sus hijos, están cerca de éstos, temblorosos, con la angustia abrazada a sus cuellos.

Allí está el magnate, en los corredores de adentro, con su pequeño hijo y el pajarero. Asombrado éste ante los centenares de niños que ya juegan en el patio. Le han rasurado parejamente los cabellos, aunque más al rape, y lleva un traje de casinete de los que se venden hechos en el mercado de San Francisco. Ya tiene rodilleras.

Cuando un hermano avanza, el hijo se aferra a la chaqueta de su padre, temblando.

—¿De qué te asustas? —le dice éste.

También el pajarero quisiera protección e involuntariamente lleva su mano a la chaqueta del amo.

—Los hermanitos son más buenos que las monjas! —dice el padre, riéndose ante los dos niños.

Se va despejando la entrada y las cholas avanzan.

—¡Ya mismo! —les dice el lego.

Llega un militar muy alto con un niño de la mano vestido de marinero, y un pequeño negrito que se agarra y no a la larga espada del Jefe.

—Señor Jefe de zona, pase! —dice el lego, abriendo en seguida las puertas.

Las cholas se apegan a las rejas. Centenares de niños juegan en el patio.

—¡Pasaron! —exclama la María chica, y alza a su hijo hasta las verjas.

Diego y el último Argudo habían cruzado, veloces, por entre los pilares.

La chola permanece atenta. Ahora otros dos niños avanzan. El uno es descalzo y el otro elegante, con albo sobrecuello.

Ambos estudian. Llevan el libro abierto entre las manos. Lo leen y alzan luego la cabeza, repitiendo en voz alta lo leído.

—Nabucodono, Nabucodono, Nabucodono . . . sor, sor . . . sor —repite el uno.

—¿Recién allí? —le dice el otro, jactancioso. —Yo ya estoy en “fue a Babilonia”.

—A ver . . .

—Verás: Nabucodonosor que había . . . había . . .

—No puedes . . . ¡Alabancioso!

—Bueno, una corregidita.

El otro mira el libro:

—“Había visto” —corrige—, y espera.

—Ah! . . . “Había visto . . .”

Y llega a Babilonia, sin tropiezo.

—¿Lo has oído? —dice luego, triunfante.

—En cambio yo ya sé la prueba de la suma.

—Fuuuuu . . . ¡Aura eso! Con la Historia Sagrada se va uno rectito al cielo.

—Bueno, déjame estudiar.

Y sigue:

—Que había, que había, que había . . .

Lee un momento. Alza después la cabeza, y, con la vista fija en el tumbado, repite, repite una palabra y vuelve al libro.

Las cholas lo miran entre admiradas y burlonas.

—¡Parece gallina tomando agua! —dice una.

Y otra:

—Vean, vean, más arriba . . .

En un cuadro, Moisés, con rayos en la frente, rompe contra una roca las Tablas de la Ley, mientras, abajo, en el valle, una compacta multitud adora al becerro de oro. Este es rechoncho como un cochinitillo y está en alto pedestal, sobre los hombres.

—¡El becerrito!

—¡Becerro, diga! —corrige el lego— por él nos condenamos.

Un enorme Hermano rubio sale a las puertas de la sala de recibo:

—¡Señor Oñate! —dice, con acento afrancesado—.

Pase.

El cañamazo entra, con el hijo y seguido por el pajarero.

Luego, ante una gran mesa cubierta de libros manuscritos, el cañamazo y el Superior departieron.

—Le traigo a mi último —dijo aquél—. Quizás se aplique, es muy inquieto! Si hace travesuras, me avisa . . .

—Muy bien. ¿Cómo te llamas? —preguntó, dirigiéndose al niño.

—¿Yo? . . . Luis —dijo el chico, haciéndose alfeñique.

—Que seas como ese . . .

Y, quitándose el solideo, el Hermano indicó en un óleo a San Juan Bautista de la Salle, cuyo rabá semejaba una limpia hoja de cuaderno.

—¿Y este otro? —continuó el Director, aludiendo al cholito.

—¡Ah! —contestó el hombre—. Me lo regaló el señor Argudo, es de las alturas de Paute. Le traigo ahora para que acompañe al chico. Quizá aprenda siquiera a escribir su nombre . . . Duros son . . . Pero dele . . . La letra con sangre entra.

—No, no, aquí se los trata como a ángeles . . .

Y el Hermano puso su mano en la desnuda cabeza del niño.

—¿Cómo te llamas?

—Manuel . . .

—¿Qué más?

—Cuzco —completó el patrón.

—Manuel Cuzco. —Y el Hermano apuntó los nombres en el libro. Después llamó a un alumno crecido y lo envió con ambos niños hacia adentro. En seguida acudieron otros que en la ciudad eran amigos del novato y lo mezclaron en sus juegos. El pajarero quedó solo. Aturdido en esa algarabía tan extraña a él, comenzó a buscar un sitio retirado; pero, antes de encontrarlo, cayó en manos de muchachos fizgones, que empezaron a silbarle y a golpearle con los nudillos en la cabeza.

—¡Cocolo, Cocolo! ¡Cholo cocolo!

Acurrucada la víctima cubría con sus brazos la desnudez de calabaza de su cráneo. Sólo le dejaron cuando le vieron venir al Inspector que le traía de la oreja, casi en el aire, a un chico pecoso.

En tanto, las puertas se habían entreabierto y desfilaban las cholas con sus chicos. Pronto la Dirección estuvo atestada.

—¡En orden, en orden, salgan! ¡Les llamaré por turno!

Y sólo dos se quedaron adentro. Cuando salieron éstas, pasó otra pareja.

—¡Tan grande! —exclamó el Hermano viendo al niño—. ¡Qué descuido!

—Porque corre con los periódicos, Hermanito . . . —respondió la madre— está tan grande.

—Bueno, pues.

Y aceptó al niño. También al otro, que era el chico picado de viruelas.

—¡Esa vacuna! —dijo el Hermano, cuando salían las madres—. Repito: ¡Qué descuido!

Pasó la madre de “la candelita”

—¡Oh! . . . ¡Ni para qué señora, demasiado niño!

—Hermanito . . . ¡Recíbale! ¡Es una candelita de vivo!

—No escucho, no escucho, que adelante otra.

Ya estaba en la puerta la María chica, con dos hijos. La rechazada pasó por su lado, murmurando.

El Hermano pareció recordar algo y abrió un cajón de la mesa. Después sacó un cuaderno. Espere —le dijo a la María chica. Y comenzó a escribir en una hoja, deteniéndose a cada instante, pensativo.

La chola, en tanto, con los hijos pegados a sus polleras, esperaba. Y como el Hermano seguía escribiendo, sin reparar en ella, su tensión nerviosa disminuyó y la madre levantó el rostro hacia los cuadros. ¡Dichosa! —pensó, viendo a una santa rodeada de ángeles. Y luego: vean, vean, —les dijo a sus hijos, elevando su índice hacia otro cuadro. En éste, Salomón, entronado, meditaba, mientras un sayón, pen-

diente de los labios del Sabio, con la espada lista en la una mano, suspendía con la otra, por los pies, cabeza abajo, a un hermoso niño. Dos mujeres presenciaban la escena: la una muy tranquila y satisfecha, y la otra como enloquecida, a punto de abalanzarse sobre el soldado.

De repente, el Director golpeó la mesa. ¿Y éstos? —preguntó luego, refiriéndose a los niños de carne y hueso.

—¡Ambos, Hermanito! —contestó la María chica, reaccionando y acercándose al escritorio.

Los niños, en tanto, no sabían qué hacerse, y se agarraban, medrosos, a las patas de la mesa.

—¡No toquen! —dijo la madre, alejándolos del mueble.

El Hermano, miró fijamente al mayor.

—¡Qué flaco! —exclamó por fin.

El niño se ruborizó. Se tragaba la saliva, mientras un lento comezón le subía por la tráquea, como millar de hormigas. Y, de repente, tosió. Aferrado a la pata de la mesa, tosió, desgarradoramente.

—¡Señora!

—Se ha resfriado, Hermanito . . . Madrugamos.

Ahora el niño se calmaba. Avergonzado, no se atrevía a levantar el rostro y lo volvió hacia un ángulo de la pieza. Creyó verle a su ángel, aturdido también, golpeándose en las paredes. De pronto, el niño se sobresaltó más aún, y cubrió con el pie desnudo una mancha sanguinolenta en el piso.

—¡No puedo! —exclamó el Hermano—. Certifica-
do médico. Regrese con certificado . . .

—Hermanito . . .

—Pero déjele al otro. A éste sí. En cuanto . . . Vuelva mañana con certificado.

Y tocó un timbre. Y cuando asomó el portero le dijo algo al oído. La chola salió dejando sólo a uno de sus hijos.

Las compañeras le cerraron el paso.

—¿Qué dice? —le preguntaron.

—Que vuelva mañana. Hasta mañana . . .

Hablaba aturdida, sin mirarles de frente.

—Espere, espere, para regresarnos juntas —le dijeron.

Se apegó a un pilar y esperó. No le decía nada a su hijo, ni éste la miraba. Cuando sus ojos se toparon, la madre pensó para sí: ¡Tontito! . . . ¡Cómo ha de ir a toser allí mismo!

El niño ocultó el rostro en las polleras y lloró.

—Calla, calla, mañana hemos de venir de nuevo.

El llanto lo alivió, y el niño miró el hermoso patio, ahora desierto.

—Mañana —pensó. Y se le fue la sensación de vacío del estómago, y un bienestar profundo le subió suavemente por donde se le vinieron las hormigas; mas volviéndolo leve, elevándolo. Nuevamente el ángel, tranquilo esta vez, se alzó sobre sus hombros, con las alas abiertas. Desde un cuadro, Jehová lo miraba, escondido en una nube, como detrás de enorme piedra blanca. El patio resplandecía al sol, con pilas de agua clara y barras pintadas y argollas.

—Mañana . . .

Y Miguel se vio a sí mismo detrás de su rueda, corriendo de un extremo a otro, entre mil niños.

Pero salieron las otras cholas, y un olor intenso a

creso llenó el aire, y el lechoso líquido corrió entre los ladrillos.

—Desde mañana dan leche —dijo alguien. Ya desfilaban por el portón entreabierto. Detrás iba la María chica con el hijo. Cuando éste pasó, las puertas se cerraron, duramente.

El niño volvió la cabeza, sobresaltado.

—¡El ángel se quedó adentro! —gritó, tratando de volverse.

Lo veía, con el ala ensangrentada presa en la junta de las puertas.

—¿Qué ángel? —dijeron las cholas, agrupándose.

La María chica no respondió, y tomó al hijo de la mano. Lloraba el pequeño tísico, sin resolverse a seguirla aferrado a las verjas. Salió solamente cuando le obligaron, por la fuerza, y no dejaba, al andar, de volver la cabeza, desolado, ahora más que nunca, ya sin ángel.

En la esquina esperaba la madre de la Candelita.

Ya le llevaba en brazos a su hijo.

III

EXODO

I

O R O

La chola agria venia desde la plaza, dialogando ásperamente con una vecina.

Cerca del barrio se detuvo.

—Vea —dijo—. ¡Sí es de matarle! . . . y atrasándose a la escuela!

El niño picado de viruelas reía más allá, sin verla, preparándose para molestarle a una muda, con otro muchacho. Iba la muda, tranquila, con enorme canasta a las espaldas.

—Vos por la otra acera . . . ¡Y yo le tiro esta cáscara!

La muda les oyó. Se detuvo, furiosa y les hizo frente, hinchando su enorme boca.

—¡Véale, véale —segufía la chola—. . . ¡Cuidado!

La muda había agarrado una gran piedra y avanzaba, babeando, a grandes pasos, contra los niños.

Corrieron éstos y, de pronto, el uno se sintió preso: lo había atrapado su madre, con el paño.

—¡Dañado! —le decía—. Las medallas cantando y vos molestándole a la muda! Aprende en el hijo de la vecina. Ya tres semanas seguidas viene con medalla.

Reía la muda, lentamente, al ver cómo la chola castigaba al hijo. Por fin el niño logró escaparse y se alejó llorando, rumbo a la escuela.

El otro lo esperaba en la esquina.

—¡Amiguero! —gritó todavía la madre—. ¡Pero verás lo que te hago, cuando regreses a la tienda! Y siguió hasta el barrio con la otra chola.

Y el taita . . . —iba diciéndole—. ¿Cree que se preocupa? . . . ¡Hele! Aura tejiendo sombrero! Hombre que ganaba diez sures . . . Toda la paja quiebra en los dedotes . . . ¡Huallmico!

—Ya ha de encontrar trabajo.

—¿Acaso busca? . . . Por el tal marido de la María chica —siguió, al ver a Miguel en la esquina.

Jugaba el niño con su rueda, y al reparar en las cholas, hizo rodar el juguete hasta el guardapolvo de sus polleras, mientras gritaba:

—¡Les pisa! ¡Cuidado!

—¡No molestes! ¡Vos del ángel preocupate! —le dijo la chola agria.

Y la otra sonriente:

—Arréglale las alas, dale agüita . . .

—¡No le haga chistes! —siguió la otra, y añadió, en voz más baja: ¡Angel, ángel! . . . Los gallinazos es que va a ver . . . y pronto.

—¡No diga!

—Hele . . . Pero mejor callar, hasta mañana . . .
Y separándose de la amiga, se encaró con el marido que en ese instante tejía un sombrero, arrimado a la puerta.

* * *

Dos indios enjutos, el uno del valle y el otro de la tierra de las tinajas avanzaban por la carretera polvorosa, hacia Cuenca. Veían la ciudad entre los árboles y oían claramente, a ratos, el repicar de las campanas. Cuando pasaban camiones hacia la ciudad, los indios, pegados a la cerca, observaban a los pasajeros.

—¿Pasaron?

—No, temprano es todavía.

Y cuando menos lo pensaban asomó en la ventanilla de un carro el busto de uno de los mayores.

—¡Apúrense! —les gritó, de paso, mientras su cabeza desaparecía entre una nube de polvo.

Corrieron los indios, abreviando el camino por la calle de las tejedoras, y llegaron a la casa antes que los mayores.

—¡Ya están aquí los indios! —gritó una sirvienta, y, a poco, salió de un cuarto, en pantuflas, el "amo grande", seguido del mayor de los hijos.

—¿Y los otros? —preguntó Argudo a los indios.

—Ya llegan, amo; en carro están viniendo, ya pasaron.

—¿Y qué milagro ustedes no se han ido?

—Amo . . . ya llegan.

Entraron los mayores.

—Vengan, vengan —dijo Argudo y se dirigió a su despacho, seguido de todos.

—Primero el uno; tú, Torres —siguió el amo, aludiendo al mayoral “de abajo”, al ver que los recién llegados iban a hablar a un mismo tiempo.

—Patrón, comenzó el chagra —yo no tengo la culpa: como le dije en la carta . . .

—En la carta no me decías todo —le interrumpió Argudo.

—Yo, sí, patrón —exclamó el otro esbirro.

—Bueno, sigue. . . Torres.

Los indios escuchaban, pendientes de los mayores.

Argudo, el hijo, jugaba con un lápiz, observándolos.

—Es que creía al principio —siguió el chagra— que sólo se estaban yendo al trabajo de la carretera. Tres agarré allí, uno es éste —señalaba a uno de los indios—. Los otros dos ya están en la hacienda.

Todos miraron por un instante al indio, que bajó la cabeza al sentirse acusado.

—También creí al principio, que se estaban yendo a la Costa, como los otros años —siguió el chagra—. Le agarré al cojo del pueblo, al mordido de la culebra y le llevé a la hacienda. “Vean”, —les dije—, reuniéndoles a los indios—. “Por idor a la costa está sin paña”. Les ponderé los males, y ellos . . ., ¡riéndose! Esto hace un mes. Después ya supe, porque . . . quisiera que vea patrón! Ya no queda gente, ni en el pueblo, ni en ninguna parte. Los que venían con tablas . . . media vuelta y al Oriente. Bateas en lugar de tablas . . . y al Oriente. Ríos de gente, río abajo, es de pararse a ver

en el camino. Oro, oro, no se oye otra cosa. Entonces le escribí a usted. Ha sido de repente, como nunca se ha visto. Siempre habido minas, mineros también habido, pero ahora! Venden lo que no tienen y se van. Taita cura va hacerse loco. La banda de música en la mitad ha quedado, y hasta el Sacristán se ha ido. Pasan hasta gringos. Indios que no tienen para nada, se enganchan. Como peones se enganchan. A diez sucres les pagan. No es sólo en la hacienda de usted, patrón: a otros dueños les veo, al paso, trabajando en chaleco . . . no hay brazos.

—¡Y la caña madura! —interrumpió Argudo—. ¡Y vos callado!

—¡Patrón, pero qué más hubiera dicho! Y ha sido, ya digo, de repente. Y no sólo en nuestra hacienda . . . Ya ve . . . hasta en Cuenca . . . En el Descanso nos encuentra la gente como hormigas.

—¿Cuántos indios quedan?

—Vergüenza me da, patrón, no sé . . .

—¿Serán cincuenta?

—Patrón . . . Pero las mujeres y los hijos están bajando al trabajo. Ayer me vino una con el cuento . . .

—Ahora tú, Urdiales, —ordenó el amo, sin dejarle concluir al otro— tú, pero no me vengas con disculpas tontas como Torres.

El chagra se apresuró a informar. —Yo, patrón —comenzó, dando un paso adelante— tal como le dije, en seguida, en la carta. Agarré a uno cuando me di cuenta de que estaban faltando. "Ahora me dices —le dije— o te mato". "¿A dónde se están yendo? ¿Cierto que se van a lavar oro?" (Yo ya sabía, pero quise que me diga . . .) Y el indio, de piedra, sin contestarme na-

da. Le agarré y con el toro padrote le uncí como para el arado: "¿No hablas?" . . . ¡El indio, de piedra! Hundí la reja y le chicotí al toro . . . Como gavilán iba el mitayo por el aire, amarradote al yugo. "¿Hablas?" —le pregunté. Ya estaba un santo: él también había estado yendo a irse de mañanita. Soltó todo. Amarrado le dejé y subí a las lomas. Las chozas . . . Como dice don Torres, de la noche a la mañana, indias y guaguas han quedado. Tres he podido atajar, ya en la montaña. Están inconocibles: se ríen cuando uno les pega. Hablan sin que uno les oiga. No sé que dicen y cuando uno acuerda . . . ellos pasando la cordillera. Pida, patrón, tropa al Gobierno . . . ¡Cómo ha de ser!

—¿Cuántos quedan?

—Serán . . . ¿Cuántos serán? —le preguntó a uno de los peones.

—Quince, amo —contestó éste.

Todos se volvieron hacia los indios.

* * *

Los canillitas recibían los periódicos, y se dispersaban por las cuatro esquinas, gritando:

—¡Oro! ¡Oro! ¡Diez mil personas en los lavaderos!

—¡Oro! ¡Oro!

Los editoriales de los diarios vieron el fenómeno como la salvación de la Patria.

En Quito se hicieron nuevos planes económicos. Creáronse secciones especiales en los Bancos y se cruzaron de brazos, esperando ver montañas de oro en el horizonte.

—¡Oro!

Y a cada grito el lacerado corazón de pueblo latía hacia la selva. Las tejedoras ponían el pensamiento en los ríos lejanos, mientras sus ojos enrojecían sobre la paja. Paraban la rueda de la máquina las costureras, con la vista perdida . . .

—¡Oro!

Los pueblos se desmadejaron en los caminos, y la tierra de las alturas —la que produce el grano y la leche— quedó abandonada por los hombres en grandes comarcas, seca, partida, como muerto planeta.

Se lavó oro hasta en el Tomebamba, calle de Cuenca.

Creció una nueva casta de explotadores: los compradores de oro, con ladronas balanzas, junto a las cantinas de la ruta.

Montañas de metal se elevaron lejos de los mineros, mientras los hospitales se hinchaban de extrañas, monstruosas enfermedades tropicales.

En las haciendas subtropicales la caña de azúcar fue cosechada por el sol, pues no había sino brazos de niños para gavillarla. Grandes sectores fueron incendiados, para darle a la tierra siquiera la ceniza. Las siete vacas flacas, espanto de las laderas, fueron vendidas en los valles, y así la sequía se devoró a sí misma. Pero antes hubo hambre, y fueron vendidos muchos hijos, y abandonados otros, después, a la esperanza, con sus madres.

Ahora . . .

* * *

La chola agria se mordía la punta del huango como las serpientes la cola.

Era domingo y había regresado de la feria a las doce, vendiendo mal su sombrero, y, el del marido, apenas en un sucre.

—¿Quién iba a dar más? —se quejaba—. Sombrero que parece hecho por un ciego, las pajas desiguales, quebradas. Hombre que tres sures ganaba, ahora . . . aquí como mujer tejiendo . . . ¡Huallmico!

Nada decía el hombre, fija la vista en el tejido, la barba enmarañada.

Llegó el hijo de la escuela con hambre.

—¿Y la medalla? ¿Por qué no aprendes en el hijo de la vecina? ¡Ah! . . . pero qué tonta soy . . . ¡El tiene padre!

Y el látigo cayó sobre el pequeño, enconado.

El padre iba a intervenir, cuando el castigo cesó.

—¡Di algo! O da para la plaza . . . ¡Huallmico! siguió la mujer.

El hombre se puso de pie. Escupió con la boca crispada:

—¡Putá!

Y salió. De pronto, giró sobre sí mismo, agarró un banquillo que estaba en la puerta, y arremetió contra la chola.

Las vecinas oían el estruendo, sin atreverse a intervenir.

—¡Le mata! —gritaban—. ¡Ya le mata! ¡Seño María grande, ayúdenos!

Por fin, el hombre salió y se fue calle abajo.

La tienda se llenó de vecinas.

—¡Agüita, agüita, denle; está sin habla!

— . . . ¡Don Ricardo vuelve! ¡Se regresa! —exclamó alguien desde la puerta.

El obrero volvía en efecto, terriblemente pálido. Algunas cholas corrieron, otras se pegaron a las paredes. La María grande le salió al encuentro.

—¡Basta! —le dijo, y lo detuvo.

El hombre forcejeó unos instantes pero acabó por reclinarse en el hombro de la chola.

Aceza.

—Cálmese, cálmese.

Al fin se fue. Y vino luego la noche, amaneció el tercer día y el hombre no regresaba. En la mañana del tercer día, asomó.

—¡Don Ricardo se ha hecho sobrestante! —gritaron los muchachos al verlo, pues venía con polainas, como suelen estar los capataces, entre el barro.

—¿Y aura? —exclamó la mujer, saliendo al encuentro, con los hijos—. Tenía ella una venda sucia sobre el ojo, con hojas de mortiño.

—Vengo a despedirme de los guaguas. Hallé quien me contrate, nos vamos.

Todas las tejedoras sabían a dónde, de antemano, y surgieron diversas opiniones:

—Don Ricardo, los ríos mares se han hecho! Muriendo está la gente como moscas... No se exponga, aquí como quiera ha de encontrar trabajo.

—Bien hecho, don Ricardo, hasta los mudos se han hecho ricos, váyase no más.

—¡Hecho bien!

—¿Y aura? ¿Cómo...? —preguntó su mujer.

—He de regresar a las siete. De noche nos vamos.

Ahora mucho tengo que hacer. Prepara algo para el camino, toma. Y estos treinta sures para los días, hasta mientras.

—¿De dónde? . . .

—Yo sabré.

* * *

La mujer bajó a la plaza del mercado y la María grande se sentó en la esquina, en espera de las campesinas.

—Deja los choclos —les decía cuando pasaban, bajando de la colina.

Una india joven, de senos como repollos, se detiene:

—Vea —dice.

Y baja la canasta, a cuyos bordes las frescas mazorcas de maíz tierno se arriman, penachudas.

—Deje, deje; cuente, rebaje.

Y le compra.

—Ustedes las de Culca, dichosas —le dice la chola a la india, cuando no quiere rebajarle— ni la sequía les llega.

Y otra:

—Ustedes las lechugas, las flores . . . nosotras: la paja y las piedras de la calle.

Con las dos manos abiertas sobre una fresca docena de mazorcas, la María grande entró a su tienda y no salió sino cuando las luces se encendieron, blancas las manos de masa lechosa, hasta los codos.

—¿Ya vino? —preguntó, llegándose a la tienda de la chola agria. Esta, que lloraba junto al fogón humoso, con los párpados morados, movió la cabeza negativamente.

—Le hice unos chumalitos para el primer desayuno.

no. Tenga paciencia, vecina, verá cómo con oro ha de volver . . . ¡Dichosa!

—¡Ya vuelve don Ricardo! —gritaron desde la esquina los muchachos.

El llanto de la chola se hizo ruidoso. Todas las vecinas la rodearon, llegándose hasta la esquina.

Subía el obrero, con un desconocido vestido en igual forma.

—¡No se tarde! —le dijo éste, quedándose en media subida.

—No, nada.

Y subió a grandes trancos.

—¡Vaya —dijo—, hasta otro día!

Y con el un brazo iba estrechando a las vecinas. Del otro se le colgaba el hijo mayor, y el último se abrazaba a la polaina. El padre movía la pierna con mucho cuidado. Después alzo en hombros a ambos hijos, muy pálido, pero sin llorar, con la garganta inflamada.

Y se fue, seguido de su mujer y de los hijos que quisieron dejarle hasta la estación de los carros.

La María grande recibió el último abrazo.

Bordeó el grupo el torrente hasta la esquina. Se aclaró un momento bajo el foco. Allí se movió el brazo derecho del hombre hacia el barrio y otra vez entró en la sombra.

La María grande, otras vecinas y los niños, no se movieron de la esquina sino cuando desaparecieron todos, a lo lejos. Después se dispersaron, comentando.

—Ella tuvo la culpa.

—¿Cómo le irá?

—¡Que taita Dios los proteja!

Cuando la María grande volvió a su tienda, tenía toda la ciudad bajo sus párpados, ricamente iluminada. Y cuando parpadeaba, se despedazaba la ciudad sobre las piedras, y volvía a encenderse. Y luz no había, sino el rojizo foco, en el poste final de la retorcida calle.

Sólo los niños se quedaron en la esquina.

De pronto, la gran chola se volvió, con violencia.

—¡El fiambre! —gritó—. ¡Olvidé darle!

Corrió a su tienda y salió después con un tibio atado en las manos.

—Ha ido olvidándose los chumalitos —le dijo al hijo de la María chica—. Toma, corre, más que sea en el ángel ándate, ¡volando!

Corrió el chico, bordeando el torrente, seguido de varios compañeros, con el pequeño paquete bajo el brazo.

II

... NO HUBIERA PUEBLO!

Los días sucedíanse sin nubes, hirientes como botellas rotas, trágicamente claros. De sol a sol los ríos coleteaban, como agonizantes, largos peces.

El polvo sucedió a las nubes y a la lampa el sol, y a la yunta el sol, que abría en la reseca tierra, escalofriantes grietas. Sólo en los crepúsculos desuncía, pero quedaba su arado arrimado a las lomas, implacable, la reja hacia las estrellas. De cuando en cuando el bramido profundo del Sangay, seguido de temblores, acallaba el aullido de los perros que otra vez renacía ante las abras de la tierra.

Cuando detrás de la cordillera vino el grito, todas las cabezas se volvieron.

—La fruta está regada, las yucas crecen en días!... Y el oro: lo están recogiendo a puñados... La gente está como en las pescas!

.

Y nada más que con pasar la cordillera...

.

Primeramente se movieron los cantones orientales, luego los pequeños pueblos; después, la ciudad misma y todo el largo sur hasta las cercanías de Loja.

Los que no disponían de medios para proveerse de equipo adecuado, se "enganchaban" donde los contratistas.

—¿Cuánto, amo?

—Seis sures, ¿cuánto ganabas antes?

No contestaban . . .

* * *

A Jonatás, el herrero del pueblo, se le ve trabajando ante las llamas con delantal de cuero, en su estrecha tienda, hasta la noche.

Grita:

—¡Llámenle al Ricardo, se me duerme el brazo!

—¿Ricardo? . . . Se ha ido, de mañanita se ha ido, no quisimos decirte.

Se referían al ayudante. Director de la banda de música.

—¿Y la banda?

—¡Para lo que queda! ¡Golpeándose está el bombo en la casa vacía!

El único hijo del herrero que aún no le abandona, es escultor y trabaja actualmente un minero de palo.

Ya lo está pintando: tiene azules calzones arrollados hasta los muslos, cuchilla al cinto, morral y una batea auténtica que semeja sombrero chino, bajo el brazo. Sus ojos café claros son dulces e implorantes, y todo él, está como encogido ante invisible brazo: es para colocarlo bajo el de Don Bosco, patrono del Oriente, en el altar lateral de la capilla.

El mismo artesano hace las bateas para los lavadores.

Son redondas, de cedro, no muy hondas, con un hoyo en el centro, donde ha de brillar el oro cuando la arena y el agua fangosa salgan por los bordes, dies-

tramente impelidas. Están de venta, amontonadas en el poyo, y los mineros, al comprarlas, las sopesan, las miran por todo lado y las menean, muy serios, con los brazos flexibles y la mirada dura, fija en el agujero del centro, como si ya lavasen.

El señor Cura —“va a hacerse loco”— tiene el tarro de pintura en la mano, listo para ofrecérselo, en cuanto el escultor tienda el brazo. Ahora pintan el morral, dándole tonalidad de cuero.

—Usa un pincel más grueso . . . No estamos pintando ojos.

—Ya mismo, taita cura, ¿no ve? ya está casi lavando . . . La batea es de veras . . .

—Oye . . . ¿Quieres la lora? Te la regalo, se ha vuelto insoportable.

—Bueno . . . ¿Cuándo?

—Ahora mismo, en cuanto acabes.

—Mañana dirá entonces . . .

—¡Ahora! ¡Hasta ha aprendido a aullar como perro, me asusta!

* * *

Los dos niños vendidos acarrear agua desde el río en un gran cubo péndulo de chaguarquero seco. El hijo de Yaulli ha crecido y ya está tan desenvuelto como el cocolo de la lora.

Bordean el cañaveral maduro y llegan cerca del puente. Cholas de pelo suelto lavan en la orilla. Una batea larga, remendada de lata, baja en ese instante, arrastrada por el río, con una hoja de penca y una camisa espumosa en su cuenco.

—¡Conténganle! —grita una muchacha, de pie en la

corriente, con los muslos desnudos entre las polleras y el agua; mas, nadie se atreve a ayudarla pues la batea va por medio río. Bajo la sombra del puente, la lata del remiendo se opaca y brilla otra vez intensamente al perderse en la extrema curva.

—Lastimita . . . ¡Y con ropa!

Las cholas lavan, usando, en vez de jabón, hojas de penca blanca, partidas por el golpe contra las piedras, espumosas, de espigas apenas insinuadas.

La ropa blanquea en las matas de la orilla, y las guaguas, morenas, semidesnudas, gatean en su sombra. Otras, las más crecidas, recogen pequeñas piedras blancas “de sacar candela”, en las faldas.

—¡Cocolo! ¡Tinga el bolo! —les gritan a los sirvientes del cura, que se acercan con el cubo de lata.

—¡Longas! —responden ellos, pero las chicas les lanzan guijarros, que rebotan sonoramente en el cubo, y ellas, corren después a refugiarse donde las madres.

—¡Ve quiénes dicen largas! —gritan éstas—. ¡Candela hemos de sacarles de los cocos, con las piedras!

—Ya regresamos . . . ¡espérense! —les amenazan los dos cocolos y llenan de agua el cubo, más arriba.

Luego, ponen el hombro —cada cual al un extremo del palo atravesado al cubo— y se enderezan. Y no bien andan diez pasos dejan la carga en tierra.

—Chupemos cañas.

Quiebran dos, al azar, pues todas son largas y maduras y las chupan.

—Llevemos el balde en una caña.

—¡Ya está!

Escogen la más larga, de dorados cañutos y la colocan en lugar del palo. Levantan el peso y la caña se quiebra. El agua derramada desaparece en una grieta.

—¡Le traga la tierra!

—Veamos con cuántos baldes se llena...

Traen más agua desde el río, y, cuidadosamente, la vierten en el abra.

—¡Ni con este!

Los bordes de la grieta se hinchan, oscurecidos; pero el chorro desaparece, cristalino, sin colmarla.

—¡Uy!

—Sí, hombre... y vamos... ¡Puede haber un terremoto!

—Yo vi una cosa...

—¿Qué cosa?

—Una cosa, una botellita de oro, en el cajón del velador de taita cura.

—Para eso a mí —pero no cuentes, cuidado— me va a robar mi papá, porque ya ha regresado, con oro.

—¿Cuándo?

—Yo sabré... Te contaré si me devuelves la cajita... O si me muestras la mala crianza...

—¡No me tientes! Te va a tragar la tierra... ¡La raja llega hasta el infierno!

* * *

El herrero despide a su último cliente, y se queda mirando el camino. Oye voces lejanas y pasos de cabalgaduras en el puente. Entra al taller, rascándose la oreja y mueve la fragua con el brazo izquierdo. Surge un penacho de chispas de entre los carbones y el rojo vivísimo de éstos contamina al herraje, fijo so-

bre ellos al extremo de largas tenazas. Los músculos resaltan en el nervudo antebrazo del herrero. En tanto, ya las puertas recortan las siluetas de nuevos parroquianos. Jonatás los atiende:

—¿Cuántos?

—Dos no más.

Un gringo, un negro y varios indígenas, estaban ante las puertas, con una mula y un caballo tordillo, cuyos cabestros ataba ya uno de los indios a los pilares.

—¿De dónde son? —preguntó el herrero a los indios.

—De Paccha.

—¿Han entrado ya al Oriente otra vez?

—Mana (no).

—Criaturas . . . Y de tierra fría! Pensarán pues que el Oriente es así no más . . .

—¿Y usted?

El gringo, que fue el aludido, procuró desvanecer el efecto que el herrero produjo en los indios.

—Mi conoce —dijo— Sabe . . . Ha trabajado en Arizona, en Alaska y Escandón —señalaba al negro— trópico, machete, y yo Zona Canal, calor, y estos . . . duros, valientes, diez sures —concluyó, refiriéndose a los indios.

El era alto y delgado, de un rubio amarillo. Realmente, nunca lavó oro, si bien descendía de mineros. Nació en Finlandia y fracasó en Nueva York. Bajó después a Panamá, donde por vez primera sintió el calor del trópico, tan distinto al del verano de los climas templados, húmedos, agigantado por la lluvia ancha y caliente. Pasó a Guayaquil, y ahora . . . El negro le

había hablado en el puerto de su vida de selva en Esmeraldas, pero era, en realidad, un oscuro boxeador retirado, ya con "mandíbula de vidrio".

Muchos lo vieron en sus malos tiempos, casi descalzo, ganándose pesetas por abrirse paso entre las aglomeraciones de las boleterías. Pasaba ahora de los treinta y cinco. Si logró convencer al extranjero fue sin duda porque, al hablarle de su Esmeraldas nativa le fluiría toda el alma en las palabras.

Y ahora estaba ante la cordillera.

—Batea, medio primitivo —decía el gringo—. Haremos canalones, como en Arizona.

Los indios se callaban, pensativos. Les había arrojado la sequía de su tierra, pero jamás sospecharon que a tan poca distancia de sus frías laderas, se encontrara este valle, como enredado al río, verde y tibio.

—¡Allpalla! (¡Qué tierra!) —había dicho uno, pasándola de una mano a otra, ante los ojos de los compañeros. Tierra caliente, suelta, de anchos poros, húmeda junto a las acequias del reguío. Pero los billetes recibidos soportaban a las mujeres y a los hijos en los lejanos huasipungos. Además, quizá también sentían ellos la atracción de lo desconocido, tan ponderado.

Dudaban.

Y ahora el negro ponderaba las maravillas que les esperaban, y el gringo asentía. Sólo el herrero no hablaba. Había herrado ya al mulo y ahora trabajaba en el tordillo. Los largos clavos se hundían en el casco, afirmando el herraje y asomaban, brillantes, en el lado opuesto, donde eran remachados.

El caballo era alto, de patas finas y musculosas, a vetas azuladas.

—Auuuuuuuuu . . . ¡Amo Argudoooooooooo!

—¿Qué pasa? —preguntó el negro, alarmado.

—La lora . . . —dijo el herrero— ha aprendido a aullar como perro.

—¿Dónde está?

—Ahora le ha de ver, al paso.

—Y usted, ¿se ha ido alguna vez?

—Sí, de joven, cuando era fuerte . . . Un año de no llover es que ha producido esta locura ahora. Pobre gente, no sabe. Hasta dos hijos míos, locos, se han ido. No digo que no cojan; oro si hay, ¿pero guardan?

Hablaba excitado, viéndoles los ojos a los circunstantes, sin detener su brazo.

—Vean el Oriente, —dijo— fuera de un flechazo que tengo en el hombro . . .

Y arrojó el martillo y se levantó el pantalón hasta el muslo, dando un paso adelante. Lívidas cicatrices surcaban entre los vellos, deformando los músculos.

Como si él mismo se admirara al contemplarlas otra vez, las miró largamente.

—Aquí estamos en el cielo, aunque no llueva —dijo.

En tanto, el caballo ha recogido la pata, sensitivo.

En torno al último clavo, rojinegra, una gota de sangre está creciendo.

* * *

Lejos, en Cuenca, la María chica revuelve los trapos de su tienda porque los Argudo le llevan a la hacienda a Miguel, de vacaciones.

—Con el calzón de terciopelo ándate, cuidado, hijito —dice—. Ya sabes: que no crean . . . Allá no hay resfrío con semejante clima. ¡Te luciste! ¿Y el saco? ¡Pronto!

Pero ya Miguel se lo está poniendo. Tiene que dejar a un lado la rueda para meter el brazo en la manga.

—¡Vamos!

Y ambos corren, calle abajo. Frente a la casa de los Argudo un automóvil espera y el zaguán está lleno de gente.

—Bueno, que les vaya muy bien, no se olviden de nada.

Suben al carro dos señoritas elegantes, seguidas por "la Carmen actual", y sus dos hermanos mayores.

El último Argudo está ya junto al chofer y llama a Miguel, dejándole sitio.

—¿Y la rueda? —le pregunta.

—¡Aquí—

—Qué bueno, ¡dámela!

Y cuando Miguel le entrega el juguete, lo toma entre las manos e imita cuanto hace el chofer con el volante.

—¡Adiós!

—Y el carro parte hacia El Descanso, lugar en que esperaban las cabalgaduras, para internarse, por el Tahal, al valle. Miguel no cesaba de mirar el río, aferrándose al asiento cuando el carro curvaba, casi sobre el agua. Detrás iban los demás, en animada charla. Una de las señoritas era la novia de Argudo, el mayor, y la otra, una amiga, rubia de boca jugosa y uñas rojas. No cesaba de hablar, dirigiéndose a Ernesto, el más joven, a cuyo hombro se apegaba en las cur-

vas. Era "muy inteligente", lectora de Guido da Verona.

La otra no hablaba, parecía realmente apenada.

—¿Y si nos fuéramos todas? —dijo Carmen—. ¡Aní-mense!

—¡Ah! . . . Pero . . .

—¡Vamos! —dijo la rubia—. Hecho . . . Si este me invitara.

—Vamos —dijo Ernesto, al sentirse aludido— por mí no falta.

—Bueno —le interrumpió la rubia—. Ahora pase, pero en la "luna", les caeremos —y se dirigió a los dos novios—. La pasarán en la hacienda, ¿verdad?

Y les visitaremos . . . La luna entera, no tanto, media luna ¿qué dices Ernesto?

—Magnífico, contestó éste, atento más a lo que sucedía en el camino que a lo que escuchaba a su lado.

—¡Miren!

Largas hileras de hombres, batea al hombro, se pegaban a las cercas cuando el carro pasaba.

—¡Es la avalancha! —siguió Argudo— y no son indios no más, sino artesanos . . . de Cuenca.

—¿Te importa? —dijo la rubia.

—¡Miren!

El largo puente de cal y ladrillo del Descanso, asomó a lo lejos, cubierto de gente.

—Se estarán reuniendo —siguió Argudo el mayor— para entrar al Tahual en caravana.

El carro pasó lentamente entre los grupos y se detuvo ante una pequeña casa enclavada en las primeras rocas, sobre el río, que era apenas un hilo de agua

sucia en la mitad del ancho cauce de invierno, hoy seco, bajo los rojos arcos del puente. El río grande sonaba a lo lejos, a la derecha, oscurecido ya por la gran sombra de las rocas donde se sume.

Los del carro bajaron y Argudo el mayor habló con los indios de la hacienda que les esperaban con los caballos listos.

La rubia no se estaba quieta ni un instante.

—¡Miren! exclamó, también ella, y se llegó hasta medio puente, con el brazo extendido. Señalaba al Cojitambo, cerro de piedra, impresionante, cortado a pico contra el cielo por un cataclismo. Sin duda era nevado ha miles de años.

—¡Es como un ala! —exclamó la rubia.

—Un ala . . . ¿De qué? —dijo Ernesto, que la había seguido.

—¡Ah! Vente, de lo que tú quieras, dejémonos de paisajes.

Y caminaron, de brazo.

—Pero vamos . . . siguió la muchacha. —¡Apestan! Y recorrió el puente lleno de indios, con la mirada.

Primero despedámosles a los viajeros —añadió.

Ya el hermano mayor estaba en íntimo coloquio con su novia, y, el pelirrojo, jinete en el pequeño caballo de la estrella en la frente, lo había lanzado a corto galope y contenido de repente, ante el asombro de Miguel, que, a su vez, estaba ya sobre el caballo del guía, sostenido por éste.

—¡Miren! —gritó la rubia, riendo.

—¡Qué fachas! —exclamó la novia.

Ernesto permaneció serio. En ese instante, un grupo de artesanos de Cuenca ataba los cabestros al

cuello de las bestias, cerca del roquerío. Algunas cholas los despedían, llorando. Unos iban con ropa adecuada, pero otros llevaban polainas sobre pantalones ciudadanos, y había uno con sombrero de esterilla.

—¡Con tostada y de polainas! —siguió la rubia sin dejar de reirse.

—¡No te rías! —le dijo entonces Argudo— no veo nada de cómico en esto: es el pueblo desesperado.

Todos miraron a los emigrantes.

—Y no saben lo que les espera en el Oriente —dijo Carlos—. Sería de verlos después de ocho días...

Creo que algunos no saben ni montar a caballo, pero les han dicho que es un paraíso...

Y Ernesto:

—Es el hambre.

La rubia se dirigió a Carlos:

—... Comunista, ¿no? —dijo, señalando a Ernesto con el rostro.

—Tiene esa manía... —repuso el hermano mayor.

El aludido nada dijo. Carmen rompió el incómodo silencio abrazando a los que se quedaban. Luego se acercó a su caballo. Lo mismo hizo su hermano, y pronto se inició el desfile hacia la garganta.

Los niños ya estaban lejos.

Cuando la cabalgata desapareció entre las peñas las dos muchachas se llegaron a la pequeña casa. La novia entró y la rubia se acercó a la ventana y se detuvo ante los vidrios. Brillaba al sol su melena y se insinuaba el vello de durazno de sus brazos desnudos.

—¿Qué te sucede? —preguntó, volviéndose hacia Ernesto, que no se movía del camino, e impresioná-

da ante el mutismo del hombre, se calló a su vez, y miró atentamente a los del éxodo: también algunos niños despedíanlos, y había una mujer que lloraba en silencio con la guagua prendida a su seno.

Nubes de enfurecido polvo les envolvían a ratos, y las madres se pegaban a las rocas, cubriendo el rostro de los niños. El cielo era un vidrio desolado.

Algo dijo la muchacha, y se estremeció como si una racha helada le rozara los hombros.

—¡Qué dijiste! —le preguntó Argudo, sorprendido.

La rubia aclaró su voz que el polvo había opacado, y dijo, repitió sin duda:

—... ¡Qué no hubiera pueblo!

III

CAÑA DE AZUCAR

Al noveno día, Argudo, desesperado, subió a la tierra de las tinajas, y no encontró sino mujeres y niños de pecho. Los pocos hombres que quedaban —Tacuri entre ellos, el del párpado roto en la revisión de las tarjas— eran ahora, en el valle, el eje de la cosecha.

Ya de regreso, frente a la última choza, el mayoral insinuó:

—Verá patrón; aquí vivía el indio de la yunta, con los hijos, ¿se acuerda? Uno de ellos era ese cholo alto que vivía con el cuento de que en Nabón las cosechas son para los indios.

La puerta se movía con el viento, chirriando largamente, y se golpeaba contra el quicio.

—¡Taita Antonioooooooooo! —gritó el mayoral.

La puerta volvió a entreabrirse, de pronto, pero nadie acudió.

El chagra desmontó y se llegó hasta el poyo, cauteloso. Entró en la choza. Junto a la puerta sobre el poyo había harapos de poncho, y en el patio una tiesta de cántaro, soleada, con la arenosa huella del agua en círculos brillantes. La sombra de un gallinazo que volaba en lo alto pasó sobre las cercas.

—¡Ha muerto! —gritó el mayoral, asomando en la puerta, con el pañuelo en las narices—. Ha muerto, está pudriéndose . . . ¡El viejo!

Y cuando ya salía, una gallina gris se escurrió entre sus piernas, alicaída, perdiéndose en la ladera.

—¡Mira! —exclamó Argudo, y se acercó a una cerca.

Allí, entre una mata de zapallo ennegrecida por la quemadura de la helada había un niño. Estaba casi desnudo, con harapos del color de los del poyo, como enredado entre las negras venas de la planta, el vientre abombado, de saliente ombligo. Miraba, impasible, a los hombres, con la boca y las manos llenas de tierra.

—¡El nieto, el cometierra! —dijo el chagra—. Se ha quedado solo . . . ¿Y ahora, patrón?

—Tenemos que llevarlo.

—Es idiota, oí que tiene rabo . . .

El cuello del niño era flaco como sus piernas, y la cabeza grande e hirsuta.

—Amárcalo y vamos. . . O déjalo en la choza de arriba, donde las Melgares.

No sin trabajo y muy de mala gana el mayoral condujo al niño hasta el arzón de su silla, pues el pequeño monstruo se debatía y chillaba, sin desprenderse de la mata, que por fin arrastró tras de sí, en la seca mano, con todas las retorcidas venas de anchas hojas velludas.

—¡Suéltate!

Y el chagra entreabrió, por la fuerza, los largos dedos terrosos enredados a la planta, y se alejó al galope.

—¡Y avísales lo del muerto! —le gritó todavía Argudo, mientras entraba al pajonal, a voluntad de su caballo, sueltas las riendas.

* * *

El día, lentamente vertido hacia Occidente, como una gran tinaja, alargaba en la sombra jinetes y patas de caballos hasta los confines, cuando densos penachos de humo, que semejaban nubes a primera vista, asomaron en el horizonte, por el lado del valle.

Los dos hombres se miraron.

—¿Crees? . . . —dijo Argudo.

—No, patrón; viene de más abajo: el doctor Torres pensaba quemar la caña helada, y así tendremos nubes todos.

Pero lanzaron los caballos al galope. Los cerros del otro lado del valle, se agolpaban, a cual más amarillo, creciendo lentamente, con chozas en las crestas.

—¡Por el atajo!

Y cuando salieron de entre los cactus, ya todo el valle estaba a la vista.

—Bien dijiste —comentó, sofrenando a la bestia—.

Es la de Torres.

Subía desde la orilla del río el incendio, entre la amarillenta verdura, crinado de humo y altas llamas, hacia el camino. Se diría que éste iba a arder, como fina hoja seca, al ser tocado por el fuego.

—¡Pero va a perder todo! —exclamó el chagra—.

¿Ya no le dije, patrón? No somos solamente nosotros, todos están desesperados. Y vea, vea la gente en el camino. . . ¡Echando polvo!

—No hemos agotado los medios —dijo Argudo—. ¿Por qué no les tentamos a los que pasan? Podemos ofrecerles buenos jornales; nada perderían con unos días de demora, ¿qué dices?

—Ya lo hice, patrón. Maravillas les dije a unos

yunguillanos. ¿Cree que se tentaron? Piensan que si un minuto se tardan ya se acaba el oro . . . El oro es oro . . .

—Quizás lo indios . . .

—Tal vez, pero no crea; están inconocibles, alzados. De rematarles es al encontrarles en el pueblo: hasta tabacos compran; con la batea al hombro fuman, ni saludan.

En tanto, descendían.

Caña de azúcar solamente había en todo el valle, en cinta unida al cielo, al un extremo, a lo largo del río, y recortada a lo ancho, por el límite del riego. De trecho en trecho, casas de hacienda y huertos de frutales alteraban el verde amarillo uniforme de la caña, listado de altos sauces reales en las sinuosas lindes.

La hacienda de los Argudo, toda, estaba a la vista, cortada por el río, con los rojizos tejados medio cubiertos por los penachos de las palmas.

Hileras de mujeres y niños trabajaban, moviéndose en el pequeño trecho ya talado, que se internaba en el enorme cañaveral, como bahía gris, llena de gavillas.

—¡Casi donde les dejamos! —exclamó Argudo—. No han avanzado nada.

—Perdiendo tiempo estamos, patrón. Qué han de poder, más lo que chupan cañas . . . Y vea . . . ¡Pero vea!

Señalaba un sauce real con las ramas repletas de pequeños indios. Otros se abrazaban al tronco y ascendían, ayudándose mutuamente.

—¡Viendo el incendio! —siguió el chagra— ya le digo, patrón . . . Es de matarles . . . Y la caña cantando.

—Espera, ya llegamos . . . —le contestó Argudo, y, recorriendo las llamas con la vista, añadió: —¡Y si llegaran a la playa grande!

—¿Y qué patrón? ¿Qué perdería? ¿Cree que va a poder cosechar algo? No tiene sino cinco indios viejos y la caña está pasándose. Con el incendio habrán siquiera nubes . . . y ceniza . . . Y nadie ha sembrado sino caña en todo el valle pero ¿quién iba a pensar?... Las lomas eran para el grano, rodando ha estado siempre el grano de las lomas . . . Ahora —y señalaba las secas laderas— ¡ni una hoja! Yo ya soy viejo —siguió— y sólo una vez he visto otra sequía como esta.

—¿Tú te acuerdas? Yo no nacía todavía.

—A buena hora, diga. Yo guagua era, pero clarito estoy viendo todavía . . . La caña tierna negra amanecía. Y vino el cometa, y se lamió hasta los árboles. El cielo de vidrio y brillando . . . de día y de noche. La gente no se iba como aura al Oriente, sino a la otra vida. En esos días fue que asaltaron el granero. Arriba, un indio con la mujer y seis guaguas sólo vivían del pulque de una penca. Y un día amanecido seca . . . “No es hora —ha dicho el indio— de que esté seca, esto es robo” y calladito ha puesto veneno en el hueco, y al otro día . . . muerto: el propio hijo del mitayo, el mayorcito.

—He oído . . . fue en tiempo de la abuela, el 85.

—¡Ah! . . . ¡La ama grande! Ella a caballo recorría las chozas, con faroles bajaba de las lomas, ya bien de noche, socorriendo a la gente. En ese tiempo . . . ¿Ve, patrón, ese sauce torcido, detrás del incendio?... Hasta allí llegaba la hacienda en ese tiempo. Y por allá —extendía el brazo hacia el lado opuesto— hasta

la cruz de piedra. La niña grande misma hizo poner la cruz a la entrada de las tierras.

—No hemos sembrado sino caña, nadie ha sembrado sino caña. ¡Hay que hacer algo! —exclamó Argudo—. Déjate de historias.

Y hundió las espuelas en los ijares del caballo llegando al galope hasta la última roca ya sobre el río, que les llegó de pronto a los oídos entrelazado al estrépito del fuego. Este lamía el camino, cubriéndolo de humo denso, desde el que se elevaban —debía de ser por la hojarasca— llamaradas enormes, aisladas, que convertían, de súbito, en azul llama de alcohol todo el cielo.

En tanto, los transeúntes se agrupaban a los dos extremos, o saltaban las cercas y pasaban describiendo un semicírculo por el cañaveral del lado opuesto.

Un hombre, a caballo, pugnaba por atravesar la humareda; pero la bestia se encabritaba, sin obedecerle. Al fin, se arrojó, humo adentro . . . y salió al otro lado. Volvió después sobre sus pasos, siempre a los latigazos del jinete y reapareció, pero esta vez, varios hombres —sin duda el del caballo estaba ebrio— lograron detenerlo.

—Oye —le dijo Argudo al mayoral—. ¿Qué será? Hay arcos de flores en el camino.

—De veras, patrón, no le he dicho: oí decir que llega el señor Obispo al pueblo, hoy día . . . Y vea: ya creo vienen.

Una gran cabalgata avanzaba a lo lejos entre las arboledas.

—Ellos son, ya vienen —dijo Argudo—. Hay que saludarle. Tú, de aquí no más, por la orillita, ándate

al corte y que se muevan . . . ¡Por Dios! Yo le saludo al Obispo y regreso.

Y Argudo atravesó el puente, perdiéndose después entre los árboles que ya se enfundaban en el humo.

* * *

Dos indios, absortos, contemplaban el incendio.

Eran los que pasaron días antes con el gringo y el negro. El hambre, la fatiga, los han transformado.

Están terriblemente flacos, con los salientes pómulos más duros, y la ropa —camisa de liencillo y pantalones cortos— en andrajos. No llevan nada a las espaldas ni en las manos.

—Soñando estamos, el mismo dueño quema.

El jugo chorreaba por los tallos y antes de llegar a tierra hervía, evaporándose entre las llamas.

Los indios avanzaron hacia el campo talado, protegiéndose el rostro con las manos. Debían de sentirse como desnudos sin sus ponchos.

A lo lejos, hileras de niños quiebran la caña, ya sin mirar siquiera el incendio, con el mayoral atento, látigo en mano, entre las gavillas.

El día es una cometa caída.

Los indios se detienen.

—Son los hijos, cosechando están.

Los pies se les hunden a los hombres en el terreno tibio de anchos poros. Uno se agacha, toma un puñado de tierra y la examina, como la otra vez, oprimiéndola entre las yemas de los dedos. Sin duda la está comparando con la suya, lejana y árida.

El compañero mueve la cabeza, maravillado.

—Ya dije, soñando estamos.

El mayoral los ve y avanza.

—¿Quieren trabajo?

—¡Ari (sí), amo!

—¡Ah! —exclamó el chagra, y los miraba de pies a cabeza—. Son ustedes ... ¿se regresan? ¿Qué creyeron que era el Oriente? ¿Sólo ustedes vuelven?

—Sólo nosotros ... Otros de largo pasaron, a la fuerza.

—¡Que se frieguen! —siguió el chagra—. Déjenlos, blanqueando estarán ya en algún barranco. Vengan. Y les llevó donde Argudo.

—¡Patrón! —gritó al verlo—. Dos conseguí no sé cómo. Véales, son de los idores al Oriente ...

—¡Qué bueno! Vuelve tú al camino —dijo Argudo, y bajó las escaleras a saltos—. Consigue los que puedas ...

Se acercó luego a los recién llegados y les puso las manos en los hombros.

—Bueno, bueno; aquí tendrán todo —les dijo—. Espérenme.

Y volvió al salón, pues el Obispo había decidido pasar la noche en la hacienda y estaba allí con Carmen y el pequeño pelirrojo.

—Ilustrísimo señor —dijo—. Por usted ... Su señoría me trae la suerte: ya están llegando indios a pedir trabajo. Le ruego que me disculpe: los instalo y regreso, en seguida.

—No faltaba más —repuso el anciano—. Olvídese de que estoy en la casa ... Este chico es un portento.

Y cuando Argudo salió, volvió a subirle al niño a sus rodillas, de las que el pelirrojo se había resbalado, con esperanza de escaparse.

—Venga, venga; a ver, ¿en qué quedamos? Usted ya piensa como un viejo —le dijo, y le oprimía la oreja—. ¡No en vano semeja arder su cabecita!

* * *

Argudo arrojó las cobijas y se incorporó en su lecho. Inútilmente había pugnado por dormirse. Le zumbaban los oídos, y, de tiempo en tiempo, la angustia le ponía sus moscas en la sangre. ¿Qué hacer? —pensaba—. ¿Cómo?

Había recorrido con la vista los cañaverales, encontrándolos más dilatados, más maduros. Por la tarde, ya los niños lloraban de cansancio, con ampollas en las pequeñas manos.

—¿Qué hacer?

También él estaba fatigado, pues cuando llegó al cañaveral con los dos indios, les dio ejemplo, talando largo tiempo.

Saltó de la cama y avanzó descalzo hasta la ventana.

Lejos, un vasto trecho de campo, negrísimo, palpitaba aún entre las sombras, tal un inmenso insecto mutilado, de alas quemadas, ya sin llamas. Una esquirola de luna deslizábase, desapareciendo a ratos entre crestas de humo, y alumbrando el río después, como uña rota hasta la sangre.

Largo tiempo estuvo el hombre con la frente pegada a los vidrios. Después, volvió al lecho. Parece que alguien anduviera en la caña al otro lado del río —pensó—. Pero el ronquido que llegaba de la pieza contigua, ocupada por el Obispo, lo distrajo... Volvió al lecho; mas ahora no lograba despreocuparse del ronquido que cesaba, a veces y ya cuando comen-

zaba a olvidarlo, renacía. Primeramente largo, ronco, como árboles que cayeran a lo lejos, y luego: corto, seco, uniforme.

—Ahora las hachas —repetía Argudo mentalmente, exasperado—. ¡Las hachas, las hachas!

Y, nuevamente, la pregunta, a sí mismo, ya en voz alta:

—¿Qué hacer? ¿Cómo?

Iba a prender la luz, pero volvió a envolverse en las cobijas con la cabeza bajo las sábanas. Así, el ronquido le llegaba apenas, como lento vuelo de moscardones que, se imaginó, debían contribuir para adormecerlo, y, en efecto, poco a poco, fue durmiéndose . . . Y se encontró en una playa lejanísima. El mar se iba y volvía después, emblanqueciendo, levantándose, tal si un enorme cepillo lo labrara, cubriéndose de virutas que arrojaba a la playa . . . Y nuevamente se iba. San Agustín se paseaba en la arena, meditando, y, de repente, se detuvo ante un hermoso niño rubio que tomaba agua del mar en una concha y la pasaba a un agujero hecho en la arena.

—¿Qué haces? —preguntó al niño el Obispo de Hipona.

—Estoy —le contestó— trasladando todo el mar a este hoyo.

Y el santo:

—¿Pero cómo tanta caña de azúcar en un hoyo? Un mar en un hoyo . . . ¿Qué dices?

Y el niño, que ya no era ni rubio ni hermoso, sino el de la tierra de las tinajas, se irguió, bamboleante la enorme cabeza sobre el débil cuello, con arena en la boca.

—Y tú —le dijo—. ¿Cómo piensas que yo voy a poder talar toda tu caña? . . . Niños y leguas de caña... ¡Loco!

Y se alejaba, arrastrando tras de sí el mar, todo el mar, como una mata de zapallo.

—¡Espera! ¡Espera!

Y, entonces, Argudo se despertó. Llegó a oír su propio grito último.

Los vidrios resplandecían. Alguien subía, corriendo, las escaleras de la casa, y gritos lejanos venían desde el campo.

Argudo saltaba ya del lecho, cuando tocaron a la puerta, a tiempo que la voz del mayoral llamaba:

—¡Patrón! ¡Patrón!

El chagra irrumpió.

—La caña arde, patrón . . . —exclamaba—. ¡La nuestra, al otro lado del río!

Ambos corrieron a la ventana. Un ancho peine de fuego avanzaba, bramando, por los cañaverales.

—¿Habrá saltado del otro incendio?

—¡Cómo, patrón, eso es al otro lado! ¡Alguien ha hecho esto! ¡Vístase!

Así lo hizo Argudo, precipitadamente. El Obispo, entre tanto, les hacía señas detrás de su ventana, con gorra de dormir, y envuelto en la colcha, pero los dos no lo veían. Al fin, salieron. Ya toda la casa estaba en movimiento. Cuando Argudo y el mayoral llegaron a la orilla del río, amanecía.

IV

EL ANGEL Y LA RUEDA

La rueda había sido parte de vieja "Singer", modelo de fines de siglo, en cuyo manubrio, semejante al de los organillos, la María grande había dejado su lejana juventud de costurera. Vivía la máquina arrinconada en la tienda de la chola, sin compostura posible, jorobada y sin hilo —parece mama Luz, —había dicho un chico— hasta que la dueña acordó venderla al peso, como fierro viejo. Pero antes hurgó en sus entrañas oxidadas y se guardó "maravillas", bobinas, tuercas y algunas ruedecillas que repartió después entre los chicos. La rueda mayor fue para Miguel, pues todo esto ocurrió pocos días después de que "le tragara la tierra" al "hombre herido". Todos los chicos del barrio le envidiaron, y hasta en los portales de la plaza grande, cuando Miguel la echaba a rodar, los niños de las casas de mármol la seguían prendados. Y cierto día, uno, vestido de marinero, había acompañado al dueño hasta el barrio:

—No tengo cosas en el bolsillo, pero te doy mi gorra por la rueda; he de decir no más en mi casa que se ha perdido. . .

—No.

—Entonces, la gorra —fíjate que es de capitán de barco— y una cosa que tengo en mi casa: es una botella con un buque adentro, enterito. . .

—No me moleste.

También el último Argudo —de ahí su empeño de llevarle a Miguel a la hacienda— había insistido:

—Y si no quieres darme buenamente, le diré a mi mamá que le pida a la María chica. . .

—Que sea de ambos —había contestado entonces Miguel—. Sólo que la guardaré yo, en mi tienda. . .

Pero en la hacienda, hasta puede guardarla usted.

¿Tiene baúl allá? Porque pudiera ser que algún mayoral se robe. . .

—Hay un baúl de cuero enorme. . . Sólo la llave es más grande que la rueda. . . Entonces, ¿le digo a mi hermano? Te llevaremos mañana mismo.

Ahora. . . El ancho viento del campo había sometido a dura prueba los pulmones del niño. "Pero estoy mejorándome" —se decía Miguel, todos los días, y hasta llegó a despreocuparse. Recorría los cañaverales, siempre con el hijo de sus dueños, saciándose en su jugo, o se subía a los árboles del huerto:

—Tú que eres descalzo, te subes; yo te empujo —le decía el pelirrojo—. O, si no, espérate; me sacaré los zapatos. . . O, más bien, desde el suelo, con la agalla. ¿No se te ha hinchado de nuevo la barriga?

—Un poco. . . Más bien vamos a verles a los demás.

Los demás eran los pequeños indios que estaban repartidos por toda la hacienda: unos talando la caña o transportándola, otros en la sala de fermentos, entre los anchos toneles, o en las acequias de riego, en el camino, en el huerto, en la molienda, detrás de los tardos bueyes, desde el alba.

Cuando los chicos de la ciudad pasaban con la rueda, lejos del mayoral, los indiecitos salían de entre las altas matas con nidos o cañas ya mondadas en

las manos, los ojos fijos en la rueda. El pelirrojo la administraba:

—Una “tocada” a la rueda —les decía— podemos permitirles, por habernos traído este pajarito chico, y una “rodada” por el chirote, por estar bien colorado . . . Las cañas, boten.

Los pequeños indios entregábanles los pájaros y tomaban entre sus manos la rueda, maravillados. La contemplaban primeramente y luego la echaban a rodar entre los oscuros terrones.

—¡Basta! —decía el pelirrojo—. Si quieren por más tiempo, consíganme un quinde-mosca, pero que casi no se le vea de tan pequeño . . . Vamos Miguel, al río.

Permanecían largas horas en las orillas cada vez más anchas, escogiendo entre millares de piedras de brillantes aristas, las “de sacar candela”, de las que se llenaban los bolsillos. Ya bien provistos, se iban a la casa y desaparecían entre los toneles, en el oscuro cuarto de los fermentos.

—¡Cuidado! —había gritado el mayoral una tarde, al verlos—. ¡Las chispas! ¡Van a volar los toneles!

—Entonces —convino el pelirrojo— vamos detrás de las puertas de los dormitorios, también son oscuros y se verán las chispas.

—O esperemos que sea de noche . . .

—¡Cierto!

Y regresaban al río.

Grandes piedras grises, con lama verdosa en la húmeda base, se calentaban al sol en las orillas, hasta volverse intocables. Para jugar en ellas los niños

tenían que rociarlas previamente con agua y sólo entonces escalábanlas.

—Inventé otro juego —exclamó el pelirrojo— desde la cima de un pedrón ¡Súbete!

Miguel subió. Había mucho sol y la película de agua con que cubrieron la piedra ya estaba rota.

—Fíjate —siguió el otro— pongo mi saliva, pones tu saliva...

Y ¿cuál de las dos se seca antes?

Y dejó caer de los labios una gota que se extendió en cristalino círculo sobre la piedra caldeada.

—Ahora tú —exclamó en seguida.

Miguel pensó: ¿Y si hay sangre?: Y no escupió.

—¡Escupe!

—Más tarde...

—¿Por que te pones colorado?

—No estoy colorado... Oiga: un indiecito me dijo: ha visto un lobo de agua... ha salido del río junto al puente, se ha lamido el hocico sobre una piedra, y con el pecho blanquísimo... Y al verle a la persona se ha metido otra vez en el agua...

¡Vamos!

—Vamos.

Cuando las llamas asomaron estaban en la orilla, con los codos en las mejillas, incansables, esperando.

El último incendio agonizaba, detenido por el río.

Bramó varias horas, con fruición, sobre la madurez ubérrima de los lejanos cañaverales de la banda. Por poco el puente no fue pasto de las llamas: libráronlo a tiempo, talando un buen trecho de caña en su torno. Se había caldeado el zinc de la cubierta y aho-

ra fulgía, con la roja pintura rejuvenecida, entre los sauces.

Carmen se llegó al puente y miró el camino.

—No asoman —dijo—. Y dirigiéndose a una sirvienta:

—¿Será de ordenar el almuerzo?

—No, niña —contestó la chola—. Echando polvo ha de estar viniendo taita cura, semejante, con el pueblo. A las once dijo ayer y ni las diez son.

La muchacha esperó con la vista perdida en el camino. De ella se aseguraba, que era tan bonita como la otra Carmen, la del trigo, tan recordada. Mas, cierta vez, cuando así lo afirmó su padre, la abuela dijo: "Ciertamente, sobre todo esto. —Y se pasaba la mano por las cejas— y la boca".

Pero cuando la muchacha se iba, la anciana movía la cabeza de izquierda a derecha, lenta, repetidamente.

.

—¡Niña! —gritó la chola—. Vea ... ¡Dios quiera!

—¡Que bueno! —dijo la muchacha y miró al cielo.

Caía la lluvia, en cortinas, al extremo del valle.

El sol se ocultaba como entre altos relojes de arena.

—¡Viene, niña! Vea ... ¡Todo!

Y pronto gruesas gotas salpicaron las tablas del puente y un olor intenso a tierra mojada cundió en el espacio. Muchos corrían a lo lejos saliendo de entre los cañaverales y los indios recién llegados reían.

Ya se habían olvidado de ese olor que ahora los

volvía dichosos, y lo aspiraban, sin darse prisa por encontrar refugio. Los pájaros se clavaban —cerraban metros antes las alas— en las copas de los árboles, y círculos blancuzcos dibujábanse en torno a los troncos, cada vez más claramente.

* * *

El primer acceso de tos sorprendió a Miguel muy de mañana.

—¡El humo! —decía, enrojecido, mientras se le desgarraba la garganta—. ¡... Es el humo!

Y el pelirrojo, atento, sorprendido:

—¿Qué humo? Aquí no hay humo, ... espérame.

Y continuó su carrera. Cuando Miguel estaba ya tranquilo, regresó, con algo bajo la chaqueta.

—¿Qué crees que son? —dijo, plantándose ante el amigo.

—... No sé.

—¡Míralos!

Y se abrió la chaqueta con tanto entusiasmo que un botón se le cayó a los ladrillos.

—¡Qué lindos! —exclamó Miguel.

Eran dos chivos recién nacidos. Parpadeaban en los brazos del pelirrojo, debatiéndose, entre trémulos balidos.

—Tócales los casquitos.

Estos eran perfectos y se movían en el aire, pequeños, lustrosos.

—¿Te gustan? —siguió el pelirrojo—son nacidos en el incendio, casi se ha quemado la madre.

Miguel les tocó los "cascos". El pelirrojo le miraba fijamente.

—¿Te gustan? —repitió.

—¡Claro!

—Entonces . . . te doy el uno por la rueda!

—Bueno.

—¡Ya! . . . Los chivos son míos, pero voy a contarle a mi hermano. Espérame, regreso en seguida.

Pero ya el pequeño tísico había recapacitado:

—Me arrepiento —dijo.

—¡Qué tonto! —repuso el otro, deteniéndose—.

Y cuidado!

“Dado

quitado

chilín, campanas,

con los cuernos

. . . ¡a los infiernos!”

Saltaba al decirlo, en torno a Miguel que ocultaba la rueda detrás de sus espaldas, inflexible.

—¿Así eres? —siguió el rubio, viéndolo de pies a cabeza—. ¡Acordarás! Y se alejó, refunfuñando.

—¡Mal agradecido! —gritó todavía, al desaparecer en las escaleras—. Voy a contarle al Ilustrísimo Señor.

Los pequeños chivos volvieron donde la madre y Miguel se arrimó al tronco de la palmera, pensativo.

* * *

El Obispo leía el breviario paseándose en los corredores altos. Carmen salió de su cuarto y se llegó a las escaleras. El Prelado se detuvo. La miraba, por sobre los anteojos:

—Siga, siga en sus quehaceres —le dijo— espero acabar mi rezo, antes de que llegue el señor Cura.

La muchacha dijo un cumplido, y bajó al huerto.

Los árboles brillaban, con gotas de lluvia que caían, de pronto, y otra vez crecían al borde de las hojas, y la muchacha internábase entre ellas, evitando rozarlas, cuando vio un cuaderno sobre un banco de raíces. Un pequeño indio estaba cerca, limpiando una acequia.

—¿Y mi hermano? —le preguntó la muchacha ¿No estaba aquí?

—Sí, amita, repuso el niño —pero le llamaron, por allí— y extendió el brazo hacia el cañaveral de la derecha.

La muchacha se fijó en el cuaderno y luego en el cañaveral opuesto, pues el huerto estaba rodeado de caña.

Se apoderó del cuaderno.

Había llegado ya la carta del padre, por la mañana y cuando Carmen preguntó a su hermano por el contenido de la esquila, Argudo le dijo:

—Malas noticias . . . El cañamazo . . . Bien podía quemarse toda la caña, que este hombre se llevará la hacienda, sin remedio. Además . . .

—¿Además qué?

—El resto no tiene importancia . . .

—¿Qué es? Préstame la carta.

El hermano se turbó más aún.

—La dejé sobre la mesa, léela —dijo. Pero no estaba en ese sitio y como la muchacha sí notó la turbación del primogénito, se fue en su busca, al huerto.

La carta estaba en el cuaderno. Carmen la tomó y se internó, cautelosa, en el cañaveral opuesto. Los hombros se le mojaron en las hojas de los bordes, pero el interior del sembrío era sereno y silencioso,

con claros de trecho en trecho, entre los altos tallos. Leyó.

De cuando en cuando, gorriones despreocupados, casi la rozaban, y, al mirarla, desviaban el vuelo, sin posarse.

Ella leía con el ceño fruncido, y, de pronto, enrojeció y acercó más aún el rostro a los renglones. "Y parece que el hijo pretende a Carmen" —había leído.

—¡Habrás visto! —dijo, en voz baja— y se quedó después, inmóvil, con la carta entre las manos.

De pronto, se alzó de hombros. Y luego: "En las cejas y en la boca" —pensó—. "Pero ella se hizo monja..." No vale la pena! —dijo, por fin, claramente, e iba ya a salir, cuando se inmovilizó: un gorrión estaba casi al alcance de su mano, esponjado. De repente, voló, pero sin haberla visto, sino porque alguien avanzaba entre los tallos.

La muchacha esperó, indecisa. Una india pasó, casi rozándola, sin verla. Llevaba una gallina bajo el descolorido rebozo y se detuvo algunos pasos más allá y comenzó a torcer el cuello del ave, en cuclillas. Carmen estuvo a punto de gritar, ante el tremendo aleteo, pero muy pronto la gallina dejó de moverse, con el cuello tendido sobre la tierra semi-abierta el pico, del que fluía un hilo sanguinolento. La india hundió las manos en la tierra, hizo un hueco y enterró a la gallina, jadeando, con los cabellos pegados al sudor de las sienes.

Carmen respiraba suavemente. La india se levantó, satisfecha. De pronto, se pegó a la tierra. Miguel y el pelirrojo pasaron a pocos pasos.

Carmen respiraba apenas. ¿Me verá la india? —pensaba.

Los muchachos se alejaron despreocupadamente, conversando. Miguel iba detrás, como de mala gana.

—¿Es muy lejos? —preguntó.

—No, hombre, allí, —repuso el otro— allá no más ¿no ves? Están amarillando. Señalaba un peral de negro tallo, lleno de frutas maduras.

—Y tienes que subirte —añadió.

—Estoy cansado . . .

Habían arreado a los bueyes de la molienda, hasta marearse, y ahora se iban al huerto.

—¡Eres muy inútil! —exclamó el pelirrojo, deteniéndose, sin pasarle aún el resentimiento por lo de la rueda, que se destacaba ahora bajo la camisa del otro. Hubiera querido —añadió— que venga Diego en vez de ti; él era generoso y le gustaba todo, y no se estaba quieto . . . A ti sólo te gustan las cosas de comerse.

Miguel no contestó.

—Y Diego era valiente —siguió el otro.

Y Miguel, animándose:

—¡Qué gracia! ¡Si él va a ser hombre grande!

—¿De qué tamaño?

—No, . . . Sino que grande . . . grande . . . —Y movía los brazos, sin conseguir explicarse.

—¿Te lo dijo?

—Claro, si es mi amigo íntimo.

—Oye. . . estás ronco y te suena el pecho —y el pelirrojo se detuvo—. ¿Y por qué coloreas? —añadió, mirándole a los ojos.

—Ya ves. . . —Se disculpó Miguel— hasta el Obispo está con tos.

—Y. . . de veras! —contestó el otro, despreocupándose—. Apurémonos para ver la llegada del pueblo, vienen con la banda.

Ya estaban bajo el árbol.

—A ver —siguió el chico— yo te empujo. . . Yo no me saco los zapatos porque hay agua.

Miguel, sin entusiasmo, se abrazó al árbol.

—¡Ya! —dijo—. Y el compañero le ayudó a subirse.

—¡El sol me entra en los ojos!

—¡Voltéate!

Giraron en el tronco. El pelirrojo empujaba a Miguel de las nalgas, con las manos abiertas. De pronto, le dijo, rojo por el esfuerzo:

—¡No peses tanto!

Pero Miguel desfallecía como con algo roto en la garganta.

—¡Qué pálido! —exclamó el otro. Y, de repente, con los ojos muy abiertos:

—Has sido tísico —gritó—. ¡Has sido tísico!

Y retrocedió, asustado cuando Miguel, medio repuesto ya, se le acercó limpiándose el rostro.

—¡Cuidado! . . . ¡No me toques!

—¡Oiga! —rogó Miguel.

Pero el pelirrojo ganó el camino y corrió hacia la casa.

—¡Espere!

Y Miguel lo siguió. ¡Espere! —seguía—. Pero ya el amigo se alejaba. Entonces, Miguel sacó la rueda de bajo la camisa.

En el patio de la hacienda había gente de a caballo

y Argudo, el mayor, calzaba las espuelas al Obispo, junto a la palmera.

—¡No avise! ... —gritó Miguel— ... ¡Le doy la rueda!

El otro niño se detuvo.

—¿Qué? ... —preguntó, sorprendido—. ¿Qué dijiste?

Y movió la cabeza, acercándose. Miguel le extendió la rueda. El pequeño dudó pero se apoderó al fin del juguete, e iba a decir algo cuando Miguel habló:

—Vamos primero a la playa para lavarnos —dijo, ya caminando hacia el río.

El pelirrojo lo siguió, pensativo. No hablaban. El cielo estaba cerrado y, con las barras de humo sanguinolento, tenía un extraño parecido a las rejas de la escuela de los Hermanos que hirieron al ángel. Miguel lo iba mirando, mirando, y cuando llegaron al río, se acostó en la orilla y hundió el rostro en el agua. El otro esperó, indeciso, a su lado.

—Oye —dijo al fin, tocándole el hombro.

Miguel se levantó con el rostro mojado, limpio ya sin mirar al cielo.

—¿Qué?

—Te devuelvo la rueda —dijo el pelirrojo, alargándola hacia el amigo.

.

V

SEQUIA

Entre los Andes ecuatorianos, al Sur y al Norte de la línea ecuatorial, el clima es suave durante todo el año, comparable al de la primavera de las Zonas templadas. "La siempre verde Quito" —dijo Lope de Vega de la ciudad mayor de este callejón increíble: tibio bajo los nevados más altos de la Tierra, frío sobre el fuego del trópico, que arde a sus costados —a sus faldas— en las llanuras de la costa y en las selvas amazónicas.

Aquí, al sur, no hay nevados, pero los árboles son más altos que al norte.

El mes de octubre es de las primeras lluvias y de las aradas y las siembras. En noviembre, sobre la tierra labrada, brotan las primeras hojas, de un verde translucido, y en los cercados de las tierras altas los capulíes cuelgan sus rojos racimos.

En febrero se cosecha las "adelantadas", pequeñas siembras de maíz, hechas a destiempo, para tener, así, en los carnavales choclos para los platos típicos. Indios de rojos ponchos recorren en este mes las calles, pregonando las mieses al son de largas flautas. Y, para mayo, las cañas de maíz de los sembríos grandes están altas y esbeltas, y porque están así, y les han brotado apretadas mazorcas, la gente las llama "señoritas". Los choclos se les hinchan, con plateados pezones, juveniles las hojas, bajo el cielo azul y blanco, preñado de lluvia bienhechora.

Por esta época los perros campesinos andan en

tres patas, con la delantera derecha atada al cuello, y los sembríos se pueblan de espantajos —palos vestidos de indios— tan bien hechos, que en los lejanos latifundios, mayores aviesos se equivocan, látigo en mano . . .

Las campesinas bajan al mercado, con canastas enormes, y, en las calles de la ciudad, las cholas —suelen llevar en las cabezas cestas de mimbre, sin la ayuda de las manos— desfilan, penachudas, con su típico paso muy menudo.

.

La lluvia es y no es fija, pero “Abril —dice la gente— aguas mil”. Y “Mayo hasta que se te pudra el sayo”; pero sucede, en cualquier mes, que —de repente— como distante doma de pumas, tras los montes, se oyen truenos profundos. Tal que árboles inmensos arrancados de cuajo —brillan sus raíces— nubes sombrías se abaten sobre el mundo. Al norte, más allá del Cotopaxi, el día de San Francisco, patrono de Quito, “asoma el santo” entre las nubes y se descíñe el cordón y azota las vidrieras de su pueblo: el “cordonazo” llaman los quiteños a la infaltable granizada de esa fecha, que emblanquece los cerros y las calles, y como éstas fingen ser haces arrojados desde el cielo, al acaso, ya frágiles y finas, ya anchurosas, o en zigsags que suben por pétreas graderías a las nubes, o que pasan por debajo de puentes y de arcos: se cree solamente cuando se lo ha visto. El pueblo invade el templo y mientras llueve suena el órgano. El templo es de piedra. Carlos V pretendía ver sus dos torres desde España . . . Gira el planeta . . .

El pueblo invade el atrio, la iglesia y luego el convento, y recorre las galerías de arte: aquí Miguel de Santiago, allá Murillo, el Greco, y más allá, sobre una gradería, en muro gigantesco, "las mil caras". Mil gotas de agua: todas se parecen: Mil caras: ninguna se parece. Mil caras: casi un pueblo. "Ninguna se parece —dijo alguien— casi era un dios el que lo hizo". Casi un pueblo. Casi Dios. Y cuando cesa el órgano y el gentío vuelve a las calles, cerca de ellas, en la línea ecuatorial, el sol se posa, bello como nunca. Y "Quito, arrabal del cielo" —dijo un poeta. Y es cierto.

.

En junio amarillean los bordes de las hojas, no las de los árboles, cuyo verde es perenne, sino las de las mieses, y ya para agosto están doradas y sonando en el viento. Entonces, se cierran las escuelas, y agosto llega con las cosechas. Y en Cuenca sólo quedan las tejedoras y los artesanos y también las otras gentes pobres y algunos empleados. Y sus hijos se riegan por las calles y las plazas soleadas, con la mirada arriba, en las cometas. El viento es largo como el hilo y las levanta hasta las nubes. Vienen, a veces, desde el campo, cometas de ruán enormes, capaces de levantar un hombre, arrebatadas por el viento a sus dueños lejanos, y pasan a ser propiedad de todo un barrio.

En tanto, en los campos, se cosecha. Agosto es para desgranar el maíz y para aventar el trigo. También para tumbar los eucaliptos de las cercas, que se derrumban, retumbando, en los rastrojos.

Giran los molinos.

.

Se ha fundado nuevo pueblo en un pequeño valle y va a tener su molino. Muy de mañana, va por la carretera, hacia Occidente, enorme piedra. Es gris, labrada al envés de altorrelieves —cántaros, espigas— y ha salido de la cantera con la amanecida.

Por la tarde se bambolea sobre los hombros de veinte indios, a campo traviesa. Y, con la noche, llega. Está al fondo del valle. Esto en junio. En septiembre, ya hasta tiene historia:

—¡Me remataron! —cuenta una anciana aldeana, en el camino, a los que llevan grano en sus borricos—. Se llevaron mi tierra. Grande era, con agüita y para el grano . . . ¡Ni el molino nuevo se alcanzaba!

Los campesinos de cerca de Cuenca son dueños de pequeñas parcelas y gozan de relativa holgura. Los parias están lejos, en los enormes latifundios cosidos de huasipungos. Illinizas. Cayambes. Imbaburas. Azules latifundios.

Los indios de Cañar labran la tierra cantando, como los antiguos incas, y su fiesta mayor es la cosecha. Largas hileras de hombres de anchas trenzas negras, chaqueta azul con faja roja y signada y zamorros lanudos de cuero de carnero, siegan al son de largas trompas, con el trigo hasta el pecho.

Los trompeteros suben a las lomas y llenan el cielo de agosto con las notas profundas del jaguay, música india hasta el eco. Se enardecen los hombres y corean con voces ululantes, triplicando su ímpetu. Frase en la tierra con las brillantes comas de las hoces; olas de trigo y hombres en línea larga, ondulan-

te, rematada al confín por la bocina, extraño signo, fi-
jo en el horizonte. La chicha de maíz corre en los des-
cansos encendiendo la sangre, y un día . . . El cerco
de trompas fue estrechándose. Creció el canto de la
tierra con son épico. Cielo arriba, cielo abajo, por el
ancho boquerón siempre con nubes que se abre hacia
la Yunga, hacia el Pacífico . . . Y hombres brotando de
los surcos, del trigo, de las nubes, con las hoces en alto.
Luego . . . metralla. Y con la noche, sangre estrellada
y parvas tranquilas, rota la camisa de cielo en el alto
hombro.

Con octubre se retiran de los rastrojos los troncos
aserrados, y se van los rebaños y los becerros de en-
debles piernas, cada vez más fuertes, detrás de lentas
vacas, de ubres como nubes . . . Y el arado recorre las
laderas, abriendo surcos negros, donde los pájaros
pican —tragan luego en el aire, revolando— y bajan
nuevamente, como gaviotas a la quilla.

Tractores . . . uno. Reo de la égloga, retumbando
en las heridas lomas: porque la ciudad entera —todo
cuanto hay en ella de cristal y de acero— ha llegado
también, tal que la rueda de molino, sobre las espal-
das de los indios. Andes arriba pudo vérselos, por los
inmensos pajonales, en angustioso "guando", esto es,
en larga hilera, especie de ciempiés humano, unidos
entre sí por cabos, trayéndose una planta eléctrica o
un órgano, en los hombros. Los trenes pitán lejos, en-
tre los nevados distantes, y el carretero apenas data
de una década.

Las yuntas aran laderas casi verticales, donde los
bueyes se sostienen como por milagro, todo un día

angustioso, fijos los grandes ojos —piedras de agua— en el abismo.

Y el arado da la vuelta.

También el año ha dado la suya y lo están diciendo: no el cielo, azul y blanco siempre; no el clima, tibio, inalterable; sino las cosechas; sino —desde la raya del surco— el sembrador, con su ademán eterno, lanzando una vez más el disco de la vida.

Mas, en algunos años, por diciembre, vienen las heladas. Amanecen las plantas calcinadas, bajo un cielo de vidrio. La quemadura es leve unas veces; otras, profunda y entonces se resiembra. Las sequías son cortas casi siempre, pero se recuerda de algunas que revistieron caracteres trágicos. Una de éstas —con su pareja medio siglo atrás— era la que asolaba en esta época la tierra. Quedaban solamente las heces del antiguo paisaje siempre verde, al fondo de los valles, junto a los ríos. Y esta vez —en la otra la gente se moría, apegada a la tierra, ante el cometa trágico— vino el éxodo: quince mil hombres pasaron la cordillera, hacia la selva, hacia “el oro y la abundancia”.

En las alturas, los indios clamaron en vano por la lluvia en procesiones nocturnas. Quemáronse pajonales. Altas hogueras avanzaban en las noches, tranquilas, hacia el día.

—Ventoooooooo, ventoooooooo, ventoooooooo!

Pero el aire permanecía inmóvil.

.

El suelo ha comenzado a partirse. Sólo las pencas se mantienen, azules, sobre la dura tierra, y ellas les dan su seno a los que viven todavía.

Alguna vez, el viento bajando desde la cordillera, dobla la tea trágica hasta la campiña, libre de ella por los ríos, y quema hasta las anchas hojas de los zapallos y las robustas gladiolas. En tanto, arriba, llueve ligeramente, y el olor de la tierra remojada —inmenso semen— enloquece de júbilo a los seres vivientes.

Y se aleja.

VI

ULTIMA NOCHE

La humareda de los incendios subió hasta la tierra de las tinajas y el pajonal humoso recordaba las chozas en tiempos de abundancia, pues de éstas el humo sin salida se escapa por la paja en ancho vaho, y así los techos guardan el olor de adentro, como los ponchos el olor humano.

En torno a la antigua capilla el campo estaba desierto y sólo en algunos huasipungos, arriba, había luces, ya rojizas por la cercanía de la noche. Perros abandonados por sus dueños iban hacia el valle.

Ante la choza de Tacuri, husmeaban, viendo el humo, y cuando el indio aparecía, huían, tímidos, de lado, como mutiladas las huesudas ancas. El hombre esperaba largamente sin apartar los ojos del pajonal lejano.

Nadie asomaba.

Cuando, adentro, la madre se movía, entraba. Ya no hablaban sino en quechua, porque la anciana estaba agonizante.

Tacuri había recibido ya el dinero de uno de los contratistas del oro, pero no podía aún salir por la enfermedad de su madre.

—No podemos esperarte —le habían dicho sus compañeros—. No va a morirse. . . se está regresando.

Y se habían ido. Otro indio con su hijo —ellos tuvieron yunta, la vendieron y por eso emigraban de su cuenta— iban a acompañarlo. Ya habían bajado al

pueblo para tratar de conseguir la visita del párroco y para comprar el ataúd y algunos accesorios.

La anciana se aferraba a una cruz de palos de retama, en los momentos de angustia, y cuando se aliviaba, hilaba. El hijo, en tanto, removía las brasas, en silencio. De rato en rato le temblaba el párpado deformado por la herida mal curada y ladeaba entonces el rostro, sofocando con el pie la llama.

—Parece que ya viene taita cura —dijo de pronto, llegándose hasta la puerta, ante la mirada ansiosa de la anciana—. Sonando está la campanilla en la loma.

Mentía. Quien llegaba era su amigo: ya se advertía su silueta, jorobada por la carga, en el sendero vecino.

Tacuri salió a su encuentro.

El otro se detuvo al llegar a la zona iluminada.

Traía una cera nueva en la mano y el ataúd a las espaldas. Este era negro, con una delgada cruz de papel plateado en la tapa.

—¿Y taita cura?

—Amo Obispo ha llegado, no puede, —contestó el amigo— están en fiesta.

—¿Y el hijo tuyo?

—Viniendo estaba conmigo. “Voy a volver viendo” —me dijo—. “No sé qué pasa al frente, donde los Melgares”.

—Entra, di que ya viene taita cura. Le pidió Tacuri, señalando la puerta de la choza—. Está esperando...

Arrimaron el ataúd al muro, junto al arado, y entraron.

La anciana, al mirarlos, trató de incorporarse.

—Ya viene —dijo el indio, acercándosele.

Y el hijo:

—Recorriendo chozas, de rato en rato sonando está la campanilla. Taita cura a caballo viene; brillando viene, por la paja.

Y sucedió entonces lo que suele suceder cuando los indios —los ancianos sobre todo, que vienen de más adentro en el tiempo— ven la muerte a las puertas: se funde en ellos el débil barniz cristiano y resplandece el ancestro, puro, unido al sol y a la tierra en una sola llama, desde el esqueleto. Llegó, pues, la madre a ese instante y se apresuró a ordenar los preparativos del caso, antes de que el sacerdote se lo prohibiese. Creía verlo ya a su lado, con las yernas de los dedos sobre el copón dorado, y era tan frágil la hostia y tan leve, y el camino a recorrer, tan largo!

—Dame el hambre —dijo.

Y extendió el brazo hacia el hijo. Ambos hombres la comprendieron y realizaron misteriosos actos con los paquetes. Poco después, ya había uno más, pequeño, envuelto en hojas y bejucos, junto a la cabecera de la anciana, y ésta saboreaba todavía lo que había probado.

—No llega —dijo— apegándose al muro.

Y cerró los ojos. Sólo el leve moverse de la cruz sobre el pecho, denotaba vida.

—Largo es el camino —susurró todavía—. Sin duda ya estaba a su vista, su tierra del otro lado de la vida, húmeda y negra, con interminable ruta, entre maizales ondulantes, siempre hacia el sol, que es principio y meta a un tiempo mismo. Los Incas venturosos la cruzaban —llegando a ella a través de la fosa— con

los pies desnudos, pero jubilosos, con séquito dorado y largas hileras de tinajas verticales.

El hijo salió con un mate a la sombra y destapando el seno de una penca, recogió el líquido del fondo. Iba a regresar cuando se le heló la sangre. Allí muy cerca, en la ladera, una carcajada estridente se entrelazó al aullido de los perros ahora incontenible. El indio no se movió. Cierta vez había oído al amo que existía un animal —no recordaba su nombre— que se reía sobre los cadáveres, mientras los devoraba. La carcajada cesó y cuando el indio andaba ya hacia la choza, otra vez surgió, más próxima, en la loma vecina. Salió el otro indio a la puerta y los dos hombres se miraron, con el oído atento.

—Ya se va, ya se va —susurró Tacuri.

En efecto, la risa bordeaba el pajonal, hacia el valle.

—Ya le mataron —dijo el otro, aludiendo al ave agorera que recorría los campos desde hacía días “en forma de gallina”. Por la mañana una mujer la había perseguido, logrando aplastarla con una enorme piedra y alejándose luego, aterrada, sin pensar siquiera en aprovechar de sus huesos malditos. No podía, pues ser nada de eso lo que estaban escuchando.

¿Qué era entonces? Los hombres se inmovilizaron.

—¿Oyes?

Ahora eran gritos lejanos, así mismo hacia el valle.

Tacuri miró el interior de la choza.

—¡Tucurirca! (se acabó) —exclamó, de pronto, y entró, seguido por el otro.

La madre había muerto.



El perro estaba tendido cerca de las brasas, ante el grupo. Súbitamente gruñó, con el cuello erizado y desapareció en las sombras. Ahora ladraba y su ladrado tornábase aullido por momentos y era desesperado, como si alguien se acercase, inflexible, a la choza.

—El es —dijo Tacuri, que había salido hasta la puerta. Y el hijo de su amigo se hizo presente.

—¿Oyeron? —dijo el muchacho, excitado todavía—.

Hace rato, en la loma . . . Una indiecita se ha hecho loca. Primero vino por acá. Nadie ha podido contenerle. Después se perdió por la paja.

Iba a continuar cuando vió el cadáver y se sentó en el suelo, silencioso, junto al padre. Tacuri salió.

La cera había empezado a consumirse y alumbraba la estrecha choza, vivamente. Sobre la tarima estaba la muerta.

—¿Dónde? —le preguntó el muchacho a su padre, señalando el ataúd con el rostro.

—Vamos a pasar por el pueblo, ya hablado quedó el panteonero.

—Oiga —y el hijo se le llegó al oído— dicen, abajo oigo: que él —se refería a Tacuri— ha quemado la caña de amo Argudo y que van a llevarle preso: que van a subir para amarrarle.

El indio se puso de pie.

—¿Quién dijo? —preguntó.

—Abajo, todos, cuando se fue la loca.

—¡Vamos!

Y ambos salieron de la choza. El cadáver quedó solo. Estaba con las quijadas amarradas y vestía burda polca, rebozo azul y tres polleras de colores dis-

tintos, mal ceñidas, que le cubrían hasta los tobillos. Un poncho diminuto —los nietos estaban lejos— completaba el tapado, pero las rajadas plantas de los pies asomaban por los bordes, lívidas, terrosas todavía. El perro entró y se tendió otra vez junto a las brasas —grandes los ojos, lacrimosos, fijos en el cadáver. Los leños se movían ellos solos consumiéndose, y la llama crecía, azulada su base.

* * *

No había mujeres para que cantasen junto al cadáver, refiriendo entre lágrimas pasajes de la vida de la anciana, y todo fue por eso silencioso, de gargantas adentro.

Se llevaron afuera el fuego, para cavar a su luz la fosa, entre la cerca y el muro, y solamente la vela alumbraba el interior de la choza. Ya la muerta estaba en la caja. No había cabido en ésta con todas las polleras y ahora era clara la que cubría: las oscuras hacían como de almohada y otra, amarilla, colgaba de la tarima. Entre el rostro y el hombro izquierdo de la muerta, estaba su fiambre, cuidadosamente liado; el mismo ataúd haría esta vez, de tinaja.

Afuera se oía el jadeo de los hombres entre golpes de barreta, a intervalos regulares. De repente cesaba. Sólo se oía entonces el deslizarse de la noche, un largo espacio, hasta los pajonales. Los hombres murmuraban y seguían cavando. El perro se llegó al cadáver, y cuando rozó su rostro olizqueándolo, quedó como paralizado, las orejas en punta. Luego aulló, largamente, con el hocico hacia el techo. Sólo se retiró

cuando entraron los hombres. Estaban en camisa, con los rostros sudados y las manos terrosas.

El hijo lloró cuando las manos del amigo bajaron lentamente la tapa de la caja, hasta cerrarla.

—Se acabó —dijo. Y luego, sollozando:

—¡Cuidando queda choza!

Ya el amigo y su hijo levantaban la caja. La sacaron, despacio y la dejaron a los bordes de la fosa.

—Entra. . . —ordenó el indio, a su hijo, y éste obedeció, desapareciendo en la tierra cavada. Reaparecieron luego sus brazos, con las manos abiertas.

—Pasen —dijo, desde adentro.

El ataúd resbaló lentamente, arrastrando la tierra de los bordes, y tocó el fondo.



Otra vez sólo se oyó el deslizarse de la noche. Asidos a las pencas, los hombres escucharon largamente.

—De noche no han de venir; mañana. . . —dijo uno.— En el panteón han de estar esperándonos.

Pero ya amanecía. Destacábase la choza, contra el alba, con la puerta cerrada. El arado ya no estaba en el muro; tampoco la piedra de moler junto a la puerta. Arriba las estrellas disminuían y el aire era helado. Los hombres esperaron todavía unos momentos, listos ya para el éxodo, con la batea a las espaldas. A la derecha, una pequeña cruz de retama se alzaba entre piedras filosas sobre la tierra removida, y más allá las pencas se aclaraban, azules, con restos del cascajo de la tumba en las hojas.

No había cantos de gallos.

Ahora ya veían los hombres hasta los cerros del otro lado del valle, a través del pajonal sin niebla, cada vez más claro.

—Vamos, no viene nadie.

Y le volvieron las espaldas. Detrás de la choza, padre e hijo detuviéronse esperándole a Tacuri y cuando éste asomó, resuelto, apresurado, todos caminaron, el perro los siguió. Los hombres lo habían olvidado y solamente arriba, ya cerca del chaparro, notaron su presencia. Tanto Tacuri como el amigo se agacharon violentamente, simulando agarrar guijarros. Sólo el muchacho permaneció inmóvil. El perro huyó sin aullar, con un ligero quejido y más allá se detuvo, mirándolos fijamente. Cuando reiniciaron la marcha volvió a seguirlos, casi tambaleante, deteniéndose cuando lo miraban, con la una pata en alto, y siguiéndolos, endeble, cuando oía otra vez el jadeo de la marcha ascendente. En tanto, grandes rejas de sol se desataban en las crestas de los cerros y, abajo, las chozas rebrillaban, sin humo, con atroz parecido a las parvas de trigo.

IV

LAS CASAS EN EL PATIO

I

ENERO 1°

Las vacaciones de diciembre llegan cuando los niños no se amoldan todavía a las escuelas, abiertas apenas desde octubre. Duran hasta el seis de enero y son, en toda la provincia, los días más típicos del año: ya en noviembre comienza a recorrer las calles desde la madrugada el "Tono del niño", a cuyo son "El niño Dios" va desde las viviendas de las cholás a los templos, bajo lluvia de flores de retama.

En el barrio de las tejedoras había varios "Nacimientos", y en la calle misma de las Marías, iba a haber muy pronto uno.

—¡Allí han sabido estar! —dijeron los chicos cuando la chola sacó del baúl de cuero que guardaba bajo

el lecho, una mula, una estrella, una vaca y varios pastores. El niño era de estuco y estaba en una mesa previamente arreglada con musgo y plantas silvestres.

Las cholas no cesaban de ponderar los “Nacimientos” de los templos, y la María chica dijo que el de los Argudo era tan grande como el de Santo Domingo. A lo que la ciega repuso que al del señor Oñate podía verlo casi hasta ella, pues una lengua de fuego temblaba ante sus ojos cuando se le acercaba.

—Y de cristal —añadía— toco todo; no diré los Reyes, hasta los pastores.

—¡Gracia! . . . Con oro todo brilla . . . —dijo la María chica.

Y la grande, acomodando al niño en la paja:

—Bien digo: nuestro Señor por mostrar su desprecio a la riqueza todo hace; nace en esta paja y a la plata a semejante gente!

—¡Bien dice!

—La seño María chica está brava —comentó otra— porque el cañamazo le va a quitar las tierras al patrón. . .

—¡Patrón no es! —contestó la chola, y se levantó con la mula en la mano—. Y así fuera. . . ¡hecho bien!

Y hundió los cascos del juguete en el musgo, con rabia.

—Despacio, despacio, no peleen. . . ¿Qué chico se sube a poner la estrella? —preguntó la dueña de la tienda.

—¡Yo! —dijo el picado de viruelas.

—¡Vos no! ¡Muestra las orejas! —protestó su madre. Y mientras otro se subía a la mesa con la estre-

lla, el hijo de don Ricardo se dejaba tiznar de mala gana, hinchado los labios.

—Hele así, así... —le decía la madre—. Bocón; así pareces negro de deveras.

Y las yemas de sus dedos iban del fondo de un farol a la cara del hijo, cubriéndola de negro de humo.

Más allá, otra madre hacía un angel, atándole alas de papel picado en fondo de cartón al hijo, que —él sí— estaba muy contento, y se reía cuando el otro protestaba.

—¡Sólo al patojo le hacen ángel! —gritó el falso negro, blancos los ojos—. A mí, negro, ya dos años!

—¡Patojo serás vos, bocón! —dijo la madre del ángel.

Iba a contestar la otra cuando se oyó a lo lejos el tono del Niño.

—¡La banda! —exclamaron las cholas—. ¡Apúrense! ¡Vamos!

Todas corrieron a sus respectivas tiendas. La banda se acercaba, por momentos. Pasó por fin y se detuvo ante una casa blanca de la otra esquina, donde se fue alineando, mientras caían ya sobre los instrumentos las primeras flores del "chagrillo". Luego, asomó en las puertas una chola elegante —era mujer de un intermediario— con un charol muy grande en los brazos, en cuyo centro un Niño Dios dormía entre pétalos de rosas. La chola iba orgullosa, con paño de largo fleco, rebozo azul y muchas —cuatro o cinco— polleras refulgentes. Salió hasta media calle y esperó, inmóvil, mientras las otras mujeres y la banda le hacían cola. Delante se alinearon los niños disfrazados: tres ángeles, el negro y dos lavadores de oro con

machete de lata y pequeñas lavacaras a la espalda. "La Candelita", que era uno de los ángeles, se arrancó un ala, pero no se le oyó el lloro, porque la banda tocaba, vigorosa, y la enorme chola inició el desfile.

Se dirigían a San Alfonso. Las madres de los ángeles iban regando flores por el empedrado.

—¡Adelanta! —le dijeron al negro—. ¡Vas a tiznarles las alitas a los querubines! —Y baila... baila, para eso estás de negro.

De los ángeles, los dos iban andando, muy incómodos, y el otro en brazos de la madre, altas las alas.

El patojo, descalzo, con las suyas batientes, se acercó al negro y le dijo en la oreja:

—¡Bocón, tízname las alas si eres hombre!...

Y dió largo salto, de lado, hacia las polleras de la madre, como como si volase.

Y como ya iban llegando a las calles centrales y la gente salía a los balcones o a las aceras para presenciar el desfile, la chola que llevaba al Niño se detuvo un momento e impuso orden:

—¡Avancen! —dijo, volviéndose hacia las de atrás—.

¿Y dónde están —siguió— las mamas de los ángeles?

¡Que les hagan hacer alguna gracia!

Los chicos se agruparon.

—¡Vean, vean aprendan! —siguió la chola, señalando la próxima esquina.

Iba a pasar por ésta otro "Entrego" que, sin duda, era de los grandes, porque varios artesanos levantaban los alambres de la luz con sendos carrizos, para dejarle paso al retablo ambulante. Grupos de jíbaros

y negros de rojo uniforme bailaban ya entre las cuatro esquinas. El "Entrego" del barrio se detuvo, pues, en la bocacalle y esperó, cohibido. Por un momento, los sones de su banda mezcláronse a los de la que se acercaba, mas pronto ambas callaron: era problema serio el de los alambres. Ya el retablo asomaba y era muy alto y todo él sobre un camión de los más viejos, de motor hirviente. Pirámides de ángeles y cholas que evitaban su caída, surgían de la plataforma hasta los techos de las casas.

—Bájense los de arriba —dijo alguien— o agáchense por lo menos . . . ¡Van a electrizarse!

A lo que la chola que sostenía al más alto de los ángeles, repuso —y su voz parecía llegar desde las nubes:

—¡Boten rompiendo los alambres!

Y así se hizo. Y el altar pasó, por fin, intacto, y cada Entrego siguió por su camino, llevándose, eso sí, el grande, toda la gente de la calle.

* * *

La luz de los coches llega de rato en rato hasta las pencas del barrio desde la ciudad en fiesta, y las siluetas de las cholas se iluminan. Algunas han bajado al centro atraídas por el bullicio, pues es 31 de diciembre, y las que no se han ido, no tejen, pero tampoco se alegran demasiado. Conversan en la última esquina, casi cantando, como siempre, entre las sombras, mientras los ninacuros se encienden sobre las pencas.

—Vaya. . . ¡no mismo hay cómo alegrarse!

El año viejo de la calle está sobre una silla coja, olvidado, con harapos rellenos de restos de paja. Entre sus brazos hay un letrado que dice: "Muero pensando en las agüitas". Pero cuando a las once la gente se le acerca, el letrado está vuelto al revés sobre su pecho, y dice, con letras de lápiz rojo: "Luz, más luz".

Del centro eran —informa alguien—. Pasaron y escribieron. ¡Con capas eran y con unos sombreros asises!

Y abre los brazos.

—¡Los poetas! ¡Pongan al otro lado!

—¿Y qué querrían decir?

—No sé, vida; dicen, oigo, que aura nadie puede entenderles —contestó un anciano.

Casi todos los muchachos han regresado del centro y hay más entusiasmo. Traen un farol, lo encienden y lo cuelgan del brazo del viejo. Pronto una hoguera arde en la esquina y los chicos saltan sobre ella como en la noche de San Pedro. Llega un chico con una pelota de trapo rociada de gasolina y la enciende, lanzándola después contra el muñeco.

—¡No es hora! —protestan otros.

Pero patean la pelota y ésta va de puerta en puerta, cada vez más encendida, hasta que una chola la arroja al agua, entre las protestas de los niños.

La bola de fuego ha dejado rastros de pequeñas llamas entre los restos de paja del empedrado, que poco a poco se van extinguendo.

—¡No mismo, no mismo hay cómo alegrarse!

.

La Juana se acercó a la María grande, que en esê momento estaba sola en la tienda.

—Tengo que decirle una cosa, seño María grande.

—Juana. . .

La muchacha tejía, sin levantar la vista de la paja que le cubría hasta las rodillas, a partir de los senos.

—Sólo vos estás tejiendo en esta noche. . .

—Es que. . . Eso es lo que quiero decirle. . . No es que teja, sino. . .

La gran chola la miraba atentamente.

—Habla —le dijo —di nomás. . .

Nerviosa, la joven se echó a la espalda las trenzas, con un movimiento de hombros.

—Yo ya sé lo que vas a decirme —siguió la María grande.

Se miraron.

La muchacha se cubrió el rostro con el tejido. Sollozaba.

—Antes de nada —dijo la María grande—. Dime, dime una cosa pronto: ¿De cuál es? ¿No es el del cañamazo?

—...Seño María... ¡No!

—Vaya . . . El corazón se me asienta: mucho miedo tenía. . . Y entonces, ¿de qué te asustas?

—No viene, no escribe.

—¿Y cómo ha de volver todavía? ¿Acaso don Ricardo vuelve? El oro es oro y hay que quedarse adentro mucho tiempo. Pero él ha de volver: ellos no engañan. . . Vaya estoy muy contenta.

—Tengo miedo de las otras. . . Con el sombrero no se nota. . .

Y miró el tejido que cubría con su fleco todo el joven vientre.

—¡Y a qué cuenta! No tengas miedo: fuera de que no mismo hay como ocultar eso... ¿Acaso el hijo está solo en el vientre? Allí estará el cuerpo, pero la almita está en la cara de la mama. ¡Quita, quita esa paja... ¡No estés tapando!

Y le arrancó el tejido de las manos.

—¡A qué cuenta! —siguió—. ¡Y ha de ser hombrecito!... ¡Y verás cómo hemos de recibirle!

—¿Y si se muere el taita? Dicen que el Oriente...

—¿Qué dices? —le interrumpió la María grande—.

Cierto que no somos felices, pero no es para tanto.

No viene ya, porque él es hombre y los hombres tienen que pelear duro. Duro es el Oriente, cierto, pero verás: ha de venir con oro. Y así no trajera nada: es hombre. Más gana el hombre silbando que la mujer hilando... Desde que eras chiquita te he querido, ¿te acuerdas? Yo te ayudé a tejer el primer sombrero... Una pollita parecías, que ha puesto el primer huevo... Andabas mostrando a todas el tejido... Ya digo: siempre te he querido. Cuando se fue mi hijo hasta pensé traerte a la tienda...

Un niño entró corriendo en ese instante.

—¡Seño María —gritó— ya venga! ¡Ya es hora!

En la esquina había gran alboroto.

—¡Vamos! —concluyó la María grande, y abrazó a la hermosa chola—. Y ya te dije: No tengas miedo.

¡De mi cuenta alza la frente!

—¡Nos hemos hecho tarde! —grita la gente en la esquina—. ¡Ya han dado las doce de la noche!

Desde la ciudad llega grande y confuso griterío, y

campanadas y estallido de petardos. Junto al arroyo hay risas y abrazos y el "Año viejo" comienza a arder desde los talones.

—Mal se ha portado . . . ¡Quémenle, duro quémenle!

—exclaman las cholas.

—De la boca nos ha quitado el motecito.

—Y las agüitas del cielo, digan . . . Avaro . . . ¡Cañamazo!

Sale de no sé dónde un niño vestido de vieja, "la viuda" del año, con paño y polleras remendadas, y simula llorar amargamente, defendiendo a su "marido".

—Véanle, pero véanle . . . y ropa de mama Luz se ha puesto . . . ¡El bocón es!

—Hele . . . la viuda . . . ¿Y los hijos?

—Las penas, pues —dice una chola—. Doce hijotes tiene, varones, y una alegría: esta nochecita.

Y cuando el estropajo está en pavesas los chicos se arrojan sobre la "viuda", y tratan de arrastrarla hasta el fuego. Ella se defiende, primeramente alegre:

—¡A mí no! —grita—. ¡A mí no! . . . ¡Quien quedaría para dar de mamar a las guaguas!

—¡Bocón!

Pero cuando la maltratan tanto que se queda sin manto y le caen polleras y calzones, se encoleriza, y surge un niño viril de los harapos, desafiante y desnudo.

Y así comienza el nuevo año.



Se cierran las fiestas con una procesión gigantesca

en la que participan multitud de niños de la ciudad y hasta de lejanas aldeas y cantones, todos disfrazados.

En casa de los Argudo, el pelirrojo —lo estaban haciendo general— no dejaba de hablar mientras le cubrían de charreteras. Había llegado de la hacienda con Miguel y ahora preparábase para integrar el carro de honor en que desfilarían los niños de la aristocracia.

Miguel desenvainó la espada.

—De veras, ¿y qué es ser hombre grande? —le preguntó el pelirrojo a su hermano Ernesto que miraba, sonriente, los preparativos.

—¿Grande? . . . —le contestó, sorprendido—. ¿Por qué —Y luego, súbitamente: Grande: . . . Que no tenga hambre nadie . . .

Pero lo dijo como respondiéndose a sí mismo, y se quedó pensativo. Naturalmente, los niños no le entendieron. Iba a decirles algo más cuando Miguel, que sin duda había pensado en su abnegada madre al oír esa respuesta, dijo: —Si no dice mujer, sino hombre . . .

Argudo pareció maravillarse y miró fijamente al pequeño tísico.

Una sirvienta gritó desde el zaguán:

—¡Niño Arturo, han venido a llevarle, se hace tarde!

En la calle, sobre hermosos caballos, estaban los Reyes Magos.

Miguel se llegó hasta las puertas y los contemplaba cuando le llamaron desde la esquina.

* * *

Un obrero leía en voz alta un pequeño papel ante un grupo de vecinas.

—¡Dichosa Mama Luz!— comentaba— con semejante nieto!

El cojo había mandado los primeros cinco sures desde Guayaquil para su abuela, la ciega, bajo sobrenemado para la María grande. “Y entréguenle en mi nombre esta plata —decía en su carta, entre otras cosas— y dicen que de grande no voy a ser cojo y me van a suvir el sueldo soy page de una votica”.

La ciega estaba feliz. La Juana dijo, poniéndole las manos en los hombros: —Y no haga caso de estar sola: con nuestros pies ha de seguir andando hasta que vuelva el chico...

Y la chola agria, dirigiéndose a su hijo.

—Aprenderás, ingrato, en el cojito... Retrato de tu taita!... ¡Y no te quiebres las plumas! —añadió, pues ya el chico estaba disfrazado.

Irían todos hacia El Santo Cenáculo donde se organizaba el gran desfile.

Por el lado del molino se oían ya las flautas de los indios de Sinincay.

—Ya vienen ya, con ellos vamos.

Y así lo hicieron.

Los indios bajaban con sus hijos y arreaban un pequeño borrico cargado de palomas.

Las cholas comentaban:

—¡Dónde como antes, el burrito con soles antiguos en la frente!

.

En el atrio del templo no cabe un niño más, y los que van llegando se quedan en las calles laterales.

Hay lujo en muchos disfraces pero la gente no los encuentra a su gusto:

—Creo que este año no se romperán ni los alambres: mucha pobreza veo . . . Dónde la plata antigua, dónde los jíbaros con lanzas de oro.

—Dónde la gente tan contenta, digan.

Muchos niños lloran de cansancio. Una pequeña monja extraviada llora a gritos. Ya las trenzas le asoman por las desgarraduras del hábito. Las cholas la protegen y advierten a los chicos para que no corran igual suerte:

—Si te pierdes —le dice una a un negro— lávate la cara para conocerte . . . y echa gritos.

Por la esquina asoma un grupo bullicioso: van a la cabeza tres danzantes con traje de campanillas, en animado baile; al centro, militares patilludos, un Cardenal y dos jíbaros con un barbado misionero; les sigue un Príncipe, a caballo. Soles de plata brillan en las gualdrapas y gallos vivos aletean junto a los estribos, y una paloma abierta agoniza en la grupa, sobre el enorme rabo artificialmente encrespado.

Ahora sí los comentarios son favorables, pero cesan porque llega el más grande de los carros alegóricos, ocupado por niños de las clases altas. Allí está, con su espada y sus rojos bucles, el último Argudo.

Y se inicia el desfile.

Y la gran cruz que forma el gentío en las cuatro calles va cerrando los brazos lentamente.

II

CAMPANADAS

Diego corría a la escuela cuando una de sus hermanas le avisó que su padre le esperaba en el subterráneo. Se regresó, palpando los lápices en el fondo del vade. Junto a la hermana abrió la bolsa de cuero y miró el fondo.

—Nuevo —le dijo a la niña, sacando un largo lápiz azulado— y luego: huélelo —añadió, acercándole el cuero, suave, oloroso, a las narices. —¡Qué rico!

La hermana tenía una muñeca nueva en los brazos.

—Anda pronto —le dijo—. Nos han regalado a todos . . . Lo que nos ofrecieron en la Noche Buena.

Diego corrió hasta el último patio y bajó al subterráneo.

—¿Para qué crees que te llamo? —le dijo el padre.

—Ya sé . . .

—¡Seguro! Pero lo tuyo es estupendo. Un . . . no quiero decirte. Quiero que lo veas.

—¿Dónde?

—Espérate . . . pero . . . ¿qué horas son? Y el hombre sacó el reloj del bolsillo ¡Diez para las ocho! —exclamó—. Te haces tarde. ¡Corre! A la salida te espero con lo ofrecido.

—¡Imposible!

—Y no está aquí todavía —siguió el padre—. Quería solamente que lo supieras. Pero ya está escogido en la tienda. Sólo falta traerlo.

Las dos mujeres sonreían.

—Mejor que no sepas —dijo la madre—. Así tendrás más ilusión . . . Y corre, cierto, te haces tarde.

—¡Díganme!

Pero lo pidió ya subiendo las gradas. Con el brazo en la portezuela, entreabriéndola, rogó todavía:

—¡Avísenme!

La luz caía de lleno sobre la tinaja, a cuya boca ascendían burbujas irisadas.

—¡Se hace tarde! —ayudó la india, moviendo la cabeza.

Salió. En la puerta de calle vaciló todavía unos instantes, pero echó a correr, al fin, detrás de otro muchacho que también se apresuraba, hasta ponerle la mano sobre el hombro. Juntos siguieron, corriendo en las bocacalles. El otro era descalzo.

—Perdí el desayuno —dijo— ¿tienes panela?

—Espérate —y Diego buscó en sus bolsillos. Toma —dijo después, dándole un pedazo.

—¿De dónde tienes siempre tanta panela?

Ya se lo habían preguntado varias veces lo mismo. Se sobresaltó y repuso:

—¿Qué? —Y luego: ¡No entran todavía! —exclamó, llevando la atención del otro hacia el gran bullicio del patio, pues ya estaban en la esquina de la escuela.

Y cuando llegaron a las puertas, corriendo más todavía, sonó la primera campanada.

—¡Perdiste el desayuno! —le dijo el Portero al descalzo. Pero el niño bien lo sabía: sucedía aquello, inflexiblemente, cuando no se llegaba media hora antes de la misa. Y ambos chicos formaron en sus respectivas filas. Algunos “rangos” subían ya las escaleras y los demás los seguían. Las “chascas” resona-

ban, como acompañando al melodio que había iniciado una tonada en la capilla, por cuya primera puerta se veían cirios encendidos y parte del comulgatorio. Los rangos desfilaban por las diversas entradas y ocuparon las largas bancas, dentro de la Capilla. Asomó un rojo monaguillo por la puerta de la Sacristía.

—¡El adulete! ¡El adulete!

La campanilla sucedió al melodio, y detrás del monaguillo salió el Capellán, con ornamentos, juntas las manos, y empezó la misa.

* * *

El profesor de Diego esperaba en la puerta de la clase, que estaba frente a la Capilla, en el corredor opuesto, y mientras desfilaban los chicos, él decía:

—Manos, manos . . .

Y los niños entraban a la clase, abriéndolas ante sus ojos. A veces, el Hermano añadía:

—¡Orejas! —y detenía a ciertos chicos, examinándolos. Allí —ordenaba, cuando no le satisfacía el examen, señalando con el índice un rincón de la clase. La víctima iba —ya conocía el castigo— y se arrodillaba en el sitio indicado. Esta vez se inició la clase con tres arrodillados: dos cocolos y el negro, criado del hijo del Jefe de Zona. Los compañeros los miraban de reojo, y cuando el profesor pasaba al pizarrón, se les burlaban.

—¡Hermanito! —protestaban ellos. Y al mediar la clase ya había doble cantidad de reos. Diego no atendía: ¿A qué hora suena la campana? —pensaba. No iba a acabarse nunca la clase. Esta hora, —se decía— luego el recreo, otra clase, otro recreo y . . . la casa.

Su padre debía de esperarlo en medio patio, con el regalo listo.

El negro, andando de rodillas, se acercaba poco a poco a Manuel Cuzco, el pajarero, que movía la cabeza, siguiendo el curso de la tiza sobre el encerado. Un compañero levantaba en ese instante una alta columna de sumandos. De rato en rato, Cuzco hacía ademán de levantar el brazo, atentísimo. El negrito le introdujo el dedo en el oído.

—¡Deja!

El Hermano no le oyó. El negro esperó un momento y luego se deslizó, siempre de rodillas, hasta colocarse detrás de Cuzco. Le puso el dedo detrás de la oreja y susurró:

—¡Pajarero!

Se volvió éste, y pudo evitar que su nariz topase con la punta del dedo; pero el otro, ante el fracaso, le puso francamente la yema del índice en la punta de la nariz y la aplastó, olvidado de todo, con fruición, como cuando mascaba trozos de caucho.

Todos rieron, y el Hermano reparó en la falta.

—¡Allí! —gritó, señalando un alto cajón colocado al fondo de la clase— ¡Cárdenas, la pesa!

Un chico asomó con una piedra grande y se la entregó al negro. Este, que también sabía lo que significaba, se dirigió hacia el cajón del fondo. Debía ponerse de pie sobre ese pedestal, con la piedra en los brazos, alta sobre la cabeza. Una campanada —Diego saltó de júbilo— lo detuvo.

—Queda para la próxima clase —dijo el Hermano.

El negrito se dirigió a Cárdenas, el chico a cuyo cargo estaba la piedra. ¡Adulete! —le dijo, al entre-

gársela. Y se unió a los compañeros. desfilando hacia el patio.

* * *

Tres días ya que la escuela estaba abierta, después de las vacaciones de diciembre. Había llegado a más de mil el número de alumnos, y el enorme patio apenas alcanzaba para tantos niños.

Diego estaba en la Cuarta de María y el último Argudo en la Quinta del Niño Jesús, de modo que no eran compañeros, pero en los recreos se juntaban.

—Vamos —le dijo el pelirrojo, al encontrarlo—. ¡Ha llegado un profesor hombre!

Y, sin esperar respuesta, corrió seguido por Diego, hasta el corredor del fondo, a través del tumulto.

—¡Suco! —le gritaban de vez en cuando.

“Suco

macuco

espanta al cuco!”

Pero él ya no se enojaba.

En el corredor estaba un hombrecillo de esos de cuello de caucho, larga leva y botines de puntera levantada. No llevaba paraguas . . .

—¡Ese! —dijo el pelirrojo.

El “profesor hombre” no sabía qué hacerse en medio de un gran grupo de niños. Ex seminarista y muy amigo siempre de los Hermanos, sus antiguos maestros, servía en la Escuela desde la víspera, contratado como profesor auxiliar, pues, su escuela, en el campo, había sido clausurada por falta de niños.

Nunca antes un seglar fue profesor en esta escuela, y, por eso, ahora, su presencia causaba revuelo entre los chicos.

—En la escuela “Luis Cordero” —comentaban— todos los profesores son hombres.

—Bueno, pero uno ya es algo . . .

—Ha llegado del campo; allá se han muerto todos los chicos por la sequía.

—¿Todos? . . .

—No es muy hombre, parece cura . . . Fíjate en el cuello . . .

Diego y su compañero procuraban acercársele, cuando llegó el Inspector y ordenó:

—¡Retirarse! El que se acerque siquiera al señor Profesor, se quedará en la “penitencia”.

Los chicos obedecieron, pero algunos miraban a la víctima a hurtadillas. Otros, reiniciaron sus juegos.

El pelirrojo se llevó la mano a los bolsillos, y la extendió luego hacia Diego, llena de caramelos. Eran finos, con envoltura plateada.

—Sólo para ti —dijo. Pero ya estaba junto a ellos un rapaz de ojos negros, algo más alto que los dos.

—¡A ver! —dijo— y extendió su mano.

El pelirrojo escondió los dulces.

Ante la negativa, el otro puso las manos en las caderas.

—¿Sabes por qué no me los das? —dijo luego.

El pelirrojo no contestó.

Diego los miraba.

—¿Sabes? —siguió el otro—. ¡Vengan! ¡Oigan! —y llamaba a cuantos veía—. ¿Saben por qué no me convidan?

Ya había un gran grupo en su torno.

—Porque le regala el cuñado que es cañamazo.

—¡Por el cañamazo! —gritaron los demás, en coro.

—¿Qué dices? ¡Calla! —Y el pelirrojo se le acercó, rabioso.

—Cierto —insistió el muchacho—. El cañamazo de la esquina está enamorado de tu hermana y te da chocolates . . .

—¡Cuñado! ¡Cuñado! ¡Cuñado! —gritaron los del ruedo.

Y uno de ellos le quitó los caramelos, pero ya el injuriado, furioso, acometía a su enemigo.

—¡Sin patadas! —gritó éste, que era descalzo, y respondió a los golpes.

De pronto, el pelirrojo se detuvo, llevándose las manos a las narices. Ya lloraba.

—¡Le sacó chocolate! —gritaron los espectadores, viendo sangre. Súbitamente, todos corrieron, menos los contendores, presos por la orden:

—¡No se muevan!

Un enorme Hermano estaba ante ellos. Tiró de los cabellos al descalzo e iba a darle un puntapié, cuando el niño gritó, arrodillándose:

—¡Hermanito!

Estaba aterrorizado.

—¡Sígueme! —le dijo el Hermano, y echó a andar hacia los grifos con el pelirrojo de la mano.

—¡Levante la cabecita!

En grupo se acercaron a la pila, pálido el descalzo y ensangrentado el herido, con el rostro hacia el cielo.

—Así, así —dijo el Hermano—. Levante el brazo también.

Diego, muy pálido, los veía: la sangre le bajaba al amigo hasta los zapatos. La sangre es del color del pelo —pensó, pero se mantuvo alejado, como todos.

Ya la roja cabeza estaba bajo el chorro de agua. Sacudiéndola, el chico la alzó nuevamente: su rostro estaba limpio. El descalzo temblaba.

—¡Lávate las manos! —le ordenó el Hermano. Y, al ver que el agua corría ligeramente enrojecida entre las pequeñas manos, el religioso se fue encolerizando.

—¡Endemoniado! . . . —gritó al fin—. ¡De grande serás un asesino!

Y, de feroz puntapié, echó a tierra al niño. Iba a acercársele nuevamente, pero sonó la campana, y el dómine se detuvo.

* * *

García Moreno —empezó diciendo el Hermano en clase— subía las gradas del Palacio, con Dios en el pecho, pues había comulgado momentos antes. Los criminales temblaban, detrás de los pilares. Rayo, un “negro gigante”, oprimía el machete . . . ¡Levante la piedra!

Todos los niños se volvieron hacia el negrito. Estaba sobre el cajón, atento, con la piedra sentada sobre la cabeza. Penosamente, volvió a levantarla. El Hermano siguió:

Temblaban los cobardes, cuando les salió un tiro.

Entonces, todos dispararon aturdidamente, pero como estaban tan cerca de la víctima, todos le tocaron.

Rayo, en tanto, avanzó con el machete e hirió, gritando, la augusta cabeza. El héroe llevó la mano al pecho para sacar la pistola, pero el negro le cortó la mano. Y ya estaba cosido a balazos . . .

—¿Quién?

—¡Arrodílese!

El negrito volvió a levantar la piedra, mientras el preguntón se arrodillaba.

—Los ángeles —continuó el Hermano— lo levantaron y le dejaron caer suavemente sobre la calle. El portal es alto y los criminales miraban al mártir desde arriba, temblando todavía. El negro saltó con el machete ensangrentado. El mártir sonreía. “Dios no muere” —exclamó. Y el criminal le hería el rostro todavía.

—¿Y la gente? —preguntó Diego.

—Esta pregunta sí vale —repuso el maestro—: La gente se acercaba, persignándose y los soldados del cuartel vecino no se movían: estaban comprados por los criminales. De repente, Rayo cayó fulminado: Castigo de Dios. Cuando llegaron, por fin, los soldados, ya el negro estaba muerto y olía a azufre, junto a la augusta víctima; tanto, que cuando un político le disparó un tiro en la cabeza, los quiteños le gritaron: “¡Mata muertos!” “¡Mata muertos!”

Los niños rieron.

—¡Hermanito! —avisó uno—. Ya sonó la campana, hace rato.

—Entonces, salgan ya —ordenó el profesor—. Y luego, dirigiéndose al negrito:

—Entréguele la piedra a Cárdenas . . . —¡Hijo de Rayo!

* * *

—Oye . . . —le dijo un chico gordo a Diego—. Tu papá le ha dicho al mío que Argudo se ha hecho pobre . . . ¿Es cierto?

—No sé.

—Cierto . . . ahora es más pobrete que vos.

—¿Qué dices?

—Para eso nosotros —intervino otro— tenemos tres haciendas.

Y otro:

—Eso no es nada: nosotros más haciendas y tres casas . . . ¿Y vos? . . .

Y señalaba con el dedo las medias rotas de Diego.

—En cambio yo soy de mejor familia —dijo un tercero—. Y mi papá es casi Presidente.

—¿Qué es?

—Gobernador. Si estuviera en Quito fuera Presidente.

Diego se alzó de hombros y se retiraba ya, cuando los otros le siguieron.

—¡Pobrete! ¡Pobrete! —le decían.

Diego se detuvo, rojo. Solamente un instante dudó y luego dijo:

—¡Para eso nosotros tenemos una tinaja de los Incas!

Y, exaltado, habló, habló, mientras los otros le escuchaban con la boca abierta, cada vez más admirados.

—¿Y cuándo no llueve y no se llena? —preguntó alguno.

—Amanece caída . . .

—Ahora a la salida nos llevarás a tu casa y nos mostrarás la tinaja.

— . . .

—¡La tinaja! ¡La tinaja!

Cuando sonó la campana y los otros corrieron a sus respectivos rangos, Diego estaba aturdido. ¿Y aho-

ra? —pensó—. Y se sumió en la angustia: ¿Qué me pasó? ... Conté lo de la tinaja ... Irán a la casa y sabrán que destilamos de contrabando.

—¡A la fila! —le gritó el Hermano. Y como era el del puntapié, Diego se sobresaltó más aún.

—¿Qué le sucede? ¿Qué ha hecho? —le preguntó el Inspector.

No supo qué responder y corrió donde sus compañeros, pero el Hermano lo siguió: Quién sabe qué horror habrá hecho —le dijo—. Está pálido. Tiene que confesarse esta tarde.

—Bueno ...

Subía ya las escaleras. Cuando en el descanso volvió la cabeza, el Hermano lo miraba de arriba abajo, sombrío ...

* * *

—A ver ... Usted —dijo el maestro, con el dedo hacia Diego que ya estaba castigado—. ¿Verbigracia?

—Verbo y gracia ...

—¡Otra vez distraído! —gritó el profesor, exasperado—. ¡Levante la piedra! Y ahora se quedará en la "penitencia".

Diego alzó la piedra, sintiéndose salvado. Entonces —pensó— ya no podrán seguirme hasta la casa. Si me quedo castigado ellos se irán. Seguramente se olvidarán de la tinaja.

Cuando los brazos le dolían, doblándosele, pensaba nuevamente: Se olvidarán ... Se olvidarán.

Y la piedra subía.

*

Ya todos los rangos habían desfilado hacia las casas y en el patio sólo estaban los niños castigados. A una señal del Inspector, tres niños descalzos iniciaron la marcha, de rodillas, a través del patio. Uno de ellos era el de la sangre.

—¡Libertad para ponerse papeles en las rodillas!
—exclamó el religioso, al ver que los ojos de los chicos se llenaban de lágrimas.

A Diego y a tres de sus compañeros les había tocado "recoger papeles", y en eso estaban cuando el reloj de arriba dio las doce. Automáticamente, dos niños castigados en la mitad del patio —"sin hablar, con las espaldas juntas"— rompieron a llorar a gritos: eran alumnos de la Octava, niños de cinco años.

—Me hallé una Virgencita —le contó a Diego el "leproso", que también recogía papeles.

—¿Por qué te quedaste?

—El Oso me dijo leproso y yo le di duro . . . No soy eso.

—No eres, sí . . . sino que se te rajan las piernas.

—¿Sabes? . . . Madrugo con mi mamá a coger hierba, y me sale sangre por el frío . . .

Los arrodillados ya habían caminado un buen trecho, ahora sí risueños, con las rodillas envueltas en periódicos, cuando se detuvieron. Diego palideció: Un niño parado en un solo pie le señalaba con el dedo y hablaba animadamente. Poco a poco los demás le rodeaban, rompiendo la línea. El chico, ya en dos pies, bajaba y subía la cabeza, y los arrodillados seguían sus movimientos, con la boca abierta.

El Hermano no asomaba. Diego se ocultó tras los pilares. Hablan de la tinaja —pensó. Y cuando volvió

a salir, los de las rodilleras —en un momento habían recorrido casi todo el patio— se le acercaron.

—Oye, —le dijo uno, mientras los dos restantes lo miraban, ya abriendo la boca—. ¿Cierto que tienes una tinaja que toma agua como una gallinota?

—Dije de gana . . . ¡Mentira!

—Cierto . . .

Sonó un reglazo y se callaron.

—Se irán cuando no vea un solo papel en todo el patio —les ordenó el Hermano desde arriba.

Todos se dispersaron por el patio, afanosos. Entre los castigados estaba el “viudo”, muchacho de unos quince años, alumno del curso de comercio. Cuando desapareció el vigilante, él se dirigió a las letrinas, que estaban al fondo del patio.

—El viudo . . . —comentaron los niños—. Ya se encerró . . .

—Va a fumar.

—Tiene por lo menos cuarenta años.

Diego, que por fin estaba solo, lejos de los otros, se sobresaltó: ¿Dije agua? —pensó—. Cuando expliqué que la tinaja se iba levantando, ¿no dije que con mosto? ¿Qué me hago? . . . Y papá me estará esperando . . . ¿Qué puede ser lo que van a darme?

Pero todos sus pensamientos nacían y morían en lo mismo, como las burbujas en la boca de la tinaja: ¿Dije mosto?, sí. Dije “mosto” y no “agua”.

Por los corredores de arriba, grupos de Hermanos se dirigían a los cuartos misteriosos, inaccesibles para los alumnos. En el piso alto de la casa vecina, visible desde el patio, una doméstica barría. Otra asomó con una sopera hirviendo entre las manos, y entró a

un cuarto. La que barría dejó la escoba y la siguió. Una niña de escuela iba también a entrar cuando se detuvo, mirando a los castigados. Traía pizarra y libros bajo el brazo.

—¡Atatay! ¡Atatay, chicos! —les gritó, llevándose ambas manos a las mejillas—. ¡Qué vergüenza!

Un amigo se acercó a Diego.

—¡Fíjate! —le dijo, y le hizo ver hacia las ventanillas altas de las letrinas. Dos puertas vecinas estaban cerradas y alguien trataba de pasarse de uno a otro excusado, salvando el tabique interno.

—¡El viudo!

Su rostro, pálido ahora, con los ralos vellos negros más visibles, miró un instante hacia el patio. Algo dijo luego, dirigiéndose al invisible vecino . . . Y descendió.

III

DONDE SE CUENTA LA ESPANTABLE Y JAMAS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO

—¡La tinaja!

—¡La tinaja!

Los círculos crecieron en el patio, desde esa misma tarde —subían y bajaban las cabezas— y al día siguiente, hasta el Inspector se acercó a Diego:

—¿Cómo es eso? —le dijo—. ¿De los Incas? ¿Auténtica? Le diremos a su señor padre que nos deje verla.

—Hermanito . . . ¡Pero si se rompió hace años!

—Lo suponía . . . ¿Y por qué miente?

Pero los niños no se convencían y lo acosaban:

—Mi papá dice que si es de los Incas debe tener un sol en las paredes, ¿tiene?

—¿Un sol? . . . ¡Seguro! . . . He leído. La nuestra estaba contra la pared y cuando íbamos a verle el sol se rompió . . . Yo estaba muy chico.

—¿Cómo era?

—Se iba levantando, levantando . . . Papá no cree.

El grupo lo miraba. Cuando sonó la campana, un niño de los de “la plaza grande”, llamó aparte a varios y les habló al oído. Aprobaron con las cabezas. Diego fue hacia ellos en vano, pues huyeron.

De pronto un chico “rarísimo”, “Cuy (1) con go-

(1) Cuy: Conejillo de Indias.

rra", con una visera de por lo menos dos palmos, vino a salvarlo:

—¿Te cuento lo que dijeron? ... Van a seguirte hasta tu casa ...

—¡Imposible! ... Y no me voy a la casa —inventó— sino muy lejos ... al Vado.

—¡Requetecuernos! Pero si yo vivo en el Vado!

Y dio un salto de alegría. Tenía un diente a flor de labios y era "sumamente mal hablado".

Diego se resignó y salió con él hacia el Vado. Muchos les observaban. En la plaza grande, el negrito se destacó del grupo que hasta allí les había seguido, y se acercó a Diego, francamente.

—¿Dónde vives? —le preguntó.

—No me voy a la casa ...

El emisario se quedó perplejo. Los dos siguieron su camino y desde la esquina vieron cómo el resto del grupo rodeaba al negro y luego se dispersaba.

—¡Por fin!

—Pero ... Ya sabes: tienes que mostrarme la tinaja a mí sólo.

—Puedo mostrarte lo que papá me ha dado: una maravilla: un Don Quijote. A cada tres páginas hay una estampa: lo mejor que he visto en mi vida; y no para chicos: mi papá dice que puede servir hasta para él ... Hasta te puedo prestar, pero si les dices a todos lo que es cierto: que no tengo ninguna tinaja.

—Más bien dame alguna otra cosa ...

—¡Qué tonto!

—¡Para lo más de libros! ... Para eso mi patrón tiene libros prohibidos.

—¡Prohibidos! . . . ¿Cómo son? ¿Cómo es tu patrón?

—Una cosa: yo te muestro a mi patrón, ahora mismo: debe estar leyendo en la huerta: se le ve desde la calle, es un sabio; pero vos muéstrame la tinaja . . .

—¡Imposible!

—¡Ese es! —exclamó de pronto el otro— y dejó solo a su compañero, acercándose a un hombre que pasaba en ese instante por la acera de enfrente.

Diego lo observó, desilusionado: era de lentes, viejo y algo jorobado. Parecía de pésimo humor, pues cuando el sirviente lo saludó, miró por sobre los lentes al chico y lanzó un gruñido, alzándose de hombros. El "Cuy" no dejaba de señalarlo con el diente, a hurtadillas, mientras Diego les seguía. Ya estaban en el Vado, típico barrio, sobre el río, presidido por una gran cruz verde, de piedra. Patrón y sirviente siguieron por una callejuela que Diego nunca había visto antes, y desaparecieron. Una puerta se cerró tras ellos, violentamente. Diego esperó unos momentos y acercándose a la casa, espió por la cerradura: ¿Cómo? —pensó—. ¡En tan poco tiempo!: en el huerto —que era, a más del callejón de entrada, lo único que se veía de la casa— estaba su compañero, ya con otra ropa, y en actitud rarísima.

¿Cómo puede ser esto? —Pero su atención se desvió hacia el hombre que en ese instante entró al huerto, con un gallo, un libro y una silla. Colocó cuidadosamente la silla cerca de los repollos, amarró al gallo a una pata, y abrió un enorme libro sobre las rodillas.

Apenas había leído un momento cuando gritó, con voz ronca y destemplada:

—¡Longo!

El sirviente —estaba con el rostro hacia el muro del fondo— no se movió.

—¡Longo! —volvió a gritar el hombre, mientras tosía ruidosamente—. ¡Requetecontracuernos! ¡Me vas a matar! ¿No me oyes?

Y se puso de pie, mirando por sobre los lentes.

Y más aún, para sorpresa de Diego: al tercer grito, su compañero asomó desde otro ángulo del huerto. —¡Y ya con otro traje!— en un instante. El viejo se llevó las manos a la cabeza, también sorprendido, sin duda. Diego creyó estar soñando, y se arrimó al muro. De pronto, volvió a admirarse: el muro estaba caliente. Lo palpó en lugar distinto y encontró calor más intenso, y, vagamente, relacionó el infierno con lo de los libros prohibidos; mas, como el calor le recordó especialmente el fuego del subterráneo, pensó con claridad: “Destilan de contrabando, como nosotros”. Una chola salió a la puerta de la tienda vecina y saludó con otra que asomó al frente, y allí se quedaron, dialogando. Diego ya no pudo llegarse nuevamente a la cerradura, por la presencia de las dos mujeres, pero las observó: ¡Qué delantales tan limpios! . . . —pensó—. Y no tejen sombreros . . .

—¿Sabe, vecina? —dijo la una—. El gringo se ha comprado la casa de la plaza ¿qué le parece? . . . ¡tanta plata!

—Ahora debiera acordarse de nosotras . . .

—Cierto. Pero no es, viera, como otros: sí conoce a los amigos de antes. “Don Carlos —le dije el otro día, bien le ha ido en nuestra tierra . . . Oiga y ¿y cómo así se quedó en Cuenca?” “Mi sabe —me contes-

tó: Cuando vine vi que los perros de las calles eran gordos y me dije: el pan sobra: los perros están gordos”.

—Vea ese chico boquiabierto —le interrumpió la otra, refiriéndose a Diego— loquito parece.

Cerró la boca y se alejó, mas no sin palpar el muro: éste se calentaba a trechos hasta volverse, en la esquina, intocable.

“¡Qué cosas tan raras!”— Y como vio la cruz de piedra al fondo de la calle, con “gradas para sentarse” a su base, se acercó a ella: abajo estaba el río, claro y sonoro. Venía desde el fondo del paisaje, y se ahondaba al entrar bajo el puente, levantándose luego en claras olas. Diego pensó en su Don Quijote, lanza en ristre, sobre Rocinante, pues el puente era viejo y chupado y ostentaba en su centro, a manera de lanza, un torreón colonial de cal y canto. Antes le había parecido un rinoceronte, pero ahora hasta veía galopar a Rocinante entre las altas piedras. Hoy es ya muy tarde, —pensó— bajaré mañana. Pero se inmovilizó en una de las gradas. Era muy hermoso —lo había hecho muchas veces— detenerse en la mitad del puente, con la mirada fija, vertical sobre el agua: el puente se iba, río arriba, entre los tumbos. Y no bien se apartaba la vista de la corriente, o se parpadeaba siquiera, deteníase.

Arriba, en el barrio, el nieto de mama Luz, el cojo, pretendió un día conseguir los mismos resultados, desde el pequeño puente del molino. El, Diego, había aceptado la idea, entusiasmado: ya se había visto, yéndose sobre el torrente, con el barrio entero, pero todo fue en vano: el arroyo “hacía lo posible”, esfor-

zándose como pequeño perro atado a inmensa carreta, sin conseguir moverla. Sólo una vez se movió unos milímetros, y eso según Diego, nada más; los otros lo negaron: fue cuando atrancaron arriba la corriente, y la soltaron de golpe . . . ¿Y qué horas serán ya? El noble caballero había quedado velando sus armas cuando él tuvo que dejar la lectura para irse a la escuela. Y ahora . . . "La tinaja!" "¡La tinaja!" ¿Por qué fui a decirlo? Además . . . He dado siempre tanta panela en la clase . . . todos van a decir: "¿De dónde saca tanta panela este chico? . . . Seguramente, en su casa destilan . . ."

Se puso de pie y anduvo hasta la esquina. Allí estaban los cholas todavía, y la casa del viejo de los libros continuaba cerrada. —¡Tengo que preguntarle tantas cosas a ese chico!: ¿Cómo pudo cambiarse tan pronto de ropa? Y sobre todo: ¿no estaba todavía al fondo del huerto cuando asomó junto al viejo? Debo estar me haciendo loco . . . ¿Y por qué la pared ardía?

El sonido agudo de la sirena municipal le sacó de sus cavilaciones. Eran las cinco. Apuró el paso y ya se iba, cuando por la esquina pasó el amigo de su padre, el de las sienes blancas, que tan hermosas cosas le dijo la noche de los caballos cuando supo, por fin, el secreto del subterráneo. "Para que sus hijos no se lastimen los pies en los vidrios". En nada se parecía al viejo de los libros. Llevaba dos muy bellos bajo el brazo. De él deberían ser los prohibidos . . . Pensó llamarlo, pero la idea de que pronto podría reanudar la lectura, lejos de todo encuentro, en la paz de su patio, lo desanimó. Además, aquella frase: "Mi papá dice que si es de los Incas debe tener un sol en las pare-

des, ¿tiene?" no le dejaba en paz, no ya por el secreto violado, sino por lo del sol. Debía verlo a toda costa, ¿pero cómo? La tinaja estaba llena. Imposible moverla. Sólo que ¿destilarán esta noche? Entonces . . .

Ya veía, al fin de la calle, la puerta de las tejedoras. Allí estaban ellas. La María grande contaba algo, sin duda, pues todas la escuchaban, tejiendo al mismo tiempo. Diego entró a su casa antes de que lo vieran. Como siempre, sus hermanas jugaban en el patio, pero él pasó derechamente al subterráneo.

Allí estaba la india, medio dormida, ante las brasas.

Diego se acercó a la tinaja.

—¿Está llena?

—¡Ya viene a molestarle a la tinaja! Llena está ¿no oye? —le contestó la india.

—¿Cuándo estará vacía?

—Mañana, pero a media noche, a velar vamos.

—Entonces, me quedaré leyendo . . . ¿Sabes? —y le puso las manos en los hombros— ya es seguro —añadió— que ha sido de los Incas. Mañana, cuando quede vacía, le daremos la vuelta, le veremos el sol...

Los dos solamente, ¿quieres?

—¡Sigue loco! Por tanto que lee está loco ¿y si se rompe? . . . Está clavada en el suelo.

—Precisamente . . . está así, como amarrada, para que no se mueva, ¿comprendes?

—Váyase, váyase. Mañana, si me animo, le avisaré: pero váyase . . .

—Bueno, pero que nadie sepa: los dos solamente. Y salió. Ahora ya estaba pensando en el Quijote.

* * *

—Doce, trece, catorce . . . y éste: ¡Quince!

Contaba sus libros. Los había alineado en un pretil y no cesaba de compararlos con el nuevo.

—¡Imposible igualarlo!, ¿no es cierto?

Las hermanas asintieron.

Ciertamente, el "Quijote" era el mejor y el más nuevo. Los otros tenían los bordes muy gastados —"como los zapatos de la vieja Pavi"— y, además, habían perdido el interés por ser demasiado conocidos.

—Me gustaba más el que se cayó en la tinaja —dijo una de las hermanas.

—¡Imposible! En ese caso, éste . . . fíjense.

Y puso ante ellas un ancho volumen titulado "Niños Heroicos", en cuya pasta un niño y una niña huían por un camino polvoroso, al fin del cual —muy lejos ya— quedaba cierta ciudad con sus torres almenadas.

—Teresa —explicó Diego— antes de hacerse santa, de niña, está huyéndose: véanla. —¡Eso es cosa!— a pelear con los moros. El chico es su hermano . . .

¡Tenía siete años y ya se iba a pelear con semejante gente!

—La reverenda Madre —intervino la hermana menor— dijo ahora que quien le mató a García Moreno fue un moro.

—Fue un gigante —corrigió Diego.

— . . . ¡Un moro!

—Papá —el padre entraba en ese momento de la calle— ¿el que mató a García Moreno fue un gigante negro?

—¿Cómo es esto? —dijo el padre sorprendido—. Ni negro ni gigante, fue Rayo, un hombre llamado Rayo.

—¿Y cómo el Hermano dijo?

El hombre se quedó pensativo: ¿También tú haces escrutinio? —preguntó luego, al mirar los libros, cambiando de tema.

—¿Escrutinio? . . . No. ¿Qué es “escrutinio”?

—¿No lees todavía? —exclamó el padre—. Está al comienzo. A ver . . .

Tomó el Quijote de las manos del hijo y lo hojeó.

Ciertamente —dijo luego— han suprimido eso.

—¡Cómo! Entonces . . . ¡No vale el libro!

—No, no; es que aquí está sólo lo mejor. Lo suprimido es para que lo lean los viejos, ¿comprendes?

Es . . . , bueno, ya te explicaré eso.

—Pero . . .

—Ya te digo —repuso el padre, entregándole el libro—. Han dejado aquí solamente las “maravillas”, ya verás . . . ya verás . . .

Y se alejó. Diego iba a seguirlo, cuando por la puerta de calle pasó una chola, apresuradamente. Y detrás de ella otras y varios chicos que corrían, todos agitados.

Los hermanos salieron a la puerta y, de pronto, Diego corrió también, con el libro en la mano. Arriba, varias tejedoras conducían un cuerpo inanimado. Bordeaban el torrente, buscando el sitio más estrecho, mientras en su torno se aglomeraban otras cholas.

—¡Se muere! —oyó Diego, y el corazón le dio un vuelco— la seño María grande!

—¡Ataque!

—Anoche velando estaba, pobrecita.

—Ha amanecido tejiendo . . . por eso es.

Cuando llegó Diego la gente llenaba la tienda de

la chola. Como él, otros chicos tampoco podían ver nada, pues las personas mayores formaban un estrecho círculo en torno al lecho, pero oían:

—Ya abre los ojos.

—¡Ya revive!

La Juana impuso orden:

—¡Salgan —exclamó— todas, todas, va a faltarle el aire!

.

Había sido un síncope ligero. Ahora estaba en su lecho, tranquila, y trató de incorporarse.

—¡No, no; va a repetirle! —protestaron las vecinas. Accedió, pero pidió que por lo menos le doblaran la almohada para tener alta la cabeza.

Y así lo hicieron. Ya quedaban pocas cholas en torno y Diego se sentó al pie de la cama.

—Niño Diego —dijo la enferma, sonriendo—. ¡Véanle al médico! De grande un gran doctor va a ser...

—¿Cómo sigues? . . . Oye: anoche has velado, te hace daño, ¿cómo fue?

—De veras, seño María —dijo una vecina— ¿cómo fue?

—De repente —contestó— bien estaba, cuando la cabeza, vaya, como la rueda del molino . . . empezó a moverse, a moverse . . . Y después negro, todo.

—No hable, no hable.

Y la Juana se acercó al fogón y destapó una pequeña olla, donde el agua, próxima al hervor, sonaba larga y suavemente. Luego arrojó sobre ella hojas de toronjil, y sopló las brasas. Su rostro se encendía al

acercársele y sus grandes ojeras semejaban la azulada base de las llamas. "La almita del hijo", que dijo la María grande. Esta la miraba, con los párpados entreabiertos. Respiraba fatigosamente. Debo mostrarle las estampas —pensó Diego— para que se reanime. Y así iba a hacerlo, cuando la enferma cerró los ojos, y la cabeza se le dobló sobre el hombro.

—¡María! ¡María! —dijo el niño, sobresaltado—.

—¡Mira! ... ¡Don Quijote! Y ante los ojos bruscamente abiertos señalaba al noble caballero.

* * *

Leer era un problema, a veces, para Diego. Lo hacía generalmente en el patio, o subido al nogal, sobre el subterráneo.

—¿Y ahora? ... ¿Cómo te bajas?, —le dijo un día el padre— ha crecido el árbol ... ¡No leas tanto!

Solía también acudir al subterráneo, en las noches de vela, pero rara vez sus padres lo consentían hasta más de las diez, porque se dormía, al fin, en la falda de la india. "Molestaba mucho" —en suma.

Y, cierta vez, por poco riega una "parada" entera, cuando Robinson Crusoe se le cayó en la hirviente tinaja. En las noches ordinarias, debía atenerse al sueño de sus padres, ya que la luz del dormitorio de éstos era la que llegaba hasta su lecho, en la pequeña recámara. Y sucedía que la apagaban justamente cuando algún personaje iba a realizar algo importantísimo. Ahora, por ejemplo, Don Quijote estaba "sonsacando" a Sancho, pero eran más de las diez de la noche y Diego estaba inquieto. Ya mismo. Ya mismo —pensaba—,

y leía precipitadamente: “Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese Rey, por algún milagro de los que vuesa merced dice” . . .

La luz se apagó. Qué maravilla será —pensó Diego, mientras cerraba el libro, resignado— ser hombre ya, tener luz propia y apagarla y encenderla! . . .

Luego, vio cómo Don Quijote dejaba la lanza junto al muro, contrariado, y Sancho se sentaba en el umbral de la puerta, con las manos en las mejillas.

Así, así espérenme —les dijo. Y cerró los ojos, preguntándose: ¿cómo seguirá la María grande? ¿Dónde leeré los libros prohibidos? ¿Y cómo? Tengo que preguntarle tantas cosas a ese chico!

Luego, el patio de la escuela se desplegó ante sus ojos, con mil grupos, girando: “la tinaja! la tinaja!” Y cuando por no verlos se envolvió en las sábanas, se encontró en el subterráneo con la india. Estaban solos, a media noche, y sus padres dormían.

Afuera, los gallos cantaban, y la tinaja destacábase apenas, por la luz del rescoldo.

—A ver . . . que nadie sepa . . . ¡Ya!

Y la movieron. Y una suave claridad irradió entre el muro y el dorso del cántaro.

* * *

Los “rangos” se alejan de la gran puerta de la escuela, largos y rectilíneos. Un Hermano se para en cada esquina del edificio y los vigila y ordena. El rango del Chorro, toma la derecha y sigue hacia el barrio lejano, más corto en cada cuadra, hasta que, “frente a la Botica”, se rompe en grupos aislados. Diego

se alejó, solo; pero no bien avanzó unos pasos se detuvo.

—¿Y ahora? ¿cómo te pego? —le decía en la esquina, El Oso al hijo de la hierbatera—. Si te toco —añadía— me seguirá tu enfermedad . . . ¡Leproso! Pero sacó una piola del bolsillo e hizo con ella un molinete en el aire. Trató de huir la víctima; mas, la piola, silbando, se le enredó en las sangrantes pantorillas. De repente. El Oso se demudó y trató, a su vez, de huir: ya Diego lo arrinconaba, golpeándolo en el hombro.

—¡Qué gracia! —dijo el otro, protegiéndose el rostro— tú con zapatos . . .

—No te he pateado, —repuso Diego.

Y quitándole la piola, lo azotó con ella.

El Oso lloró a gritos y Diego lo dejó, acercándose al otro. Vamos, —le dijo— avísame si te pega otra vez.

El Oso dejó de llorar: miraba atentamente hacia la otra esquina.

—Oye —le decía en tanto el hijo de la hierbatera a Diego— vos que eres tan bueno, puedes hasta decirme leproso . . . pero, no seas malo: dame un pedazo de la tinaja.

No supo qué responderle. El rostro del niño estaba aún lleno de lágrimas, y le sonreía.

—Mañana —dijo por fin Diego— te llevaré a la escuela una cosa que no hayas visto nunca.

—¿Qué cosa?

—Yo sabré. Y ahora —añadió, dejándolo plantado— tengo que irme . . .

Y echó a correr, calle arriba.

La María grande tejía en la esquina. Diego pensó: si me ve subo; si no, entro. Y, como no lo vieron ni ella

ni las otras tejedoras, corrió a su cuarto, sin pensar siquiera en bajar donde sus padres para saludarlos. —¿Y el libro?— se preguntó, no viéndolo sobre las cobijas. Revolvió el lecho, agitado.

Iba a salir, cuando vio a su pequeña hermana, detrás de las cortinas.

—¿Qué haces? —le dijo.

—Sólo estaba viéndole —contestó la niña, y avanzó con el libro.

—¡Ah . . . Bueno! Me asusté . . . ¿Te gusta? Ahora llego a los molinos de viento. Vamos.

Y se fueron al patio, en cuyos pretilos se sentaron.

—No leo todavía —dijo Diego— pero aquí está la estampa. Y abrió el libro sobre sus rodillas. Se iluminó el rostro de la niña, ante el cuadro: el noble caballero arremetía, lanza en ristre, y los molinos lo esperaban, girando. Sancho —¡Desesperado!— levantaba los brazos.

—Leamos . . .

—Tienes que crecer todavía —dijo Diego— ya te lo explicaré. Será mejor que me dejes solo.

—Tú lee y yo sigo viendo la estampa —propuso la niña.

Así lo hicieron.

“En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo” . . . “¿Qué gigantes?” —dijo Sancho Panza—. “Aquellos que allí ves —respondió su amo— de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas” . . . “non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete”.

—No te muevas —rogó Diego a la niña— y se sentó mejor, nervioso.

“Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse”.

—¡La tinaja! ¡La tinaja! ¡Muéstranos!

Diego dio un salto y la niña miró hacia la puerta, sorprendida: un grupo de muchachos, atestaba el zaguán y saltaba, gritando:

—¡Muestranós la tinaja! ¡Muestranós! ...

“El Oso” estaba entre ellos.

—¡Cállense! —exclamó Diego, y corrió a contenerlos con el libro mal cerrado bajo el brazo. ¡No griten; —les rogó— no griten! —Y procuró sacarlos, mientras miraba, aterrado, hacia el último patio donde estaban sus padres—. ¡Vamos! —añadió—. ¡Tomen! ¿Han visto esto? ...

Saltó a la calle y abrió el libro, a todo sol, ante los ojos de los otros.

—¿Qué tinaja? —seguía diciéndoles—. Miren: esto es para darles a ustedes ... Váyanse ... ¡Les regalo!

Los muchachos lo rodearon.

—¿Nos regalas?

Y uno de ellos le arrebató el libro.

—¡Cuidado! —exclamó Diego—. ¡No así, despacio! ... Digo que les presto ... pero váyanse! ...

¡Llévense! ...

Les empujaba al mismo tiempo, alejándolos de la puerta.

La niña, asombrada, los veía desde el patio.

—Bueno, —dijo el que tenía el libro— te lo devolveremos ...

Y se fueron. Pudo ver Diego todavía, cómo, en la esquina, la mano del que tenía el tesoro, se extendía hacia las de los otros, con una de las estampas . . . y regresaba al libro.

* * *

“Casi todo estaba arreglado”: los gritos no habían llegado hasta el subterráneo. La pequeña hermana prometió callarse, y Diego había logrado dominar el vehemente deseo de llorar a gritos que le oprimió la garganta más de una hora. Lo había conseguido, repitiéndose: “No les oyeron”. “No les oyeron”, y pensando en que al día siguiente le devolverían el libro. Las estampas —se había dicho— puedo ponerlas donde estaban, con un poco de goma. En cuanto al proyecto de examinar la tinaja esa misma noche, ya no era posible ni pensar en ello: “Ahora, como van las cosas, es sumamente delicado” . . . Pero, en cambio, otros asuntos “importantísimos” habían de por medio y eran: ¿Qué fin tuvo el noble caballero después de la pelea? ¿Cómo se portaron los gigantes? ¿Quién ganó la batalla? Durante la comida había estado a punto de preguntárselo a su padre, y sólo el temor de que éste lo remitiese al libro lo había contenido. ¿Qué hacer, pues? De rato en rato, se ponía de pie, daba algunos pasos hacia la india, y luego volvía a su banquillo, junto a la tinaja. La anciana alimentaba el fuego, en silencio.

—¿En qué piensa? —le dijo, por fin.

—Espera: tengo que contarte una cosa estupenda del libro . . . de Don Quijote. No me digas nada hasta después de un minuto . . . ¡Pero nada!

Y se paseaba.

¿Huyeron los gigantes? —se decía—. No. ¿Sancho se le colgó del brazo al caballero y logró contenerlo? ¡Imposible!

La india hizo un gesto de impaciencia.

—Ya, ya —comenzó Diego—. Y entonces ... el caballero era muy valiente ...

—Eso ya me dijo.

—Bueno ... Entonces, él y Sancho caminaban cuando vieron unos molinos de viento. ¡Los gigantes! —dijo Don Quijote—. ¿Qué gigantes? —le contestó Sancho. Pero Sancho era tontito. El caballero preparó la lanza ... y, de repente, con el viento, los gigantes se pusieron furiosos ... Don Quijote le pegó un latigazo a Rocinante ... y atacó. Entonces ...

—¿Y entonces?

—Espera ...

Y, como no encontraba un desenlace, alargaba el camino:

—Rocinante —dijo— galopaba, y el camino se hacía interminable y no llegaba nunca ... Y siempre la misma distancia entre el caballero y los gigantes ... No llegaba ... Y los molinos se iban, se iban ... Como si estuvieran parados en un puente! ... ¿Comprendes?

La india movió la cabeza, negativamente.

—Se iban, pues, se iban —siguió Diego— y el caballero estaba ya muy cansado ... y de repente ...

—¿...?

—Es que Rocinante era flaquito ... ¿Comprendes? —dijo, por fin, derrotado.

—¡No vale el cuento, no sabe nada! —concluyó la

india. Y, mirándolo fijamente, preguntó: —¿Qué le sucede?

—¡Soy un criminal! —gritó el niño, sin poder ya contenerse—. Toda la escuela sabe que destilamos... Les di el libro para que no avisen... ¡Conté todo!... ¡Y perdí mi libro!...

Y, abrazado a la india, lloró amarga, inconteniblemente.

IV

EL NIÑO QUE SIGUE

El hermano de la "Séptima" era un alemán enorme, de cráneo cuadrado, con protuberancias. Los niños —sus corazones habían soportado demasiados reglazos— temblaban cuando enrojecía. Ahora...

—¡La gota de agua! —gritó el gigante—. Ya les dije: sólo me falta una gota!

No volaba una mosca en la clase.

—¡A ver! —siguió.

Y dio tremendo reglazo sobre las pajaritas de papel que llenaban su pupitre. Pajaritas y niños saltaron con el golpe, y éstos esperaron, pendientes de los enormes labios rubios. Pero el Hermano se rió y alzó la tapa del pupitre.

—Ahora no habrá reglazos —dijo— sino esto; mucho tiempo ya que no lo hacemos. Los reglazos son para el cuerpo y esto para el alma: deben acostumbrarse a tener vergüenza.

Y examinaba, al decirlo, dos raros cubos de cartón, con agujeros en el centro. Los niños sabían de qué se trataba, y respiraron. Alguno hasta se rió, pero todos volvieron a la actitud anterior cuando el profesor frunció el ceño, exclamando, mientras blandía otra vez la regla:

—Lo de la gota de agua, sigue... ¡Cuidado, pues!

A ver, Zamora, ¿qué hizo Dios en el séptimo día?

—Descansó —contestó el chico, poniéndose de pie.

—Bien... López... ¿y en el quinto?

—Las estrellas —contestó el niño.

—¡La gota! —exclamó el profesor—. Cayó...
¡Venga!

El chico se acercó con la mano extendida, rabioso.

—¿Cómo? —dijo el gigante, sorprendido—. ¿No hay miedo? A ver...

Y descargó la regla. Pero el niño soportó el castigo, mirándolo. Tanto, que, turbado, el gigante tomó uno de los cubos y le cubrió la cabeza hasta los hombros. Los ojos del niño, fijos todavía, brillaron en los agujeros.

—¡Ciego! —dijo entonces el Hermano, e hizo girar el cubo, enviando los dos agujeros a la nuca.

—A la pared... ¡Sin ver nada! —añadió.

Pero la voz del chico, aunque opacada por el cubo, llenó toda la clase:

—¡Le avisaré a mi papá —decía.

—¡A la pared!

Y fingió no haberle oído, dirigiéndose a los otros niños, que lo miraban, emocionadísimos.

—Falta uno —dijo, levantando el cubo restante—.

Las máscaras son dos... A ver ¿qué otro se equivoca? Necesitamos otro. A ver... el niño que sigue...
¡El niño que sigue!

Se levantó Juan Dumí, pequeño indio de cabeza rapada.

—¿Cómo subió Nuestro Señor a los cielos? —le preguntó la fiera.

Juanito sonrió, pues creía saber la respuesta, y dijo:

—¡Volando, Hermanito!

—¿Tenía alas, acaso?...

—No . . . sino que así, así . . .

Y no podía explicarse.

—¡Yo digo, Hermanito! —exclamó un chico del otro extremo de la clase, levantando el índice.

—Diga . . .

—Subió como un globo —gritó el chico—. ¡Sin mover nada!

—¡Muy bien! —Y el gigante sonrió—. No se puede decir —añadió luego, dirigiéndose al cocolo— que usted no ha sabido, sino que no pudo expresarse... Vamos, le haremos otra pregunta . . . ¡Cuidado!: ¿Qué hizo Dios en el cuarto día?

El niño titubeó.

—El agua . . . y las plantitas —exclamó por fin.

—A ver, a ver —dijo el gigante—. Conque las plantitas . . . ¿no? Y puso las palmas de las manos sobre el pupitre, listo a incorporarse—. Las plantitas . . . ¿y qué más?

—Todos los arbolitos . . . eucaliptos . . . piñas . . .

El Hermano se puso de pie, mas —otra vez los niños respiraron— no estaba rojo.

—¡Luminarias! —dijo—. Luminarias, como contes-
tó el otro condenado . . . ¡Acérquese!

El niño obedeció.

—¡Mano!

El niño extendió la mano abierta.

—No, no . . . no llores, sólo unita . . . para que veas chispas y te acuerdes siempre: luminarias . . . cuarto día. . . Luminarias! —Y la regla hendió el aire sobre la pequeña mano—. Y ahora esto —siguió el Hermano, y cubrió la cabeza del niño con el cubo, cuidando de que los ojos asomaran por los agujeros. Lo lleva-

rán de paseo —dijo todavía— el primero de la clase y el que contestó lo del globo.

¡Vengan!

Los dos escogidos avanzaron.

—Y ¿al otro? —preguntó el del globo—. ¿No le llevamos?

—No... —se turbó al decirlo—. El seguirá contra la pared... ¡Ciego!

Hubo un ligero murmullo, casi imperceptible, en las bancas, pues el otro castigado era pariente del Gobernador. En tanto, los dos muchachos apresaron a la víctima y la llevaron fuera de la sala de clase.



Este castigo consistía en enmascarar a los castigados y conducirlos de clase en clase para que sufran doble escarnio: primeramente, enmascarados, conjaturas hirientes en su torno; y, luego, decubiertos, "cachos", o sea rueda de índices acusadores, junto al rostro —a veces lo punzaban— entre tremendas rechiflas.

El del globo tocó con los nudillos la puerta de la Quinta de María. Salió un alumno, y, al ver a los visitantes, exclamó radiante:

—¡Entren!... ¡Hermanito, un cachudo!

Salió el profesor que era un pequeño Hermano picado de viruelas.

—Ya le he advertido al Hermano de ustedes —dijo— que yo no consiento esto en mi clase... ¡Váyanse!

Y cerró la puerta. Afuera, los tres pudieron oír la protesta de los alumnos, y aguardaron, preso el uno,

llorando todavía, y los dos, esperanzados. Sólo cuando oyeron adentro un reglazo que acabó con el tumulto, siguieron caminando.

—Entonces —dijo el primero de la clase—. Vamos a la Quinta del Niño Jesús.

Y golpearon la puerta vecina.

Aquí sí, fueron recibidos con loco entusiasmo.

—Cédale el puesto por ahora... —ordenó el Hermano, dirigiéndose a un diablillo "encajonado" y con los brazos en alto, mientras toda la clase iniciaba la burla, colocando a la víctima sobre el cajón que, no bien habló el Hermano, ya estuvo vacante.

—¿Quién será?

—Es cholo, ¿no le ven las patas?

—Y cocolo, debe ser cocolo.

—Sólo cocolos vienen.

Juan los miraba, atónito, por los agujeros de la máscara, y ladeaba la cabeza —se le veían los párpados entonces— cuando los dedos se le acercaban demasiado.

—Espérense —dijo el Hermano—. En orden, poco a poco—. Y se cuadró delante de la víctima.

—¡Qué vergüenza! —exclamó luego, llevándose las manos a las mejillas.

La cabeza de Juan Dumí comenzó a inclinarse.

—¡Qué vergüenza! —siguió diciendo el Hermano, y se cubría más aún el rostro.

Ya el bonete estaba casi horizontal, sobre la cabeza del niño, más y más agobiada.

—¡Qué vergüenza! —Y de repente, el cubo voló lejos, golpeado por un chico que no pudo contenerse, dejando el rostro descubierto.

—¡Cocolo, mongolo!

—¡Cocolo, mongolo!

Sólo el último Argudo no se movió al verlo, y lo miraba, perplejo, de pies a cabeza, como dudando:

¿Es él? —pensaba—. En la hacienda tenía trenzas y poncho y se fue en el río crecido . . . Mi hermano se enfermó esa noche por buscarle . . . Sí, le llevó el río...

—¡Ladrón! —gritó, al fin, pues Juan había vuelto la cabeza, y, al mirarlo, se había demudado.

—¡Ladrón! —volvió a gritar el pelirrojo, ya seguro—. ¡No te has ido en el río!

Todos se callaron.

—¿Cómo es eso? —preguntó el Hermano, rompiendo el silencio. Y el ex-patrón, precipitadamente:

—¡Hermanito! . . . Se ha robado . . . Es decir, el indio, el padre, nos lo vendió en la hacienda, para sirviente . . . ¡Niégalo! . . . ¡Cójanlo!

Juan trataba de huir en ese instante.

—Y una noche —siguió el pelirrojo, mientras lo contenía también él —se fue en la creciente . . . ¡Y no se ha ido!

V

LIBERACION

El noble caballero acompañó hasta la puerta a los incas. Los tocaba levemente con el canto de la lanza y los despedía. A algunos les daba también una palmada en las espaldas. Las puertas se cerraron, y el cuarto quedó lleno de libros prohibidos. Sus lomos despidieron una luz tan brillante, que Diego se despertó. Trató de dormirse otra vez, para seguir soñando, pero la realidad —¡“Diego . . . la escuela!”— fue más fuerte. Y la luz rompía lanzas en la ventana. Casi sin ver aún, el niño extendió el brazo hacia una plancha de acero. La retiró, y asomó debajo de ella un diccionario. Lo quitó también, y allí estaba Don Quijote. Incorporándose, Diego tomó el volumen entre sus manos, y lo examinó por fuera: sus pastas estaban ligeramente dañadas en las puntas. Eso no importaba. Lo abrió. Bueno, la tercera estampa —una de las rotas— estaba bien: no se notaba que había estado desprendida. Sólo cuando el niño abrió mucho el libro y conectó la soldadura a un rayo de sol, la goma brilló ligeramente. Moviendo la cabeza, volteó algunas páginas más, y, entonces, un gesto de contrariedad asomó en su rostro: así como la luz se quebraba en la vidriera, la lanza del caballero iba hasta media estampa, recta, y allí se astillaba en la tosca juntura. En vano Diego quiso remediarlo: la goma estaba seca. A partir de la lanza, la grieta atravesaba un claro de bosque, rozaba levemente un hombro de Sancho, sin herirlo, y se salía del cuadro, descabezando a tres ga-

leotes. ¡Pero el caballero está intacto! —se consoló Diego. Y no cesaba de mirarlo mientras se vestía.

.

Media hora después se acercaba a la escuela, muy de prisa, no por temor a atrasarse, pues era muy temprano, sino por recibir cuanto antes, y en la calle, los libros prohibidos, “dos por lo menos, prohibidísimos”, que había quedado en llevarle su amigo. En la calle, claro, ¿cómo no lo pensó antes? ¿Cómo iba este chico a entrar al patio con semejantes libros? Había que detenerlo.

Junto a la escuela. —¡Qué grandes eran las puertas cerradas!— sólo estaba el pequeño “Malanoche”, tiritando. Lo llamaban “Malanoche” porque lo habían vendido a un cantinero.

—¿Has visto al espantajo? —le preguntó Diego.
Malanoche parpadeó.

—¿Qué espantajo? —dijo luego, admirado.

—Visera . . . Con dos libros enormes. Si asoma, le dices que no entre . . . Yo corro a encontrarle.

Así lo hizo, muy arrepentido, eso sí, de haber nombrado siquiera “Espantajo”, pues, ayer no más, su amigo le había advertido: “Te cuento lo que pasa, pero si avisas en la escuela no te daré los libros”.

Soy muy hablador, muy hablador —decíase, mientras andaba, recordando una vez más la historia del espantajo, que venía a transparentar el misterio del huerto: el viejo de los libros odiaba a los pájaros porque se comían las coles. En cambio, adoraba a los gallos para los cuales las cuidaba. Por eso iba a leer entre los repollos. Los pájaros llegaban, y, al mirarlo, deteníanse

—en el aire— y retorcían su vuelo. Se quedaban luego en los tapiales, mirándolo, saltando, impacientísimos. Hasta les disparó un hermoso libro, cierto día, iracundo, mientras un acceso de asma le devoraba los últimos restos de paciencia. “Todavía está el libro en el techo, abierto, amarillando” —aseguró el chico. Pero como salían a la calle tanto éste como su amo, a su regreso, los repollos estaban en harapos.

—¡Un espantajo! —clamó entonces el viejo. Y poco después, una grotesca figura con traza de pordiosero, se alzaba en el huerto, con los brazos abiertos. Al comienzo los pájaros venían y se iban, sin posarse; pero no bien pasaron unos días fue de verlo: “Como si el mismo espantajo —ponderó un vecino— les arrojara alpiste” . . .

—¡Pareces espantajo! —le dijo un día el viejo al sirviente—. ¿Cómo rompes tanto la ropa? Voy a tener que comprarte un traje nuevo.

Y así lo hizo. Fue entonces cuando el chico asomó en la escuela con su enorme visera. Y al volver a la casa se detuvo en el zaguán, con la boca abierta: en pleno huerto estaba él —“parecía yo mismo”— con su ropa usada. El patrón lo miraba desde el cuarto vecino.

—¿Qué te sucede? —le preguntó, sonriente.

—Igualito a mí . . . —respondió el chico, alargando el índice.

—¡Claro! —siguió el viejo, entusiasmado—. ¿No es cierto?

Y se acercaron ambos al nuevo espantajo: era una obra maestra.

—¡Si hasta tiene ese olor tuyo a lora! —decía el solterón, rejuvenecido, mientras los pájaros huían—.

¡Cuernos! Y le has de prestar también tu visera y tu ropa nueva, —acabó por ordenarle— pero no todavía, sino cuando ya se te parezca . . . cuando las rodilleras estén grandes.

Después de algunos días, ya cumplida la orden, vio al chico en el huerto, le pidió un vaso de agua, y comprobó, furioso, que le había ordenado al espantajo . . .

—¡Me vas a matar! ¡Me vas a matar! —exclamó no obstante, aturdido, entre un violento acceso de asma.

“Otras veces —contaba el chico— cuando estoy descansando en la huerta, cree que soy el espantajo, y no me ordena nada . . . Yo me revuelvo, entonces, y le quedo viendo, y él grita: “Vas a matarme!” —Y se jala los pelos de las iras . . .”

Pero en cambio, las coles, que el dueño las llamaba pavos, “mis pavos de vidrio”, amanecían esponjadas, intactas, con gruesas gotas de rocío, como de mercurio, en su seno.

Y ahora el Espantajo no aparecía. Más bien el profesor hombre asomó en la esquina, y Diego intentó ocultarse, pero pasó el sujeto sin mirarlo, —era miope— restregándose las manos por el frío. ¡Qué raro! —se dijo Diego. Parece hijo del viejo de los libros ¿Serían éstos verdaderamente prohibidos? ¿Cómo una persona parecida al profesor hombre —y este era casi sacristán— podía atreverse? . . . Además, tomaba bicarbonato y era enemigo de los pájaros . . . Eso sí, cierto día —el Espantajo lo aseguraba— cuando una viejecita le amenazó con el infierno, él se rió “hasta cogerse la barriga”.

Diego vio la Cruz del Vado y recordó lo de los muros ardientes. Sabía ya ahora que eran los de las panaderías. Puso sobre uno de ellos ambas manos y miró por la puerta: una mujer estaba junto al horno con su hijo a las espaldas y cuando se acercaba a las brasas, el niño, semidesnudo, se iluminaba. Una gran mesa llena de dorados panes ocupaba casi todo el resto del cuarto. ¡Qué bueno un pan caliente —pensó Diego. Pero no tenía dinero y para ver otro horno pasó a la otra acera. En media calle tropezó con el pie derecho y antes de seguir adelante, tropezó adrede, con el izquierdo. Cosas semejantes las hacía a menudo en ciertas épocas y hasta cuando el Hermano le tiraba de una oreja, él, en secreto, se jalaba la otra, y procediendo así se quedaba tranquilo, con una agradable sensación de equilibrio. De otra manera, habría tenido que cojear —pensaba— sin serle indispensable, o andar con la cabeza ladeada, pudiendo mantenerla recta.

Tropezó, pues, adrede y se quedó muy contento.

Alguna duda tuvo acerca de la igualdad de los tropezos, pero, por esta vez, lo pasó por alto. Se olvidó también del otro horno. Necesitaba paz, paz, "sobre todo ahora que voy a ver los libros". Y pronto se encontró ante la casa de éstos. Miró por la cerradura: adentro estaba el viejo . . . ¡pero no leía! Tenía un gallo bajo el brazo, y con una navaja le afilaba las espuelas, ¡tan cuidadosamente!, con los labios en punta, soplando, soplando. Luego miraba al cielo —propiamente miraba con el tacto— puesta la yema del dedo en la punta de la espuela. El gallo no se movía. El viejo dejó a un lado la navaja y con la diestra gozosa-

mente abierta bajo el cuerpo del gallo, lo sopesó, feliz, y lo dejó caer al fin, limpiamente. El gallo le bajó el ala. Entusiasmado su amo, entonces, dio un salto tan ridículo, que Diego concluyó: ¡Imposible! ¡No son, no pueden ser prohibidos esos libros! . . .

* * *

Ya en el patio, Diego buscó al Espantajo, inútilmente. Habrá faltado —pensó— de vergüenza. En ese momento el desayuno estaba en auge. Largas hileras de niños, descalzos los más, con sendos jarros de lata pasaban ante el profesor hombre, que les entregaba un pan, y más allá se detenían junto a un Hermano. Este hundía un cucharón en la paila de leche y lo vaciaba en los jarros.

—Tengan con ambas manos —decía—. ¡Otro!

Y los chicos pasaban, dando en el primer paso el primer sorbo.

Grupos de compañeros los miraban, unos en silencio, tragándose saliva; otros —los ahitos— siguiendo con sus burlas los detalles del acto:

—¡Ya coge! ¡Ya coge!

—¡Ya se atora! ¡Ya se atora!

—¡El leproso!

—Hermanito . . . Debe darle un jarro especial a este chico, puede seguirles la enfermedad a los otros... El Hermano rió, y miró las piernas del hijo de la hierbatera, que enrojeció sobre su jarro de leche, como un ratoncito.

—¡Colorea!

—¡Colorea!

Por fin el niño dejó el jarro en su sitio y desapareció en el torbellino del patio. Corría en busca de Diego, y, al hallarle, se detuvo.

—¡Diego!

Luego, le habló al oído. Movía los brazos al hacerlo, como tratando de convencerlo.

—¡Muy bien! ¿Ahora mismo? —dijo Diego.

—Si quieres . . . Pero que vea también el Hermano . . .

Y ambos se llegaron al corredor del desayuno.

—¿Green —dijo Diego, poniéndose ante el grupo— que mi amigo es leproso?

—Creemos.

—Ya les he dicho —repuso entonces— que el frío le parte las piernas, ¿entienden? Corta hierba, de mañana . . .

La víctima callaba, confiando tácitamente su defensa al amigo, muy contento.

—¡Vean bien! —siguió Diego, y miraba al Hermano de reojo—. Le toco la oreja. ¿Y qué me pasa?

Y ante el asombro de todos, oprimió entre las yemas de sus dedos el encarnado lóbulo del chico.

—¿Y qué me ha pasado? —insistió después, poniendo su pequeña mano ante los ojos de los compañeros.

—¡Tócale la otra! —dijo alguno.

Y Diego oprimió la otra oreja, que el dueño le presentó, solícito, bajando la cabeza.

Pero no se dio por satisfecho el exigente, y añadió, de pronto:

—Ahora . . . ¡tócale las piernas, si eres hombre!

* * *

Llegó la hora del recreo y el enorme patio revivió con renovado ímpetu. Quienes no jugaban se aislaban en pequeños grupos y cuando los que lo hacían se cansaban, llegaban y asentaban los brazos en los hombros de los compañeros, como si se posasen.

—¿Y tu papá qué es?

—Se fue a lavar oro.

—¿Y el tuyo?

—Compra oro, que es mucho más, y se pone el lápiz tras la oreja. Tiene unas balancitas.

—Para eso el mío regaló un reloj de oro para la Coronación de la Virgen.

.

—El Torres le puso tierra en el desayuno a un chiquito. Le dijo: “toma con azuquitar”. Y le puso...

—Este chico —exclamó otro, apresando a un pequeño cocolo que pasaba— le ha conocido al profesor hombre en el campo.

—¿Cierto? —preguntaron todos.

El niño movió la cabeza afirmativamente. Luego dijo: —Era de mi escuela. Mi taita le regaló una oveja para que no me pegue...

—¡Vamos a preguntarle!

.

—Ha entrado a la escuela otro negrito. ¡Vamos a verle!

.

El Pajarero llegó jadeando, con el "Niño que sigue".

—¿Quién es? —le preguntó Diego.

—Mi primo. El Emulsión le ha estado pegando.

—¿Es de la tierra de las tinajas?

—De más abajito. Tiene suerte: las patronas hacen quesadillas.

El niño desapareció.

—¿Qué se hizo? —se preguntaron ambos, a tiempo que el pelirrojo les ponía las manos en los hombros y le decía a Diego:

—¿Supiste?: Hi hermano mayor se va al Oriente, y puede ser que me lleve.

—¡Dichoso! ¿Cómo?

—Todos los indios de la hacienda —explicó el pequeño Argudo— se han ido al Oriente. Y todos nos deben miles. Y ahora tienen que pagarnos... Tienen oro. Se va con veinte hombres del pueblo... y con cientos de indios que allá tienen que ayudarles... Van a sacar un mundo.

—¿Y te lleva?

—Casi seguro...

El Pajarero intervino:

—¿Y la hacienda?

—¿Qué hacienda? —contestó el pelirrojo—. Era muy fea... Le vamos a regalar al señor Oñate. Y corrió hacia otro grupo. Diego estaba perplejo.

—¿Oiste? —le dijo al Pajarero—. ¿Y les regalarán también la tierra de las tinajas?...

Pero les llamó la atención un grupo que venía hacia ellos, discutiendo animadamente.

—¡Eso no es milagro! —decía el hijo del Jefe de Zona.

Y el de una tejedora:

—¿Qué más quieres? Y allí está Diego: podemos preguntarle.

Y lo rodearon.

—¿Es o no cierto —empezó diciendo el del barrio— que la María chica está tejiendo el sombrero de la Virgen?

—Cierto —contestó Diego.

—¿Y que el hijo tiene un ángel?

—... Cierto ...

—¿Y que el desayuno —siguió el chico, sin dejarlo continuar— es un milagro de la mama? ...

Todos miraban al interrogado, pendientes de sus labios, pero el hijo del Jefe de Zona pretendió deslumbrarlos antes:

—En Quito —aseguró— la Virgen llora a cada rato: ... ¡Eso es milagro! Yo, que soy de allí, he visto ... En Cuenca no hay nada. En Quito hay miles de autos y hasta temblores.

—¿Temblores? ... Para eso aquí tenemos ... tenemos ... ¡paisajes! —repuso el hijo de la tejedora.

—Y la Catedral nueva —ayudó otro—. ¡Y tanto río!

Y un pequeño rubio, de largos bucles y pantalones muy planchados, adelantándose:

—En mi casa cayó un pedazo de tumbado, —dijo— en mi casa también hay temblores.

* * *

Malanoche, que estaba en clase, y miraba la calle a hurtadillas, levantó el brazo y dijo:

—Hermanito . . . permiso.

Se lo dio el maestro, y el chico salió de la clase y corrió hacia la de Diego que era vecina de la suya. Se han ido —pensó con la oreja pegada a la puerta. La clase estaba vacía. Pero los vio salir de la capilla en larga hilera y esperó junto a un pilar. Luego ingresó a la fila.

—¿A dónde se van?

A San Alfonso, a confesarnos; aquí el Capellán está con muchos chicos —le contestó Diego.

—Oye . . . Le ví por la ventana . . . El Espantajo está esperándote.

—¿Con los libros?

—No me fijé, pero está con un gallo. Está espiando por la raja de la puerta. Parece apuradísimo.

—Gracias . . . Pero no digas nada, cuidado . . .

—¡Silencio! —gritó el Hermano con voz ronca.

Malanoche se esfumó, y Diego, muy pálido, bajó las escaleras con los de la fila. Seguramente —pensaba— el Hermano va a ver los libros prohibidos y más cuando vamos a confesarnos . . .

El rango desfiló hacia la calle, y Diego pudo ver cómo el Espantajo desaparecía a todo correr detrás de la esquina. No se ha ido —pensó después, con alegría, porque el gallo cantó y al hacerlo, su hermoso cuello asomó en el filo de la esquina. También el Espantajo sacó la cabeza y seguro ya de que no eran los chicos de su clase, los siguió, resueltamente. El templo queda cerca de la escuela y Diego entró a él por una puerta y salió por otra. En la esquina estaba su amigo.

—¿Y los libros? —le preguntó Diego.

—No pude. Tuve que faltar porque estoy llevando tres gallos a la gallería, de uno en uno.

—¡Pero siquiera uno!

—¿Y cómo con el gallo en los brazos? Y mi patrón...

—Ni digas, —le interrumpió Diego —no creo ya que sean prohibidos, tu patrón no es capaz...

—¿No es? Bueno, cierto, ¿te digo la verdad?:...

El es un huevón, pero los libros no son de él sino de un estudiante... Están solamente encargados.

—¿Cómo es el estudiante?

—¡Estupendo!... Está ahora al fin del mundo. Se fue navegando en un barco.

—¡Al fin del mundo! No creo... —exclamó Diego. Pero ya los ojos le brillaban.

El Espantajo ató el gallo en el poste de la luz y se aflojó los pantalones.

—Te traigo —dijo luego, levantándose la falda de la camisa, lo que pude: los retratos de los que han hecho los libros; pero, eso sí, los más prohibidos, sobre todo el uno...

—¿Cuál?

—Este... Le arranqué de un libro espantoso, lleno de diablos.

Diego se apoderó de ambos retratos y los miró con avidez, y vio escrito DANTE en el uno, con letras de fuego, y en el otro, VICTOR HUGO.

—¡Este! ¡Este! —insistió el Espantajo—. ¡Dante! El otro... Creo, ... me parece. —Y miraba el retrato, dudando.

Como si esperase el fallo, Hugo los miraba, muy

solemne, blanca y total la barba y los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Qué viejo! —siguió el Espantajo—. ¿No será más bien el que prohibió los libros? Fíjate . . . esa cara.

Pero toda la atención de Diego estaba en Dante.

El otro se calló también.

—¿Será mujer u hombre? —dijo al fin—. La cara es de hombre, pero la manta . . . usa manta . . . ¿A quién preguntaremos?

—¡Imposible! . . . Y ahora, ¿cómo me confieso?

—Yo te traje —se disculpó el Espantajo— porque tú mismo me pediste . . . Y ya me voy, no respondo...

Y, en efecto, recogió al gallo y se alejó, al parecer, despreocupado, pues silbaba; pero no bien vio un zaguán, entró en él de un salto, miró al cielo, puso en su rostro cuanto arrepentimiento pudo y se golpeó con tanta fuerza el pecho que el gallo, asustado, levantó la cabeza.

El templo estaba claro y tranquilo. Los niños susurraban en la nave central. Sólo de cuando en cuando se quebraba el silencio y pálidas beatas aclarábanse al pie de los vitrales.

—¿Qué me hago? —pensaba Diego. No se resolvía a romper los retratos, antes bien —¡Qué libros habrá escrito Dante!— los oprimía bajo su camisa, contra el pecho. Algunos compañeros ya estaban pegados a los confesonarios y otros se preparaban. Un niño anémico recontaba en los dedos lentamente, con el rostro desencajado. ¡Irme! —se dijo Diego, y se llegó a un pilar. Una urna antigua había allí y dentro de ella una pequeña Virgen con su niño. —¡Qué hermosa era la madre! ¡Cuánta ternura había en su rostro! Y

el diminuto Niño le extendía a él los brazos como queriendo pasarse a los suyos. Diego estaba a punto de llorar cuando oyó pasos . . . Volvió el rostro y su corazón le clavó a la columna: Un religioso iracundo venía desde el fondo, con el niño anémico de la mano. Casi lo arrastraba. Le brillaban los ojos al pasar entre los cirios encendidos. Cruzaron junto a Diego sin mirarlo. Cerca de la puerta el sacerdote se detuvo y oprimiéndole el hombro al niño levantó el índice hacia el muro. Diego sabía qué había en ese sitio y no tuvo ánimo ni para escaparse. ¿Qué le esperaba a él si a ese pobre chico le pasaba eso? Los retratos crujían en su pecho, pinchándolo con sus vértices cuando se movía. Al fin, el confesor regresó, siempre con el niño de la mano y se internó en la penumbra, hacia el confesonario. Como lejanos, claros vidrios, se quebraban en el atrio los gritos de los niños que ya estaban afuera porque sólo habían pecado venialmente. Diego se deslizó hacia la puerta. No debo ver el cuadro —pensó, al pasar por donde el religioso levantó el índice; pero como si le tirasen de la oreja, alzó los ojos: era el infierno.

“Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate”

Demonios de altos cuernos removían las brasas. El niño los miraba y de rato en rato veía también el confesonario, pero la proximidad del atrio soleado le dio ánimo. De un salto estará afuera, libre —se dijo. Hasta llegó a preguntarse: ¿Qué nos pasará a los que vamos a leer libros prohibidos? Y buscó su pecado entre las llamas. También había en él cuadro, arriba una luz suave, y los penados que estaban cerca de ella la miraban, con los ojos en blanco. Otros, al fon-

do, ya no podían verla y se desgarraban, en vano, las entrañas, sin conseguir morirse. De pronto, Diego retrocedió, llevándose las manos a los retratos.

—¡El ya ha estado en el infierno! —se dijo.

En las alturas, sobre roca solitaria, sumido en mortal angustia, lívido, estaba Dante.

* * *

Frente al atrio los niños subían al tobogán y resbalaban, radiantes, con los brazos en alto.

Diego salió del templo y aunque por un instante el tobogán lo deslumbró, pasó de largo y sacó otra vez los retratos; otra vez, porque adentro había estado a punto de romperlos. ¿Cómo pensé siquiera en eso? —se decía ahora, y comparaba su Dante con el del infierno. Sí, era el mismo. ¡Qué valiente sería! En todo el infierno él era la única persona conocida. ¿Y el otro, Víctor Hugo? El no había sido castigado. Pero Diego lo miró cariñosamente. También tú... ¡muy valiente! —le dijo. Y le acarició la hermosa barba. Luego recordó que Dante no estaba solo. Cerca de él una divina “novia” intentaba salvarlo, toda blanca y liviana. Casi no necesitaba ella asentar sus pies desnudos en la roca para sostenerse... ¿Quién sería? ¡Oh! ¡Tenía que preguntar tantas cosas! Pero... ¿Cómo? por lo pronto ocultó los retratos al ver que iba acercándose a su barrio. En la puerta de los Argudo, Ernesto leía. Estaba muy pálido. Ya no es de ellos —pensó Diego— la tierra de las tinajas... ¿Y si le diera ahora un ataque? ¡Qué pálido!

Argudo volteó una hoja y lo miró. Diego pasó rápidamente, saludándolo, pero, de pronto, se detuvo:

—¿Quién fue Dante? —le preguntó.

—¡Dante! ... ¡Ah! ... El infierno ... —Y siguió:
... "Per mi si va nell eterno dolore,
per mi si va tra la perduta gente" ...

—¿...?

—Un genio ... Un genio ... El infierno ...

El niño movió la cabeza asombrado, y cuando iba a insistir, ya el epiléptico decía desde adentro:

—"**Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate!**"

Y desaparecía.

* * *

El foco de la calle iluminaba levemente los tejados.

Diego se incorporó en su lecho. ¿Qué hacer? Sus padres subirían muy tarde porque era noche de trabajo. Pegó el rostro a los vidrios. El patio quedaba en la penumbra, rayado de pilares. ¿No pasó alguien entre ellos? Y contuvo el aliento. Podía oír la respiración de sus hermanas en el lecho contiguo. ¿El cuarto estaba cerrado? Prendió la luz. Una de las niñas frunció el rubio ceño y volteó el rostro; la otra se movió también. ¿Las dejaría solas? Ahora la más pequeña estaba de lado y una de sus trenzas iba por la almohada hasta la mejilla de la otra. Esta parecía sentirla, a ratos, pues hacía ademán de levantar el brazo y ladeaba el rostro, frunciéndolo levemente. Diego puso la trenza sobre el costado de su dueña, y esperó. Ya estaban tranquilas, con las bocas entreabiertas. ¡Dichosas ellas! —pensó—. ¿Y si consigo que papá le mande a la india para que las cuide?... Nos cuidaría a todos ... Eso es ...

Se vistió, y como sus hermanas ya se estaban moviendo otra vez, apagó la luz. El patio estaba más claro ahora. Don Quijote. —lo había arrimado a la vidriera— se recortó en la luna. Diego salió y avanzó resueltamente al subterráneo. Era temprano relativamente. Cuando sus padres lo vieron protestaron, pero apenas, y pronto lo olvidaron. Conversaban ellos, sentada la madre y el hombre de pie junto al alambique, palpándolo de vez en cuando.

—Ya mismo —decía.

El licor iba a despuntar muy pronto. Ya estaba listo un jarrón al pie del caño. La india vigilaba el fuego. ¡Cómo pensar siquiera en llevarla!

Y el niño comenzó a moverse entre las tinajas.

—¡Bueno, a acostarse! —le ordenó el padre.

—... ¡Ahora no!

—¿Qué tienes? Algo te pasa a ti desde hace días... Dime, ¿qué te sucede?

—... Nada... ¿Qué culpa tuvo Dante? ... ¿Quién fue?

—... ¿Cómo?

El despuntar del alcohol vino a salvarlo. Volvióse el hombre con el ruido del chorro y en unión de las mujeres se dedicó a atenderlo.

—Una palabra más —se dijo Diego— y me mandarán arriba. No debí nombrarlo... ¿Y ahora? Se acurrucó junto a la tinaja y cerró los ojos. Así estuvo —fingía dormir profundamente— cuando después de un buen rato, ya a punto de dormirse en realidad, notó que hablaban de él —sin duda lo contemplaban al hacerlo— y extremó la comedia, respirando acompasadamente. De repente, se turbó.

¿Qué había dicho su padre? ¿Lo oyó bien?

El hombre, siguió:

—... Míralo ... ¿Y por qué no? ... Será un genio...

—¡Pobrecito!

Era la madre. La sentía detrás de los párpados.

—¡No! —gritó por fin— ... ¡No!

Y la abrazó.

—¡Despiértate! ¡Despiértate! —le decían, suponiéndolo en plena pesadilla.

—¡No es eso!

Pero ya su padre, en persona, lo llevaba —¡Qué muchacho!— y lo acostó, desvistiéndolo él mismo, y se volvió al subterráneo.

.

Cuando el reloj dio las doce el niño ya no lo oyó. Su lecho giraba, giraba, hacia un abra del muro.

En la brecha empezaba un tobogán como el del atrio, aunque enorme y lamido de llamas. Volcóse al fin el catre y Diego cayó al declive. Resbalaba cada vez más velozmente hasta que logró asirse de algo y se contuvo. Era un pequeño genio ya tocado por las llamas. En tanto, abajo, Dante ardía todo él, arrimado a su roca. Ya un demonio escalaba hacia Diego cuando una claridad nunca vista rayó, arriba, en la brecha del muro y fue creciendo, mientras se oían dos voces alternadas:

—Si eso hay —decía la una— renuncio desde hoy a la prometida ínsula.

Y la otra:

—A gran dicha tendré oh tímida criatura, que es-

tos mis pasos me lleven algún día hasta ese antró, donde alienta Lucifer, el jayán más injusto de que existe memoria, terror y azote de los niños y enemigo mortal de la esperanza y de los genios.

—¡Es aquí! —gritó Diego—. ¡Oh noble caballero! Y Don Quijote:

—¿Escuchaste, Sancho sordo, la voz del más desventurado de los niños?

—¡Dése prisa, señor! —clamó Diego.

Y por fin, Don Quijote asomó en las alturas. Un solo instante se detuvo, como para tomar aliento.

Luego, se encomendó a su dama, enristró la lanza, y se lanzó pendiente abajo.

—¡Respirad, Dante amigo! —iba diciendo—. Aquí llega el que acabará con vuestros pesares!

Los demonios retrocedían.

—¿Qué sucede? —exclamó Lucifer, que tendido de espaldas, con un tonel por almohada, le arrancaba tranquilamente las alas a otro chico lector—. ¿Qué sucede? —Y al mirar al caballero, arrojó lejos al niño y requiriendo un tridente, levantóse:

—¡Pronto! —ordenó—. ¡Ensillen mi monstruo!

Rocinante tembló, pero avanzaba velozmente, y sin mover las patas, resbalando, mientras el caballero exclamaba:

—¡Preparaos, preparaos, oh gente cruel y desproporcionada, que un solo bote de mi lanza apagará vuestro infierno!

Lucifer ya estaba sobre el dragón y avanzaba también, tridente en ristre.

Diego cerró los ojos y se tapó los oídos, pero el ruido fue tan fuerte y tan vivas las llamas que se al-

zaron con el choque, que todo lo oyó y lo vio también, porque la luz atravesó sus párpados. Largo tiempo estuvo ciego al abrirlos, pero oyendo, eso sí, el ruido de las armas y el jadeo de los contendores, hasta que otro grito de júbilo salió de su garganta: "¡Non fuyades! —había escuchado—. ¡Non fuyades cobardes y viles criaturas!"

El galope se fue apagando en las cavernas, y cuando Diego pudo ver, una luz de alba se filtraba por un gran muro desplomado. Hasta que otra vez los cascos resonaron y despuntó el caballero. De paso, con el canto de la lanza, tocó el muro de los Incas y la tinaja apareció entre las ruinas, pura y alta. ¡Intacta! Los genios venían con los brazos extendidos. El cortejo estaba listo y una música divina llenó el mundo al iniciarse el desfile. Truenos profundos —el rodar de los últimos toneles en los lejanos antros— reforzaban los bajos. Iba delante Don Quijote, a caballo, con la novia de Dante, a la española, en la dichosa grupa. A la izquierda, los genios... ¿Y Sancho?... El caballero volvió la cabeza y se detuvo.

—¡Sancho honrado! —dijo, al ver lo que éste hacía: de pie sobre una piedra ataba la tinaja sobre el lomo del asno. Saltó por fin y apresurado, se unió a la comitiva con su rucio. Sólo entonces se reinició la marcha. La tinaja iba de costado, atada —atada y libre— con la boca hacia el cielo. Diego lloraba de alegría. A lo lejos, una delgada columna de humo era cuanto quedaba del infierno, y hacia el Sur, el Pajare-ro, el hijo de la hierbatera, todos, revolaban.

Hasta El Oso tenía alas y cuando Malanoche parpadeaba se iba hasta las nubes.

—¡Los ángeles! —gritó Diego.

—Son sólo querubines —dijo Dante—. Los indios, en la cordillera.

Ahora la pradera era de lirios, pero el viento soplabá, volviéndola pajonal de la tierra de las tinajas.

Los indios respiraban ruidosamente, desnudas las pantorrillas, con huellas de tierra roja. Los Andes se empinaban, cerrando el paso de las nubes. Dante alzó la frente. Don Quijote preparó su lanza limpiándola de ceniza entre las crines de Rocinante.

—Esos que veis allá —dijo— señalando los cerros con la limpia punta— que acaban de mirarnos y ya tratan de ocultarse, y que parecen montañas por lo altos, son los latigueadores de indios.

—Sí, sí —repuso Diego— me lo dijo la María grande.

¿Usted la conoce? Ella me hizo el yelmo.

Y mostró un sombrero de paja toquilla a Don Quijote.

—Es legítimo —dijo el Caballero, examinándolo—. Has de saber —añadió— que en cuanto vuelva de la tierra de las tinajas pienso encargarle uno para Dulcinea.

—¡Ah! —exclamó Diego—. ¿Allá nos vamos?

Asintió Don Quijote y enristró su lanza. Diego no se atrevió a hablarle nuevamente, pero lo miraba.

Y, orgulloso, se agarró a su estribo.

VI

LOS COCOLOS

Un cocolo es más que un niño pobre; es un niño indio arremetido todo él —en alma y poncho y choza y trenzas— a tijeretazos.

Queda sólo un guiñapo humano de color de tierra y ojos huidizos, enredado en los más bajos menesteres. Queda y clama al cielo su figurilla aplastada, de desnudo cráneo, surcado casi siempre de grandes cicatrices. No será posible olvidarlo. Crecerá sobre sus verdugos una inmensa, desportillada bacinilla hasta las nubes.

.

En el patio estaban los enterrados para siempre y los que todavía tenían esperanza de ser rescatados:

—¿Y tus taitas?

—Se fueron porque las plantitas se secaron.

—Se fueron al oriente, a lavar oro.

—Van a venir cuando regresen las agüitas.

Y miraban el cielo de piedra.

—¿Y los tuyos?

—Yo no tengo taitas.

Algunos se mezclaban ya en los juegos de los niños ciudadanos, pero otros, los más, permanecían aislados, reuniéndose entre sí, como por instinto. En clase ocupaban las últimas bancas. Los esperanzados distraíanse. Estaban casi siempre por las nubes, repitiendo en su mente la oferta de sus padres: "Cuando

llueva, con la plata del oro, primerito he de ir a traerte y he de comprar yunta". Y, de repente, caían desde el aire como con una mosca en la boca:

—¡El niño que sigue! —había dicho el Hermano—. ¿Verbigracia?

—Verbo y gracia . . . —balbucía el infeliz, poniéndose de pie.

Y no venía el ejemplo.

—¿En qué piensas? —seguía entonces el gigante, acercándose—. Verbigracia, Grecia.

Y la regla caía sobre la pequeña cabeza rasurada:

—¡Verbigracia Roma!

No estaban, eso sí, entre los niños del desayuno gratuito y en esto eran más afortunados que los hijos de las tejedoras. Algunos hasta revivían:

—Ese está gordo: vive en una casa de cuatro pisos.

—También ese otro: los patrones son muy buenos y hacen quesadillas . . .

—Y no el pobre Malanoche, se duerme en clase por las malas noches: le han vendido a un cantinero.

—Ciempiés, ya se ha huido . . .

—El cabezón, pobrecito, está secándose.

Pero estos eran los esperanzados: sus padres sólo aguardaban la lluvia para rescatarlos. Verían otra vez crecer sus trenzas, y sus ponchos —chozas plegables— estaban guardados solamente y pronto realzarían sus endebles figurillas.

.

También había en el patio "cocolos especiales": eran los negritos. Hasta diciembre sólo hubo uno, el

criado del Jefe de Zona, que propiamente era mulato. Pero el que vino en enero era retinto:

—Y es cocolo . . . —dijo un chico al verlo.

—No, sino que a los negros no les crece el pelo.

—Bueno, por lo mismo: son cocolos. Sobre todo este . . .

Y desde ese día el nuevo negrito le robó todo el público al profesor hombre, que ahora pasaba casi desapercibido.

El del Jefe de Zona era feliz: usaba brillantes mamelucos rojos y estaba siempre alegre. En cambio, el nuevo, era descalzo, de rojizo, raído mameluco, y se acurrucaba como un animalillo cuando los chicos lo rodeaban. Sólo alguna vez, cuando los que lo molestaban eran muy pequeños, ahuecaba la voz y hacía: . . . ¡Oooooo!, con las manos en garra. Pero los chicos, lejos de asustarse, se reían. El se sorprendía: ¿Cómo estos no se asustan? —pensaba. Y es que en su barrio era el "coco". Los vecinos tocaban a la puerta de sus patronas, que eran beatas.

—¿Quién es? —decían éstas, desde adentro.

—Yo, niñas, —contestaba una doméstica, entrando— manda decir mi patronita que tenga su mercé, que presten al negro para hacerle callar a la guagua.

—Anda, anda —le decían entonces las beatas al negrito— y espántale de paso al chico de la comadre: hace rato mandó un recado . . . ¡Y no te tardes!

.

Los otros, los sin padres, de nada ni de nadie esperaban.

La escuela —como era— llegó a ser para Manuel Cuzco, uno de los huérfanos, su única alegría. Esperaba con ansia las horas de enseñanza y temblaba cuando a su compañero, el patroncito mimado y caprichoso, se le ocurría darse asueto, porque entonces también él faltaba, pues que sólo le enviaban para que cuide al niño. Las noches —de día no porque tenía que barrer la casa— se refugiaba en la cocina. Allí aprovechaba del foco a cuya luz una doméstica tejía sombreros y se engolfaba en un viejo silabario.

En cambio el pequeño cañamazo cada día se entusiasmaba menos por las clases. Las consecuencias no tardaron: una mañana, al salir de la escuela, hermosa medalla brillaba sobre el corazón de Cuzco, mientras, a su lado, el patroncito, muy vacío, refunfuñaba, roído por la envidia. Al llegar a la casa, el indiecito no cabía en sí de gusto. Subió él primero la escalera, como nunca, a saltos . . . Quería que lo viesen, que lo admirasen. Y oprimía la medalla contra el pecho, como con miedo de que volara. Era tan bella. Dorada, prendida a un lazo azul, azul de mar.

Al verlo, la patrona no pudo ahogar una exclamación de sorpresa:

—¡Qué milagro! —dijo—. ¿Y el amito?

—Abajo está, amita.

La mujer, convencida de que su hijo traería mejor premio, llegóse, emocionada, a la ventana.

En el patio, entre rimeros de sombreros de toquilla, estaba el chico, cabizbajo . . .

—Sube, hijito, sube; —le dijo la madre, comprendiendo— no importa . . . así son estos frailes . . . injustos . . . ¡Atrevidos!

Y, en seguida, dirigiéndose a Manuel:

—¡Longo medalludo! ¡Ve el que saca medalla! Quién sabe si no la has robado . . . ¡A barrer!

Manuel obedeció.

—¡Sin leva! ¡Sin leva! —añadió la patrona, deteniéndolo, como cuando quemó el poncho del niño.

Y señalando la medalla:

—¡Deja también eso! Buena albarda te han puesto . . . pero, ya voy a ver la casa sin una paja . . . ¡Esto no es robar medallas!

Todo aquel día el galardón del niño fue objeto de sangrientas burlas. Odio irresistible brotó en el alma de aquella gente baja al ver que un cocolo subía sobre el hijo de sus entrañas.

En otra vez que lo vieron llegar condecorado, ya no sólo se burlaron de él, sino que le dieron látigo; pues el patroncito, envalentonado con los prejuicios y sinrazones de la madre, decía: yo lo he visto: el Pajarero le compró la medalla a un amigo, con plata de los sombreros . . .

La mentira manifiesta era un pretexto para castigar al infeliz, pretextos que ocurrían a diario, con el de que era ocioso y sucio, el de que se caía el niño confiado a su cuidado, en fin . . . Un día le rompieron la cabeza: el señor Oñate entró a la casa diciendo que tenía que asistir a unos funerales y se dirigió al guardarropa, para calarse traje negro. Al tomar el vestido, lanzó una exclamación de furia: ni un solo botón había en todo el traje. Cogió la prenda arruinada y fue en busca de los chicos. A la puerta, tropezó con su hijo, quien, en ese preciso instante, jugaba con el cuerpo del delito.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó indicando las desgarraduras del chaquet.

El muchacho, con los botones en la mano, no tuvo qué decir y rompió en llanto.

Ese momento, pasaba Manuel, conduciendo un enorme cubo de orines. El hombre fue hacia él, siniestro.

—¡Otra vez harás esto!

—Pero si yo no he sido, amito.

—¡Indio! ¡Es que, para jugar contigo, el niño ha arrancado los botones!

Y descargó golpe salvaje.

Temblando, Manuel se incorporó apenas y al ver que el patrón no continuaba, volvió a levantar el trasto, y se alejó tambaleante, sin chistar, con el mudo llanto de su raza, mientras una lengua de sangre —germen de madre que todos llevamos en las venas— lamía su cuello y sus débiles hombros, desquiciados ahora por el peso del cubo.



Cuando el Hermano pasa al pizarrón, los niños se conectan, hablan.

—¿Y Diego?

—Ha faltado. Ayer no quiso confesarse . . .

—Al Oso le dieron en la confesión una penitencia terrible . . .

—¿Qué penitencia?

—Que le pida a la Virgen que le recoja en su seno...

Otra vez se callan. Los cocolos miran, inquietos, la ventana. La clase está oscura y los chicos apenas ven la cara del maestro sobre el blanco alzacuello.

Su mano deja una huella de letras en el encerado hasta el extremo derecho, y regresa. Los cocos siguen mirando la ventana. Uno de ellos se levanta al fin, da unos pasos hacia el Hermano, muy turbado, y cuando el maestro lo mira, él levanta el índice y señala las nubes.

—¡Va a llover! —dice.

Todos se ríen y el Hermano se llega a la vidriera.

—Cierto —dice luego— y no se ríen; o más bien dicho: ríanse. Ya no se morirán ahora.

Los chicos se levantan, autorizados por la actitud del maestro y se agrupan junto a las ventanas. Nubes oscuras giran sobre los tejados.

—Mi papá dijo que si no llueve nos va a tragar el patio de la escuela.

—Diría la tierra...

—Por eso: a nosotros el patio.

El Hermano dice:

—Ahora, recemos una Ave María... ¡A los puestos!

Y cuando va a comenzar la oración, la lluvia golpea las vidrieras.

—¡El granizo!

—Primero el Ave María.

Pero algunos granos cristalinos entran por los vidrios rotos y ruedan en el entablado.

—¡Nadie se mueva! —ordena el Hermano.

Los chicos rezan, en su sitio, mientras, en el suelo, en torno a cada granizo, pequeñas manchas de agua van creciendo. Malanoche extiende la una pierna, cauteloso —reza más alto cuando pisa en el helado

grano— y la recoge, crispado el pie desnudo. En tanto, afuera llueve copiosamente.

—¡Ya ha tocado la campana —avisa un chico —y no hemos oído!

.

Toda la escuela ve llover desde los corredores. El patio se vuelve oscuro, moteado de blanco y huele intensamente a tierra mojada. Ríos en miniatura comienzan a surcarlo y miles de dedos los señalan, desde los umbrales:

—Este desemboca en ese . . .

—Ya se lleva un puente . . .

—¡El Amazonas!

Está prohibido mojarse, pero a cada momento sale, radiante, algún muchacho, a la carrera, y vuelve con un puñado de granizo.

Los cocolos sonríen pensativos, unos, y otros levantan los brazos dando pequeños gritos.

—Miren . . . qué habladores los cocolos, como cuyes . . . —dice alguien—. ¿Por qué estarán tan alegres?

—¡Cójalos!

Y un muchacho alto cae sobre dos de ellos y corre bajo la lluvia, llevándolos de la mano. El granizo rebota en las redondas cabezas ante la risa de la escuela entera.

—¡Cocolo mongolo!

—¡Cocolo mongolo!

Suena la campana. Se forma un gran tumulto en los estrechos corredores y luego van hilándose los rangos. Casi todos los chicos llevan granizo en las

manos y la sangre, crecida, les sube hasta los rostros. Cuando la última hilera cruza por el corredor de arriba, una pelota atrancada en el tejado desde la sequía, cae y rebota hasta medio patio.

—Hermanito . . . ¡permiso!

—Ya es tarde —dice éste, riendo. Hacia la pelota, abajo, corre un chico.

El profesor hombre lo persigue.

* * *

La lluvia decae unos instantes, y otra vez arrecia. Rayos lejanos encienden a intervalos las vidrieras y hasta la última banca se ilumina.

Los cocos susurran como cántaros enfilados bajo la lluvia.

—¡Hay mucho distraído! —exclama el Hermano—. Y su voz derrumba chozas y espanta pajareros y pastores. ¡Esa última banca! . . . —sigue—. ¡Ya sé quién va a salir ahora de paseo, con bonete! Ya veo —y se pone de pie y mira hacia los corredores— ya veo que en las otras clases ha pasado lo mismo.

Por la ventana pasa, en efecto, un grupo bullicioso.

—Es el cabezón . . . ¡Sin bonete! —gritan los muchachos—. ¡Qué entre! ¡Que entre!

Pero el grupo pasa de largo.

—Paciencia —dice el Hermano— ya volverán, o vendrán otros: van a llover ahora los bonetudos. ¡Atiendan!

Casi no se le oye por el ruido de la lluvia y por la inquietud con que los chicos siguen los pasos de los de afuera.

—Ahora . . . atiendan: ¡Una lluvia en Quito! —grita el Hermano, tratando de atraerlos, y cuando lo consigue, habla atropelladamente, a gritos, dominando el ruido de las aguas: ¡Figúrense! —empieza—. Quién no ha visto eso no ha visto nada: . . .

“De Quito al cielo
y en el cielo un huequito
para ver a Quito” . . .

Tan quebrada es la ciudad y tan bella que un día . . . Yo era niño aún y pasaba un camino sobre el techo de mi casa . . . Y de repente. ¿Qué creen que me sucede? ¡Atiendan! De pronto, digo, escucho un ruido espantoso en el tumbado de mi cuarto. Luego . . . polvo y centellas . . . Luego . . . —hasta García Moreno habría temblado de pavora— ¡una yunta! Dos toros espantosos, en el aire, tirando una carreta! . . .

¿Atendieron?

—Sí, Hermanito . . . ¡Ya vuelven!

Tocan la puerta y entra el grupo con la víctima.

—¡Sin bonete! —exclaman todos.

Manuel Zimbaña es cabezón. Rasurada, su enorme cabeza ha quedado moviéndose sobre los flacos hombros, hosca, —así los mira ahora— callada más que nunca. De él se dijo en el patio: “Está secándose”: Vive en una casa de usureros.

—¡En orden! ¡En orden! —empezó el Hermano—. ¡Pónganle un bonete!

Pero la lluvia había arreciado de tal modo, que el techo crujía y el miedo empezaba a apoderarse de los niños. Casi no se veía ya, y el foco se prendió sobre las bancas con una luz rojiza.

Un monaguillo pasó por la ventana, con el incensario.

—¡Pasó un adulete! Va haber oración general en la capilla.

Ya sólo algunos chicos se divertían con Manuel Zimbaña. Súbitamente un rayo iluminó la clase.

—Que se lo lleven . . . perdonémosle —balbuceó el Hermano.

VII

EL PEQUEÑO DON

Diego iba hacia el puente por el atajo que parte de la Cruz del Vado, despertando en las huertas ladridos, voces y cacareos, y pensó que a Ciempiés y a los otros cocolos que se huyeron, les estarían ladrando así los perros en la cordillera . . .

Voces de niños salían detrás de un gran montón de tierra, cerca del puente. Jugaban sin duda. La loma ostentaba líneas paralelas semejantes a rieles, hechas con tapas de botella de cerveza, que bajaban en zigzag desde la cima y se perdían por donde las voces se acercaban:

—Tuuuuuuuuu, tuuuuuuuuuú . . . Tac, tac.

Y asomó una hilera de chicos, de rodillas, figurando un tren de varios carros. Iba delante —de locomotora— una pequeña trencuda, pitando, y le seguían, asido cada cual a la cadera del vecino, tres chicos de overol y un pequeño cocolo cojo. El cocolo era el último “carro”, y cojeaba, diciendo a cada paso: tac, tac; tac, tac. Y, de repente: tacatác!, cuando levantaba la pierna enferma. Ya iban por media loma.

—¡Qué maravilla! —pensó Diego. Una hermosa cañabrava, de dorados cañutos, muy larga, estaba junto al río. Se movía a ratos, pues su extremo estaba en el agua.

—¡Para lanza!

Y el pequeño Don se vio a caballo, con la hermosa lanza.

Iba a levantarla, pero notó que estaba amarrada.

Dudando, acabó por desatarla y ya se la llevaba cuando oyó:

—¡Se han robado mi caballo!

—¿Dónde estaba?

—Tomando agua . . .

Diego pensó: ¡Es éste! ¿Cómo puedo yo hacer semejante cosa?

Y se detuvo. Pero ya la trenzada estaba a su lado:

—¡Devuélvanos —le decía— el caballo del cojito!

Este se acercaba, llorando.

—¡No me he robado! —se disculpó Diego, muy avergonzado— ¿Cómo puedo yo dejarle sin caballo y siendo él cojo? ¡Le devolveré yo mismo!

Y se llegó al pequeño cocolo y le entregó el carrizo.

Después, con pena, insinuó:

—Podría ser más bien lanza: . . . ¡Es una maravilla!

Pero el cojito corría ya detrás de los otros niños en su dorada caña, a caballo, levantando polvo.

* * *

El puente destacábase contra el horizonte, y avanzaba —las nubes se movían— lanza en ristre. El río, crecido, hacía olas altas. Diego se iba pues más rápidamente que otras veces, cuando miraba el agua desde el balaustre. Se iba, se iba, aguas arriba, entre los tumbos. ¡Si fuera cierto! Lejos iban quedando la ciudad, el patio, el subterráneo. El grito “¡la tinaja!” ya no podía alcanzarlo. Pasaban por el río sombreros, campanas, Hermanos ahogándose, asidos a enormes reglas. También pasó el “primero de la clase”, entre la espuma: sí, ese chico tenía talento, pero no comprendía algunas cosas. El Hermano aseguraba que de

grande sería Presidente. "Es muy serio" —decía—. Y él, Diego, ¿no era serio? En cuanto a ser Presidente, también él quería serlo, pero no del Ecuador tan sólo, sino de la Gran Colombia: había que unirla nuevamente . . . Lejos surgió una melodía: ¡Si pudiera acordarse de la que llenó el cielo cuando el noble caballero apagó el infierno! Ahora estaba en pleno vuelo:

Oye, María grande, necesito un sombrerito, me es indispensable, ¡in-dis-pen-sa-ble!

¿Por qué?

Porque el viento es enorme y el sol también en la tierra de las tinajas.

¿Y el otro sombrero?

Es para Sancho, es decir, para el Pajarero, porque nos vamos . . . Madrugamos mañana a la tierra de las tinajas: es preciso defender a esos niños.

¿Qué niños?

Los cocolos. Ha llovido y se han regresado a la cordillera. ¿Quién va a defenderlos?

¿Y si le pasa algo en semejantes cerros?

Debe pasarme algo . . . tú no sabes . . . soy un criminal . . . destilamos de contrabando en la casa y lo he contado todo. Tenemos una tinaja . . . y lo he contado. Y mis papás me creen bueno y me alaban.

Dime: ¿Qué motivo me han dado ellos? Trabajan toda la noche para que no me lastime los pies en los vidrios, y yo los he delatado. Toda la escuela lo sabe y me sigue . . . Tengo que quedarme en el puente hasta muy tarde y papá me dice: ¿De dónde vienes tan tarde? Algo te pasa a ti . . . ¿Qué has hecho?

Yo le defenderé. O, ¿por qué no le dice al señor de las sienes blancas que le aconseje? El sabe todo.

Imposible... él está ahora en Quito. Quiero ser como el noble caballero... ¿Entiendes?... Le llevo al Pajarero porque sufre mucho y conoce la tierra de las tinajas como la palma de la mano.

Más bien pídale a Dios que los chicos de la escuela se olviden de la tinaja.

Es que no puedo pedirle nada, porque no me he confesado. Sólo te tengo a ti ¿comprendes?

Bueno, venga mañana. Velaré esta noche y el sombrero amanecerá brillando.

Que sea yelmo, de forma especial, es-pe-cial, ya te explicaré...

Vaya tranquilo. Buscaré también algún fierro de la máquina para la punta de la lanza...

¡Qué buena eres, María grande, qué buena!

.

Ya no necesitaba ver el agua para remontarse.

.

Oye, negrito, estoy con gana de atacarles a tus patronas, son perversas.

¿Pero cómo?

Tengo una estupenda lanza. Les esperaré a la salida de la Iglesia. Mi caballo tiene una estrella en la frente, y es chiquito, como para nosotros. Tú debes conocerlo porque al llegar de Paute con sus dueños, pasaba por tu barrio. Es mío ahora y en él ando.

Te libentaré y te llevaré en la grupa hasta donde tú quieras. Vamos, vamos. En este momento están ellas en la iglesia.

¡Vamos!

Hemos llegado. Ahora, entra, sácalas . . . Yo me quedo esperándolas.

Los cascos del caballo resuenan en el atrio. La gente se detiene, curiosa.

¿Qué querrá este caballero en el atrio? ¡Qué hermosa lanza! ¿A quién esperará? ¡Ya se acerca a la gradería!

Adentro suena el órgano y los altares arden. El mameluco del negrito se desliza entre mil mantas. Se acerca a un confesonario. Luego, a otro, a otro, y, por fin, sale con las beatas. La gente sigue preguntándose: ¿Qué irá a hacer el caballero?

Cruzan el atrio las beatas y llegan a la esquina, en hilera.

¡Deteneos, gente desproporcionada: devolvedme a este niño!

¿Qué niño?: ¡Es negro!

No veis la viga en vuestros ojos y veis la paja en la piel de este chico . . .

¡Preparaos!

¡A la flaca, noble caballero, a la flaca! —grita una joven chola, parecida a la Juana—. ¡Es la más mala!

Y el caballero arremete.

Tan a lo vivo ve cuanto imagina, que se aferra al balaustre, mientras su lengua se mueve, imitando el ruido del galope.

Pero, de pronto, bruscamente, volvió a la realidad: "¡Contrabando!" —había oído.

Y se irguió.

—¡Contrabando! ¡Ya llegan los heridos, amarrados vienen —decían, al pasar, las gentes, corriendo

hacia la carretera. Otras se quedaban en el puente, esperando. Un viejecito de bigotes blancos y abrigo larguísimo, se detuvo junto a Diego. Apoyado en el bastón, esperó también, pegándose al balaustre. A lo lejos, por San Roque, había asomado el grupo de presos y guardas y se acercaban al puente, con una gran cola de curiosos.

—Son yunguillanos —explicaba una chola— contrabandistas. Se han batido a bala y a machete la noche entera. A la madrugada les han agarrado, quemando la choza. Véanles, véanles.

—Le han amarrado . . . ¡al herido!

Entraron al puente. Iban los guardas a caballo, sujetando las cuerdas atadas a los presos; descalzos éstos y con las huellas de la lucha en los vestidos y en el rostro. Eran pálidos cholos de la yunga, enjutos y resueltos, de mirada dura.

—Les han quitado los machetes.

El viejecito estaba indignado:

—¡Anden despacio por lo menos, salvajes! —increpó a los guardas, trémulo de ira.

Al medio venía el herido, a caballo, sosteniéndose apenas y con un pañuelo manchado de sangre seca, amarrado a las sienes.

—¡Salvajes!

Diego sintió que un botón de su chaqueta se le arrancaba, cuando le rozó el grupo. Maquinalmente, se agachó y recogió la pieza, siguiendo, después, detrás de la gente. Estaba aterrado.

—¡Abusivos! —comentaban las cholas, alentadas con el ejemplo del anciano—. Ellos son los criminales.

—Gobierno ladrón, todo acapara. Y no persiguen,

diga, a los ricos sino a la gente del campo. Aquí en la ciudad, en las narices de ellos destilan, pero de eso no se preocupan.

—Es que son caballeros . . . amigos del Gerente del Estanco . . .

—Si por milagro hicieran justicia, desde mañana buscaran por las casas grandes . . .

Todo lo oía Diego, y estaba seguro de que lo miraban, al decirlo.

“En las casas grandes, donde los caballeros”.

El grupo tomó por la “calle larga”. Las puertas de las tiendas se llenaban de cholas a su paso, y la gente corría desde todas las esquinas. Diego les siguió hasta la cárcel.

* * *

—Tenemos que huirnos mañana mismo —dijo el Pajarero—. Mañana contarán la loza, y rompí una taza el otro día . . . y me matarán . . . Seguro, seguro.

Diego dudaba.

—Imposible —dijo, por fin— la María grande no puede hacerme el yelmo en una noche.

—¿El qué . . . ?

—Un sombrero especial. Es indispensable. ¿Y el tuyo?

—Le quemaron . . . pero ya me crecerá el pelo. Fíjate, ya me está creciendo . . . Y mañana van a cortarme otra vez. Debemos irnos, de mañanita.

Pensó un momento y luego, resueltamente:

—Mañana me matan. Si no es mañana, entonces, nunca. Mañana me huyo solo, como Ciempiés.

El Espantajo asomó en la esquina con su visera, y se les acercó, cordialísimo.

—Callemos . . . Que él no sepa.

Y el Pajarero se despidió.

—Acompáñame —le dijo el Espantajo a Diego— me voy a Cristo Rey para traer un gallo finísimo.

—No puedo.

—Si me acompañas, te juro por estas —y se besaba cruces en los dedos—. ¡Por estas! que mañana te daré los libros . . .

—Ya no los necesito.

—Ajá . . . miedo . . .

—¡No es eso!

Y Diego pensó que haría bien en ir más tarde a su casa, "más sereno" y accedió al ruego.

—Vamos —dijo— y de paso le veremos a Jorge: la mamá trabaja por allá, cerca de Cristo Rey.

—¿Qué mamá? ¿Qué Jorge?

—El leproso . . .

—¡Ah! . . .

Y siguieron caminando. Dejaron atrás las últimas calles grandes y se internaron en las de los arrabales, de paredes bajas, remendadas de pencas. Diego iba callado. El Leproso —pensaba— también querría irse, ¿pero cómo con dos Sanchos? . . . El caballero tenía un solo Sancho . . . Además, Jorge le quiere mucho a su mamá . . . Y yo, ¿no le quiero a la mía?

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el Espantajo—. Lo de los libros te dije de pura gana . . .

—No es eso, y si me sigues preguntando me regresaré —repuso Diego impaciente.

Otra vez caminaron, en silencio.

Quisiera tener zapatos —dijo el Espantajo, después de caminar un buen trecho— para patear piedras. Y luego, extendiendo el brazo—. ¡Mira! E hizo ver a Diego por sobre el cerco de la izquierda, el llano vecino. Allí estaban la hierbatera y su hijo. La mujer cargaba un gran haz que le cubría casi por completo, y el niño otro, pequeñito.

Este llevaba, además, una hoz en el brazo. La hoz era tan grande como su pierna, y reflejaba el sol de las cinco.

Diego silbó y movió los brazos.

—¡Jorgeeee! —gritó.

El niño lo reconoció y se acercó a la madre. Algo le dijo, alegremente, y extendió la hoz hacia Diego. La mujer se detuvo. Lo miró largamente, moviendo la cabeza, como ante otro hijo, y siguió andando. El chico le siguió de mala gana. A él se le veían las pantorrillas solamente. A ratos se volvía —aparecía entero entonces— y sacudía la hoz alegremente. Hasta que desaparecieron, detrás de un muro.

El Espantajo miró a Diego:

—¿Por qué lloras? —le dijo.



—Mira —insistió el Espantajo— ese que viene por allá es el Muñeco, el Muñeco de palo que está en la escuela laica. Es valientísimo. Si te ve llorando dirá: “Ustedes los de la escuela de los Hermanos lloran como maricas. Esto les pasa por beatos”. ¿Oíste? ¡Sécate los ojos!

—Me entró una pestaña, ya no lloro.

Y Diego miró, con atención, al "chico de la escuela laica". Estaba en la esquina, grabando algo en el poste de la luz con una navaja. Era muy blanco, bien vestido y parecía ciertamente un niño de palo, pues su perfil desde la frente hasta la punta de la nariz era como de una sola pieza, recto. Al verlos (el Espantajo ya estaba con el gallo), se les acercó, risueño.

—¿A dónde te vas? —le preguntó a su amigo—.

Y señalando a Diego:

—¿Quién es este chico?

—Un compañero.

—¿Por qué llora?

—No lloro —dijo Diego—. Y el Espantajo:

—¡Le entró una astilla enorme en el ojo!

Pronto se hicieron amigos y se quedaron junto al poste de la esquina, un buen rato.

—Mi escuela es mucho mejor —aseguraba el niño de palo— los Profesores son hombres.

—También en la nuestra hay un hombre —dijo el Espantajo.

—¡Hombre! . . . —repuso el amigo—. ¡Qué va a ser!

Si le conozco: túmbenlo y verán que tiene el cogote lleno de escapularios.

Ciertamente —se dijo Diego, y preguntó:

—¿Cómo se entra a la escuela de usted?

—Entrando . . . pero se necesita que el papá de uno no sea beato. Mi papá no cree en el infierno, ni yo tampoco.

Y, sintiéndose admirado, añadió:

—En mi escuela todos son valientes, y hasta hay un chico judío, recién llegado.

—¿Judío? —exclamó el Espantajo, pensando en la Historia Sagrada—. ¿Y cómo es la túnica?

—Así . . . así . . . pero él no habla bien todavía el castellano.

En esto, el gallo cantó por sobre la oreja del Espantajo, quien se acordó del amo al oírlo y quiso despedirse, pero el niño de palo se prestó a acompañarles.

—Y préstame el gallo —dijo— quiero tenerle un rato.

—¡Imposible! Es finísimo y puede quebrarse las plumas. Pelea mañana.

El niño de palo hizo ademán de quitárselo, y el Espantajo, protestando, se refugió en un zaguán. El gallo se alarmó. Otro cantó en el patio de la casa y comenzó a acercarse. Era un enorme zamarrudo, de vistoso plumaje. ¿Qué me hago? —pensó el Espantajo, sintiéndose entre dos fuegos, y con el gallo enfurecido en sus brazos que pugnaba por lanzarse sobre el nuevo.

—¡Hagásmosles pelear! —propuso el Muñeco.

El Espantajo se scandalizó. Diego intervino:

—Que mi amigo haga lo que quiera —dijo— el patrón puede matarlo si se lastima el gallo.

Y se interpuso entre los dos. Pero el otro argumentó:

—¿No dicen ustedes que el gallo es fino? Pues . . . por lo mismo: este gallo —y señalaban al zamarrudo— no vale, es copetón: correrá al primer cuerazo . . . y yo, en cambio, les presto mi navaja . . .

Unos hombres que estaban en la esquina, se acercaron, al oírles. El barrio era apartado, y la casa del

gallo copetón, la única grande en los contornos. Tenía un ancho patio lleno de geranios, y el gallo parecía ser su exclusivo habitante, pues nadie acudía con la bulla. El copetón seguía acercándose, y el fino logró zafarse al fin de los brazos del Espantajo y se lanzó contra el otro. Cuando los dos chicos quisieron separarlos, uno de los hombres los detuvo.

Sus compañeros —tenían los ojos irritados, parecían ebrios— se acercaron también y formaron un estrecho círculo en torno a los gallos. Ya peleaban éstos y sus estruendosos revuelos atraían más y más curiosos, algunos en mangas de camisa.

El Espantajo lloraba y Diego —preso como él— se debatía en los brazos de un intruso, entre su aliento aguantentoso. El niño de palo, en tanto, gozaba de la pelea, aunque también él detenido. De repente, el zamarrudo corrió y se escapó por sobre los hombros de los espectadores, seguido por el fino. Hubo gran alboroto y cuando los niños acordaron, sólo el desgarrado copetón estaba a la vista, alicaído, acezando.

—¡El gallo! —gritó el Espantajo, aterrado—. ¡El gallo!

Diego miraba a todo lado, y el niño de palo ya estaba en la esquina y se alejaba.

—El gallo se fue por ese techo —dijo un hombre—.

Y otro:

—No, por el del otro lado . . .

El Espantajo lloró a gritos.

.

—¿Y ahora?

Los dos amigos habían rodeado la manzana varias

veces, preguntando en las casas, y con la esperanza de verle asomar al gallo fino en un tejado o por entre las pencas. Pero inútilmente. Escalaron también algunos muros, en vano. Una chola les dijo:

—Inocentes: a los hombres debieron de seguirles.

El Espantajo lloraba amargamente, y como un pequeño indio: cantando. Así decía lo que iba a sucederle y ponderaba su desgracia. Hablaba también de cómo fue el gallo de hermoso y de invencible.

A Diego volvió a presentársele el problema: ¿Cómo con dos Sanchos?... Pero al fin se decidió:

—Oye —le dijo— ¿quieres huirte de Cuenca? Yo y el Pajarero nos huimos mañana.

—¿A dónde?

—A la tierra de las tinajas. Nosotros te guiaremos.

El Espantajo pareció no comprender.

—Y ahora ¿qué le diré a mi patrón? —se preguntó, sollozando.

—Por eso —insistió Diego— nos huiremos y no podrá decirte nada. . .

El Espantajo abrió los ojos:

—¡Ya estuvo! —exclamó.

—Serás Sancho.

—¿Qué dices?

—Digo que serás Sancho Panza. Ya te explicaré.

Entonces, ¿te decides? Nos vamos mañana de mañana: ahora ya no dormirás en tu casa.

—Luego —dijo el Espantajo, asustado— ¿ya estoy huido? ¡Virgen Santísima!

Y lloró nuevamente.

—¡No llores más! —exclamó Diego, y, para sí, pensó: “Cobarde criatura”, pero no lo dijo. . .

.

Ya iban ahora por las calles centrales, decididos.
—¿Pero dónde me pasaré la noche? —preguntó el Espantajo.

—De veras . . . —dijo Diego. Y, en seguida, el otro:
—¡Andando! . . . Me pasaré dando la vuelta por la calle del gallo, puede ser que asome en algún techo.
—En mi casa . . . ¿Pero cómo? . . . —siguió Diego, como hablando consigo mismo.

—¡Bajo tu cama! —exclamó su amigo, concluyente.
—¡Cómo! . . . ¿Y si roncas? Te oiría papá.
—Te juro —dijo el Espantajo, deteniéndose, por estas, y repitió el consabido juramento— que no ronco, pero ¿y qué comeré en tanto tiempo? Tienes que pasarme algunas cositas . . .

* * *

—¿Qué es ser Sancho Panza?
—Un hombre que le acompaña a uno . . . es indispensable. Pero tú serás sólo ayudante: El Pajarero tiene más derecho. Sólo si él se muriera en algún combate —los mayores son terribles—. Entonces...
—¿Yo? . . .

Y el Espantajo bajó la cabeza, preocupado. Estaba bajo la cama, sin la visera, y conversaba en cuatros, asomándose al borde como una tortuga. Diego estaba en el lecho. Los padres no subían todavía y las niñas dormían en la cuja contigua.

—Ya callemos —dijo Diego.
—Bueno —convino el Espantajo. Y, aguzando la voz, añadió:

—Pero pásame una cobijita. . . y la almohada chica.

—Sí estaba pensando en eso —susurró Diego— pero espera . . . Cuando hayan pasado ellos . . . Me besarán y no verán la almohada. Callemos.

El Espantajo desapareció y Diego apagó la luz y se pegó a la ventana. Se acordó del globo y del hombre herido. ¿Qué se haría? Adentro el tic tac del reloj y a lo lejos el sordo murmullo del torrente eran los únicos ruidos. Otra vez la angustia: ¿Qué me hago? Palpó debajo de la almohada el pequeño papel en que se despedía de sus padres: "¿Qué motivo me han dado?" Entonces, para no llorar pensó en el caballero. ¡Si pudiera soñar otra vez como esa noche! Y se agarró al estribo nuevamente, despierto.

Pero el Espantajo lo detuvo.

—Diego . . . —susurró.

—Cállate.

—¡Diego!

Prendió la luz. Las pequeñas se movieron en el lecho y una de ellas cambió de postura.

—¿Qué quieres? —preguntó Diego, y bajó la cabeza. El Espantajo, a su vez, sacó la suya, ceñudo.

—Yo no tengo la culpa —dijo, y levantaba la mano.

—¿Qué te sucede?

—Una cosa . . .

—¿Qué cosa? . . . ¡Cállate!

Y alargó el rostro hacia sus hermanas. El Espantajo hizo un gesto de angustia.

—¿Qué te pasa? —insistió Diego.

—¡Me caco! . . .

.

El día llegó como un caballo blanco. Sopló con sus abiertas narices las cortinas. Era domingo.

Diego se despertó como tocado en el hombro.

—Es la hora —se dijo.

Y saltó del lecho.

V

EL ALACRAN

I

LA RUTA

Asomó la jamona por el estrecho y largo corredor que cae sobre el patio, en casa de los Oñate. Iban llegando abajo los obreros y algunos de ellos ya se afanaban con altos rimeros de toquillas. Otros escuchaban al magnate que se había asomado al corredor en mangas de camisa —se estaba afeitando— y les hablaba con la cara enjabonada. La mujer pasó junto al marido. Parecía muy preocupada. Desde abajo, los obreros saludábanla. Entró al cuarto más lejano. Era el ropero y estaba solo. La mujer se detuvo. Luego, movió la cabeza y se fue derechamente hacia una gran caja antigua de cedro —había sido de los Argudo— y levantó su tapa: contenía ropa lavada. El cuarto es-

taba claro y a través de sus ventanas las nubes se movían y la línea del sol iba subiendo en la vidriera como el agua en las piscinas. La mujer escogía ropa blanca. Un membrillo del tamaño de la cabeza de un cocolo rodó entre los pliegues, amarillo. La mujer aspiró profundamente. De pronto, habló sola: "Ve el indio" —dijo, a tiempo que examinaba una sábana del fondo. Y luego: "Ese fue el ruido —siguió— que oí ayer . . . Entré y el Cuzco se escondió . . . aquí, bajo la ropa . . . ¡Ve el indio!"

Huellas —dedos, talones, pies enteros a trechos— estaban estampados con tierra en las camisas y en las sábanas.

—¡Ve el indio! . . .

Y la mujer tiró de una manga, (el membrillo sonó contra la tabla del fondo) y se llevó una camisa a la luz.

—¡El longo! —gritó luego—. Traíganle al mitayo! Una sirvienta acudió:

—Creo que se ha huído —dijo—. No parece . . . Por toda la casa le buscamos, no parece.

* * *

Ya llovía. Los días se abrían así, como la caja, frescos, llenos de grandes nubes blancas.

Ciempíes, otro cocolo prófugo, veía ya la cordillera a lo lejos. Le llamaban Ciempíes porque en el patio de la escuela nadie le ganaba a las carreras y porque era "huilón", esto es, porque en repetidas ocasiones habíase escapado de la casa de sus amos. Y, ahora sí, estaba a salvo. Con todo, al oír pasos o voces, se es-

condía. Había caminado mucho ya, y sentía hambre y cansancio. El camino iba a lo largo del río y a trechos se arañaba entre enormes rocas soleadas.

Al tropezarse, Ciempiés estuvo a punto de llorar. Descansó, con el pie izquierdo entre las manos y lo soplaba. La sangre le rodeó las uñas y una gota cayó sobre la roca. Descansaré hasta que la gota se seque —se dijo. Y se arrimó a la peña. Recordaba ahora que su amigo Diego había dicho en el patio: “Los cocos debieran tener casquitos como los chivitos”. Y tuvo pena de la escuela. Luego, sopló también su pie derecho. Dijo: “Ayauuuuuuu”, y siguió andando. Junto al río oyó un galope lejano, y se escondió debajo del puente. “¡Me persiguen!” —pensó. Se detuvo atento, baja la cabeza, mientras el pie derecho se le movía, haciendo letras con el dedo grueso en la arena. Así venía regando el alfabeto desde Cuenca. Esta vez hizo una **a** rabuda que llegaba hasta el agua. El galope retumbó en el puente, y el niño ya no regresó al camino, sino que siguió por la orilla. Allí se acostó sobre una piedra y bebió largamente, hundiendo el rostro en la corriente, con los ojos abiertos. Vio así, al fondo, dos pequeñas piedras blancas. Las sacó con la mano. Iba a llevárselas a la boca, incorporándose, cuando cambió de parecer y las dejó donde estuvieron, para recogerlas con los labios. Se le mojó toda la cabeza y la sacó con las dos piedras en los dientes, llevándolas luego al paladar, con el rostro hacia las nubes y los labios sonantes. Gozoso, satisfecho, tomó después por un atajo, cuesta arriba. En la ladera, semillas perdonadas por el sol estaban echando hojas a des-tiempo —esta era época de tala en otros años —y el

verde aparecía tímido entre las grietas recién cicatrizadas. Pero no había hombres. Nadie había en todo el campo visible. Receloso —“¿Y si no llegan mis taitas todavía?”— el niño se detuvo y miró hacia el camino. ¿Qué sucedía allá abajo? Una parihuela llevada por cuatro indios iba acercándose al puente, seguida de lenta cabalgata. Los jinetes avanzaban, sombríos, y detrás de ellos, a pie avanzaba también un hombre preso, entre un grupo de soldados. Nadie hablaba al parecer, y en la parihuela era notorio un cuerpo humano envuelto en una sábana. Los indios sudaban bajo el peso y caminaban con los pies torcidos. Pasaron por el puente. Ciempiés, algo asustado, reconoció al cañamazo joven. —“¡El patrón del Pajarero!”— entre los jinetes, y no dejó de mirarlos hasta que se perdieron en el roquerío. Después siguió su camino. No era camino propiamente sino un atajo en zigzag desde la playa hasta la cima. A cada paso, el niño veía crecer el horizonte, henchido de esperanza. Las cascadas habían retoñado y golpeaban las peñas a lo lejos, mientras las laderas se iban levantando como tinajas de los Incas. Pero Ciempiés no veía hombres ni yuntas. Subió más todavía. La sangre le golpeaba en las pequeñas sienes. ¡La choza! . . .

Allí estaba, por fin, pero sin humo. El niño miró en torno: Nadie. Ya era hora de que el perro saliese a encontrarlo . . . ¡Ya estoy viniendoooo! —gritó. Y ladeó la cabeza y ni en el eco halló respuesta: un cántaro roto y hierba mala vio donde sus ojos se posaron, mientras sus oídos esperaban. Pero estaba tan cansado que no pensó en nada. Después, todo lo haría después. Sacudió las puertas solamente, con el oído

atento . . . Nada. Pero se ovilló sobre el poyo —después, todo después— y se durmió como un perrito.

* * *

A partir de la choza de Ciempiés, la tierra se levanta a grandes rasgos, volviéndose inhabitable. Los picos se suceden, ascendentes, formando gigantescos anfiteatros. Leguas de paja ondulan a sus faldas. En ocasiones el aire está sereno y la vista humana atraviesa distancias inauditas: se ve la nieve, hacia el norte, y cuando se la sigue con la vista es como si se le siguiera a un inmenso delfín, pues desaparece en los abismos y aparece —de pronto— en los picachos, hundiéndose otra vez y otra vez surgiendo en la radiante lejanía. También el eco se dilata como nunca: hablan las peñas, quiebranse ramas invisibles y cuando se ha caminado largo trecho se encuentra, en algún hato, indias zarcilludas, de azules polleras, quebrando leña seca en las rodillas. El agua baja de las breñas como con cencerros. Cóndores tranquilos planean en las alturas: mueven de tiempo en tiempo las alas, tomando nuevo ímpetuo —abajo su sombra va salvando abismos— y suben hacia el sol en grandes círculos. O sesgan y se van por la tangente, abandonándose, como arrastrados por invisibles ríos. Otras veces el páramo está gris, de infinita monotonía, hasta que el viento se levanta y el relámpago rompe grandes tubos de órgano y horizontes enteros se trasladan de un lugar a otro, mientras hombres y bestias se debanten en el barro como gusanillos. La ruta va sobre la paja en hondos surcos que se reúnen y separan, cambian-

do de color según la clase de terreno que atraviesan. Salva la más alta cuchilla y comienza el descenso hacia el oriente. Y ya se ve la selva, abajo, unida al cielo en monstruosa ingle.

.

Aquí se detenían los caballos antes del éxodo, pero ahora avanzan todavía unos kilómetros hasta el primer "tambo". Caminan agobiados de carga, por las dantescas escaleras de los camellones, cayendo, levantándose, quebrándose a veces las nerviosas patas. Hombres enjutos —los antiguos traficantes de tablas— los arrean. La ruta va en zig-zag y en cada ángulo se abren nuevas perspectivas: rocas —las últimas— desmontes, pantanos gigantescos, bosques de "cascarilla" de ramas intocadas, o repentinos grupos de mariposas que vuelan como trizándose en mil prismas, y al posarse, se enteran. A cada cuarta hay una.



Argudo había descendido días antes, perdiendo su optimismo a medida que avanzaba. Ni un solo indio había visto en todo el camino. Pasaban chagras, gente de la ciudad y hasta gringos y montuvios.

—¿Los indios? —le habían contestado, cuando preguntó por ellos—. Esos entran casi todos contratados. Ganan jornal y no pueden llevarse el oro que recogen. Una vez entrados no se mueven. Nosotros salimos y entramos porque lavamos de nuestra propia cuenta.

La ruta, en tanto, se hacía más difícil. De trecho

en trecho, frescas osamentas de caballos levantábanse entre las raíces y el barro, desquiciadas, como en actitud aún de avanzar al límite del esfuerzo posible. Los hombres subían semidesnudos, terriblemente flacos, unos, y otros hinchados, "jipatos", con los ojos perdidos en la carne semejante a bagazo.

El guía había orientado a Argudo:

—¿Ve esa línea, allá al fondo?: es Méndez. De aquí, dos días. Y eso ahora que los mineros a fuerza de caminar le han enderezado al camino. Antes, cuatro días, cuando no se volvía al mismo sitio, dando vueltas . . .

—¿Y los ríos?

—El Paute se da la vuelta por arriba. Se une al Upano, allá donde ve esa encañada. De aquí, tres días. Todo está lleno de gente. Pero más en el Zamora.

—Los indios . . . ¿dónde estarán en mayor número?

—En todas partes, pero más en el Zamora. Allá es más fácil llegar porque el río está sonando día y noche y así uno no se pierde. Se oye . . . y se va recto.

—¿Cuántos días?

—Cuatro . . . ¡pero ese río es el grande!: al Paute le bota contra el monte con Upano y todo.

Al primer "tambo", umbral de la selva auténtica, se llegaba con la noche. Era un largo galpón, entre un desmonte sembrado de plátano, café y caña de azúcar. Cerca de él estaba el primer puente colgante: ralas tablas unidas por bejucos tendidos de peña a peña, que se movían en el viento como las balsas en el agua. El río era invisible. Se lo escuchaba, solamente, adentro. Era como si un hombre se estuviese ahogando. Algunas noches iban y venían luces por los

bordes: "Miren: los nuevos, buscando . . . Creen que alguien se ha caído . . . Miren, miren".

Indios que sólo habían visto los ríos de vidrio de la sierra, se detenían medrosos. Muchos se regresaban. Los más lo intentaban solamente, pues los capataces les cerraban el paso: eran los contratados. "Pobre indio . . . ¡ya pasó el puente!"

Aquí se encontraban los que salían de los lavaderos y los que al día siguiente seguirían, monte adentro. Dramas tremendos sucedíanse a diario: ya era el hombre herido a machetazos. —"Desde aquí el cristiano es una fiera"— ya el mordido por la víbora. "En la puerta del horno", ya el minero novato que sufre el primer "robo".

—¡Te ha robado! —exclama de repente un minero viejo, en la imprecisa luz del alba.

El aludido —un descalzo siempre— se lleva la mano al cinturón donde guarda el dinero, y cuando lo encuentra sonríe . . . Dice "no", con la cabeza.

De pronto, comprende, pues trata de levantarse y no lo consigue . . . Se palpa el tórax, los brazos —"¡a mí mismo!"— y la angustia le hace jadear horriblemente.

—Anoche . . . —sigue el otro— en el dedo grande. Le quedan sólo hilachas de sangre: le ha "robado" el vampiro.

.

Argudo había desmontado penosamente.

—¡Por fin! —había dicho—. Hemos llegado.

Y el guía:

—¿Llegado? . . . ¡Es el comienzo!

II

AVENTURA

Diego y Manuel Cuzco vieron las sombras del Tahual y vacilaron. Ellos no sospechaban que Ciempiés habían estado allí de madrugada, ni que Argudo había llegado a la selva días antes, pasando por este mismo sitio.

—¿Estás seguro —dijo Diego— de que el camino es este?

—Segurísimo. ¿Cómo no puedes acordarte?

—Sí me acuerdo . . .

Pero rocas enormes y oscuras se levantaban ya muy cerca, y parecían contenidas en un hilo.

—Descansemos . . .

Habían caminado pocas cuerdas. Diego llevaba un carrizo igual al que se convirtiera en Rocinante, y sobre todo el “yelmo” tejido por la María grande.

Se había ceñido su cordón tan fuertemente como cuando pasó por allí por vez primera. El cocolo —“Sancho no tenía lanza, pero porsiacaso” . . . —portaba también una cañabrava, aunque más corta. Pero iba en cabeza.

—Si no te crece el pelo, le quitaremos el sombrero al hijo de algún monstruo —digo Diego, mirando hacia las sombras.

—¿Monstruo? . . .

El sol se acababa a cuatro pasos de ese sitio, como cortado con cuchillo desde el filo de la roca, y empezaba la zona de penumbra. Hacia ella iban las som-

bras de las lanzas, largamente proyectadas. El río, abajo, ya no era visible.

Los niños acortaron el paso. Casi no se veían a sí mismos.

—No te vuelvas —dijo el Pajarero— porque si vemos la luz será peor. (Atrás quedaba la campiña, entre el marco de rocas, con el río suelto). Y el cocolo añadió: veamos más bien abajo a que se acostumbre la vista.

Y, cuando así lo hicieron, lo que antes fue negro, se hizo gris y caminaron con las manos fuertemente unidas.

Algo dijo Manuel Cuzco.

—¿Qué dices? . . .

—Digo: ¡Qué cobarde el Espantajo! ¡No querer huirse!

—¡Ni lo nombres!

—Sí, hombre . . . ¿y hallaría el gallo?

—¡Mira! —le interrumpió Diego, levantando la lanza.

Una cabra balaba en el cielo, sobre las rocas.

—¿Cómo se habrá subido?

El otro movió la cabeza, con la boca abierta.

Ahora el sendero se empinaba, pero las peñas se iban separando. Una suave penumbra sucedió a la sombra. Era visible el verdinegro de los cactus de viriles tallos. Diego jadeaba, lanza en ristre, pensativo, y el cocolo hacía de bordón la suya.

—Me canso.

—Ya llegamos.

Y llegaron, en efecto, a la parte más alta del cami-

no desde donde, por última vez, se divisaba el campo abierto, como al través de negro tubo.

Se miraron.

—Fíjate —dijo el Pajarero— lo que nos falta es ya muy claro. Estamos cerca del “Balcón de Pilatos”.

Descendiendo se llegaba a un sector con ancho cielo. Abajo, hasta se veía el río. Y Diego recordó que este lugar fue el que dinamitaron, cuando la vez pasada, Urdiales, el mayoral de los Argudo, les salió al encuentro.

—De aquí al puente —dijo— habrá a lo más lo que de mi casa a la tuya.

—Pero falta lo más oscuro . . .

Así era, ciertamente, y cuando otra vez les envolvió la penumbra, detuviéronse. Además, algo extraño sucedía adentro. Diego se acordó de Dante. Y, de pronto saltó a medio camino: las rocas hablaban!

—Casa de oro —y repetían: de oro, de oroo, oooo.

—Puerta del cieeeeelooooo.

—Los niños caminaron unos pasos más y divisaron, al fondo, la “Peña de la Virgen” en cuyo torno grupos de campesinos, hombres y mujeres, con cirios encendidos, clamaban, de rodillas. Una voz comenzaba:

—¡Madre de los afligidos!

Después, un murmullo semejante al del río y luego el eco. Eran voces amargas, ululantes.

—¿Y ahora? . . . ¿Cómo pasamos? Pueden ser lázaros . . .

—¿Tienes miedo?

— . . .

Ambos temblaron: apareció muy cerca un hombre, sin duda desprendido del grupo y avanzó hacia ellos.

Venía atento al rezo. Cuando la voz, a lo lejos, se alzaba, él respondía . . . Su silueta crecía por instantes. Los niños se apegaron al muro. El sujeto era flaco y tenía los párpados hinchados. Por fin, pasó sin verlos. Su voz gangosa fue alejándose hasta confundirse con el eco. Diego temblaba todavía.

—Era lázaro —dijo.

De repente el grupo se deshizo y hombres y mujeres se apegaron a las rocas, en hilera.

Un galopar iba acercándose.

Los niños se refugiaron detrás de una peña sobre el río.

—¡Van a ver tu lanza! —susurró el Pajarero. Y Diego bajó el carrizo hacia el abismo.

El resonar de los cascos llenó el mundo al pasar junto a los niños, y poco a poco fue extinguiéndose.

Diego espió por un abra de la peña.

—¡Vienen!

Iban a desfilar los “leprosos”.

De rato en rato otra vez resonaba el galope, como si regresase por las rocas altas.

Por fin pasaron todos los romeros y cuando se perdieron en el roquerío los niños salieron al camino.

—¡Tu lanza! —exclamó Diego, y alargó la suya hacia la del cocolo—. ¡Le ha pisado el caballo!

La frágil caña estaba rota, en media vía. Diego la levantaba cuando vio que por el extremo de la vara andaba un coleóptero. Asustado, el pequeño Don la arrojó al suelo y el dorado bicho quedó sobre la tierra con las patas arriba. Las movía, pugnando por enderezarse. Por fin prendió una pata a un guijarro y logró voltearse. Comenzó la huida . . .

—¡Está herido!

Todo lo habían olvidado los dos niños, y vigilaban la marcha del coleóptero. Daban de rato en rato un paso, en cuclillas.

—¡Mira! . . . ¡La patita!

La arrastraba, en efecto, larga. Pero luego seguía, al sentir sobre su cuerpo el aliento humano. Se rozaban sus élitros con un leve crujido.

—Se queja . . . —susurró Diego—. Chilla, despacito . . . ¿Oyes?

—Suenan —rectificó Sancho.

Una punta de ala blanca salió de bajo el élitro y luego otra, trizada. El coleóptero, sonó, se elevó hasta un metro de la tierra y cayó luego. El pedazo de ala rota bajó hasta los pies del Pajarero, como un pétalo.

En tanto el insecto se acercaba por una arista de la roca a la sombra.

—¿Qué haremos?

Y el pequeño Don se apoyó en el carrizo. El cocolo se rascó la nuca.

Ya tenían que levantar las cabezas para mirar al fugitivo.

—Lo mato.

—Que sufra un poco, pero que se libre.

—Mejor que no sufra.

—Déjalo, no lo mates.

De rato en rato el prófugo deteníase. Tal como Ciempiés su pie cuando tropezó, también él recogía su pata, destrozada, dolorosamente. Movía en seguida las antenas —a un lado, a otro— y seguía. Ya estaba en la mitad del peñasco, inalcanzable.

—¿Y ahora? . . .

—Avancemos donde mamita Virgen —dijo Cuzco—. Sácate el sombrero.

Diego vaciló, con la mano en el yelmo.

—Este no es para sacarse —dijo al fin—. Es lo mismo que la cabeza.

Ya estaban ante la Virgen. Era una Dolorosa de azul manto y blusa roja, pintada al óleo ha muchos años sobre una roca, como homenaje de los Argudo a Carmen. "Tiene los ojos húmedos", solían decir los viajeros.

—Las espadas . . . ¡Qué pálida!

Las luces de los cirios goteaban hacia arriba.

Al pie había una caja de hierro, encadenada, con una ranura para las monedas.

Algo iba a decir Diego, cuando el cocolo ladeó la cabeza, con el oído atento.

—Vuelven . . .

—No, es por el otro lado . . .

De pronto Cuzco arrojó la lanza y echó a correr, despavorido.

—¡Mi patrón! ¡Mi patrón! —exclamó, cuando se le acercó Diego—. ¡Escóndeme!

Volvieron a ocultarse detrás de la peña.

Nadie asomaba.

—Oí caballos y la voz . . . Era la voz.

Y Manuel Cuzco se pegaba a la tierra. Diego le puso la mano en la espalda.

—¡Vas a morirte! —dijo, pues sentía el corazón de Cuzco en la palma de la mano. También a él se le aceleraron los latidos. En efecto, allí, a pocos pasos, estaban los jinetes y los soldados que Ciempiés había visto.

—¡Los Argudo! —exclamó Diego.

Ernesto, su padre y los primos —los de la cacería de la tierra de las tinajas— y además otros señores de la ciudad y algunos cañamazos, desmontaron. En seguida llegó una parihuela con un muerto— ¿era muerto?— envuelto en una sábana. Los indios que la conducían la asentaron suavemente en la tierra y se arrodillaron cerca de los amos. Orejeando el abismo, los caballos tascaban los frenos con las ancas brillantes a la luz de los cirios.

El miedo impulsó a Diego hacia el camino. Me llevarán a la casa —pensó. Pero se contuvo heroicamente.

La sábana está con sangre —observó.

Los hombres se persignaban, con las cabezas descubiertas. De pronto, Argudo, el padre, sollozó, llevándose las manos al rostro, y Diego comprendió: Bajo la sábana estaba el cadáver del hijo, de Carlos. Lo matarían en la selva . . . E iba ya a salir cuando en ese momento dos soldados con un hombre preso llegaron al lugar de la escena y se detuvieron. Diego se sorprendió más aún: el preso era el mayoral Urdiales. Tenía el traje roto y ensangrentado, los brazos atados con una soga a lo largo del cuerpo y la lívida cicatriz de la ceja más visible que nunca. Uno de los guardianes sostenía el cabo.

Cuando el viejo Argudo, sollozando, se abrazó a la roca de la Virgen, uno de los sobrinos se le acercó y al hacerlo dejó solo a Ernesto. Súbitamente, éste se dirigió a la parihuela y levantó la sábana.

Lanzó un grito de horror ante el cadáver del hermano.

Diego salió de tras el risco.

En ese instante, uno de los primos —enorme— se acercó al preso y le lanzó un puntapié mortal a la ingle.

Diego dio un grito.

Lívido —todo él como la cicatriz— el preso se dobló, con un gemido.

Los soldados se interpusieron.

Los cañamazos destaparon una botella de whisky.

—¡Cálmense! ¡Cálmense!

E iban de Argudo en Argudo.

—¿Vino con su papá? —le preguntaban otros a Diego, mientras tanto.

—...

—¿Cómo está aquí? ¡Diga!

Y cuando Diego comenzó a explicarse Manuel Cuzco echó a correr, barranco adentro.

—¡Mira! —le gritó Oñate al hijo—. ¡Es el cocolo nuestro! ... ¡Cógelo!

Manuel sintió el jadear del hombre a sus espaldas y saltó sobre una roca.

—¡Me boto! —dijo—. ¡Si me coge me boto! ...

Y lloraba.

Pero ya la manaza estaba sobre su hombro.

—¡Longo! —le dijo el amo en voz baja—. No nos hagas quedar mal ... ¡No llores!

—Y, levantando la voz mientras lo ponía ante el grupo:

—¡Mírenlo! También él ... ¡de aventura! ...

El niño forcejeaba.

—Voy a entregarte al soldado ... ¡Quieto!

Los demás ya estaban a caballo. Uno de los primos

le había puesto a Diego en el arzón de la silla, por la fuerza.

—¡Quieto, o usted también se irá con el soldado!...

¡Basta!

Ya Manuel Cuzco estaba con el preso grande, entre los gendarmes.

Partieron.

III

ULTIMA TARJA

Había sido de repente: El esbirro —Urdiales, el mayoral “de arriba”— pasó el puente y asomó a la puerta del galpón, con una lámpara. Argudo y varios mineros hablaban excitados, en torno al cadáver de un indio. El esbirro vio a su antiguo amo y soltó la lámpara. Ni un instante dudó —tal era la actitud de Argudo— y llevó la mano al mango del machete. Pero el amo lo detuvo.

Cayeron, jadeantes, entre los vidrios rotos. Alguien quiso separarlos y no pudo hacerlo.

—¡Déjalos!

—¡Déjalos!: ¡Qué se maten!

—¡Allá entre blancos! . . .

Y los que los rodeaban se alzaron de hombros. Todo el grupo se alzó de hombros.

En tanto los dos hombres luchaban en el suelo, confundidos. Crujían los vidrios de la lámpara en el cuero de las botas. Ahora Argudo estaba sobre el otro, pero la mano del esbirro reptaba hacia un casco de botella rota. Lo agarró y se armó como una víbora.

* * *

—Pareces un hermoso mendigo . . . —pudiera haberle dicho la víspera su hermano Ernesto, mirándolo de pronto, como solía hacerlo. Estaba junto al puente, solo. Ya su traje estaba desgarrado y la barba comenzaba a anillársele, rojiza. Tenía el puño lleno de guija-

rros y los iba soltando, uno a uno, en el abismo. Las piedras descendían verticales y a medida que se hundían semejaban ir perdiendo el peso, hasta que, lentamente, tal que pedazos de papel, desaparecían en la sima. ¿"Qué se hace el oro"?

El "Largo", siniestro atorrante que había llegado horas antes, se le acercó, zalamero. Argudo hizo como si no lo hubiese visto. El vago insistió y trató de interesarlo.

—¿Supo usted? —dijo—. Hace un mes han pasado unos estudiantes de medicina.

—...

—Y se han perdido, dicen que han ido a darlas donde los jíbaros.

Para Argudo, por viejas razones, la presencia de este hombre le era repugnante.

—Pero bueno... —siguió el vago— ¿nos tomamos un trago? —y torció el cuello hacia la cantina.

Argudo se desentendió del gesto.

—¿Y usted? —dijo—. ¿A qué ha venido? ... ¿Cuándo? ... ¿De qué huye?

—Qué hombre... Pero ya he dicho: ¿nos tomamos un trago? Siempre pensé esto en Cuenca: ustedes... ¡Los Argudo!

—No bebo.

Y le dio las espaldas, dirigiéndose al galpón donde estaba hospedado.

La noche cerraba. Creció el rumor del río y los vampiros comenzaron a cruzarse. Una piara de cerdos asomó por un sendero entre los plátanos de grandes hojas desgarradas, guiada por un niño. Gruñían sor-

damente y eran todos negros, de monstruosos hocicos. El niño parecía de paja toquilla por lo pálido y tenía los pies torcidos, deformados por los parásitos. Argudo lo detuvo, poniéndole una mano en el hombro: ¿Qué tienes? —le preguntó.

—Nada.

El cantinero asomó a la puerta.

—¿Te pasa algo? —insistió Argudo—. —Por qué estás tan pálido?

El cantinero intervino. Hablaba, y el niño lo miraba, espantado. Luego, el pequeño siguió detrás de los cerdos, ya confundidos con la noche. Después de unos instantes, se oyó un débil llanto, comido por los gruñidos.

No había una sola estrella.

—Tiene gusanos por dentro —había dicho el cantinero—. ¡Está regando hasta por los ojos! Es un gusano que se entra por la sangre y se embute en los intestinos . . .

En la cantina se encendió la lámpara.

* * *

Oyeron unos gritos, y Argudo y los recién llegados de la cordillera acudieron al puente. La luz que llevaban llegó hasta el otro lado del barranco e iluminó un grupo de mineros, entre los que había un negro. Algunos pasaban ya el puente. Lo hacían despacio, sin mirar el fondo, aferrándose a los bejucos laterales. Eran hombres del Sigsig, de sombreros semejantes a los mejicanos, a grandes rayas azules.

—¿Qué sucede? —les preguntaron.

—Un indio —explicó el que primero pasó el puente—. Tenemos que pasarlo, está hinchado, jipato, medio muerto. Le encontramos en el barranco de Huilán, ya con hormigas. . . Más de una legua le hemos cargado.

Del frente, una voz dijo:

—Póngase alguien con la luz en medio puente.

Y así iba a hacerlo un arriero, cuando Argudo se interpuso:

—Soy más alto —dijo—. Y avanzó entre las ralas tablas, con la lámpara en el puño.

—¡Con cuidado!

La luz barrenaba el abismo y se llevaba las sombras hacia abajo, sin llegar al agua.

Al frente un hombre alzó al enfermo por las corvas, y otro, el negro, por las axilas, y entraron al puente.

Los gruesos pies desnudos, semejaban hojas de tuna, y se acercaban a la luz, deformados por el virus, con las plantas rajadas. De pronto, retrocedieron.

—¡Aguarde! ¡Aguarde! —dijo el que los sostenía, y se volvió hacia el negro—. ¡Nos hundimos!

El puente se curvaba, crujiendo, pues siempre los hombres lo atravesaban uno a uno y ahora soportaba a cuatro. Bajó un metro hacia el abismo. En tanto, grandes mariposas azotaban la lámpara y el rostro de Argudo, que se volvió también a la orilla, medio ciego.

Hubo largo silencio. Al frente los del grupo hablaban quedamente, pero en cambio gesticulaban, con énfasis. Al notarlo, los que habían pasado ya el puente cambiaron miradas entre sí, y se volvieron.

El vago se acercó a Argudo.

—¿Sabe? —le dijo—. Yo ya sé lo que sucede...
—Y le tocó el hombro.

Le brillaban malignamente los ojillos al decirlo, vuelta la cabeza a la otra orilla.

—Espéreme —añadió—. E iba ya a su vez, a salvar el barranco cuando al otro lado el grupo se deshizo, y el negro entró al puente con el indio amarrado a sus espaldas. Avanzaba jadeando, lentamente, y la deforme cara del jipato se pegaba a la suya. Todos los miraban. El puente se fue hundiendo hasta que el grupo venció el centro y entonces comenzó a levantarse, como si respirase.

* * *

Cuando acostaron al enfermo al fondo del galpón sobre un lecho de hojas secas de plátano, Argudo acercó la luz a su rostro:

—Está muerto —dijo luego. Pero el negro puso la mano sobre el pecho del indio y comprobó que aún vivía. Un viejo aseguró:

—Y no se va a morir: con este mal pasa que se vuelven los hombres desde el otro lado. Sólo es una crisis.

Todos se miraron. El negro dijo, como protestando:

—¡Imposible!

Y miró a sus compañeros.

También Argudo sabía ya lo que sucedía: el moribundo tenía oro. Los recién llegados lo habían encontrado horas antes, no aún en estado de coma, y por eso no pudieron arrancarle su tesoro: lo tenía el infeliz en su sucio pañuelo atado a la cintura, bajo la

enorme mano. Cuando el negro extendió la suya hacia ese sitio fue tal la angustia del indio —los miraba— que todos lo respetaron. Habían convenido, pues, en esperar. Cuando llegaron junto al puente se les complicó el problema por la presencia de los otros, pero entonces ya no pudieron dividirse el botín, por la oscuridad de la noche.

Tampoco, nadie, consintió en que guardase alguien el oro mientras tanto. Y ahora allí estaban, en espera bárbara.

El galpón era de tablas —cedro puro— unidas al desgaire. Por las abras el viento se colaba, cargado de insectos. El techo era de zinc, pero sonaba infernalmente con la lluvia, y esto pasaba casi a diario. Ahora nada de esto había. Podía oírse el trágico estertor del moribundo. También el crujir de los guijarros del piso, cuando los hombres se movían cambiando de postura.

El estertor cesó. Deglutió el enfermo, y otra vez pareció muerto. Y otra vez Argudo acercó la luz al rostro deformado, y la mano del negro buscó el corazón, asentándose en un sitio, en otro, en otro, sobre el tórax.

Todos los rostros preguntaron.

—Llegó al fin, —dijo el viejo, al ver que otra vez el negro movía la cabeza negativamente— y de allí se regresa; ya les dije.

El negro retiró la mano. La tensión disminuyó en torno. Argudo se llegó a la puerta. Cuando desde allí volvió el rostro, sólo el vago y el negro estaban junto al indio. Los demás se movían entre las tarimas. Alguien cantaba al frente, en la cantina, una canción de

la sierra. de desesperante monotonía. Del galpón salieron tres mineros, desaparecieron en la sombra y se iluminaron luego en el dintel de la taberna. Al otro lado de todo era negro. Cuando la voz cesaba renacía el murmullo de las aguas, y la noche se movía, como enorme balsa amarrada a las lámparas.

Adentro, el negro (era el de la "mandíbula de vidrio", que meses antes pasara con el hombre de Alaska) cada vez se concentraba más, y no apartaba la vista del agonizante. Una hormiga roja asomó en el hombro de éste. Anduvo hacia su cuello.

Se detuvo. Volvió a donde había aparecido y por el brazo del indio descendió a tierra. Súbitamente el negro la pisó, como si todo el tiempo no hubiese esperado sino esto.

La lámpara estaba sobre una tabla, apegada al muro, a poco más de un metro de la tierra.

El viejo dijo, mientras el enfermo respiraba acompasadamente:

—Ahora está en pleno camino; se regresa.

El negro miró de soslayo la lámpara, y se puso de pie de tal manera que su hombro desquició la tabla. La lámpara giró sobre su base . . . y no llegó a caerse.

—¡Cuidado! ¿Qué pretende? —dijo Argudo, desde la puerta.

La lámpara alumbró más vivamente y sonaba enronquecida, junto al rostro del negro.

Argudo iba a entrar, cuando una voz clamó, al otro lado del barranco:

—¡Una lámparaaaa!

Varios acudieron al llamado. También Argudo, pe-

ro desistió, de pronto, y cuando regresó al galpón, el indio estaba muerto.

—Aquí hubo una mano . . . —dijo el viejo.

Todos miraron al negro. El vago protestó:

—¡Cómo han de creer! —dijo—. El ha estado conmigo todo el tiempo —luego rió siniestramente—.

¿Y si no estuviera muerto ni ahora? —añadió, opri-
miendo el hombro del indio.

De pronto el gamonal se sorprendió. Pegó la luz a la cara del indio y revisó su piel atentamente, como si revisara la corteza de una tarja. La muerte había perfilado al hombre y estaba distinto: una gran cicatriz se había aclarado en su rostro y le unía los dos ojos. Es Tacuri —pensó para sí el gamonal—.

Es Felipe Tacuri, mi indio.

Y se encaró con los que esperaban:

—Este indio es mío —dijo—. Tengo pruebas.

—¿Suyo? Entonces, ¿es usted de la hacienda?
¿Argudo?

—Argudo, sí. ¿Y qué?

—Este indio no le debe nada. Urdiales, su mayoral, les persiguió a todos en su nombre.

—¡Y con qué mano!

—Todo el trabajo de esta pobre gente está en sus manos.

—Y no sólo eso . . .

—Y debe llegar de hoy a mañana —concluyó uno de los presentes—. Con dos libras de oro viene por lo menos.

Así es lo que ha hecho . . . dos muertes se le achacan.

—Ya llega.

—El es.

Y la figura del mayoral se recortó en la puerta.

* * *

En la atroz mano del esbirro el casco de la botella rota avanzaba, inexorable, hacia la nuca del amo, con esa tensa lentitud de dos fuerzas en pugna apenas desiguales. Se diría la cola de un alacrén porque amo y esbirro eran uno solo en la lucha.

Los circunstantes dudaban. Iban, por fin, a intervenir, cuando una pila de sangre saltó de bajo el vidrio hasta sus botas.

VI

ALGO SE MUEVE

I

EL PRIMER HOMBRE

Sucede alguna vez que aves de la yunga rompen tal que un vidrio el límite entre un clima y otro: la bandada, entonces, gira, perdida, en los delgados aires de la sierra. Y era algo así lo que preocupaba en ese día al barrio: salían los hombres en mangas de camisa a media calle, aulaban los perros y en la colina tejedoras y niños extendían el índice hacia un remoto punto del espacio. Minutos antes, aves "nunca vistas" —eran grises, con pintas rojas en las alas— habían cruzado sobre los tejados.

Una pasó, aturdida, a la altura de las puertas, y de repente se detuvo —con las alas abiertas, en el aire— y cambió rumbo. Sólo un instante estuvo inmóvil, pero a la gente ese instante le pareció un minuto.

—Y yo le ví los ojos . . . —dijo una chola—. Eran de candela!

—¡El Espíritu Santo!

—¡Y con gotas de sangre en todo el cuerpo!

El musical rasgarse del aire había entrado en todos los oídos.

—¡El fin del mundo!

Cuando un niño lloró y los demás se acogieron, medrosos, a las polleras de las madres, Argudo, el enfermo, que se había llegado a la esquina, procuró calmarlos. Explicó el fenómeno, y refirió que eso era común más cerca del Oriente. Dijo que cierta vez tres grandes bestias de la cordillera, desorientadas por la niebla, habían irrumpido en una aldea. Los campesinos las mataron con sus instrumentos de labranza, pero antes las tres fieras habían dado muerte, enloquecidas, a una mujer y a varios niños.

* * *

Ya por la noche el barrio estaba en paz, pero algo extraño había quedado en el ambiente. Por eso, cuando la María grande subió de la ciudad y dijo en la esquina, de pie ante un grupo de cholas, fatigada, con angustia: El primer hombre . . . ¡Vengo viendo al primer hombre! —un escalofrío estremeció al grupo—. ¿Qué era eso? Y hasta las más sencillas gentes se estremecieron. Y es que, además, el pueblo estaba como nunca propicio a esperar cosas sombrías. La fiebre del oro, ya en descenso por la hostilidad de las tribus orientales y por otros factores, había arrojado saldo desastroso: los Bancos aumentaron sus reser-

vas, ciertamente; se amasaron fortunas, nadie puede negarlo; pero los auténticos trabajadores rara vez llegaban en persona a las ventanillas oficiales: vendían su oro en los caminos, en la selva misma, a quienes los forzaban a ello en cierto modo, aprovechándose de las circunstancias. O no lo vendían: lo gastaban bárbaramente impulsados por el alcohol, estratégicamente ubicado: "¡La playa aguanta todo!"

Y ahora ya no podían regresarse. Volvieron a los campos, desolados, víctimas de enfermedades tropicales, y muchos llegaron a la ciudad en busca de trabajo, pues la falta de brazos había impulsado a los dueños de la tierra a trabajarla de otro modo: ahora había varios tractores. Avanzaban las máquinas, sonantes, por las carreteras, hacia las lejanas haciendas que antes sólo conocieron el primitivo arado. En una sola hora, hacían el trabajo de las yuntas en interminables días. Muchos peones, pues, ya no eran necesarios en el campo, y asomaron en las calles de Cuenca. Naturalmente encontraron trabajo porque los nuevos ricos edificaban sus palacios y donaban dinero para la construcción de templos. El municipio, además, iba a pavimentar las calles con mármol, porque el mármol abunda en esta tierra, y con ser mármol cuesta menos que el asfalto. En las canteras hormigearon los trabajadores. Pero éstos, antes campesinos, quedaron convertidos en obreros. Y sus mujeres y sus hijos vinieron también a la ciudad. Y las mujeres aprendieron a tejer sombreros. Creció el número de tejedoras y disminuyó por lo mismo la demanda y el precio se vino "por los suelos".

En tanto muchas cosas habían sucedido en el barrio:

Un día la María chica asomó "en las nubes", a tres metros de la calle y anunció que el sombrero de la Virgen estaba casi concluido. Levantaba al decirlo el bello tejido ante los ojos de las otras cholas.

—¡Dichosa! ¡Dichosa! —comentaron éstas—. Y ya desde ahora —añadían— está en el cielo... ¡tan arriba!

Y es que el barrio estaba siendo transformado. Habían desviado el torrente hacia otra calle más remota, (pronto lo cegarían para siempre) y suavizado después la gradiente de la vía, con lo que las tiendas de las tejedoras se quedaron sin acceso y hubo que dotárseles de escaleras provisionales, labradas en la propia tierra de la antigua acera. Ahora el grito: "No se acerquen a la esquina" se había transformado en: "¡Van a romperse los bautizos!"

Pero los chicos como siempre no hacían mayor caso y ya tenían juegos apropiados para este nuevo medio.

.

—¡Qué alas ni qué alforjas! —le había dicho un día la chola agria al niño tísico—. ¡Vas a despeñarte! Y bájate de mis gradas y no vuelvas!

No volvió en efecto porque se lo llevaron. Ahora estaba en el "Miguel Delgado", el hospital de los tuberculosos.

—¡Y usted, mala —le increpaban a la chola agria las vecinas, cuando se llevaron al niño, entre lágrimas— usted, se burlaba del serafín del guagua!

También las madres sentábanse en las gradas, siempre con el tejido, y así éstas presentaban un curioso aspecto con su cascada de paja y de polleras.

El burro del molino había muerto de viejo. A su vez, el molino se detuvo —llegaron tres molinos eléctricos— y ahora un monumento a Cristo Rey se estaba levantando en ese sitio. Dominaría a la ciudad con el tiempo, desde la colina, y su especialidad consistiría en que un solo sacerdote y con el platillo de limosnas solamente, lo habría levantado.

Nada de donativos especiales, ni de ayudas del Municipio. “Con el platillo se levantan cerros”. Y tarde y mañana pasaba por el barrio el sacerdote, enflaquecido, pálido, poseído de un ardor frenético: “Primero Dios, Primero Dios y después Vos”.

Y alargaba el platillo al pie de las escaleras.

El cojo había enviado desde Guayaquil diez sucres más para su abuela. “Ya gano —decía en su carta— treinta y cinco sucres, fuera de la comida: ¿no les estaba diciendo?”

Pero las madres ocultaron la carta: todavía sus hijos admiraban “peligrosamente” al fugitivo...

.

La María grande había tenido nuevos vértigos.

.

Se acercaba el esperado día de la Coronación de la Virgen, y seguían llegando pueblos con su aporte, en romerías que recordaban las de Lourdes, porque venían en ellas los enfermos.

La campana grande sonaba más que nunca. Y cuando la tocaban a rebato, era como si todo el horizonte fuese el bronce. Y la comba del cielo atardecía herida, con los cardenales azules de las colinas en los topes, como la huella del golpe en las campanas.

.

Un día llegó al barrio un judío. Grupos de inmigrantes deambulaban por las calles desde hace algún tiempo. Tenían el aire de quien se encontrara en otro planeta, libre de las vestías, y parecían muy felices. Luego fueron desapareciendo: unos se habían ido a los lavaderos y otros, obligados, dedicáronse a la agricultura. Y sucedió que los "judíos" les cobraron arriendos tan crecidos por las tierras que otra vez asomaron con los brazos caídos. Pero sus hijos jugaban en los jardines públicos. Jugaban con los cocos. Y los más tiernos desfilaban, abriéndose bajo el sol en sus pequeños cochecitos, empujados por las madres. Estas eran muy rubias y sus enjutos rostros revivían.

El hombre que subió al barrio estuvo largo tiempo entre las tejedoras. No se cansó de verlas trabajar ni de palpar la paja y los tejidos, pugnando por preguntarles algo, por señas, pues no sabía el castellano. Y cuando vio el sombrero de la Virgen no parecía darle crédito a sus ojos. Se fue al fin y, mientras se iba, escribía en su cartera. Después, el hijo del Huallmico

que desde las gradas de su tienda había visto cuanto escribía el extranjero, dijo:

—¡Puro números!

.

Crecía, libre, en tanto, el hijo en el vientre de la Juana. Libre, porque en los primeros meses la joven se fajaba, o se cubría el vientre con el tejido, hasta que un día la María grande se impuso:

—Ya te dije en Año Nuevo: ¡De mi cuenta alza la frente!

Y publicó el caso en la esquina.

Ahora la Juana aseguraba:

—¡Se mueve aquí adentro! ¡De veritas . . . se mueve!; me llama con el piccito . . .

Y seguía esperando a su hombre. Tampoco llegaba don Ricardo, pero había buenas noticias acerca de su paradero.

—¿Y qué se hizo, al fin, el hombre herido? —le preguntaron un día a Diego sus hermanas.

Y él no supo qué decirles.

.

Los cortinajes negros estuvieron un día y una noche y otro día en casa de los Argudo.

Diego y Manuel Cuzco habían vuelto. Ahora ambos soñaban con irse nuevamente.

Una mañana, Carmen Argudo, la aristócrata, pasó a la colina, entre las salutations de las cholas que tejían en las escaleras. Iba de luto y su vestido realzaba

la blancura de su rostro. La media campana de su melena de cobre le llegaba hasta los hombros y la cintura . . . las manos de cada chola agavillaban el aire, ponderándola.

Volvió la cabeza en la esquina, y un instante se detuvo, mirando calle abajo. Hizo un señá y se perdió.

Una chola dijo:

—¡El cañamazo!

Subía, en efecto, detrás de la muchacha. Pasó entre las tejedoras sin mirarlas, algo cohibido. La mano en la corbata, en la cintura, en el bosillo.

Pasó, y cuando las cholas comprendieron lo que sucedía se escandalizaron.

—¡Dios no quiera!

—¡Ave María! . . .

Y la chola agria que era su pariente remota, le gritó:

—¡Florencio! ¡Florencio!

Y él no se volvió, pero la nuca se le puso roja.

—¡Florencio! —siguió la otra. E iba ya a decir: “¡Saludarásle a mi tío!”, cuando Oñate volvió el rostro, enfurecido. Así estuvo un momento, a punto de volverse.

Pero siguió su camino.

—Dije —explicó la chola, algo asustada— adrede, para que otra vez no me tire prosa . . . ¿Qué les parece? ¿Y se casarán? Mentira parece.

—¿Y la plata? . . .

—¿Y ella no tiene plata?

—Tenía . . .

.

Algunas cholas habían emigrado a otro barrio, porque una casa se cayó cuando los jornaleros cavaron la calle, pero venían siempre los domingos a visitarle a la María grande. Y una mañana asomó una de ellas con la hija de "traje", esto es, ya con vestido corriente, sin el paño y sin las típicas polleras de bayeta.

—¡Adefesio! —exclamaron las cholas del barrio.

Y la muchacha se llevaba las manos a los muslos, como si estuviese desnuda.

—¡Y con melena! —continuaron las otras, ante las protestas de la madre—. ¡Ave María!

Después, una chola del barrio, joven como la transformada, dijo:

—¡Ay! . . . Bien le queda el traje, lindo queda a todas . . .

—¡Oíganle! —exclamó otra—. La tal hermanita de don Antonio es la que primero dio el mal ejemplo . . .

Y la chola agría:

—¡Hermanuta, diga!

—Todo está cambiando —dijo la María grande, cuando le refirieron el suceso, y contó que también ella había visto "una rueda enterita de guaguas en la plaza jugando", y de melena, y traje corto: "las trenzas a dónde también volarían y los trajes . . . ¡para nada!: de papel parecían".

.

El día que los pájaros perdidos alarmaron al barrio nació una niña, en la última tienda de la calle, ya casi

en el campo. Cuando faltaban pocos momentos para ello, el padre, un obrero joven, se paseaba por la calle, angustiado.

De cuando en cuando una chola sacaba la cabeza por el marco de la puerta:

—¡Ya mismito! —decía.

Los chicos comentaban:

—Fíjate en los dedos . . .

Pues el obrero tenía sus manos a la espalda, como en brasas.

Y cuando una chola asomó y lo llamó por fin, él acudió tropezándose en las escaleras. También los chicos se acercaron, pero sin conseguir ver nada por lo pronto, porque un estrecho círculo de personas grandes se lo impedía, como siempre. Pero pensaban que debía ser maravilloso cuanto sucedía, y se abrían paso con la cabeza, con los codos, mientras un chillido agudo triunfaba sobre todo.

Por fin, el ruedo se deshizo, rompiéndose en comentarios:

—¡Tejedorita ha sido!

—¡Pobre! . . . Con la paja al brazo nacen las hembras.

—¡Con el sombrero empezado, digan!

El padre estaba al borde del angosto lecho, la mano abierta contra el muro. La madre, vuelta la cabeza dulcemente hacia la guagua. La María grande, fatigada, ocupaba la única silla, junto al lecho.

Ella había atendido a la parturienta. Movía la cabeza, cuando escuchaba a las otras.

—Cierto es —dijo por fin— mejor hubiera sido hombre. Cierto: más gana el hombre silbando que la

mujer hilando. Pero no sufra, —y tocaba la rodilla del obrero— no sé qué me siente. Algo está pasando ... ¡Algo! Nosotros moriremos como hemos vivido: se acabarán nuestros pulmones; quedaremos ciegos, pero los hijos ... ¡a qué cuenta! Oigo que en Guayaquil los soldados han matado al pueblo. Por hambre se habían levantado ... y han matado a tantos que sin tener donde enterrarles les han hundido en el río ... y que sobre las mismas aguas el pueblo ha puesto cruces, al acaso. (1)

—Por eso mismo —le contestaron—: cada día ... ¿no ve? Cada día que pasa más nos desesperamos.

Y la chola:

—Eso nosotros, pero para ellos ... todo será distinto. Ya dije: algo ... algo está pasando.

—Lo mismo nos decían a nosotros —siguió la otra— cuando éramos guaguas ... ¿Y cómo estamos viviendo?

Fue en ese instante cuando un niño entró a la tienda, aturdido:

—¡Vengan! —dijo— y no podía expresarse, y extendía el índice hacia el invadido cielo.

* * *

Llegó pues, muy tarde la gran chola, angustiada. Las tejedoras ya se retiraban a sus tiendas, y puertas lejanas se estaban entornando. La recién nacida lloraba a lo lejos, desesperada, amargamente, y una madre comentaba:

(1) Histórico.

—Parece que alguien, escondido, les martizara a las criaturas —decía—. Es de volverse loca . . . Cómo lloran, ¡Dios mío! Y una no sabe qué les duele.

Cuando la María grande dijo:

—¡El primer hombre! Vengo viendo al primer hombre! —todas la rodearon:

—¿Qué dice? ¡Cuenta! ¿Cómo dijo?

—Vengo viendo —siguió— un hombre joven, dormido en el portal de la plaza grande. No digo mendigo ni borracho: joven. ¿Cuándo hemos visto esto?

Y trataba de explicarse, pues ya de los rostros de las más, la emoción se había ido.

—¡Joven! —seguía la María grande—. Joven, bueno y sano, y con la ropa rota y la cara de hambriento.

Ella, la gran chola, sí, sentía; vagamente sentía que se estaba nivelando el mundo, que esta primera ola humana llegada hasta el portal de la ciudad tranquila y relativamente satisfecha, era la punta de esa gran masa que se echa a las calles y las plazas del planeta, sin trabajo.

—En Guayaquil —siguió— que es tan grande, he oído que hay esto, pero aquí ¿cuándo, antes? Pero aquí, hasta mama Luz, con ser mendiga ciega, tiene donde arrimarse . . . Algo, algo, está pasando.

.

Largo tiempo estuvo todavía en la esquina la María grande, y hablaba y hablaba, como nunca.

Y esa noche el primer hombre, rota la camisa en el hombro, se movió hasta la amanecida en el corazón del pueblo, con los ojos abiertos.

II

ECO

Hay un grupo cerrado en la esquina. Llegan más gentes y se detienen, preguntan: —¿Qué sucede? —y alzan los rostros al borde del gentío—. Brota de él Argudo y se aleja, mientras la muralla humana vuelve a estrecharse, atenta solamente a lo que sucede adentro.

El sol llega hasta los cimientos de las casas ahora al descubierto por la nivelación de la calle, como royéndoles el hueso; y trae a la memoria el tiempo de la sequía.

Argudo apura el paso. Llega a la casa y llama a su madre.

Sale la señora y se inclina sobre el balaustre.

—¿Te acuerdas —dice el hijo— de esa indécita que se hizo loca una noche en las alturas de la hacienda, cuando la sequía? La vengo viendo —continúa, sin esperar respuesta—. ¿Y sabes cómo?: Ha escapado del Hospicio, sin duda; está en la esquina, junto al grifo; lo ha abierto y mira atentamente como se va corriendo el agua, y dice ¿A dónde corres? ¿A dónde corres? ¿A dónde corres? . . .

Y sigue, sigue, y su voz va en ascenso hacia el grito:

—¡A dónde corres! . . .

—¡Basta! —le interrumpe la madre—. ¿Qué te sucede? ¡Cuidado!

Y baja las escaleras precipitadamente, entre sollozos.

.

La indiecita, en tanto, seguía junto al grifo, preguntando, mientras movía la cabeza: ¿A dónde corres? —y el hilo de agua se alargaba, claro, ante sus ojos, con musical murmullo.

III

LA TINAJA DE LOS INCAS

La alarma cundía en toda la ciudad, arremolinando a la gente ante la pizarra de los Diarios. Por fin, a la tarde, los canillitas regáronse por calles y plazas con la nueva: "Sanagüín, teatro de una espantosa tragedia". "Todos los Guardas del Estanco que fueron hace días en persecución de los contrabandistas han sido bárbaramente masacrados".

Sanagüín queda en el declive de los Andes occidentales, hacia el mar. Es una gran región que cae sobre las llanuras cultivadas de la costa, en grandes tumbos de selva aún indómita. Por largo tiempo había sido evidente para las autoridades del Estanco que esta zona era un emporio de contrabandistas, ya que varias veces fueron sorprendidas recuas cargadas de alcohol en los desfiladeros de la Cordillera, pero no daban con el foco del contrabando por lo desconocido del terreno y por el mutismo de los arrieros apresados. Hasta que un día un guarda perdido en la montaña lo halló por casualidad: eran pequeñas destilaciones y algunas hectáreas de caña de azúcar, cuidadosamente escondidas dentro de un cerco de selva.

Y comenzó la lucha que culminó en tragedia.

Las circunstancias que la rodearon: incendios, asaltos a machete y, sobre todo, la maravillosa lealtad de la aldea en que vivían las mujeres y los hijos de los reos, que se selló como una sola arca a los interrogatorios, encendió la imaginación del pueblo: durante muchos días se comentó el hecho y cada vez

había nueva alarma, porque seguían llegando nuevos presos y gentes ya tenidas como muertas.

Y en toda la ciudad probablemente nadie sufrió más que Diego en esos días: la persecución de contrabandos se extremó desde entonces. Oía todavía el niño aquella frase lejana: "En las casas grandes, donde los caballeros". Naturalmente sus padres también se alarmaron y resolvieron suspender la destilación, en espera de mejores tiempos. Tan sólo destilarían —así lo convinieron— el mosto sobrante. Pero a medio día llegó un amigo con malas noticias y hubo que sacrificar hasta ese último recurso, y fue derramado el mosto que esa misma noche "iba a volverse plata", al salir de los cántaros. Una capa de tierra hábilmente tendida cubrió después la boca del subterráneo, y Diego pensó en su tinaja, con pena y alegría: "Otra vez enterrada". Y le quedó mirando a la anciana india que fue la última en salir de bajo la tierra. Todos la miraron... ¿Tendrá unos cien años? —le preguntó Diego a su madre, en voz baja. Y añadió: debe quedarse con nosotros... —pues la anciana ya hablaba de volverse a su tierra.

—Debes quedarte con nosotros —le pidió la señora— no tienes hijos, tu sobrino está en la costa: ¿qué vas a hacerte sola? Tu "niño" está en Quito.

Y se quedó. Su "niño" era el amigo de las sienes blancas. El volvería. Estaba segura de que volvería.



Pero otra vez como en los lejanos días que precedieron al cambio de lugar de la tinaja y que le habían

hecho exclamar a la María grande, ante Diego descalzo: "¡Como si un rayo le hubiera caído en los piecitos!", otra vez la extrema pobreza entró en la casa. Volvieron a crecer los cuartos dejándole sitio y los días pasaban largos y vacíos y nuevamente el hombre desempolvó el Código, en vano: no acudía a su despacho sino uno que otro indio despojado, que apenas tenía para timbres fiscales. Más bien su resolución le ocasionó disgustos: una mañana cuando Diego entró en su casa volviendo de la escuela, se topó en el zaguán con un sucio sujeto de ojos lagañosos bajo lentes sin cerco y chaquet de largos y sebosos faldones. Decía buscar al "doctorcito" y llevaba un gran legajo de papel sellado bajo el brazo. Diego le condujo hasta el despacho de su padre y retornó al patio. Después de unos minutos el visitante reapareció, pero ahora demudado. Trás él salió el padre de los niños con el índice extendido hacia la puerta de la calle, violento. Todavía el hombrecillo trató de alegar, pues, se detuvo en el zaguán y habló atropelladamente hojeando el legajo, pero el hombre exclamó:

—¡Fuera! —terminantemente, y retornó a su despacho.

Los niños salieron a la puerta de calle. Ya se alejaba el tinterillo con la leva entre las piernas.

—¡Bicho! —gritó una de las niñas.

Y los transeúntes se rieron, moviendo la cabeza afirmativamente.



La anciana se ocupaba en pequeños quehaceres

domésticos y casi todo el día se pasaba en el patio "sacando" los montes o remendando complicadas polleras, ricamente bordadas aunque descoloridas. Otras veces se ponía rabiosa e insistía en que debía volverse al trabajo. Y como no se le complacía, lo atribuía a que ella "estaba sola en el mundo". Y se volvió extremadamente susceptible. Y un día asomó con esta nueva:

—¿Qué le parece, niña?: no he estado sola en el mundo —le dijo a la señora—: vengo hallando a mis padres. Yo no sabía por qué los del puesto de leche eran tan buenos conmigo: todos los días me abrazaban, me daban panes enteros: y ahora sé que han sido mis padres.

Desgraciadamente hubo quien le dijo, al oírla, que estaba chocheando y que cómo podían ser sus padres el señor y la señora del puesto de leche si eran más jóvenes que ella. Mas, con todo, desde ese día se sintió muy feliz y pareció revivir y le dio por vagar horas enteras por las calles. Y una tarde asomó alarmada y refirió que en San Sebastián los guardas habían sorprendido un contrabando y que el reo había dicho: "¿Y por qué sólo a mí? ¿Y por qué no buscan en El Chorro, donde hay tantos?" "Descuide" —le había contestado el Jefe—. "Hoy hay batida general" . . .

Fue un día amargo. Una y otra vez la familia revisó la capa de tierra que cubría la entrada del subterráneo, tanto, que convinieron más bien en no volver a tocarla por temor a hacerla más notoria.

Diego no se estaba quieto un sólo instante, ya saliendo a la puerta de calle, ya rondando el subterráneo, y, al pasar por un cuarto, vio sin quererlo cómo

su madre, creyendo no ser vista, escondía un revólver, aquel de "batirse con la vida", detrás de un cuadro de la Virgen.

Serían las cuatro de la tarde cuando por la esquina asomó un pelotón de guardas armados. Sólo la anciana estaba en la puerta en ese instante. Entró y dijo:

—¡Vienen! . . .

—Déjenme a mí solo —dijo el hombre entonces, muy pálido—. Entren todos a los cuartos y nadie diga nada.

El pelotón no llegaba. Tardó tanto que el hombre salió a la puerta de calle: los guardas habían desaparecido. Pero grupos de cholas hablaban más abajo, animadamente y otras gentes corrían desde las esquinas, perdiéndose en la calle contigua.

El hombre entró. Salió la anciana en seguida, con Diego, y pronto voltearon la esquina: la calle estaba llena de curiosos que se aglomeraban frente a una casa baja de tortuoso zaguán, en cuyas puertas los guardas impedían con sus rifles el paso de la gente. Diego se abrió paso hasta los umbrales: varias mujeres enlutadas lloraban en el patio, y de tiempo en tiempo guardas armados entraban y salían de los cuartos. El patio era estrecho y casi todo su aire estaba ocupado por una higuera humosa, pegada a ennegrecidas paredes de adobe. Sonó un disparo adentro y la gente se arremolinó y los guardas de la puerta entraron, seguidos por algunos curiosos.

Diego llegó hasta medio zaguán y pronto retrocedió, porque en el patio asomó un hombre preso, en mangas de camisa, con el brazo sangrante. Estaba

mortalmente pálido y no decía nada. Detrás de él venían otros guardas con una tinaja, dos barriles y una pequeña alquitara. "De laboratorio" —dijo un señor al verla tan pequeña, y añadió: "¡Pobre gente!" Y un murmullo sordo atravesó el gentío cuando el herido fue llevado hasta la calle. Una niña como de trece años, con las medias rotas, desesperadamente, trataba de libertarlo.

—¡La hijita!

—¡No le dejen llevar! —gritó una tejedora—. ¡No le dejen!

Y fue anchamente coreada:

—¡No le dejemos!

Los guardas llevaron al herido hasta media calle, y allí esperaron a quienes traían el "cuerpo del delito". Sacaron el alambique. Luego, un barril medio deshecho, uno de cuyos aros desprendióse y quedó sobre las piedras, y, en seguida, la tinaja. Olor intenso a mosto impregnó el ambiente. Y cuando el grupo anduvo, llevándose al herido, una voz dijo:

—¡No le arrastren!

Y alguien lanzó la primera piedra. El Jefe, aturcido, disparó al aire. Por un momento sólo él y un niño que se apoderaba del aro en ese instante, quedaron en un ancho sector despejado, pero otra vez la gente fue acercándose.

—¡Cobardes! ¡A nosotros dispárennos!

—¡Al mandón! ¡Al mandón! . . . ¡En el hocico! ¡Desempedremos la calle!

Y llovieron las piedras. Ahora hubo varios disparos.

—¡Cuidado, niño Diego!

Allí estaba la anciana, protegiéndolo, pero también ella recogía piedras. El gentío bramaba. De improviso Diego se sintió arrastrado por su padre. Apenas tuvieron tiempo de llegar a la puerta de la casa, seguidos por la india, cuando un pelotón de caballería asomó al galope, llenando la calle hasta los bordes.

El hombre cerró las puertas.

Paz.

Por un momento olvidaron su propio problema.

—¡La Guadalupe se batió con el Jefe! —aseguró Diego.

—¡Exagerado! —dijo el hombre, sonriendo. Pero todos miraron a la anciana: estaba en medio patio y al sentirse aludida se turbó y una gruesa piedra, clara, filuda, cayó junto a sus pies, desde su seno.

* * *

¿Cuándo pasarán —pensaba Diego— estos horribles días? Estaba ahora en San Sebastián, donde la india dijo que había sido sorprendido el otro contrabando. ¿Cuál sería la casa en la que lo encontraron? Llegó el niño hasta la plaza, junto al templo. El barrio estaba desierto y soleado. Al fondo destacábase el sombrío edificio de la cárcel, con el zaguán repleto de curiosos. Desde que llegaron los presos de Sana-güín siempre había gente en las inmediaciones. La sangre se le helaba al niño cuando veía formarse nuevos grupos en las calles—. ¿Qué pasará ahora? ¿Cuándo se acabarán estos horribles días?—.

Y por no ver la cárcel, echó a andar hacia su casa. ¿Cómo estará el subterráneo después de tanto tiem-

po? ¿Por qué no se le ocurrió a su padre sacar otra vez la tinaja al patio? ¿Cuándo podría, por fin, verla a toda luz? ¡Qué pequeña y ordinaria la del contrabando de la víspera! Seguramente esa niña de negro que defendía a su padre ni siquiera sabía que podía haber tanta maravilla. Qué bueno ser su amigo y explicarle estas cosas. Ya veía la casa de ella. Nadie pasaba ahora por donde ayer no más había tanta gente. Se detuvo ante la puerta. ¡Qué triste era la higuera arrimada al muro con las hojas terrosas! Por una puerta abierta veíase un cuarto en penumbra, con amarilla estera en el piso y cuadros de santos en los muros. Diego pensó en el de la Virgen y se acordó de su madre cuando ésta, angustiada, escondía el revólver. Qué raro: nadie había en la casa y los cuartos estaban abiertos. ¡Sangre!: sobre las piedras había varias gotas, ennegrecidas por el sol. ¡Qué pálido estuvo el hombre, en media calle, con la sangre en el brazo! Ahora un chico pasó, corriendo ¿no era el que ayer se llevó el aro del barril del contrabando? Y lo miró atentamente. El chico llegó a la esquina y se detuvo, boquiabierto. Miraba hacia la casa de Diego. ¿Qué miraba? Una chola se detuvo también, en actitud idéntica. Algo dijo después en la puerta de una tienda y otras personas asomaron y todas miraron hacia el mismo sitio. Diego sintió una horrible sensación en el estómago, mientras trasladaba todas las escenas de la víspera a la puerta de su casa. Y se arrimó al muro. Sólo cuando imaginó a sus dos pequeñas hermanas abrazándole a su padre —“no le arrastren!”— se llegó hasta la esquina y todo lo vio, como a la luz de un relámpago: ¡La tinaja! Estaba en media calle, junto a su padre,

amarrada. Indios en mangas de camisa trataban de levantarla, mientras hervía el cholerío —allí estaba la María grande— sobre las piedras de la calle. El hombre —Diego respiró: no era su padre— les hizo una seña a los indios, y de pronto, el niño se sintió sostenido por los hombros.

—¿Qué te sucede? —le decía su padre abrazándolo. Y luego alzando el rostro hacia la tinaja: —¿Creíste? ... —añadió—. Ya me lo suponía ...

Diego tardó mucho en reaccionar pero su padre estaba radiante:

—¡Mírala! —dijo— ésta sí es de los Incas. La están llevando al Municipio.

Y le llevó hacia la tinaja.

—Espérese —le dijo al hombre, que ya les había ordenado avanzar a los indios. Y cuando éstos la volvieron a dejar sobre las piedras, se acercó con su hijo.

—¡Mírala! La desenterraron ayer, aquí, muy cerca, en Pumapongo (1). Olvidé contarte. Es ésta, ¿no? —añadió— dirigiéndose al hombre.

—Sí —repuso él—. Véala, véala, vale la pena. En los diarios de hoy salió la fotografía.

Parecía de bronce. Era algo más pequeña que la del subterráneo aunque de labios más gruesos. Tenía un extraño parecido con los indios que la conducían, y un rojizo sol en alto relieve iluminaba su dorso.

—Y cuando se le llena de agua se levanta —aseguró el hombre— como si tuviera vida propia. Si quieren

(1) Ruinas de la antigua Tomebamba, descubiertas cerca del barrio, por esa época. "Pumapongo": Puerta del león.

verla mejor —siguió— acérquense mañana a la casa del pueblo: voy a exhibirla.

Y otra vez ordenó a los indios conducirla.

—Sí es mejor que la nuestra —dijo Diego, mirándola alejarse.

—Es que la verdad es más hermosa siempre. La nuestra no es de los Incas —le contestó su padre— sino que no te lo dije nunca terminantemente, por no desilusionarte. Y ahora, óyeme —y le puso las manos sobre los hombros—. Oyeme: ¿sabes lo que sucede?: nos vamos a la costa . . . Figúrate: la orilla del mar!

— . . . ¿Cuándo?

—Muy pronto: he encontrado trabajo: nos vamos primeramente a Quito . . . Figúrate: nevados, calles en las nubes . . . Luego, regresaremos, y de aquí a Guayaquil, a Jipijapa, al mar. ¡Y en avión!

—¡Le llevaremos al Pajarero!

—Ya lo pensaremos; ahora vamos a contarlo en la casa.

Y antes de entrar volvieron la cabeza. Ya la tinaja estaba lejos, bamboleante sobre los hombros desiguales. El dueño iba junto a los indios, levantando los brazos, a ratos, como ayudándoles a sostenerla con sus ademanes. Y la gran boca negra subía y bajaba, y desapareció detrás de la esquina.

IV

EL PAJARERO

—¡Mírenlo! —solía decirle ahora, sarcástica, la patrona a Manuel Cuzco—. ¡Mírenlo! . . .

¡Don Quiñones! ¿Onde está el chuzo?

Manuel había vuelto a su vida de antes de la aventura y estaba preocupado porque su pequeño amo casi seguramente no se presentaría a los exámenes finales y en ese caso tampoco a él le enviarían a la escuela. No obstante, estudiaba como nunca: todas las noches, en la cocina, surgiendo de entre tiestas y basuras, aparecía en las manos del cholito un ladrillo poblado de mayúsculas hermosas. La cocinera le quería. Ella tejía mientras Manuel estudiaba, y cuando la chola trabajaba sombreros para niños, la cabeza de Cuzco era la medida. A veces el niño se quedaba dormido en la falda de la tejedora porque ésta velaba con frecuencia. La chola sufría de jaquecas.

—Me duele —le explicaba a Cuzco— como si tuviera la piedra de moler ají en la cabeza.

—Usted descanse —le decía entonces el niño—. Yo le daré soplando la candela.

También Manuel solía enseñarle a la chola lo que él aprendía en la escuela. Y el profesor se erguía con un carbón en la mano:

—La l es la más alta; así, así, y en el libro está escrito que la i es un chico que juega la pelota . . . acuértese en eso.

Y la pequeña mano iba sobre la grande, dirigiéndola, con un carbón entre los dedos, sobre los ladrillos.

Otra persona grata para el Pajarero era la viejecita, madre del magnate, que ahora rara vez se levantaba de su lecho.

—¿Y cómo les cogías a los pájaros? —solía preguntarle la anciana.

Cuzco la escuchaba desde una alfombrilla, sentado junto al lecho.

—Nada, ama —¿ya no me preguntó ayer lo mismo? . . . No les cogía sino que les asustaba con la honda.

—¿Y en tu tierra hay gruta de la Virgen?

—No, sino unos santos. Una capilla . . . era granero. Yo vivía más abajito.

—Antes de morirme quiero volver a ver Biblián y la Gruta. Cuando me vaya te ofrezco llevar, a que conozcas.

—¿Cuándo?

—En el mes que viene . . . Súbete.

—¿A dónde?

—Acá, a la cama; échate sobre mis pies que están muy fríos.

—¡Ama!

Y el cocolo no le obedecía en seguida.

—¿Y si vienen? —preguntaba, temeroso.

—Yo te lo mando. De barriga ponte para que me calientes.

Y al fin el niño se tendía tal como quería la señora, pero con el oído atento. Y cuando oía pasos descendía, veloz, a la alfombrilla, ante las protestas de la anciana.

—¿Qué le haces a mamita? —le increpó un día el

magnate al encontrarlo de pie ante la viejecita rablosa—. Longo... ¡Algo le has hecho!

Y cuando supo el motivo del enojo de su madre, Oñate protestó:

—¡Pero mamita! ¡Cuántas veces le he dicho que se usa bolsas de agua caliente para eso!

—¡Qué bolsas ni qué alforjas!: nada hay como un ladrillo caliente o la barriga de un longo: bolsas... bolsas... ¡Véanle al moderno!

—Entonces, llámele a un nieto pues; el longo ensucia la cama con las patas.

—¡Nieto!... ¿Y crees que mis nietos me hacen caso?... ¡Semejantes!

Manuel se escapaba, en puntillas.

* * *

La casa había sido transformada. Los obreros ya no trabajaban en el patio: el magnate había comprado casi toda la manzana, demoliéndola después para adecuarla a las necesidades de la industria. Desde la puerta de calle podían verse ahora grandes rimeros de sombreros, al fondo, ya contra la pared de la otra calle. Pero en la casa misma no se veía una paja. El patio había sido embaldosado de mármol. A grandes planchas, entre cuyos intersticios crecían verdes montes. Manuel se encargaba de arrancarlos. No siempre, porque a veces los dueños querían dejar esos cordones verdes entre piedra y piedra.

—Yo he visto —aseguraba Oñate— en Méjico, en Quito y aquí mismo, donde los Padres Jesuitas y donde los primos de los Argudo.

Y el hijo:

—Pero es que eso es césped, papá. Compraremos césped para eso.

—¿Y cómo van los planos?

Se refería a los del palacio que debían construir en este año. Pero que sea —había dicho la jamona— en la plaza, qué digo: junto a la plaza, cerca de la catedral nueva.

Manuel conservaba el patio a gusto de los dueños y en él se pasaba cuando salía de la escuela y siempre encontraba qué hacer porque los obreros, de paso, dejaban caer algunas pajas. En medio patio estaba, apoyado en la escoba, cuando aquel día pasaron los pájaros extraños. Los quedó mirando . . .

—Vos que eres pajarero —le dijo después el pequeño amo—. ¿Qué pájaros eran esos?

Manuel Cuzco tenía grandes ojos. Ahora, enflaquecido, los tenía más grandes todavía. Y esta vez los abrió desmesuradamente.

—Una cosa . . . —y se daba aire misterioso— una cosa que yo sé, pero que no le he de avisar a usted así me mate.

—Avísame.

—¡Nunnnnca!



Se acercaba el día de la boda. El próximo domingo habría fiesta en la casa, para la familia de la novia, y los preprativos habían comenzado. Entraban y salían pintores, sastres y costureras, y hasta la servidumbre fue engalanada. A Manuel le tocó un traje casi nue-

vo, negro, de su pequeño amo; una camisa de amplio cuello, y un sombrero aludo de hule, así mismo usado antes por el chico. Hasta se pensó en darle zapatos y dejarle crecer el pelo, pero desistieron de la idea.

—¡Mírenle al Quiñones! —dijo la jamona cuando lo vio vestido de este modo—. ¿Onde se ha visto un cocolo con cuello blanco y sombrero de terciopelo?

Y luego, llevándolo a un rincón:

—Pero, longo, óyeme bien: sólo te pondrás esta ropa en el matrimonio, en los domingos y para irte a la casa de los Argudo . . . ¿Me has oído?

—Sí, niña.

Y ahora:

—Ponte la leva del matrimonio y ven volando —le advertía, cuando iba a ocuparlo en algo importante.

El sábado entró el novio con un hermoso juego de cristal de finas, redondas copas, semejantes a las rodillas de la novia.

—Este cuñado mío —dijo— tiene unas cosas . . . Dice que este cristal es tan fino que cuando se rompe no es posible ni siquiera recoger los pedazos . . . porque cuando caen vuelven a levantarse y caen otra vez hasta que se confunden con el aire . . .

—¿Y eso? . . .

—Pero mamá . . . ¡Qué finura! ¿No comprendes?



Era domingo. Desde muy temprano la casa estuvo en movimiento: se ultimaban los preparativos para la fiesta, y ahora —eran ya las once— todo estaba listo, y sólo la anciana señora estaba en casa: los esposos

y el novio se habían ido a misa y el pequeño cañamazo y Manuel Cuzco estaban en la escuela.

Detrás de la vidriera se veían largas mesas cubiertas de cristalería. La anciana tomaba sol en la puerta de su cuarto, inconocible, pues ya usaba "traje" . . .

El patio estaba claro y parecía más grande por la luz y por la soledad, cuando entró la jamona. Entró sola. Pasó por el largo corredor, como en el día de la fuga de Manuel, preocupada, y abrió el comedor, y un gesto de satisfacción iluminó su rostro: todo estaba en orden y todo relucía. Varios minutos se movió la mujer entre las mesas ya tocando una copa, ya cambiando de sitio un cubierto, o llevando las manos a los ramos, como se las llevan a la melena las muchachas. Y cuando se acercó a la ventana se quedó con una mano en alto: la anciana tomaba sol junto a los vidrios. Salió y algo le dijo al oído mientras le arreglaba los pliegues del vestido nuevo, pero la señora se alzó de hombros. Entonces, la mujer bajó al patio y ya lo atravesaba, contrariada, cuando se detuvo, y otra vez, tal como el día aquel en que encontró las huellas de los pies de Cuzco entre las sábanas habló sola:

—Eso fue —dijo— lo que creí oír ayer. No estuve equivocada . . . ¡Ve el indio!

Un gato había descubierto una copa rota y al moverla sobre el mármol el sonido llenaba la casa hasta el cielo.

—¡Ve el indio! —repitió la jamona, con ira.

Y ya Manuel estaba cerca de la casa, con el vestido nuevo y la camisa de amplio cuello y el sombrero de hule. Ya Diego le había dicho un momento antes.

---Figúrate . . . ¡La orilla del mar!

—Es que ya voy a morirme —le había contestado—. El médico ha dicho que puedo morirme por los ataques.

Y Diego:

—¡Pero si allá es imposible morirse! Es una maravilla . . . El océano Pacífico . . . ¡Imagínate! Y tú te irás con nosotros. Ya mi papá quiere llevarte . . . y en avión. Los aviones ahora suben casi hasta la luna. Llegaba pues feliz y resuelto a no hacer nada que pudiese motivar un castigo. Ni siquiera ostentaba medalla: al verlo condecorado, sus amos podrían irritarse, como aquel día en que su galardón le volvió loca de rabia a la jamona.

En la esquina Manuel se encontró con el novio. Lo saludó y caminó detrás de él, alegremente. Ahora su flacura le daba alas.

Entraron a la casa.

—¿Cómo hiciste esto? —increpó al niño la patrona, desde el patio, con el cristal roto en la mano.

—Fui yo —dijo el novio en un arranque de honradez—. No pude evitarlo: usted había dejado el charol en el pasadizo.

—¿Yo, entonces? . . .

Y la horrible voz, desatándose en improperios, llenó toda la casa.

Manuel, temblando todavía, turbado, no supo qué hacerse y cuando vio la escoba junto al muro fue hacia ella y comenzó a barrer, aturdido, sin atreverse a levantar la vista. Y, de repente, se estremeció: la ira de la jamona había encontrado cauce:

—¡Ve el indio si entiende! —exclamó—. ¡Pero si

es indio pues, indio! ¿No te he dicho que te has de sacar el saco en cuanto llegues? ¡Sácate!

Manuel palideció.

—¡Sácate! . . . ¿No entiendes?

Manuel Cuzco lloraba, sin obedecer. La ira encendió entonces a aquella arpía que fue con las uñas crispadas hacia su víctima.

—¡Mitayo, algo has hecho! Ya habrás roto la camisa . . . ¡Sácate te digo!

E iba ya a arañarle, cuando el indiecito, presa de convulsiones, cayó entre las piedras.

Pronto acudieron todos los patrones.

—¡Qué le hacen al chico! —protestó la anciana, desde arriba.

—Nada . . . ¡se hace el zorro muerto! —le contestaron, mientras sujetaban al niño: Quedó inmóvil, los labios remordidos; los ojos vidriados, muy abiertos, fijos en los patrones.

Estos, por ver si respiraba, desabrocharon el saco del niño, que quedó con el pecho descubierto.

La vergüenza azotó los rostros de los verdugos:

Una brillante medalla, péndula en la cinta patria, estaba allí, escondida, cubriendo el corazón de Manuel Cuzco.

V

SOMBREROS FINOS

Ya había otra María en el barrio: "La tejedorita" había sido bautizada.

—Ahora sí, a tejer —dijo una chola, levantándose, y otras la imitaron. Estaban en la última tienda del barrio, pero ya no "casi en el campo", como antes, pues nuevas casas estaban construyéndose cerca del monumento, con lo cual, después de poco, sería la esquina preferida, ya que la calle era más alta y se veía mejor la ciudad desde este sitio. Aquí curvaba ahora el torrente y se tenía la impresión de que la antigua esquina —toda ella, hasta sus cimientos— había sido el viejo cauce.

—¡Casas tan feas estas nuevas —dijo la María grande un día— sin tejas, sin alero; cholas de traje parecen! ¡Dónde como las otras con zaguanes anchos, con techo para la lluvia!

Casi todas las vecinas despidiéronse y desaparecieron en la esquina de abajo. En la tienda se quedaron solamente los íntimos —entre los que estaban la Juana y su recién llegado hombre— y la María grande procedió a fajarle a la guagua. Ahora la niña llevaba la abierta camisita del bautizo, y se unían libres en el aire, sus manos y sus pies, acostumbrados a su vida de choclo.

—No deben envolverles a las guaguas— dijo la Juana.

—¿Qué dices? Se quebrarían con el lloro, pues; antes, acércate, aprende . . .

—Los guaguas son mejores cuando tienen un año —dijo el hombre.

—¡Como éste! —añadió la María chica, y abrazó al niño aquel que cuando ella empezó el sombrero de la Virgen, estaba ,a su vez, fajado, en la hamaca.

El niño la sonrió.

—Y verán, verán —siguió la madre, y le cosquilleó en la planta del pie, y el niño, riendo, se abrazó estrechamente a ella.

—Se abrazan completamente a una —dijo la madre— cuando se les rasca el piecito.

—Y el tuyo, Juana, ¿sigue moviéndose? . . .

—Todavía . . . —respondió la chola— y su delgada mano guió hasta su vientre a la del hombre, que sonrió, feliz, medio abobado, como si acariciara ya el pequeño pie desnudo.

La nueva María mientras tanto agitaba en el aire sus manos diminutas, amoratadas por el llanto.

—¡Hele . . . la tejedora! No es hora todavía . . . ¡Descansa! —dijo la madrina, apoderándose de los pequeños brazos y cubriéndolos luego con la segunda vuelta de la faja, que poco después era un solo tallo de bayeta, de por lo menos metro y medio de largo, abierto al extremo en el rojizo rostro de la niña. Así la condujeron a su pequeño lecho al fondo de la tienda.

—¡Cierto, que descanse, pobrecita! —dijo la Juana, y, de pronto, añadió: ¡Otra María chica! . . .

—¡Pobre guagua!, ni digan —repuso la madre de Miguel— no vaya a ser que mi suerte le contagie: ni me nombren delante de las guaguas . . .

Los padres se miraron . . . La Juana pareció arrepentida de haberlo dicho, y añadió:

—Ingrata: el día mismo en que acaba el sombrero de la Virgen se queja de la suerte . . . Vaya —siguió, poniéndole en la puerta de la tienda— vaya a traer el sombrero para que vean los hombres, ellos no han visto.

—Quédese, no se vaya —dijo la María grande, pero los demás insistieron, y, sobre todo, la pequeña chola se reanimó con la idea.

—Regreso en seguida —dijo, feliz y se fue, con el niño en los brazos.

—No quise —explicó la María grande, mirándole alejarse— que se acuerde del sombrero, porque demás se ha ilusionado . . . Esta mañana ha ido al Hospital, donde el hijo, a hacer la novedad . . . Y el chico, vieran, más creído que ella . . . Creen que la Virgen en persona va a coger el sombrero y ponerse . . . y hay más de diez sombreros finos. Hasta las señoritas del coro han tejido, y dicen . . .

—¡No diga!

—¿No han visto? Desde ayer están expuestos, en la vitrina de la plaza . . . De no creer es al verlos: uno hay de Manabí, Jipijapa . . . ¡Ave María!: ni el granizo es tan blanco, en ponderación.

—¿Y ella sabe?

La María grande dijo que no, pero moviendo la cabeza solamente, pues ya llegaba la ilusa.

—Vean —exclamó— toquen.

Y puso su obra ante los ojos de los hombres.

El de la Juana trabajaba en las canteras y no sabía de sombreros.

—¿Puede tejerse algo más fino en alguna parte?

—preguntó, admirado, llevando hasta el tejido sus

dedos salpicados de polvillo de mármol. Y miró a la María grande, pensando sin duda en los sombreros que la chola mentara. Pero ella no le respondió directamente, porque la soñadora la miraba, toda ella, esperando su respuesta.

—Y sobre todo —siguió el hombre— han de escoger, si hay otros, no tanto el mejor, sino el que haya tejido el pueblo: qué gracia si alguna niña rica, descansada, ha tejido, o si ha venido alguno de otra parte.

La María grande se exaltó:

—Es que no es eso no más —dijo—. ¿Acaso la Virgen escoge con sus propias manos? . . . Si ella escogiera, esto hiciera —y cogió el sombrero del niño y acercándose a la María chica que seguía con el hijo en los brazos, se lo arrebató—. Esto hiciera —siguió, y, tal que su voz, también sus ademanes iban en crescendo, y le encasquetó al niño el sombrero, a tiempo que añadía: —¡Esto hiciera!, y después ella agarrara el grande, hele . . . y se pusiera! Pero ya digo: ¡No es ella la que escoge!

La María chica movió la cabeza.

—Pero esperemos —dijo, por fin— nadie sabe . . . Mañana voy a entregarles, no les entrego todavía porque en el del Niño Dios falta el remate . . . ¡Qué seño María grande! —añadió, ayudándole al hijo a sacarse el sombrero. Y luego, con ligera ironía: —Desde esa noche que vino viéndole . . . ¿Cómo era? . . . Adán, creo que dijo, primer hombre, no sé cómo; . . . desde esa noche no sé qué le pasa a la seño María grande.

—Bien dice "Adán" —le contestó la chola—. Bien dice: más que Adán va a multiplicarse ese hombre,

y lo peor es que estecitos —señalaba a los niños— van a ser los hijos . . . ¿Saben lo que pasa? No quise ni decirles . . . con razón, pienso, me he estado acordando tanto de mi hijo en estos días: va a haber otra guerra.

—¿Dónde?

—En todo el mundo, así oigo.

—Lejos está el mundo . . .

—¿Qué dicen? ¿Y a quién venderemos los sombreros? ¿Qué será de nosotros, si del extranjero no piden más sombreros?

—Razón tiene —dijo uno de los hombres— pero también es cierto que pueden necesitar para los mismos soldados: qué cosa mejor para el sol que nuestros sombreros.

—¿Sol, dice? —y la María grande se rió—. Cascos de acero se ponen los soldados, no sombreros de paja . . . ¡Paja! . . . ¡Todo arderá, no se diga la paja!

Quisiera que le hubieran oído esta mañana a ese niño Argudo, el enfermo.

—¿Qué dijo?

—El habla no sé cómo, y no pude entenderle todo, pero se pusieron pálidos los que le oyeron. ¿Se acuerdan ustedes? . . .

Y la chola les recordó, tratando de explicarse, lo que les refiriera Argudo a todos, en la esquina, el día aquel de la aparición de los pájaros, acerca de las grandes bestias desorientadas por la niebla, que irrumpieron en la aldea y mataron niños y fueron muertas, al fin, por los campesinos armados de horquillas.

—Pero era más, más —siguió la chola— lo que di-

jo, ¡más!: ¡Ahora van a ser todos los hombres, todas las guaguas, todas las mujeres!

—¡Pobre niño! —dijo la María chica— y bajando la voz, añadió: está haciéndose loco: la otra noche era de correr al oírle de un alacrán, y así mismo, nadie le entendía... Y ahora yo estaba pasando, cuando él sale, de repente y me dice: "María chica... cien dólares... ¿Sabes lo que es eso?: una casita limpia, con patio para el ángel..." "¿Qué dice?" —le pregunté yo, entonces— pero ya él entró, sin contestarme...

—Eso no es locura —dijo la María grande— yo sí sé por qué le ha dicho...

—¿Por qué?...

.

Abajo, en la ciudad, no sonaban las campanas. Como faltaba tan poco para el acontecimiento, había algo latente, pero trunco; algo como una gran respiración contenida, en el ambiente.

* * *

La María chica se echó el paño a los hombros y se encaminó a la plaza grande. Iba descalza y parecía ahora más que nunca pequeña e insignificante. Veía ya muy cerca los grupos de curiosos.

—No he visto nada igual en mi vida —decía un señor en la esquina—. ¡Qué pueblo!

La pequeña chola apuró el paso y se unió a un grupo: allí estaba la vitrina: las coronas de oro de la Virgen y el Niño iluminaban la vidriera con su pedrería. Junto a la corona grande, tendidos sobre precioso manto estaban los sombreros de la Virgen, de tamaño normal y, en torno a la pequeña, los destinados al niño,

casi de juguete, pero tal vez más finos que los de la madre.

—Hasta la colina —explicó un lego— se van a ir con sombrerito . . . Sólo allí se sacarán para que les coronen.

La María chica tenía las yemas de los dedos en los vidrios cuando una chola dijo:

—¿Quién será la feliz, que ha tejido el que escogerá la Virgen?

La pequeña chola paró las orejas . . .

—Este —siguió otra, señalando un sombrero faldado— ha tejido esa niña santa que le viste a la Virgen en las fiestas.

Y otra:

—Ese es el más fino: ha llegado de la costa, dicen. Pero una tercera le interrumpió:

—¿Saben —dijo— lo que me cuenta, una ciega mendiga en la plaza? ¡Milagro! Una linda cholita ha estado tejiendo el sombrero de la Virgen. Ha sido ya muy tarde y ha dejado el tejido sobre el banquito de trabajo, y ella se ha acostado, cuando de repente el ángel de la Guarda ha bajado y ha acabado el tejido... ¡y mientras tanto, al lado, el sombrerito del Niño, como una estrellita moviendo las pajitas, tejiéndose él solito! . . . María chica dice que le llaman a la dichosa.

—¡Cómo será ella! . . .

—¡Yo soy! —dijo entonces la pequeña chola, radiante—. ¡Yo soy la María chica!

—¿Qué dice la bocona? Véanle . . . ¡Pero vean quién dice!

Y todos la miraban de pies a cabeza.

Una lavandera salió en su defensa:

—Ella es —dijo—. Ella misma es: bien le conozco
La María chica vacilaba.

—¡Vamos, vamos! —siguió la lavandera amiga—.
Envidia es, no les haga caso.

Y le llevó calle arriba.

—¡Vayan a verse en el espejo! —les gritaron to-
davía, cuando ya iban cerca de la esquina.

* * *

Desde que el torrente fue segado hay en la alta noche largos silencios en el barrio. Sólo pegando el oído a las puertas que permanecen con las rendijas claras, podría percibirse el ligero crujido de las pajas. Cuando el viento sopla fuertemente, el agua lejana se presenta con lúgubre murmullo. Una noche, al oírlo, la ciega ha contado “El farol”: hace muchos años una madre desesperada le ha matado a su propio hijo, y luego la infeliz ha arrojado al niño a la acequia . . . Y ahora el alma de la madre está condenada a buscarlo, eternamente. Cuando se escucha el lamento, hay que mirar hacia las sombras: viene, entonces, al parecer sin que nadie lo sostenga, un farol encendido . . . “Y la luz se agacha y aclara el agua y el lloro de la criatura ya llega de no sé dónde”, cada vez más lejos, y el farol vuelve a levantarse, y se aleja.

Ahora sólo hay luz en la tienda de la ilusa, que no duerme, aunque ya no teje; contempla los sombreros acabados. No regresó derechamente al barrio, por la tarde; se quedó en torno a la plaza, oyendo, preguntando . . .

—Naturalmente —había dicho un señor— los que no resultaren escogidos serán luego exportados . . .

Son verdaderas joyas. En Nueva York cien dólares por lo menos. Y los Padres necesitan de más fondos.

Y otro comentó, al oírle:

—Pronto veremos los sombreros en el cine, en los noticiarios, en la cabeza de un Presidente o de un Rey del Petróleo . . .

Ya por la noche llegó al barrio, aturdida ¿Qué era un Rey del Petróleo? ¡Si creyeran los Padres en lo del milagro! Y otra vez, lo que dijeron sus amigas cuando ha casi un año les anunció que la Virgen se pondría su sombrero: "Loca, loca, es usted, seño María . . . con razón sueña tanto: ¡La otra noche ha soñado que ha vendido un sombrero en cien sucres!"

Pero ella no solamente ha soñado: ha tejido: allí están los sombreros, junto al lecho, pestañudos. Se-
mejan grandes párpados de azuladas venas. Hace un momento, de pronto, el grande había brillado, y cuando, sorprendida, la chola lo examinó, junto a la luz, se había propuesto no consentir en adelante que nadie lo palpase: eran las huellas digitales, del hombre de la Juana, con polvo de piedra. La María grande está "no sé qué"; sin embargo, ¡cómo desearía hablar con ella para tranquilizarse! ¿Estará velando? ¿Qué horas serán? No pasa gente todavía por la calle. La chola se levanta: debe hablar con alguien, y abre la puerta cuidadosamente y sale a la calle. Mas, como mañana —¿hoy?— es día de fiesta, nadie trabaja hasta esas horas. La tienda de la María grande está oscura. Todo el barrio está oscuro. Ni el **farol** —piensa la tejedora— y se acuerda de Miguel, pues el murmullo del río de junto al Hospital "llega día y noche" —le ha dicho el niño— hasta su lecho. Pero ese murmullo es ancho

y optimista. Este . . . ¿Cómo la propia madre le mató al niño? Ahora el viento cambia y el murmullo del agua se asemeja al familiar rumor de la rueda en los ladriillos de la acera. "Y el ángel se agacha y aclara el agua, y el lloro del hijo ya llega de no sé dónde" . . . La chola se estremece y algo dice, arrimándose al muro. Y está a punto de golpear la puerta de la María grande, pero la voz del reloj público le deja en suspenso: da la campanada de la media. ¿Qué media? Y la chola se regresa a la tienda. Ni ella tocará más los sombreros. Los mira solamente y los sigue mirando mientras se desviste.

En su camisa gris y rota hay mil huellas diminutas y cuando la chola besa el cuadro de la Virgen enmarcado de lata, y se acerca a la luz para apagarla, las huellas enrojecen . . . ¿Cómo es un Rey del Petróleo?

.

Ahora pasa gente, gente, gente. Y cuando el sol de las siete entra a la tienda, la María chica está dormida. Ciertamente es qué pequeña, y más ahora, acurrucada. "Cuando tus hijos crezcan —le ha dicho Argudo el otro día— les llegarás a la cintura, a lo sumo".

La María grande ha volcado su única "riqueza": la petaca en que guarda los zarcillos de gala, y también ha vaciado su baúl de cuero y se ha vestido "como nunca". Y abran bien los ojos —les ha dicho a las vecinas—; desde ahora abran los ojos, porque lo de mañana no ha de repetirse.

Y han bajado.

En la ciudad culminaban las "Vísperas": miles de personas llegadas de los pueblos y de otras provincias

y aun delegaciones religiosas de Colombia y de otras Repúblicas, recorrían las calles o asistían en el templo a los ceremoniales previos. La chola avanzó hasta la "Juana de Oro" que es un balcón sobre el ejido en cuya hermosa colina ha de verificarse la coronación al día siguiente.

—De aquí no paso —dijo—: hay que guardar las fuerzas.

Ha mucho tiempo que ella no había avanzado hasta ese sitio.

—Qué distinto —añadió— a nuestro barrio. Qué grande todo y qué claro.

Y señalaba los bosques y los ríos, ya rotos por el trazo de una gran avenida.

Allí ha de elevarse la ciudad futura.

—Nosotros sí nos vamos —dijeron otra cholas— y pasaron el puente. Pero otras se quedaron y una de ellas asomó con un banquillo pedido en la pulpería vecina.

—Hele —dijo— siéntese, descanse; no vaya a repetirle el vértigo.

* * * * *

Los forasteros recorrían las calles admirando puertas, patios y balcones de otros siglos, frente a las actuales construcciones de mármol, pero ante nada ni ante nadie se admiraban más que ante las cholas. Palpaban el fleco de sus paños y se gozaban en oírlas, para lo cual les hacían mil preguntas, y descubrían minas —se diría— cuando encontraban grupos de ellas, en animada charla, solas. Entonces se acercaban disimuladamente y escuchaban, pero como al

hacerlo se miraban entre sí, sonriendo, las cholas se alborotaban, reparando en la treta:

—¡No hable, seño Rosa, Ave María! ¡Adrede nos están oyendo!

Y se alejaban entre risueñas y enojadas, y a los forasteros les gustaba también verlas caminar, y así recorrían la ciudad de punta a punta.

.

—Qué... ¿no habemos cholas en su tierra?... Pero, hele: halle gusto.

Y posan ante la lente fotográfica, procurando que el fleco de los paños llegue al suelo, sin ocultar por eso el taco alto...

Más allá, otra exclama:

—¡Taita Diosito, las maravillas que haces! —y junta las manos—. ¡Vean la cara de esa quiteñita!

—Lojanita, diga; lojanita es.

Todas se vuelven hacia un grupo de muchachas que en ese instante admiran los sombreros de la Virgen.

—Vean, diga —añade otra— el cuerpo de esa guayaca... ¡Ave María!

Y otras:

—Pero nada hay como las nuestras: dónde ese pelo de oro, dónde esos pies tan chicos.

—Dónde ese amor a la casa, digan.

* * *

Frente a la catedral en construcción los extranjeros alzan los rostros a las nubes. La admiran en conjunto desde la plaza grande, o bajan a las profundas criptas, mientras otros hormigean en los arcos o en

la enorme cúpula inconclusa. Y, súbitamente, la campana grande inicia triunfal redoble.

—¡Santo Domingo!

Y el gentío se mueve hacia el templo.

.

¿Qué hace la María grande en la esquina? Ya está cerca del barrio. Desde la última calle viene "gente extraña", en grupos, deteniéndose en las tiendas de las tejedoras. Varios han comprado sombreros y los llevan al brazo, con muestras de regocijo. Ante la gran chola se codean —sin duda les infunde respeto— pues no la hablan, como a otras, sino que la miran, callados, y cuando se alejan vuelven la cabeza y acaban, algunos, por detenerse, hasta que otros les tocan el hombro y sólo entonces siguen su camino, vueltos los rostros. Está sola. El gran paño le ciñe el busto y su fleco almidonado llega hasta los ladrillos. Sobre el paño un rebozo de velluda bayeta a cuyos bordes descansan, a ratos, los aretes, y, por fin, de un azul oscuro —campana grande— la pollera. Ahora, anda, y como ya la calle va empinándose, sube, sube, con la ancha trenza gris a las espaldas, y cada paso lo da lenta, fatigosamente, y llega a su esquina, y cuando ve, arriba, la de la "tejedorita", mueve la cabeza, como diciendo: "Ella no". Y da el rostro a la ciudad que se bambolea, de pronto, como enorme mesa levantada en hombros, y la María grande fija la mirada en los cimientos de las casas del barrio, para aclararla, pero también las piedras son ahora de cambiante, vaga forma, como las de los ríos bajo el agua.

.

VI

AMANECIDA

El avión ascendió y cuando Diego pudo ver hacia la tierra ya la ciudad quedaba lejos, entre las colinas.

Por la mañana, cuando se despertó, ya toda la casa estaba en movimiento. El primer avión pasó muy temprano. El niño escuchó atentamente el ruido de los motores que se alejaban, mientras una sensación de angustia le oprimía. El cielo estaba blanco y los tejados y el patio húmedos y sombríos. El rumor del avión no cesó. Antes fue creciendo nuevamente y otra vez se alejó, como la vez primera. Y así siguió largo tiempo. Está girando sobre el campo. Posiblemente no bajará —se dijo—. Y escuchaba el rumor lejano como si escuchara el zumbido de un gran trompo.

—No baja —le dijo la madre— por el mal tiempo, pero el nuestro llegará más tarde, ya con sol.

—¿Cómo seguirá la María grande?

—La gente está pasando tranquila, debe seguir mejor y tú no vayas porque necesita reposo, nadie puede hablarla.

La anciana india vino de la puerta de calle, sonreída.

—¿Por qué estás contenta? —le preguntó Diego.

—Mi niño viene, ya está viniendo.

Diego salió a la calle, también él muy contento. Venía en efecto el hombre de las sienes blancas, con otros amigos. Diego no lo había visto desde que lo

encontró con los libros bajo el brazo en la calle "nunca vista" de la Cruz del Vado. Salió a su encuentro, pensando en el Robinson Crusoe que le había regalado hace ya tanto tiempo. El hombre le puso la mano en el hombro y avanzaron.

—¿Y la tinaja "verdadera?" —le dijo—. ¿Ya es tuya? ¿A qué horas salen?

—No van a bajar los aviones.

—El tuyo sí, en este instante ya está sobre la cordillera. . .

— . . .

—Hoy se elevarán hasta quedar con nieve en las alas. . . ¿tienes miedo?

* * *

La india estaba en el patio de atrás con su blusa bordada.

—¿Por qué no hablas en quechua con el amigo? —le dijo Diego—. Quiero oírte.

—Voy a hablarle largo. . . Con él voy a vivir, él me lleva. Yo le crié ¿no sabe?

El escritor había nacido en Turi, pueblecito de la ceja de Cuenca y había pasado su niñez entre los indios.

La anciana se ató una larga faja a la cintura, tomó un gran charol de copas y se dirigió a la sala de recibo. Diego la siguió, pero su madre le detuvo. Ustedes, al patio —dijo. Las niñas jugaban cerca de la huella de la tinaja. Antes de unírseles, Diego miró por la ventana y recordó esa noche lejana cuando su padre guardó el cinturón lleno de balas, con el revólver de

"batirse con la vida". Ahora el amigo tenía las sienes más blancas.

—El avión va a cubrirse de nieve —les dijo luego a las hermanas.

—No nos vamos por la cordillera, mamá lo dijo.

—¿Cómo entonces?... Pero sí... No subiremos a la cordillera.

Y se llegó a la puerta otra vez. Ciertamente no había nadie cerca de la tienda de la María grande. Hacía abajo, en cambio, se movía un gentío. Van hacia Santo Domingo —pensó—. ¡Qué mala suerte no ver la coronación! Desde el avión... ¡Cómo se la vería! De repente, la Virgen, de la multitud al cielo, bamboleante. Abajo, los cuatro ríos, como andas. Casi no se ve de tan pequeño el sombrerito del Niño. El de la Virgen, sí. ¿Serán los de la María chica? ¿Quién puede tejer como ella? ¿Cuándo volveré a verla? ¿Volveré?... La campana grande suena ahora tanto que no se va a oír el paso del avión. Imposible.

—¡Diego!

Era el amigo de los libros. Acudió con alegría y ya no se movió de su lado. La anciana entraba de cuando en cuando y, de pronto, se detuvo junto al niño. Luego le habló en quechua al hombre. Este la miró un instante e inmediatamente le contestó, también en quechua.

—¿Qué le dijo?

—Ella me dijo —explicó el hombre—. "¿Con qué corazón soportaré esta ausencia?" Y yo le contesté: "Con el de tu tierra".

Algo más le dijo la india, entonces.

—¿Y ahora qué le dijo?

—Eso ya no puedo decirles —repuso el hombre, sonriendo, y atrajo hacia sí a Diego.

—Te vas, pero no olvides nunca a tu pueblo, nunca.

Todo el Ecuador, toda la tierra —la Tierra— es la tierra de las tinajas. ¿Lo has oído? Hay millones de cocolos todavía.

Los padres del niño se acercaron conmovidos.

—Algo se mueve —dijo el hombre—. Algo. Como lo ha dicho la María grande: algo está pasando. . .

En los hijos extendemos los brazos . . . Llegaremos.

—Entonces serán hijos. . .

—Un mundo limpio, con patio para los hijos. Algo, algo se mueve. ¿No lo creen? Hay una edad feliz enterrada en el propio hombre. Asomará algún día.

Llegará en hombros del pueblo, como la tinaja verdadera. . .

—Y a propósito, ¿te lo dije ya? Ha llegado un sabio para examinarla. Es auténtica.

—Pero claro, si es de Pumapungo. La de hace años fue igual. Esta tiene el sol más claro, eso es todo.

¿Y saben en qué me encuentro ahora? Pienso en una versión quechua del Cantar de los Cantares. No se ha hecho antes, que yo sepa.

—¿Y cómo dirías “seda”, “Rey Salomón”, en quechua?

—En eso estoy. . .

Y se puso de pie, con entusiasmo.

—¡Sulamita! . . . ¡Inca Salomón!



Diego salió y vió que, ahora sí, había gente en la

calle. Pasaban hacia arriba, de prisa. Pero no —se dijo, ya en la puerta—. Esa gente sube al molino, son de otro barrio. ¿Cómo me despediré por última vez de la María grande? Podría hacerle daño.

Por la esquina de abajo asoma un joven. Es alto y delgado. “¡Es Gerardo! ... ¡El hijo!” El joven sabe. Ahora sí podré despedirme. Ella casi no lo notará, con el verdadero hijo a su lado. Seguramente ha llegado en el avión de esta mañana. Debo detenerlo. Se morirá ella si lo ve así, de repente. El no sabe que nadie puede hablarla... Pero el joven ha desaparecido. ¿Dónde entró? ¿Fue él, realmente?... Y Diego baja hasta el sitio en que lo vió el último instante. Allí está otra vez... ¡Pero no es Gerardo! ¿Y será este el mismo hombre que vi hace un instante? Esperaré.

Y se paseaba. De pronto, el corazón se le oprimió.

—¡Está agonizando!... ¡Dios mío, está agonizando! —gritaba una tejedora.

—¡Llamen a las vecinas! ¡Ya entró a la agonía la señora María grande!

La calle se llenó de gente.

—¡Diego!

Varios carros se habían detenido frente a su casa y las pequeñas lo llamaban.

—¡El avión sale!

.

Apenas subió al carro, partieron. Cuando volvió la cabeza ya estaba en otra calle.

.

Ahora, el rumor sordo del avión entre las nubes.

—Es como si por un momento se sintiera la rotación de la Tierra —dijo alguien, en el primer descenso brusco.

Las niñas palidecieron.

Cuando el avión pasó sobre el último cerro un pequeño indio movió los brazos en la cima. En ese mismo instante quedó lejos.

Diego se abrazó a su madre. Sollozaba.

—¿Tienes miedo?

—No pude verla. . . ¡Y estaba agonizando!

—¿Ella? . . . Ella no muere . . . La verás siempre . . .

No puede morir nunca.

Ya no se veía sino un mar de nubes y el avión parecía ascender y ascender a cada instante.

Nadie hablaba.

El hombre pegó la frente a los vidrios.

.

En los hijos extendemos los brazos.

Toda la Tierra es la tierra de las tinajas. Hay millones de cocos todavía. . . Pero algo, algo se mueve. . . Algo está naciendo.

.

En otra Era fueron los helechos, ahora los grandes hongos. . .

Dicen que los alacranes se suicidan. Que cuando se los encierra en círculo de fuego levantan la propia mortal cola y se matan.

El alacrán caerá de la espalda del planeta. El alacrán, no el hombre.

* *

Cuando las nubes se mueven aparecen los hombres, inclinados a la tierra, y un río enorme avanza, tranquilo, hacia el océano.

La tierra es negra, arada.

Y ya la gran orilla está a la vista, en codo con el cielo.

Pero nadie la mira todavía.

VOCABULARIO

AYAU:	AY, (Quechua).
BOCINA:	Instrumento de soplo, compuesto de un cuerno de buey, al cual va unida una larga caña.
CAÑAMAZO:	Exportador de sombreros de paja toquilla.
COCOLO:	Quitado el cabello a rape.
CUY:	Conejillo de Indias.
CASCARILLA:	Corteza de árbol, de la cual se extrae la quinina.
CABRESTILLOS:	Ganado vacuno de carga.
CHAGUARQUERO:	Florescencia de la penca sobre un tallo elevado y fofó.
CHAGRA:	Campeño blanco, rústico, tímido; gente de mal gusto.
CHONTA:	Tallo muy duro de palmera tropical.
CHALAR:	Espigar.
CHACHAY:	Interjección para quejarse del frío, (Quechua).
CHUMADO:	Hombre bebido.
CHUMAL:	Masa de maíz tierno condimentada que se la cuece a vapor envuelta en una hoja de pucón o envoltura del choclo.
CHOCLO:	Mazorca de maíz cuando está tierna.
CHAGRILLO:	Pétalos de varias flores, entremezclados en que predomina la flor de retama.

CHASCA:	Instrumento escolar de madera que produce un ruido suficiente para llamar la atención. La usan exclusivamente los Hermanos Cristianos.
ENTREGO:	Procesión en honra de la imagen del Niño Dios, con acompañamiento de niños figurantes.
HUANGO:	Trenza.
HUACA:	Entierro de objetos de los antiguos aborígenes, sobre todo si contiene utensilios de oro.
JIPATO:	Atacado de jipatería : enfermedad no bien estudiada aún del trópico oriental ecuatoriano.
JICAMA:	Tallo subterráneo comestible, de sabor dulce muy fresco.
KIPA:	Concha marina que los indios usan como cuernos de caza. Es sobre todo para dar alarma.
LEVA:	Saco de buena tela. Se dice por extensión a personas de clases altas.
LONGO:	Mestizo, y también indio cuando es pequeño.
MURUNGO:	Color combinado entre blanco y negro, o violeta y blanco (Quechua.).
MOTE:	Maíz cocido que se toma con los alimentos a manera de pan.
MANA:	No (Quechua).
NIÑO:	Se emplea también como tratamiento de respeto que se da a los patrones de cualquier edad que sean.
NINACURO:	Luciérnaga (Quechua).
ÑAÑO:	Hermano (quichuismo).
POLCA:	Una especie de blusa para mujer.
PAÑO:	Chal de hilo de algodón, rematado en un tejido de mano que semeja encaje. Termina en fleco de hilo.
PENITENCIA:	Castigo impuesto a los escolares, que consiste en tareas de estudio o trabajo corporal.
PENCA:	Agave.

RANGO:	hileras de niños de dos en dos.
SAMBO:	Cucurbitácea.
SUCO:	Rubio.
TUSA:	Parte de la mazorca de maíz en la cual se sostiene los granos.
TINGAR:	Verbo que expresa impulsar una bola de cristal con el pulgar apoyado en el índice, que se lo asienta en el suelo.
TAMO:	Residuo de las hojas de cereales trillados en la era.
TUNA:	Nopal.
TARJA:	Vara de madera en que se graba la cuenta de los días de trabajo de un peón indio.
VESTIDO Y TRAJE:	Falda de tela (hacerse de traje: cambiarse las polleras de bayeta por falda de tela).
YUNGA:	Yunga: Tierra tropical (Quechua).
YUCA:	Cazabe, tubérculo tropical.
ZAMARROS:	Calzones de cuero de carnero, con todo su vellón.

INDICE

PRESENTACION, por Miguel Angel Asturias	7
---	---

I

LA TIERRA DE LAS TINAJAS

I	La Tinaja	9
II	Que Pueda Haber Tanta Maravilla	22
III	Usted es uno y ellos	37
IV	Los Argudo	49
V	Tarjas	61

II

BARRIO Y MERIDIANOS DEL MUNDO

I	El Sombrero de la Virgen	81
II	Feria	103
III	Ya Vienen con las Cosechas	112
IV	Milagro	124
V	Cuentos y Zurcidos	133
VI	En las Puertas	148

III

EXODO

I	Oro	161
II	... no hubiera Pueblo!	173

III	Caña de Azúcar	186
IV	El Angel y la Rueda	197
V	Sequía	209
VI	Ultima Noche	216

IV

LAS CASAS EN EL PATIO

I	Enero 1º.	225
II	Campanadas	237
III	Donde se cuenta la Espantable y Jamás Imaginada Aventura de los Molinos de Viento	251
IV	El Niño que Sigue	269
V	Liberación	275
VI	Los Cocolos	296
VII	El Pequeño Don	307

V

EL ALACRAN

I	La Ruta	323
II	Aventura	331
III	Ultima Tarja	340

VI

ALGO SE MUEVE

I	El Primer Hombre	349
II	Eco	361
III	La Tinaja de los Incas	363
IV	El Pajarero	373
V	Sombreros Finos	381
VI	Amanecida	394
	VOCABULARIO	401

LOS HIJOS, de **ALFONSO CUESTA Y CUESTA**,
se terminó de imprimir el día 6 de Abril de 1983 en
los Talleres Gráficos del Núcleo del Azuay de la Casa
de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", sien-
do su Presidente el Lcdo. Edmundo J. Maldonado S.

ESTE LIBRO, cuya edición, como un homenaje a los artesanos de la patria toda, en particular, por el sitio que las tejedoras ocupan en él, por la humanidad, comprensión y simpatía con que Cuesta pintó sus vidas, se logró en coauspicio con el Ministerio de Educación y su Subsecretaría de Cultura, el CIDAP, la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede en Cuenca y la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay; aparece por primera vez en el Ecuador, luego de haber conocido cuatro ediciones internacionales: una en Cuba, luego de ser mencionado en el Concurso Casa de las Américas, otra en Moscú y dos en Venezuela, una por la Universidad de Mérida y otra por Monte Avila, que gentilmente cedió los derechos para ésta.

Cuidar amorosamente de esta primera edición ecuatoriana de la novela, a cuarenta años de su escritura, hubiese sido mi sueño dorado, pues desde que la leí hace muy pocos años, me enamoré de ella para siempre, pero por las mil limitaciones cotidianas, sólo he podido hacerlo en parte, y lo he hecho como mi personal y humilde tributo al mayor novelista cuencano de las anteriores generaciones, Alfonso Cuesta y Cuesta, el sello de cuya paternidad espiritual, si apareciera en las obras de quienes hemos tomado la posta literaria en el país, debería llenarnos de orgullo.

JORGE DAVILA VAZQUEZ

**CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
“BENJAMIN CARRION”. NUCLEO DEL AZUAY**

Con el patrocinio del Ministerio de Educación (Subsecretaría de Cultura)
PUCE Sede en Cuenca y CIDAP.